

A. S. NEILL

# SUMMERHILL

*Un punto de vista radical sobre  
la educación de los niños*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
MÉXICO - ARGENTINA - BRASIL - COLOMBIA - CHILE - ESPAÑA  
ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA - GUATEMALA - PERÚ - VENEZUELA

Primera edición en inglés, 1960  
Primera edición en español, 1963  
Primera reimpresión en FCE-España, 1975  
Vigésimo tercera reimpresión en España, 2001  
Vigésimo cuarta reimpresión en España, 2002  
Vigésimo quinta reimpresión en España, 2005

A  
HAROLD H. HART

*Estoy seguro de que obtendrá de este libro tantos elogios (o vituperios) como yo mismo. Su proceder corresponde al de un hombre que cree en lo que ha hecho y sigue haciendo Summerhill, no al de un simple editor.*

*Su paciencia me tiene lleno de asombro. Hacer una selección de cuatro de mis libros anteriores, corregirla y combinarla con nuevos materiales es una tarea formidable.*

*En sus visitas a la escuela, dejó usted ver que su interés principal era hablarles a los norteamericanos de algo que había visto y amado, algo en lo que creía. Con lo cual ya formaba parte de la escuela. Vio todo lo fundamental y pasó por alto, con razón, todo lo que carece de importancia, por ejemplo, el desaseo de los niños felices.*

*Por ello, le nombro a usted alumno honorario de Summerhill.*

A. S. NEILL

*Summerhill. Leiston, Suffolk, Inglaterra  
30 de octubre de 1959*

Título de esta obra en inglés:  
*Summerhill, a Radical Approach to Child Rearing*  
© 1960, Hart Publishing, Co. Inc., Nueva York

Traducción al español  
FLORENTINO M. TORNER

D.R. © 1963, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA  
Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D.F.  
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ESPAÑA, S.L.  
Vía de los Poblados, 17 (Edif. Indubuilding-Goico, 4º, 15). 28033 Madrid  
fondodecultura@terra.es

ISBN 84-375-0045-1  
D.L.: M-10877-2005

Impreso en España

*Children of the future Age  
Reading this indignant page,  
Know that in a former time  
Love! sweet Love! was thought a crime.*

[Niños del porvenir:  
al leer esta página indignante  
sabréis que en otros tiempos  
¡el amor!, ¡dulce amor!, por crimen fue tenido.]

WILLIAM BLAKE

## PRÓLOGO

por ERICH FROMM

### I

MIENTRAS que los pensadores progresistas proclamaron las ideas de libertad, democracia y autodeterminación en el siglo XVIII, sólo hasta la primera mitad del siglo XX comenzaron a fructificar en el campo de la educación. El principio fundamental de esa autodeterminación fue la sustitución de la autoridad por la libertad, con el fin de enseñar al niño *sin emplear la fuerza*, sino apelando a su curiosidad y a sus necesidades espontáneas, haciendo que se interesara por el mundo que le rodea. Esta actitud señaló los comienzos de la educación progresista y constituyó un paso importante en el desarrollo humano.

Pero los resultados de este nuevo método fueron muchas veces decepcionantes. En los últimos años se ha producido una reacción en aumento contra la educación progresista. Muchas personas creen ahora que la teoría es errónea en sí misma y que deberá ser lanzada por la borda. Está en marcha un movimiento que exige más y más disciplina, y hasta una campaña para que se permita a los maestros de las escuelas públicas imponer castigos físicos a los niños.

Quizá el factor más importante de esa reacción es el éxito notable que la Unión Soviética ha obtenido en la enseñanza. Allí se aplican en todo su rigor los anticuados métodos del autoritarismo; y los resultados, en lo que concierne a *conocimientos*, parecen indicar que lo mejor que podríamos hacer es volver a la disciplina antigua y olvidar por completo la libertad del niño.

¿Es un error la idea de una educación sin emplear la fuerza? Si la idea en sí misma no es errónea ¿cómo podemos explicarnos su relativo fracaso?

Yo creo que la idea de libertad para los niños *no* era errónea, pero sí que la idea de la libertad ha sido pervertida casi siempre. Para examinar con claridad este asunto, debemos empezar por comprender la naturaleza de la libertad, y para ello debemos distinguir entre autoridad *evidente* y autoridad *anónima*.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Un estudio más detallado del problema de la autoridad puede encontrarse en Erich Fromm, *Escape from Freedom*, Rinehart and Co., Inc., Nueva York, 1941. [Hay ed. en español: *Miedo a la libertad*.]

La autoridad evidente se ejerce directa y explícitamente. La persona investida de autoridad le dice con franqueza a quien está sometido a ella: "Debemos hacer esto. Si no, se te aplicarán tales y tales sanciones." La autoridad anónima tiende a ocultar que se emplea la fuerza. La autoridad anónima finge que no hay autoridad, que todo se hace con el consentimiento del individuo. Mientras que el maestro del pasado le decía a Juanito: "Debes hacer esto. Si no, te castigaré", el maestro de hoy dice: "Estoy seguro de que te *gustará hacer esto*." Aquí, la sanción para la desobediencia no es el castigo corporal, sino el gesto ceñudo del padre o, lo que es peor, la sensación de no estar "ajustado", de no obrar como obra la mayoría. La autoridad evidente empleaba la fuerza física; la autoridad anónima emplea el manejo psíquico.

El paso de la autoridad evidente del siglo XIX a la autoridad anónima del siglo XX fue determinado por las necesidades organizativas de nuestra sociedad industrial moderna. La concentración del capital condujo a la formación de empresas gigantescas administradas por burocracias jerárquicamente organizadas. Grandes aglomeraciones de obreros y de oficinistas trabajan juntos, y cada individuo es una pieza de una enorme máquina de producción organizada, que ha de funcionar con suavidad y sin interrupción. El trabajador individual se convierte simplemente en un engrane de esa máquina. En esta organización de la producción, el individuo es dirigido y manipulado.

Y en la esfera del consumo (en la cual se supone que el individuo expresa libremente sus preferencias), es igualmente dirigido y manipulado. Sea que se trate del consumo de alimentos, de ropas, de licores, de cigarrillos o de programas de cine o televisión, un poderoso aparato de sugestión funciona con dos propósitos: en primer lugar, aumentar constantemente el apetito del individuo hacia nuevas mercancías, y, en segundo lugar, dirigir esos apetitos por los conductos más provechosos para la industria. El hombre se convierte en el consumidor, en el eterno lactante, cuyo único deseo es consumir más y "mejores" cosas.

Nuestro sistema económico debe crear hombres adecuados a sus necesidades, hombres que *quieran* consumir cada vez más. Nuestro sistema ha de crear hombres de gustos uniformes, hombres que puedan ser influidos fácilmente, hombres cuyas necesidades puedan preverse. Nuestro sistema necesita hombres que *se sientan* libres e independientes, pero que, sin embargo, hagan lo que se espera de ellos, hombres que encajen en el mecanismo social sin fricciones, que puedan ser guiados sin recurrir a la

fuerza, conducidos sin líderes y dirigidos sin otro objetivo que el de "hacerlo bien".<sup>2</sup> No es que la autoridad haya desaparecido, ni siquiera que sea más débil, sino que de autoridad evidente de fuerza se convirtió en autoridad anónima de persuasión y sugestión. En otras palabras, para ser adaptable, el hombre moderno se ve obligado a alimentar la ilusión de que todo se hace con su consentimiento, aun cuando ese consentimiento se le extraiga mediante una manipulación sutil. Su consentimiento es obtenido, por decirlo así, por la espalda, o a espaldas de su conciencia.

Los mismos artificios se emplean en la educación progresista. Se obliga al niño a tragar la píldora, pero la píldora va envuelta en azúcar. Los padres y los maestros han confundido la verdadera educación no autoritaria con la *educación por medio de la persuasión y de la coacción disimulada*. Así se degradó la educación progresista. No llegó a ser lo que estaba destinada a ser y no se desarrolló nunca como debió hacerlo.

## II

EL SISTEMA de A. S. Neill es un punto de vista radical sobre la crianza de los niños. En mi opinión, su libro es de gran importancia porque representa el *verdadero* principio de la educación sin miedo. En la Escuela de Summerhill la autoridad no difriza un sistema de manipulaciones.

Summerhill no expone una teoría; relata la experiencia real de casi 40 años. El autor sostiene que "la libertad funciona".

Los principios subyacentes en el sistema de Neill están expuestos en este libro simple e inequívocamente. En resumen, son los siguientes:

1. Neill tiene una fe sólida "en la bondad del niño". Cree que el niño corriente no es un inválido nato, ni un cobarde, ni un autómatas inconsciente, sino que tiene potencialidades plenas para amar la vida e interesarse por ella.

2. El fin de la educación —en realidad el fin de la vida— es trabajar con alegría y hallar la felicidad. Felicidad, según Neill, quiere decir interesarse en la vida; o, como él mismo dice, responder a la vida no sólo con el cerebro, sino con toda la personalidad.

<sup>2</sup> Para un estudio más detallado de la influencia de nuestro sistema industrial sobre la estructura del carácter del individuo, véase E. Fromm, *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*, FCE, México, 4ª ed., 1962.



3. En la educación, no basta el desarrollo intelectual. La educación debe ser a la vez intelectual y afectiva. En la sociedad contemporánea encontramos una separación cada vez mayor entre el intelecto y el sentimiento. Hoy, las experiencias del hombre son principalmente experiencias de ideas y no la captación inmediata de lo que siente su corazón, de lo que ven sus ojos y de lo que oyen sus oídos. En realidad, esa separación entre el intelecto y el sentimiento ha llevado al hombre contemporáneo a un estado mental casi esquizoide, en el que ha llegado a ser casi incapaz de experimentar algo, salvo intelectualmente.

4. La educación debe engranarse con las necesidades psíquicas y las capacidades del niño. El niño no es altruista. Todavía no ama en el sentido del amor maduro del adulto. Es un error esperar del niño algo que no puede mostrar sino de un modo hipócrita. El altruismo se desarrolla *después* de la infancia.

5. La disciplina, dogmáticamente impuesta, y los castigos producen temor, y el temor produce hostilidad. Esta hostilidad puede no ser consciente y franca, pero, no obstante, paraliza el esfuerzo y la autenticidad del sentimiento. La disciplina excesiva impuesta a los niños es dañina e impide un sano desarrollo psíquico.

6. *Libertad no significa libertinaje.* Este principio tan importante, que Neill subraya, significa que el respeto entre los individuos debe ser recíproco. El maestro no emplea la fuerza contra el niño, y el niño no tiene derecho a usarla contra el maestro. El niño no tiene por qué meterse en las cosas de un adulto por ser niño, ni ejercer presión en ninguna de las muchas maneras en que puede hacerlo un niño.

7. Intimamente relacionada con ese principio está la necesidad de verdadera sinceridad por parte del maestro. El autor dice que en los 40 años de trabajo en Summerhill no engañó nunca a un niño. Todo el que lea este libro se convencerá de que esa afirmación, que puede sonar a jactancia, es la pura verdad.

8. El desarrollo humano sano hace necesario que un niño rompa al fin los lazos que lo unen con su padre y con su madre, o con quien después los sustituya en la sociedad, y que se haga verdaderamente independiente. Debe aprender a hacer frente al mundo como individuo. Debe aprender a encontrar su seguridad no en una asociación simbiótica, sino en su capacidad para captar el mundo intelectual, emocional y artísticamente. Debe emplear todas sus facultades para encontrar la unión con el

mundo, no para hallar la seguridad a través de la sumisión o del dominio.

9. La función primordial de los sentimientos de culpabilidad es vincular al niño con la autoridad. Los sentimientos de culpabilidad son un obstáculo para la independencia; inician un ciclo que oscila constantemente entre la rebelión, el arrepentimiento, la sumisión y otra vez la rebelión. La culpa, como la siente la mayor parte de la gente en nuestra sociedad, no es primordialmente una reacción ante la voz de la conciencia, sino esencialmente el saberse desobediente a la autoridad y el miedo a represalias. No importa que el castigo sea físico o consista en retirar el cariño, o simplemente en hacer que el castigado se sienta como un extraño. Todos estos sentimientos de culpabilidad engendran miedo, y el miedo engendra hostilidad e hipocresía.

10. La Escuela de Summerhill no da enseñanza religiosa. Pero esto no significa que Summerhill no se interese por lo que se llama vagamente valores humanos fundamentales. Neill lo dice concisamente: "La batalla no se establece entre creyentes y no creyentes en la teología, sino entre creyentes en la libertad humana y creyentes en la supresión de la libertad humana." Añade el autor: "Algún día una nueva generación no aceptará la religión y los mitos anticuados de hoy. Cuando llegue la nueva religión, refutará la idea de que el hombre nace en el pecado. Una religión nueva alabará a Dios por hacer feliz al hombre."

Neill es un crítico de la sociedad actual. Insiste en que el tipo de persona que formamos es el hombre-masa. "Vivimos en una sociedad demente" y "la mayor parte de nuestras prácticas religiosas son una farsa". De un modo totalmente lógico, el autor es internacionalista, y sustenta una posición firme e inflexible según la cual la inclinación a la guerra es un atavismo bárbaro de la especie humana.

Realmente, Neill no trata de educar a los niños para que encajen bien en el orden existente, sino que se esfuerza por criar niños que lleguen a ser seres humanos felices, hombres y mujeres cuyos valores no son *tener* mucho ni *usar* mucho, sino *ser* mucho. Neill es realista; puede ver que aun cuando los niños que educa no tendrán un extremado éxito en el sentido mundano, habrán adquirido un sentido de pureza que impedirá eficazmente que se conviertan en inadaptados o en mendigos hambrientos. El autor eligió entre el pleno desarrollo humano y el pleno éxito de mercado, y es inflexiblemente honrado en la manera como recorre el camino hacia la meta que ha elegido.

## III

AL LEER este libro me sentí muy estimulado y alentado. Espero que les ocurrirá lo mismo a otros lectores. No quiere esto decir que esté de acuerdo con todo lo que dice el autor. Indudablemente, la mayor parte de los lectores no leerán este libro como si fuese el Evangelio, y estoy seguro de que el autor es quien menos quiere que ocurra tal cosa.

Puedo señalar dos de mis principales reservas. Advierto que Neill subestima algo la importancia, el placer y la autenticidad de la captación intelectual del mundo, en favor de su captación artística y emocional. Además, el autor está empapado en los supuestos de Freud y, según yo lo veo, sobrestima algo la importancia del sexo, como tienden a hacer los freudianos. Pero tengo la impresión de que el autor es un hombre de tal realismo y de una percepción tan exacta de lo que es el niño, que estas críticas se refieren más a algunas de sus formulaciones que a su actitud real ante el niño.

Subrayo la palabra "realismo" porque lo que más me impresiona de la actitud del autor es su capacidad para *ver*, para discernir el hecho de la ficción, para no incurrir en las racionalizaciones e ilusiones en que vive la mayor parte de la gente y con las cuales bloquea la experiencia auténtica.

Neill es hombre de un valor hoy raro: el valor de creer en lo que ve y de combinar el realismo con una fe inamovible en la razón y el amor. Siente una incondicional reverencia por la vida y un respeto igual por el individuo. Es un experimentador y un observador, no un dogmático que tiene un interés egotista en lo que hace. Combina la educación con la terapia; mas para él la terapia no es una materia aparte para resolver algunos "problemas" especiales, sino simplemente el proceso de demostrar al niño que la vida está ahí para ser captada y no para huir de ella.

Claramente advertirá el lector que el experimento de que informa este libro es inevitablemente un experimento que no puede repetirse muchas veces en nuestra sociedad actual, y esto no sólo porque depende de que lo realice una persona extraordinaria como Neill, sino también porque son pocos los padres con el valor y la independencia suficiente para preocuparse más por la felicidad de sus hijos que por su "éxito". Pero esto no disminuye en absoluto la importancia de este libro.

Aunque hoy no existe en los Estados Unidos una escuela como la de Summerhill, a todos los padres puede serles prove-

chosa la lectura de este libro. Sus capítulos les incitarán a repensar su propia actitud hacia sus hijos. Advertirán que el modo como Neill trata a los niños es completamente distinto de lo que la mayor parte de la gente hace despectivamente a un lado por considerarlo "tolerante" en demasía. La insistencia de Neill sobre cierto equilibrio en las relaciones niño-padre —*libertad sin libertinaje*— es el tipo de pensamiento que puede modificar radicalmente las actitudes domésticas.

El padre reflexivo se sorprenderá al darse cuenta del grado de presión y de fuerza que usa contra su hijo sin saberlo. Este libro proporcionará nuevas acepciones de las palabras *amor*, *aprobación*, *libertad*.

Neill muestra un respeto incondicional por la vida y la libertad, y una negativa radical al uso de la fuerza. Los niños criados en tales métodos desarrollarán en sí las cualidades de razón, amor, integridad y valor, que son los objetivos de la tradición humanista occidental.

Si pudo ocurrir una vez en Summerhill, puede ocurrir en todas partes, *una vez que las personas estén decididas a ello*. En realidad no hay niños problemas, como el autor dice, sino únicamente "padres problemas" y una "humanidad problema". Creo que la obra de Neill es una semilla que germinará. Con el tiempo, sus ideas serán generalmente admitidas en una sociedad nueva en la que el hombre mismo y su desarrollo sean el fin supremo de todo esfuerzo social.

*Vuestros niños no son vuestros niños.  
Son los hijos e hijas del propio anhelo de vida.  
Vienen a través de vosotros pero no provienen de vosotros  
y aunque están con vosotros no os pertenecen.*

*Podéis darles vuestro amor pero no vuestros pensamientos,  
puesto que tienen sus propios pensamientos.  
Podéis alojar sus cuerpos mas no sus almas,  
puesto que sus almas moran en la casa del mañana, que vosotros no  
podéis visitar, ni en vuestros sueños.  
Podéis esforzaros en ser como ellos, pero no intentéis hacerlos como  
vosotros,  
puesto que la vida no mira ni espera al ayer.*

*Sois los arcos de los que vuestros niños parten como flechas vivientes.*

*Abandonaos en manos del arquero: será para bien.*

JALIL GIBRAN

## UNAS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN

NADIE sabe mucho en materia de psicología. Las fuerzas internas de la vida humana aún se nos ocultan en gran medida.

Desde que el genio de Freud le infundió vida, la psicología ha llegado lejos; pero todavía es una ciencia nueva, que explora la costa de un continente desconocido. Dentro de 50 años, los psicólogos probablemente se sonreirán ante nuestra ignorancia actual.

Desde que dejé la educación y me dediqué a la psicología infantil, tuve que tratar con toda clase de niños: incendiarios, ladrones, embusteros, niños que se orinan en la cama, niños de mal carácter. Años de intenso trabajo en la enseñanza de niños me han convencido de que sé muy poco relativamente de las fuerzas que motivan la vida. Pero estoy convencido de que los padres que sólo han tenido que tratar con sus propios hijos saben mucho menos que yo.

Precisamente porque creo que un niño difícil es casi siempre difícil por el tratamiento equivocado que se le dio en el hogar, me atrevo a dirigirme a los padres.

¿Qué es el campo de la psicología? Sugiero la palabra *curación*. ¿Pero qué clase de curación? No quiero que se me cure de mi costumbre de preferir los colores naranja y negro; ni quiero que se me cure de la costumbre de fumar, ni de mi gusto por una botella de cerveza. Ningún maestro tiene derecho a curar a un niño de hacer ruido con un tambor. La única cura que debe practicarse es la de curar la infelicidad.

El niño difícil es el niño infeliz. Está en guerra consigo mismo y, en consecuencia, está en guerra con el mundo.

En iguales circunstancias se encuentra el adulto difícil. Ningún hombre feliz ha perturbado nunca una reunión, ni predicado la guerra, ni linchado a un negro. Ninguna mujer feliz ha sido nunca regañona con su marido ni con sus hijos. Ningún hombre feliz cometió nunca un asesinato o un robo. Ningún patrono feliz ha metido miedo nunca a sus trabajadores.

Todos los crímenes, todos los odios, todas las guerras, pueden reducirse a infelicidad. Este libro intenta hacer ver cómo nace la infelicidad, cómo arruina las vidas humanas, y cómo pueden criarse los niños de manera que no se presente nunca una proporción crecida de esa infelicidad.

Más que eso aún, este libro es la historia de un lugar —Summerhill— donde se cura la infelicidad de los niños y, cosa más importante todavía, donde se cría a los niños en la felicidad.

## I. LA ESCUELA DE SUMMERHILL

### LA IDEA DE SUMMERHILL

ÉSTA es la historia de una escuela moderna: la de Summerhill.

Summerhill fue fundada en 1921. La escuela está situada en la aldea de Leiston, en Suffolk, Inglaterra, a unos 160 kilómetros de Londres.

Sólo unas palabras acerca de los alumnos de Summerhill. Algunos niños llegan a Summerhill a los cinco años de edad, y otros no llegan hasta los quince. Los niños permanecen en la escuela por lo general hasta que cumplen los dieciséis años. Casi siempre tenemos unos veinticinco niños y veinte niñas.

Los niños se dividen en tres grupos atendiendo a la edad: los menores van de los cinco a los siete años, los medianos de los ocho a los diez, y los mayores de los once a los quince.

Es frecuente que tengamos una proporción bastante grande de niños de países extranjeros. En la actualidad (1960) tenemos cinco escandinavos, un holandés, un alemán y un norteamericano.

Los niños están alojados por grupos de edad, con una encargada para cada grupo. Los medianos duermen en un edificio de piedra, y los mayores en cabañas. Sólo uno o dos alumnos de los mayores tienen habitaciones individuales. Suelen vivir dos, o tres, o cuatro, en cada habitación, y las niñas lo mismo. No están sometidos a ninguna inspección de las habitaciones, ni los vigila nadie. Se les deja en libertad. Nadie les dice cómo han de vestirse; llevan las ropas que quieren en cada momento.

Los periódicos la llaman la *Escuela vé como quieras*, y suponen que es una reunión de salvajes primitivos sin ley ni buenas maneras.

En consecuencia, parece necesario que yo escriba la historia de Summerhill todo lo honradamente que me sea posible. Es natural que escriba con cierta predisposición, pero procuraré mostrar los deméritos de Summerhill al igual que sus méritos. Éstos corresponderán a los méritos de niños saludables y libres cuyas vidas no están amargadas por el miedo y el odio.

Evidentemente, una escuela que obliga a niños activos a sentarse ante pupitres para estudiar materias en su mayor parte inútiles, es una escuela mala. Sólo es una buena escuela para quienes creen en *semejante* escuela, para los ciudadanos sin áni-

mo creador que quieren niños dóciles, no creadores, que encajen en una sociedad cuya norma de éxito es el dinero.

Summerhill empezó como escuela experimental. Ya no lo es; ahora es una escuela de demostración, porque demuestra que la libertad es eficaz.

Cuando mi primera esposa y yo establecimos la escuela, teníamos una idea predominante: *hacer que la escuela se acomode al niño*, y no hacer que el niño se acomode a la escuela.

Durante muchos años enseñé en escuelas comunes. Conocía bien el otro modo, y sabía que todo estaba equivocado. Era equivocado porque se basaba en el concepto que tiene el adulto de lo que debe ser un niño y de cómo debe aprender. Ese otro modo databa de los días en que la psicología era aún una ciencia desconocida.

Bien, nos pusimos a hacer una escuela en la que dejaríamos a los niños en libertad de ser ellos mismos. Para este objeto, tuvimos que renunciar a toda disciplina, a toda dirección, a toda sugestión, a toda enseñanza moral, a toda instrucción religiosa. Se nos llamó valientes, pero es algo que no exige valor. Todo lo que requería lo teníamos: la firme convicción en que el niño es un ser bueno, y no lo contrario. Durante casi cuarenta años, esa creencia en la bondad del niño no vaciló nunca; es más, se convirtió en una fe definitiva.

En mi opinión el niño es innatamente sensato y realista. Si se le deja entregado a sí mismo, sin sugestiones de ninguna clase por parte de los adultos, se desarrollará hasta donde es capaz de desarrollarse. Lógicamente, Summerhill es un lugar en el que las personas que tengan capacidad innata y quieran ser sabios, serán sabios; mientras que quienes sólo sirvan para barrer calles, barrerán calles. Pero hasta ahora no hemos producido ni un solo barrendero. Y no lo digo con presunción, porque prefiero que una escuela produzca un barrendero feliz que un sabio neurótico.

¿A qué se parece Summerhill? Bueno, entre otras cosas, las lecciones son optativas. Los niños pueden asistir a ellas o no, durante años, si así lo quieren. Hay un horario, pero sólo para los maestros.

Por lo común, los niños tienen clases de acuerdo con su edad, pero a veces de acuerdo con sus intereses. No tenemos métodos nuevos de enseñanza, porque no creemos que importe mucho la enseñanza en sí misma. El que una escuela tenga o no tenga un método especial para enseñar la división no abreviada carece de importancia, porque la división no abreviada no tiene im-

portancia salvo para quienes *quieran* aprenderla. Y el niño que *quiere* aprender la división no abreviada la *aprenderá* sea como sea que se le enseñe.

Los niños que llegan a Summerhill en edad de kindergarten, asisten a las lecciones desde el comienzo de su permanencia; pero los niños que proceden de otras escuelas juran no volver a asistir nunca jamás a lecciones detestables. Juegan, montan en bicicleta y se portan como personas, pero huyen de las lecciones. Esto se prolonga a veces durante meses. El tiempo de recuperación es proporcional al odio que les produjo su última escuela. Nuestro caso récord fue una niña procedente de un convento. Holgazaneó durante tres años. El periodo medio de recuperación, en la aversión a las lecciones, es de tres meses.

Los extraños a esta idea de la libertad se preguntarán qué clase de manicomio es éste, donde los niños juegan todo el día si así lo desean. Muchos adultos dicen: —Si me hubieran mandado a una escuela así, nunca habría hecho nada. Otros dicen: —Esos niños se sentirán muy inferiores cuando tengan que competir con niños a los que se haya hecho estudiar.

Me acuerdo de Jack, que nos dejó a los diecisiete años para ir a una fábrica de máquinas. Un día lo llamó el gerente.

—Tú eres de Summerhill —le dijo—. Tengo curiosidad por saber qué educación prefieres ahora que estás en contacto con muchachos de escuelas al viejo estilo. Suponiendo que tuvieras que elegir otra vez, ¿irías a Eton o a Summerhill?

—A Summerhill, naturalmente —replicó Jack.

—Pero ¿qué ofrece Summerhill que no ofrezcan las otras escuelas?

Jack se rascó la cabeza.

—No lo sé —dijo lentamente—. Creo que le da a uno un sentimiento total de confianza en sí mismo.

—Sí —dijo el director secamente. Lo noté cuando entraste en la habitación.

—¡Dios! —dijo Jack riéndose—. Lo siento si le di esa impresión.

—Me agradó —dijo el director—. La mayor parte de los individuos, cuando los llamo a la oficina, se inquietan y parecen incómodos. Tú entraste como un igual mío. ¿A qué departamento dijiste que te gustaría ser trasladado?

Esta historia revela que la instrucción en sí misma no es tan importante como la personalidad y el carácter. Jack fracasó en sus exámenes universitarios porque odiaba aprender mediante los libros. Pero su falta de conocimientos sobre los *Lamb's*

*Essays* o del idioma francés no fue para nada un obstáculo en su vida. Y ahora es un buen mecánico.

De todos modos, se aprende mucho en Summerhill. Quizá un grupo de nuestros niños de doce años no pueda competir con una clase de la misma edad en caligrafía, lectura o resolución de fracciones. Pero, en un examen que requiera originalidad, nuestro grupo dejaría pequeños a los otros.

No tenemos en la escuela exámenes de curso, pero de cuando en cuando hago uno por diversión. En uno de esos papeles aparecen las siguientes preguntas:

*¿Dónde están las siguientes cosas?: Madrid, Isla, Jueves, ayer, amor, democracia, odio, mi destornillador de bolsillo (para ésta, ¡ay!), no existe respuesta útil).*

*Di el significado de lo siguiente (el número indica cuántas acepciones se esperan de cada cosa): "Hand" (3) . . . sólo dos dieron con la tercera acepción (unidad de medida que se aplica a los caballos).\* "Brass" (4) . . . metal, carrillo, oficiales superiores del ejército, sección de una orquesta. Traduce el monólogo "Ser o no ser", del Hamlet, al "summerhillés".*

Evidentemente, estas preguntas no están hechas en serio, y los niños se divierten mucho con ellas. En conjunto, los recién llegados no están al nivel, en las respuestas, de los que ya se han aclimatado a la escuela. Y no es porque tengan menos energía cerebral, sino más bien porque están tan acostumbrados a trabajar con una rutina seria, que la broma más ligera los desconcierta.

Este es el aspecto de juego que tiene nuestra enseñanza. Se trabaja mucho en todas las clases. Si por alguna causa un maestro no puede dar su clase el día señalado, los alumnos se sienten fuertemente desilusionados.

David, de nueve años, tuvo que ser aislado a causa de la tosferina. —Perderé la lección de geografía de Roger —protestó. David estaba en la escuela prácticamente desde que nació, y tenía ideas definidas y terminantes sobre la necesidad de asistir a las clases. Ahora es profesor de matemáticas en la Universidad de Londres.

\* Equivale a 4 pulgadas. Con ese valor de medida, en español se dice palmo, y no mano. [T.]

Hace unos años alguien propuso en una asamblea general de la escuela (en la que toda la escuela vota sobre las diversas reglas escolares, con un voto por cada alumno y por cada miembro del personal) que cierto delincuente fuera castigado prohibiéndole asistir a las clases durante una semana. Los demás niños protestaron porque les pareció demasiado severo el castigo.

Mi personal y yo sentimos un odio cordial por todos los exámenes. Para nosotros, los exámenes universitarios son aborrecibles. Pero no podemos negarnos a enseñar a los niños las materias requeridas. Indudablemente, mientras haya exámenes, serán nuestros amos. En consecuencia, el personal de Summerhill siempre está calificado para enseñar en el nivel exigido.

No es que quieran pasar esos exámenes muchos niños; sólo lo hacen los que van a la Universidad y no parecen encontrarlo especialmente difícil. Por lo general, empiezan a prepararse seriamente para pasarlos a la edad de catorce años, y trabajan en ellos unos tres años. No siempre pasan al primer intento, pero lo más importante es que lo intentan de nuevo.

Summerhill es posiblemente la escuela más feliz del mundo. No tenemos vagos y son raros los casos de nostalgia. Muy de cuando en cuando hay riñas; sí hay altercados, naturalmente, pero rara vez he visto peleas como las que teníamos cuando éramos muchachos. Es raro oír gritar a un niño, porque los niños, cuando son libres, tienen menos odio que expresar que cuando se sienten oprimidos. El odio crea odio, y el amor crea amor. Éste implica aprobación para los niños, y eso es esencial en toda escuela. No puede estarse al lado de los niños si se les castiga y se les riñe con violencia. Summerhill es una escuela en la que el niño sabe que es bien visto.

Recuérdese que no estamos por encima ni más allá de las flaquezas humanas. Pasé varias semanas plantando patatas una primavera, y cuando encontré en junio arrancadas ocho plantas, armé un gran alboroto. Pero había una diferencia entre mi alboroto y el de un individuo autoritario. Mi alboroto se refería a las patatas, pero el de un autoritario se habría convertido en un problema moral, del bien y el mal. Yo no dije que fuese malo robar mis patatas, no convertí el hecho en asunto de bien y de mal, sino en asunto de *mis patatas*: eran *mis* patatas, y debieron dejarlas en paz. Espero que resulte clara la diferencia.

Lo diré de otra manera. Para los niños, yo no soy una autoridad a la que tengan que temer. Soy su igual, y el berrinche que hago por mis patatas no tiene más importancia para ellos que el berrinche que podría hacer un muchacho por un

pinchazo en una cámara de su bicicleta; no tiene interés hacer un berrinche con un muchacho cuando sois iguales.

Ahora bien, habrá quien diga: "Todo eso es palabrería. No puede haber igualdad. Neill es el jefe; es mayor y sabe más." Eso es verdad, ciertamente. Soy el jefe, y, si la casa se incendiase, los niños correrían a mí. Saben que soy mayor y que sé más, pero eso no importa cuando trato con ellos en su propio terreno, en el sembrado de patatas, por decirlo así.

Cuando Billy, de cinco años, me dijo que me fuera de la reunión de su cumpleaños porque no había sido invitado, me fui inmediatamente sin el menor titubeo, lo mismo que Billy sale de mi habitación cuando no deseo su compañía. No es fácil describir estas relaciones entre maestro y niño, pero todo visitante de Summerhill sabe lo que quiero decir cuando afirmo que la relación es ideal. Se ve en la actitud hacia el personal en general. A Rudd, el químico, se le conoce por Derek; otros individuos del personal son conocidos por Harry, Ulla, Pam; yo soy Neill, y la cocinera es Esther.

En Summerhill todo el mundo tiene iguales derechos. A nadie se le permite andar por encima de mi piano de cola, y a mí no se me permite usar la bicicleta de un niño sin su permiso. En una asamblea general de la escuela, el voto de un niño de seis años vale tanto como el mío.

Pero, dice el entendido, en la práctica los votos de los grandes son los que cuentan. ¿El niño de seis años no espera a ver cómo vota antes de levantar la mano? Querría que fuera así, porque muchas veces mis propuestas son rechazadas. Los niños libres no se dejan influir fácilmente; la falta de miedo explica ese fenómeno. Realmente, la falta de miedo es la cosa más hermosa que puede ocurrirle a un niño.

Nuestros niños no temen a nuestro personal. Una de las reglas de la escuela es que después de las diez de la noche debe haber silencio en el corredor alto. Una noche, hacia las once, se produjo una batalla de almohadazos, y yo salí de mi escritorio, donde estaba escribiendo, para protestar contra el alboroto. Cuando subí la escalera, hubo una fuga general y el corredor estaba vacío y silencioso. De repente oí una voz contrariada que decía: —¡Bah! ¡Si es Neill! —y la broma empezó otra vez inmediatamente. Cuando expliqué que estaba tratando de escribir un libro, abajo, se mostraron interesados y en seguida se pusieron de acuerdo para no hacer ruido. La huida fue porque creyeron que el que subía era su oficial de dormitorio (un niño de su misma edad).

Destaco la importancia de esta falta de miedo a los adultos. Un niño de nueve años vendrá a decirme que rompió un vidrio con la pelota. Me lo dice porque no tiene miedo de despertar la cólera de la indignación moral. Quizás tenga que pagar el vidrio, pero no teme ni regaños ni castigos.

En una ocasión, años atrás, el gobierno de la escuela dimitió, y nadie quería presentarse para ser elegido. Aproveché la ocasión para poner esta nota: "En ausencia de gobierno, me declaro dictador. ¡Viva Neill!" No tardaron en correr rumores. Por la tarde Viviana, de seis años de edad, acudió a mí y me dijo: —Neill, rompí un vidrio en el gimnasio.

La despedí diciéndole: —No me molestes con pequeñeces como ésa —y se fue.

Volvió poco después y dijo que había roto dos vidrios. Esta vez entré en curiosidad y le pregunté qué le sucedía.

—No me gustan los dictadores —dijo—, y no me gusta quedarme sin comida. (Después averigüé que la oposición a la dictadura había tratado de imponerse a la cocinera, quien inmediatamente cerró la cocina y se fue a su casa.)

—Bueno —pregunté—. ¿Y qué vas a hacer ahora?

—Romper más cristales —dijo tercamente.

—Vete —le dije, y se fue.

Cuando volvió, anunció que había roto diecisiete vidrios.

—Pero no te preocupes —dijo seriamente—, voy a pagarlos.

—¿Cómo?

—Con el dinero de mis domingos. ¿Cuánto tiempo me llevará?

Hice un cálculo rápido.

—Unos diez años —dije.

Pareció disgustada por un momento. Después vi cómo se le iluminaba la cara.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Pero si no tengo que pagarlos!

—Pero, ¿y la regla sobre la propiedad privada? —le pregunté. Los vidrios son de mi propiedad.

—Ya lo sé, pero ahora no hay regla sobre la propiedad privada. No hay gobierno, y el gobierno es el que hace las reglas.

Quizá fue mi expresión la que la hizo añadir:

—Pero de todos modos, los pagaré.

Pero no tuvo que pagarlos. Poco después di una conferencia en Londres y conté la historia, y al terminar la charla se me acercó un joven y me entregó un billete de una libra "para pagar los vidrios de aquel diablillo". Dos años después Viviana todavía le hablaba a la gente de sus vidrios y del individuo

que los había pagado: —Debía ser un tonto terrible, porque nunca me había visto.

Los niños entran en relaciones con desconocidos más fácilmente cuando no conocen el miedo. En el fondo, la reserva inglesa es miedo, realmente; y por eso los más reservados suelen ser los más ricos. El hecho de que los niños de Summerhill sean tan excepcionalmente amistosos con los visitantes y los desconocidos es motivo de orgullo para mí y para mi personal.

Pero debemos confesar que muchos de nuestros visitantes son personas que interesan a los niños. El tipo de visitante al que peor reciben es el maestro, en especial el maestro serio, que quiere ver sus dibujos y sus escritos. El mejor recibido es el que tiene buenas historias que contar, de aventuras y viajes, o mejor que nada, de aviación. Un boxeador o un buen jugador de tenis se ve rodeado inmediatamente, pero los visitantes que exponen teorías se ven pronto solos.

La observación más frecuente que hacen los visitantes es que no pueden decir quién es maestro y quién alumno. Es verdad: el sentimiento de unidad es así de fuerte cuando los niños se sienten apoyados. No hay deferencia para un maestro en cuanto maestro. El personal y los alumnos comen la misma comida y tienen que obedecer las mismas leyes de la comunidad. Los niños se resentirían si se le concediese algún privilegio al personal docente.

Cuando yo daba al personal una charla sobre psicología cada semana, corrieron rumores de que no era justo. Cambié de plan y di las charlas para todo el que tuviera más de doce años. Todos los martes por la noche mi habitación se llena de muchachos impacientes que no sólo escuchan, sino que dan sus opiniones libremente. Entre los asuntos de que me han oído hablar los niños figuran éstos: el complejo de inferioridad, psicología del robo, psicología del *gangster*, psicología del humor, ¿por qué el hombre se hizo moralista?, la masturbación, psicología de las muchedumbres. Es evidente que estos niños entrarán en la vida con un conocimiento más claro de sí mismos y de los demás.

La pregunta que con más frecuencia hacen los visitantes de Summerhill es ésta: —¿No cambiarán los niños de opinión y censurarán a la escuela por no hacerles aprender aritmética o música? La respuesta está en que el joven Freddy Beethoven y el joven Tommy Einstein se rehusarán a ser apartados de sus esferas respectivas.

La función del niño es vivir su propia vida, no la que sus impacientes padres desean para él, ni la que esté de acuerdo

con el propósito del educador que cree saber qué es lo que más le conviene. Todas estas interferencias y guías por parte de los adultos sólo producen una generación de autómatas.

No podéis *hacer* a los niños aprender música ni ninguna otra cosa sin convertirlos en cierto grado en adultos abúlicos. Los convertís en aceptantes del *statu quo*, cosa buena para una sociedad que necesita individuos dócilmente sentados en escritorios tristes, parados tras los mostradores, que tomen mecánicamente el tren suburbano de las 8:30; en resumen, una sociedad sustentada sobre las raídas espaldas de hombrecillos amedrentados, de conformistas mortalmente asustados.

#### UNA OJEADA A SUMMERHILL

Permítaseme describir un día típico en Summerhill. El desayuno se toma de 8:15 a 9. Maestros y alumnos llevan su desayuno de la cocina al comedor. Se supone que las camas deben estar hechas a las 9:30, hora en que empiezan las clases.

Al empezar cada semestre, se fija un horario. Así, los lunes, Derek tiene laboratorio con el primer año, los martes con el segundo, y así sucesivamente. Yo tengo un horario parecido para inglés y matemáticas, Maurice para geografía e historia. Los niños más pequeños (de siete a nueve años) por lo general están con su propio maestro la mayor parte de la mañana, pero también van a la sala de ciencias o de artes.

A ningún alumno se le obliga a asistir a las clases. Pero si Jimmy asiste a inglés el lunes y no vuelve a aparecer hasta el viernes de la semana siguiente, los otros en seguida objetan, con razón, que hace que se retrase el trabajo, y quizás lo excluyan porque les impide progresar.

Las lecciones duran hasta la una; pero los niños del kindergarten y los de los primeros años comen a las 12:30. En la escuela se come en dos turnos: los maestros y los niños mayores se sientan a comer a la 1:30.

Las tardes son completamente libres para todos. No sé lo que hacen todos durante la tarde: yo cuido el jardín, y rara vez veo por allí a alguno de los más pequeños; otros juegan a los *gangsters*; algunos de los mayores trabajan en motores y radios o dibujan y pintan. Cuando hace buen tiempo, los mayores practican algún deporte. Otros se distraen en el taller, reparando sus bicicletas o haciendo barquitos o revólveres.

A las cuatro se sirve el té; a las cinco empiezan diversas actividades. A los menores les gusta que se les lea; a los medianos



les gusta trabajar en la sala de arte: pintan, graban en linóleo, hacen trabajos en cuero o canastas. En la alfarería suele haber un grupo muy ocupado; en realidad, la alfarería parece ser un lugar preferido mañana y tarde. El grupo de los mayores trabaja de las cinco en adelante. Todas las noches está lleno el taller de metales y la carpintería.

Las noches de los lunes los niños van al cine de la localidad a expensas de sus padres. Cuando cambian de programa el jueves, los que tienen dinero vuelven a ir.

Los martes por la noche, los maestros y los mayores escuchan mi charla sobre psicología; al mismo tiempo, los menores forman varios grupos de lectura. Las noches de los miércoles se dedican a la danza; los discos de danzas son escogidos entre gran número de ellos: todos los niños son buenos danzarines, y algunos visitantes dicen que se sienten inferiores cuando danzan con ellos. Las noches de los jueves no hay nada especial, los mayores van al cine, a Leiston o a Aldeburgh. El viernes se reserva para algún acontecimiento especial, como por ejemplo, el ensayo de alguna obra teatral.

La noche del sábado es para nosotros la más importante, porque es cuando se celebran las asambleas generales de la escuela. Después suele haber baile. En los meses de invierno, se dedica al teatro la tarde de los domingos.

No hay horario para el trabajo manual. No hay lecciones fijas de carpintería. Los niños hacen lo que quieren, y lo que quieren hacer es casi siempre un revólver o fusil de juguete, una barca o una cometa. No les interesan mucho los ensambles complicados como el de cola de milano; ni siquiera los muchachos mayores se preocupan por la carpintería difícil. No son muchos los que se interesan por mi propia afición —trabajos de latonería a martillo—, porque no se le puede poner mucha fantasía a un cazo de latón.

Un día bueno quizás no veáis a los niños *gangsters* de Summerhill: andan por los rincones lejanos dedicados a sus hazañas. Pero veréis a las niñas: están en la casa o cerca de ella, y nunca muy lejos de las personas mayores.

Con frecuencia veréis la sala de arte llena de niñas que pintan y trabajan con telas brillantes. Pero creo que, en general, los niños pequeños tienen más espíritu creador; por lo menos nunca oí decir a un niño que se aburre porque no sabe qué hacer, en tanto que a veces se lo oigo decir a las niñas.

Es posible que me parezcan más creadores los niños porque la escuela esté mejor equipada para ellos que para las niñas.

A las niñas de diez o más años les sirve de poco un taller para trabajar metales o madera; no sienten el deseo de jugar con máquinas ni las atraen la electricidad o la radio. Tienen sus trabajos artísticos, como son la alfarería, el grabado en linóleo, la pintura y las labores de costura, mas para algunas esto no es suficiente. Los muchachos son tan hábiles en cocinar como las niñas; niñas y niños escriben y representan sus propias comedias, y hacen las ropas y los escenarios. En general, el talento teatral de los alumnos es de alto nivel, porque actúan con sinceridad y no por presunción.

Las niñas parecen frecuentar el laboratorio de química tanto como los niños: el taller es quizá el único lugar que no atrae a las niñas de más de nueve años.

Las niñas toman una parte menos activa en las asambleas de la escuela que los niños, y no sé cómo explicar este hecho.

Hasta hace unos años, las niñas venían más tarde a Summerhill: muchas de ellas habían fracasado en conventos y en escuelas de niñas. Yo nunca considero a esos niños como verdaderos ejemplos de educación libre. Esas niñas que venían tarde solían ser hijas de padres que no estimaban la libertad, pues si la hubieran estimado sus niñas no hubieran sido problemas. Después, cuando la niña se curaba en Summerhill de su defecto especial, se la llevaban sus padres a "una buena escuela para que la educasen". Pero en los años recientes hemos recibido niñas de hogares que creen en Summerhill. Forman un lindo ramillete y están, además, llenas de espíritu, originalidad e iniciativa.

Algunas veces se nos han ido niñas por razones financieras, y en ocasiones porque sus hermanos estaban en escuelas particulares caras. La vieja tradición de hacer del hijo la persona importante de la familia, es muy persistente. También hemos perdido niños y niñas por celos de los padres, que temían que sus hijos pusieran en la escuela el cariño que debían poner en el hogar.

Summerhill siempre ha tenido que luchar mucho para ir tirando. Pocos padres tienen la paciencia y la fe de enviar a sus hijos a una escuela en la que pueden jugar, si no quieren aprender. Los padres tiemblan de pensar que su hijo no sea capaz de ganarse la vida a los veintiún años.

Hoy, los alumnos de Summerhill son en su mayor parte niños cuyos padres quieren educarlos sin disciplina restrictiva. Esto es una circunstancia de lo más feliz, porque en otro tiempo recibí al hijo de un reaccionario que me lo enviaba por pura

desesperación. Estos padres no tienen ningún interés en la libertad de los hijos, y en secreto deben habernos considerado como un montón de chiflados. Era muy difícil explicarles las cosas a esos reaccionarios.

Recuerdo al caballero militar que pensaba matricular a su hijo de nueve años.

—El lugar me parece muy bien —dijo—; pero temo una cosa. Mi hijo puede aprender a masturbarse aquí.

Le pregunté por qué lo temía.

—Le hará mucho daño —dijo.

—No nos hizo mucho daño ni a usted ni a mí, ¿no es cierto? —dije bromeando.

Se fue volando con su hijo.

Hubo también el caso de la madre rica, quien, después de hacerme preguntas durante una hora, se volvió a su marido y dijo:

—No sé qué hacer, si mandar aquí a Marjorie o no.

—No se moleste —dije—. Yo lo decidí por usted. No la recibiré.

Tuve que explicarle lo que quise decir:

—Usted no cree de verdad en la libertad —dije—. Si Marjorie viniera aquí, tendría que pasarme media vida explicándole a usted constantemente en qué consiste, y finalmente aún no quedaría usted convencida. El resultado sería desastroso para Marjorie, porque perpetuamente tendría delante la duda espantosa: ¿Quién tiene razón, mi casa o la escuela?

Los padres ideales son los que llegan y dicen: —Summerhill es el lugar para nuestros chicos; ninguna otra escuela podría serlo.

Cuando abrimos la escuela, las dificultades fueron particularmente graves. Sólo podíamos admitir niños de las clases media y alta, porque teníamos que cubrir los gastos. No teníamos detrás ninguna persona rica. En los primeros tiempos de la escuela, un benefactor, que quiso guardar el anónimo, nos ayudó en uno o dos momentos difíciles; y después uno de los padres hizo donativos generosos: una cocina nueva, una radio, un ala nueva para la casa, un taller nuevo. Era el benefactor ideal, porque no puso condiciones ni pidió nada en compensación. —Summerhill dio a mi Jimmy la educación que yo quería para él —dijo simplemente; porque James Shand era un verdadero creyente en la libertad para los niños.

Pero no pudimos nunca admitir a hijos de padres muy pobres. Es una lástima, porque tuvimos que limitar nuestro es-

tudio únicamente a niños de la clase media. Y algunas veces es difícil ver el carácter de un niño cuando se oculta tras demasiado dinero y ropas caras. Cuando una niña sabe que al cumplir los veintiún años entrará en posesión de una cantidad importante de dinero, no es fácil estudiar en ella la naturaleza infantil. Pero, felizmente, la mayor parte de los alumnos actuales y pasados de Summerhill no fueron maleados por la riqueza; todos ellos saben que tendrán que ganarse la vida cuando salgan de la escuela.

En Summerhill tenemos camareras o doncellas que trabajan para nosotros todo el día, pero que duermen en sus casas. Son muchachas jóvenes que trabajan mucho y bien. En un ambiente libre en que no las manda nadie, trabajan más y mejor que las doncellas sometidas a una autoridad. Son muchachas excelentes en todos los aspectos. Siempre me siento avergonzado por el hecho de que esas muchachas tengan que trabajar mucho porque nacieron pobres, mientras que he tenido niñas mimadas de familias bien acomodadas que no tenían ni energías para hacer su propia cama. Pero tengo que confesar que yo mismo odio hacerme la cama. Mi mala excusa de que tengo otras muchas cosas que hacer no impresionaba a los niños. Se burlaban de mí diciendo que no puede esperarse que un general recoja la basura.

Más de una vez he indicado que los adultos no son en Summerhill dechados de virtud. Somos humanos como todos los demás, y nuestras flaquezas entran muchas veces en conflicto con nuestras teorías. En un hogar corriente, si un niño rompe un plato, el padre o la madre hacen un berrinche, dando más importancia al plato que al niño. En Summerhill, si una muchacha o un niño dejan caer una pila de platos, yo no digo nada, y mi mujer tampoco dice nada. Los accidentes son accidentes. Pero si un niño coge un libro y lo deja expuesto a la lluvia, mi mujer se enfada, porque los libros significan mucho para ella. En este caso, personalmente soy indiferente, porque los libros tienen poco valor para mí. Por otra parte, mi esposa parece vagamente sorprendida cuando me enfado porque se ha roto un formón. Yo doy valor a las herramientas, pero las herramientas significan poco para ella.

En Summerhill nuestra vida es un dar constante. Los visitantes nos cansan más que los niños, porque también ellos nos piden que demos. Quizá sea mejor dar que recibir, pero indudablemente es más agotador.

Nuestras asambleas generales de los sábados por la noche re-

velan, ¡ay!, el conflicto entre niños y adultos. Esto es natural, porque tener una comunidad de diferentes edades y que todo el mundo lo sacrificase todo a los niños más pequeños, sería estropear por completo a esos niños. Los adultos se quejan si un grupo de mayores no los deja dormir con sus risas y charlas después de que todos se han ido a la cama. Harry se queja de que pasó una hora proyectando un panel para la puerta de la fachada, se fue a comer y cuando volvió se encontró con que Billy lo había convertido en un estante. Yo hago acusaciones contra los niños que se llevaron mi equipo de soldar y no lo devolvieron. Mi esposa se enfada porque tres niños pequeños fueron después de comer y dijeron que tenían hambre, y cogieron pan y confitura, y a la mañana siguiente se encontraron los trozos de pan tirados en el pasillo. Peter informa con tristeza que un grupo se dedicó a tirarse unos a otros su preciosa arcilla en el cuarto de alfarería. Y así, continúa la lucha entre el punto de vista del adulto y la despreocupación juvenil. Pero la lucha no degenera nunca en cuestiones personales; no hay el menor sentimiento de acritud contra los individuos. Este conflicto mantiene muy vivo a Summerhill. Siempre ocurre algo, y no hay un día insulso en todo el año.

Felizmente, el personal no es demasiado egoísta, aunque reconozco que me hiere cuando compro un tono especial de pintura a tres libras el galón y después me encuentro con que una muchacha ha cogido la preciosa materia para pintar una cama vieja. Yo soy egoísta en cuanto a mi coche, mi máquina de escribir y mis herramientas del taller, pero no tengo el menor sentimiento de propiedad respecto de las personas. Si tenéis ese sentimiento, no podéis ser maestros de escuela.

El desgaste de material en Summerhill es un proceso natural, sólo podría evitarse con el miedo. El desgaste de energías psíquicas no puede evitarse de ningún modo, porque los niños piden y hay que darles. La puerta de mi despacho se abre cincuenta veces al día y un niño hace una pregunta: —¿Hay cine esta noche? —¿Por qué no tomo una lección particular? —¿Visite a Pamela? —¿Dónde está Ena? Y así constantemente todo el día, y yo no siento que haga ningún esfuerzo en el momento, aunque no tengamos verdadera vida privada, en parte porque la casa no es buena para escuela, y no lo es desde el punto de vista del adulto, porque los niños están siempre encima de nosotros. Pero al terminar el curso, mi esposa y yo estamos completamente fatigados.

Una cosa digna de señalarse es que los individuos del personal rara vez pierden la paciencia. Eso dice mucho a favor de los niños y a favor del personal. En realidad, es una delicia vivir con estos niños, y las ocasiones de perder la paciencia son muy pocas. Si un niño es libre para decidir por sí mismo, habitualmente no será rencoroso. No encontrará ninguna diversión en hacer que un adulto pierda la paciencia.

Tuvimos una maestra que era supersensible a la crítica, y las niñas la atormentaban. No podían molestar a ningún otro individuo del personal, porque nadie más reaccionaba de aquel modo. Sólo puede molestar a personas que tienen dignidad.

¿Presentan los niños de Summerhill la agresividad habitual en los niños corrientes? Bueno, todo niño debe tener cierta agresividad para abrirse camino en la vida. La agresividad exagerada que vemos en los niños no libres es una protesta contra el odio que se les ha mostrado. En Summerhill, donde ningún niño se siente odiado por los adultos, no es tan necesaria la agresividad. Los niños agresivos que tenemos son invariablemente los que no encontraron en el hogar amor y comprensión.

Cuando yo era niño, en una escuela de aldea, las narices sangrantes eran por lo menos un fenómeno semanal. La agresividad de tipo peleador es odio, y los niños llenos de odio necesitan pelear. Cuando los niños están en una atmósfera de la que se ha eliminado el odio, no lo muestran.

Creo que la importancia concedida por Freud a la agresividad se debe al estudio de hogares y escuelas *tal como son*. No puede estudiarse la psicología canina observando a un perdiguero encadenado. Ni puede teorizarse dogmáticamente sobre psicología humana cuando la humanidad está atada con una cadena muy fuerte, forjada por generaciones de odiadores de la vida. Encuentro que en la libertad de Summerhill la agresividad no se manifiesta con la fuerza con que se manifiesta en las escuelas de disciplina rigurosa.

Pero, en Summerhill, libertad no quiere decir renuncia al sentido común. Tomamos todas las precauciones para la seguridad de los alumnos: pueden bañarse cuando hay un salvavidas por cada seis niños; ningún niño menor de once años puede andar solo en bicicleta por las calles. Estas reglas proceden de los niños mismos, votadas en una asamblea escolar general.

Pero no hay ninguna ley relativa a trepar árboles. El trepar árboles es una parte de la educación de la vida; y prohibir todas las empresas peligrosas haría cobarde al niño. Prohibimos trepar a los tejados, y prohibimos las escopetas de aire y otras

armas que puedan herir. Siempre estoy intranquilo cuando empiezo el furor por las espadas de madera; insisto en que se cubran las puntas con caucho o con tela, pero aun así me alegro cuando pasa la locura. No es fácil trazar la línea divisoria entre el cuidado sensato y la ansiedad.

Nunca he tenido favoritos en la escuela. Desde luego, siempre he querido a unos niños más que a otros, pero he procurado ocultarlo. Posiblemente el éxito de Summerhill se ha debido en parte a que los niños sienten que todos son tratados por igual, y tratados con respeto. Temo la existencia en una escuela de actitudes sentimentales hacia los alumnos; es muy fácil hacer de los gansos cisnes, o ver un Picasso en un niño que embadurna un lienzo con colores.

En la mayor parte de las escuelas en que enseñé, la sala del personal era un pequeño infierno de intrigas, odios y celos. Nuestra sala del personal es un lugar feliz. No existen los rencores tan frecuentes en otras partes. Con la libertad, los adultos adquieren la misma felicidad y buena voluntad que adquieren los alumnos. Algunas veces, un individuo nuevo de nuestro personal reacciona a la libertad de un modo muy parecido a los niños: puede andar sin afeitarse, estar hasta demasiado tarde en la cama, y hasta infringir las leyes de la escuela. Felizmente, el librarse de complejos lleva mucho menos tiempo en los adultos que en los niños.

En noches de domingos alternos, cuento a los niños menores una historia acerca de sus propias aventuras. Lo he hecho durante años. Los llevé al África tenebrosa, bajo el mar, sobre las nubes. Hace algún tiempo me hice morir a mí mismo. Summerhill caía en manos de un individuo riguroso llamado Muggins. Hizo obligatoria la asistencia a las clases. Bastaba decir ¡zas! para ser apaleado. Describí la mansedumbre con que todos obedecían sus órdenes.

Los de tres a ocho años se enfurecieron contra mí. —No es cierto. —Todos escapamos. —Lo matamos a martillazos. —¿Crees que íbamos a aguantar a un hombre así?

Al fin, averigüé que podía contentarlos únicamente volviendo a la vida de nuevo y arrojando al señor Muggins por la puerta a puntapiés. Aquéllos eran en su mayor parte niños pequeños que no habían conocido nunca una escuela rigurosa, y su reacción de furor fue espontánea y natural. Un mundo en el que el maestro no estaba de su lado les parecía un mundo espantoso, no sólo a causa de su experiencia en Summerhill,

sino también a causa de su experiencia en el hogar, donde mamá y papá estaban también de su lado.

Un norteamericano, profesor de psicología, criticó nuestra escuela fundándose en que es una isla, que no encaja en ninguna comunidad y que no forma parte de una unidad social más amplia. Mi contestación es la siguiente: Si yo fundase una escuela en una población pequeña, procurando hacer de ella una parte de la comunidad, ¿qué ocurriría? De un centenar de padres, ¿cuántos aprobarían la asistencia libre a las clases? ¿Cuántos aprobarían el derecho del niño a masturbarse? Desde el primer momento, tendría que andar en componendas con lo que yo creo que es la verdad.

Summerhill es una isla. Tiene que ser una isla, porque los padres viven a kilómetros de distancia, en países de Ultramar. Como es imposible reunir a todos los padres en la población de Leiston, Suffolk, Summerhill no puede formar parte de la vida cultural, económica y social de Leiston.

Me apresuro a decir que la escuela no es una isla para Leiston. Tenemos muchas relaciones con gente de la localidad, y esas relaciones son amistosas por una parte y por otra. Pero, fundamentalmente, no formamos parte de la comunidad. Yo no pensaría nunca en pedirle al director del periódico local que publicase los triunfos de mis antiguos alumnos.

Jugamos con los niños de la población, pero nuestros fines educativos son muy diferentes. Como no tenemos filiación religiosa, no tenemos ninguna conexión con las corporaciones religiosas de la población. Si Summerhill formase parte del centro de comunidad de la población, estaría obligada a dar enseñanza religiosa a sus alumnos.

Percibo claramente que mi amigo norteamericano no se daba cuenta de lo que significaba su crítica. Según yo la interpreto, significa: Neill no es más que un rebelde contra la sociedad; su sistema no puede contribuir en nada a fundir la sociedad en una unidad armoniosa, no puede salvar el abismo que media entre la psicología del niño y la ignorancia social de la psicología infantil, entre la vida y la anti-vida, entre la escuela y el hogar. A esto respondo que no trato de hacer prosélitos de la sociedad: lo único que puedo hacer es convencer a la sociedad de que necesita librarse de su odio y de sus castigos y de su misticismo. Aunque escribo y digo lo que pienso de la sociedad, si intentara reformarla *por la acción*, la sociedad me mataría como a un peligro público.

Por ejemplo, si yo tratara de formar una sociedad en la que los adolescentes gozaran de libertad para tener su propia y natural vida amorosa, me arruinaría, si no era encarcelado, como seductor inmoral de la juventud. Odiando la componenda como la odio, aquí tendría que admitirla, al darme cuenta de que mi tarea primordial no es la reforma de la sociedad, sino hacer felices a unos pocos niños.

#### LA EDUCACIÓN DE SUMMERHILL FRENTE A LA EDUCACIÓN NORMAL

Yo sostengo que el fin de la vida es encontrar la felicidad, lo cual significa encontrarle interés; la educación debe ser una preparación para la vida. Nuestra cultura no ha tenido mucho éxito; nuestra educación, nuestra política y nuestra economía conducen a la guerra; nuestras medicinas no han acabado con las enfermedades; nuestra religión no ha abolido la usura y el robo; nuestro decantado humanitarismo permite aún que la opinión pública apruebe el bárbaro deporte de la caza; los progresos de la época son progresos mecánicos, en radio y televisión, en electrónica, en aeroplanos de propulsión a chorro; nos amenazan nuevas guerras mundiales, porque la conciencia social del mudo todavía es primitiva.

Si sentimos gusto en formular preguntas hoy, podemos hacer unas pocas embarazosas. ¿Por qué parece que el hombre sufre muchas más enfermedades que los animales? ¿Por qué el hombre odia y mata en la guerra, y los animales no? ¿Por qué aumentan los casos de cáncer? ¿Por qué hay tantos suicidios? ¿Y tantos crímenes de locos sexuales? ¿Por qué ese odio que es el antisemitismo? ¿Por qué se odia y se lincha a los negros? ¿Por qué la calumnia y el rencor? ¿Por qué es obsceno y un juego lujurioso el sexo? ¿Por qué es una desgracia social ser hijo natural? ¿Por qué perduran religiones que hace ya mucho tiempo perdieron el amor, la esperanza y la caridad? ¿Por qué, mil por qué sobre nuestro alabado estado de eminencia civilizada!

Hago estas preguntas porque soy maestro, es decir, un individuo que trata con jóvenes. Hago estas preguntas porque las que suelen hacer los maestros son las que no tienen importancia, las relativas a asuntos escolares. Pregunto qué bien puede resultarle al mundo las discusiones sobre la historia de Francia o de la Antigüedad, y cuál no, cuando esas materias no

importan ni jota, comparadas con la interrogante mayor relativa a la realización natural de la vida, de la felicidad interior del hombre.

¿Cuánto es realmente acción, autoexpresión, en nuestra educación? El trabajo manual consiste con excesiva frecuencia en hacer cajitas para alfileres bajo la dirección de un experto. Hasta el sistema de Montessori, famoso como sistema de juego dirigido, es un modo artificial de conseguir que el niño aprenda haciendo. No hay en él nada creador.

En la casa, al niño se le está enseñando siempre. Casi en todas las casas suele haber por lo menos una persona mayor poco madura que corre a enseñarle a Tommy cómo funciona su nuevo juguete, siempre hay alguien que levante al niño sobre una silla cuando éste quiere ver algo colgado de la pared. Siempre que le decimos a Tommy cómo funciona su juguete le robamos al niño el goce de la vida, el goce del descubrimiento, el goce de vencer un obstáculo. ¡Peor aún! Hacemos que el niño se crea inferior y necesitado de ayuda.

Los padres tardan en darse cuenta de la poca importancia que tiene el aspecto instructivo de la escuela. Los niños, como los adultos, aprenden lo que quieren aprender. Todos los premios, distinciones y exámenes desvían el desarrollo apropiado de la personalidad. Sólo los pedantes sostienen que es educación el aprender de libros.

Los libros son lo menos importante en una escuela. Todo lo que un niño necesita es saber leer, escribir y contar; \* el resto deben ser herramientas, arcilla, deportes, teatro, pinturas y libertad.

La mayor parte del trabajo escolar que hacen los adolescentes es tiempo, energías y paciencia perdidos. Roba a la juventud del derecho a jugar, jugar y jugar. Pone cabezas viejas sobre hombros jóvenes.

Cuando hablo para estudiantes de escuelas normales de maestros y de universidades, me impresiona con frecuencia el grado de inmadurez de aquellos muchachos y muchachas atiborrados de conocimientos inútiles. Saben muchas cosas; brillan en dialéctica, pueden citar a los clásicos, pero en sus puntos de vista sobre la vida son niños. Porque se les ha enseñado a *saber*, pero no se les ha dejado *sentir*. Estos estudiantes son amables, agradables, ávidos, pero les falta algo: el factor emocional, la facultad de subordinar el pensar al sentir. Les hablo de un mundo

\* Las tres r (*read*, *'rite* *'rithmetic*), como dice el autor con frase tradicional en Inglaterra. [T.]

que desconocen y que seguirán desconociendo, pues sus libros de texto no tratan del carácter humano, ni del amor, ni de la libertad, ni de la independencia. Y así va el sistema, atenido únicamente a normas de aprendizaje en libros, alejando la cabeza del corazón.

Ya es hora de que revisemos la idea de trabajo que sustenta la escuela. Se da por sabido que todos los niños deben aprender matemáticas, historia, geografía, algo de ciencia, un poco de arte y, desde luego, literatura. Ya es hora de que advirtamos que al niño corriente no le interesa mucho ninguna de esas cosas.

Tengo la prueba de esto con cada nuevo alumno. Cuando digo que la escuela es libre, el alumno nuevo exclama: —¡Bravo! ¡No me obligarán a aprender aritmética y otras pesadeces!

No condeno el aprender. Pero el aprender debiera venir después del jugar. Y el estudio no debe ser deliberadamente sazonado con juego para hacerlo agradable.

El estudio es importante, pero no para todos. Nijinsky no pudo aprobar sus exámenes escolares en San Petersburgo, y no podía ingresar en el Ballet del Estado sin aprobar aquellos exámenes. Simplemente, no podía aprender las materias escolares, porque tenía el espíritu en otra parte. Según cuenta un biógrafo, amañaron unos exámenes para él, y con los papeles le dieron las contestaciones. ¡Qué pérdida para el mundo si Nijinsky hubiera tenido que pasar de verdad aquellos exámenes!

Los creadores aprenden lo que necesitan aprender a fin de tener los instrumentos que exigen su originalidad y su genio. No sabemos cuánto espíritu creador se mata en la sala de clase con la importancia que da al estudio.

Yo vi a una niña llorar por las noches estudiando geometría. Su madre quería que ingresara en la Universidad, pero toda el alma de la niña era artística. Me alegré mucho cuando supe que había fracasado por séptima vez en los exámenes de ingreso en la Universidad. Es posible que la madre le permita ahora dedicarse al teatro, como ella anhelaba.

Hace unos años encontré en Copenhague a una muchacha de catorce años que había pasado tres en Summerhill, donde hablaba un inglés perfecto.

—Supongo que en inglés serás la primera de la clase —le dije. Sonrió con tristeza:

—No, soy de las últimas, porque no sé gramática inglesa —dijo.

Creo que esa declaración es quizá el mejor comentario sobre lo que los adultos consideran educación.

Escolares mediocres que, a fuerza de disciplina, a duras penas pasan los estudios universitarios y llegan a ser maestros sin imaginación, médicos mediocres y abogados incompetentes, probablemente serían buenos mecánicos, o excelentes albañiles, o policías de primer orden.

Hemos encontrado que el niño que no puede o no quiere aprender a leer hasta que tiene, digamos, quince años, es siempre un muchacho con aficiones mecánicas que más tarde o más temprano llega a ser un buen ingeniero o un buen electricista. No me atrevería a dogmatizar acerca de las niñas que no asisten nunca a las clases, especialmente a las de matemáticas y física. Muchas veces esas niñas pasan mucho tiempo en labores de aguja, y algunas se dedican después a modistas y a dibujar figurines. Es un plan de estudios absurdo el que obliga a estudiar ecuaciones de segundo grado o la ley de Boyle-Mariotte a una futura modista.

Caldwell Cook escribió un libro titulado *The Play Way* en el que dice cómo enseñaba inglés por medio del juego. Era un libro fascinador, lleno de cosas buenas, pero pienso que no era más que una manera nueva de apoyar la teoría de que el aprendizaje es de la mayor importancia. Cook sostiene que el aprender es de tal importancia, que la píldora debe azucararse con juego. Esta idea de que si el niño no aprende algo, está perdiendo el tiempo, no es ni más ni menos que una maldición, una maldición que ciega a miles de maestros y a la mayor parte de los inspectores escolares. Hace cincuenta años la consigna era "aprender haciendo". Hoy la consigna es "aprender jugando". Así, el juego es empleado como un medio para un fin, pero para qué buen fin realmente no lo sé.

Si un maestro ve a los niños jugar con barro y aprovecha el momento para hablar de la erosión en la orilla del río, ¿qué fin se propone? ¿A qué niño le importa la erosión del río? Muchos supuestos educadores creen que no importa lo que aprende el niño, siempre que se le enseñe algo. Y, desde luego, tal como son las escuelas —fábricas de producción en serie—, ¿qué puede hacer un maestro, sino enseñar algo y llegar a creer que la enseñanza, por sí misma, es lo más importante?

Cuando hablo a un grupo de maestros, empiezo por decir que no voy a hablar de asuntos escolares, ni de disciplina, ni de clases. Durante una hora mis oyentes escuchan absortos, y tras los sinceros aplausos el presidente anuncia que estoy listo para contestar preguntas. Las tres cuartas partes por lo menos de las preguntas tratan de asignaturas y de enseñanza.

No digo esto con ningún tono de superioridad. Lo digo con tristeza para hacer ver cómo las paredes de la sala de clase y los edificios que parecen cárceles angostan los puntos de vista del maestro y le impiden ver las cosas verdaderamente esenciales de la educación. Su trabajo se dirige a la parte del niño situada por encima del cuello; y la parte afectiva y vital del niño es forzosamente territorio extraño para él.

Querría ver un fuerte movimiento de rebeldía entre nuestros maestros jóvenes. La educación superior y los grados universitarios no importan nada en la lucha contra los males de la sociedad. Un neurótico instruido no es nada diferente de un neurótico ignorante.

En todos los países, capitalistas, socialistas o comunistas, se construyen escuelas complicadas para educar a los jóvenes. Pero todos los laboratorios y talleres maravillosos no sirven de nada para ayudar a Pedro o a Iván a vencer el daño emocional y los males sociales engendrados por la presión que sobre ellos ejercen sus padres, sus maestros y el carácter coercitivo de nuestra civilización.

#### QUÉ LES SUCEDE A LOS GRADUADOS DE SUMMERHILL

El miedo del padre a lo futuro es un mal pronóstico para la salud de sus hijos. Ese miedo se revela, cosa bastante extraña, en el deseo de que sus hijos aprendan más de lo que él aprendió. Ese tipo de padre no se conforma con dejar a Willie que aprenda a leer cuando quiera hacerlo, sino que teme con angustia que Willie sea un fracaso en la vida si no se le empuja. Esos padres no pueden esperar a que sus hijos anden a su propio ritmo. Y preguntan: "Si mi hijo no sabe leer a los doce años, ¿qué probabilidades tiene de éxito en la vida? Si a los dieciocho años no puede aprobar los exámenes de ingreso en la Universidad, ¿a qué va a poder dedicarse que no sea un trabajo de peón?" Pero yo aprendí a esperar y a observar al niño que progresa poco o nada. Nunca dudo de que al fin, si no se le molesta ni se le daña, tendrá éxito en la vida.

Naturalmente, el filisteo puede decir: "¡Hum, usted llama tener éxito en la vida a ser conductor de un camión!" Mi criterio de éxito es la *capacidad para trabajar con alegría y vivir positivamente*. Según esta definición, la mayor parte de los alumnos de Summerhill resultan éxitos en la vida.

Tom vino a Summerhill a la edad de cinco años. Salió a los diecisiete sin haber asistido en todos esos años ni a una sola

clase. Pasaba el tiempo en el taller haciendo cosas. Su padre y su madre temblaban de miedo por su futuro. No mostró nunca el menor deseo de aprender a leer. Pero una noche, cuando tenía nueve años, lo encontré leyendo *David Copperfield*.

—¡Hola! —dije— ¿Quién te enseñó a leer?

—Aprendí solo.

Unos años después se me acercó a preguntarme:

—¿Cómo le hace para sumar un medio y dos quintos?

Se lo dije, y le pregunté si quería saber algo más.

—No, gracias —dijo.

Andando el tiempo, encontró trabajo en un estudio de cine como ayudante de fotógrafo. Cuando estaba aprendiendo su trabajo, encontró por casualidad a su jefe en una comida, y le pregunté cómo se portaba Tom.

—El mejor ayudante que he tenido nunca —dijo el patrono—. No anda, corre, y en los fines de semana es un fastidio, porque no quiere apartarse del estudio los sábados y los domingos.

He aquí a Jack, un niño que no podía aprender a leer. Nadie podía enseñar a Jack. Aun cuando pedía una lección de lectura, había alguna dificultad oculta que le impedía distinguir la *b* de la *p* y la *l* de la *k*. Dejó la escuela a los diecisiete años sin saber leer.

Hoy, Jack es un experto constructor de herramientas. Le gusta hablar de metalurgia. Sabe leer; pero, por lo que sé, lee principalmente artículos sobre cosas de mecánica, y a veces lee libros de psicología. No creo que haya leído nunca una novela, pero habla un inglés perfectamente gramatical, y son notables sus conocimientos generales. Un visitante norteamericano, que no sabía nada de su historia, me dijo: —¡Qué inteligente muchacho es Jack!

Diana era una agradable niña que iba a las clases sin gran interés. No tenía una mentalidad académica. Durante mucho tiempo me pregunté qué podría hacer. Cuando salió a los dieciséis años, cualquier inspector de escuelas la habría calificado como una muchacha muy poco instruida. Hoy, Diana está enseñando en Londres un tipo nuevo de cocina. Es sumamente hábil en el trabajo, y, cosa más importante, es *feliz* con él.

Una empresa exigía a sus empleados que hubieran aprobado por lo menos los exámenes corrientes de ingreso en la Universidad. Escribí al jefe de la empresa sobre Robert: "Este muchacho no aprobó ningún examen, porque no tiene una cabeza académica. Pero tiene valor." Robert tuvo el empleo.



Winifred, de trece años, alumna nueva, me dijo que odiaba todas las materias, y gritó de alegría cuando le dije que tenía libertad para hacer exactamente lo que quisiera. —No tienes ni siquiera que venir a la escuela, si no quieres —le dije.

Se dedicó a pasarlo bien, y lo pasó... durante unas semanas. Entonces observé que se aburría.

—Enséñame algo —me dijo un día—. Estoy aburridísima.

—¡Con mucho gusto! —dije con júbilo—. ¿Qué quieres aprender?

—No lo sé —dijo.

—Ni yo tampoco —dije, y la dejé.

Pasaron unos meses y volvió a acercarseme.

—Voy a hacer los exámenes de ingreso en la secundaria —dijo—, y quiero que me des lecciones.

Todas las mañanas trabajaba conmigo y con otros maestros. Confesaba que las materias no le interesaban mucho, pero sí le *interesaba* su propósito. Winifred se encontró a sí misma porque se le permitió ser ella misma.

Es interesante saber que los niños libres no eligen matemáticas. Les gustan la geografía y la historia. Los niños libres escogen entre las materias que se les ofrecen únicamente las que les interesan. Los niños libres pasan la mayor parte del tiempo en otras cosas: haciendo trabajos en madera o en metal, pintando, leyendo novelas, representando, discurriendo cosas fantásticas, oyendo discos de jazz.

Tom, de ocho años, constantemente estaba abriendo mi puerta y preguntando: —A propósito, ¿qué haré ahora?

Nadie le decía lo que debía hacer.

Seis meses después, si uno quería ver a Tom tenía que ir a su cuarto, donde lo encontraba siempre en medio de un par de hojas de papel. Pasaba horas haciendo mapas. Un día visitó Summerhill un profesor de la Universidad de Viena. Se encontró con Tom y le hizo muchas preguntas. El profesor me dijo después: —Traté de examinar en geografía al niño, y habló de lugares que yo no había oído nunca.

Pero debo mencionar también los fracasos. Barbel, sueca, de quince años, estuvo con nosotros un año aproximadamente. En todo ese tiempo, no encontró trabajo que le interesara. Había venido a Summerhill demasiado tarde. Durante diez años de su vida, los maestros habían sustituido con su inteligencia la de ella. Cuando vino a Summerhill, ya había perdido toda iniciativa. Afortunadamente era rica, y tenía la promesa de una vida de señora.

Tuve dos hermanas yugoslavas, de once y trece años. No logró interesarles la escuela. Se pasaban la mayor parte del tiempo haciendo groseras observaciones sobre mí en croata. Solía traducírmelas un amigo malévolo. El buen éxito hubiera sido milagroso en este caso, porque el único lenguaje común que teníamos era el arte y la música. Me alegré mucho cuando la madre vino a buscarlas.

A lo largo de los años he encontrado que los muchachos de Summerhill que se preparan para ingeniería no se molestan en pasar los exámenes de matrícula. Van directamente a centros de enseñanza práctica. Tienen la tendencia a ver mundo antes de ponerse a trabajar en la Universidad. Uno viajó alrededor del mundo como camarero en un barco. Dos muchachos se dedicaron a cultivar café en Kenya, uno se fue a Australia y otro a la lejana Guayana inglesa.

Derrick Boyd es representante típico del espíritu aventurero que estimula la educación libre. Vino a Summerhill a la edad de ocho años y se fue después de haber aprobado los exámenes para la Universidad a los dieciocho años. Quería ser médico, pero su padre no podía costearle los estudios universitarios en aquel momento. Derrick pensó que llenaría el tiempo de espera viendo mundo. Fue a los muelles de Londres y pasó dos días intentando encontrar trabajo —cualquier trabajo—, aunque fuese como fogonero. Le dijeron que carecían de trabajo demasiados marineros profesionales, y regresó muy triste a su casa.

Al poco tiempo un compañero de escuela le dijo que una señora inglesa que estaba en España necesitaba chofer. Derrick aprovechó la ocasión, fue a España, construyó una casa para la señora o amplió la que ya tenía, la paseó por toda Europa y después fue a la Universidad. La señora decidió ayudarlo pagándole la matrícula. Al cabo de dos años la señora le pidió que se tomara un año para llevarla a Kenya y hacerle allí una casa. Derrick acabó la carrera de medicina en Ciudad del Cabo.

Larry, que vino a nosotros a los doce años aproximadamente, pasó los exámenes para la Universidad a los dieciséis y marchó a Tahití para dedicarse a cultivar frutas. Le pareció aquél un trabajo mal remunerado y se dedicó a conducir un taxi. Después pasó a Nueva Zelanda, donde tengo entendido que hizo toda clase de trabajos, incluso conducir otro taxi. Después ingresó en la Universidad de Brisbane. Hace algún tiempo tuve la visita del decano de aquella Universidad, quien me dio informes admirables de los hechos de Larry. —Cuando teníamos



vacaciones y los muchachos se iban a su casa —dijo—, Larry se ponía a trabajar como obrero en un aserradero.

Ahora ejerce la medicina en Essex, Inglaterra.

Es verdad que algunos viejos alumnos no resultaron emprendedores. Por razones obvias, no puedo relatar sus casos. Nuestros triunfadores son siempre los que proceden de buenos hogares. Derrick, Jack y Larry tenían padres que simpatizaban por completo con la escuela, de suerte que los muchachos no pasaron nunca por el más pesado de los conflictos: ¿Quién tiene la razón, la casa o la escuela?

¿Ha producido algún genio Summerhill? No, hasta ahora no ha producido ninguno; quizá algunos creadores, no famosos todavía; algunos artistas brillantes; algunos músicos inteligentes; ningún escritor de éxito de que yo tenga noticia; un excelente diseñador de muebles y ebanista; algunos actores y actrices; algunos científicos y matemáticos que aún pueden hacer obra original. Creo que para nuestro número —unos cuarenta y cinco alumnos a la vez en la escuela— una buena proporción se ha dedicado a algún tipo de trabajo creador u original.

Sin embargo, yo he dicho con frecuencia que una generación de niños libres no puede probar mucho. Aun en Summerhill algunos niños adquieren un sentimiento de culpabilidad por no haber aprendido suficientes lecciones. No podría ser de otro modo en un mundo en que los exámenes son la puerta de entrada de algunas profesiones. Y además, suele haber una Tía María que exclama: “¡Tienes once años y todavía no sabes leer correctamente!” El niño siente vagamente que todo el ambiente exterior está contra el juego y a favor del trabajo.

En términos generales, el método de la libertad es casi seguro con niños de menos de doce años, pero niños de más edad necesitan mucho tiempo para recobrase de una educación administrada a cucharadas.

#### LECCIONES INDIVIDUALES EN SUMMERHILL

En el pasado, mi principal trabajo no fue enseñar, sino dar “lecciones individuales”. La mayor parte de los niños necesitaban atención psicológica, pero siempre había algunos que acababan de llegar de otras escuelas, y las lecciones particulares tenían por finalidad acelerar su adaptación a la libertad. Si un niño está atado interiormente, no puede adaptarse a ser libre.

Las lecciones particulares eran conversaciones familiares al lado de la chimenea. Yo me sentaba con la pipa en la boca, y el muchacho podía fumar también, si quería. El cigarrillo fue muchas veces el medio para romper el hielo.

En una ocasión le dije a un muchacho de catorce años que viniera a charlar conmigo. Acababa de llegar a Summerhill de una escuela particular típica. Observé que tenía los dedos amarillos de nicotina, y le ofrecí un cigarrillo de mi cajetilla.

—Gracias —tartamudeó—, no fumo.

—Coge uno, condenado embustero —dije sonriéndome, y lo cogió.

Estaba yo matando dos pájaros de un tiro. He aquí un niño para quien los directores de las escuelas eran disciplinarios severos y moralistas a quienes había que estar engañando siempre. Al ofrecerle un cigarrillo, demostraba que no me parecía mal que fumase. Al llamarle condenado embustero, me ponía a su propio nivel. Al mismo tiempo, atacaba su complejo ante la autoridad demostrándole que un director de escuela podía proferir majaderías fácilmente. Me gustaría haber fotografiado su expresión facial durante aquella primera entrevista.

Había sido expulsado de su anterior escuela, por robar.

He oído decir que eres un poco ratero —dije—. ¿Cuál es tu mejor pillería contra la compañía ferroviaria?

—Nunca traté de timarla, señor.

—¡Bah! —dije—. No lo creo. Alguna cosa habrás tramado. Conozco miles de ellas.

Le expliqué algunas. Él estaba con la boca abierta. Seguramente había ido a parar a un manicomio. ¡El director de una escuela explicándole cómo ser un mejor ratero! Años después me dijo que aquella conversación había sido la sacudida más grande de su vida.

¿Qué clase de niños necesitan las lecciones individuales? La mejor respuesta serán unos ejemplos.

Lucy, la maestra del kindergarten, vino a decirme un día que Peggy parecía muy desgraciada y antisocial.

—Muy bien. Dígale que venga para darle una lección individual.

Peggy fue a mi habitación.

—No necesito lecciones individuales —dijo al sentarse—. Son ridículas.

—Por completo —asentí—. Es perder tiempo. No te la daré. Lo pensó un momento.

—Bueno —dijo lentamente—. No me opongo a una cortita.

Al decir esto, vino por sí sola a sentarse en mis rodillas. Le pregunté por su papá y su mamá, y en especial por su hermanito. Dijo que era un asnito muy tonto.

—Debe serlo —asentí—. ¿Crees que mamá lo quiere más que a ti?

—Nos quiere lo mismo a los dos —dijo vivamente, y añadió—: Eso dice, al menos.

Algunas veces el acceso de infelicidad nace de una riña con otro niño. Pero la mayor parte de las veces, es una carta de casa la causa del disgusto, quizá una carta que dice que un hermano o una hermana tiene una muñeca o una bicicleta nueva. Al final de la lección Peggy se fue completamente feliz.

Con los recién llegados no era tan fácil. Cuando nos encontramos con un niño de once años a quien le han dicho que el médico trae los bebés, cuesta mucho trabajo librarlo de embustes y temores. Porque naturalmente, ese niño tiene un sentimiento de culpabilidad hacia la masturbación, y hay que destruir ese sentimiento si el niño ha de sentirse feliz.

La mayor parte de los niños pequeños no necesitan lecciones individuales regulares. La circunstancia ideal para tener sesiones regulares, es cuando un niño pide una lección individual. Algunos de los mayores las pedían, y también los pequeños algunas veces, aunque raras.

Charlie, de dieciséis años, se sentía muy inferior a los muchachos de su edad. Le pregunté cuándo se sentía más inferior, y me dijo que cuando se bañaban, porque su pene era mucho más pequeño que el de todos los otros. Le expliqué de dónde procedía su temor. Era el hijo menor de una familia que tenía seis hijas, todas mucho mayores que él. Había una diferencia de diez años entre él y la menor de las hermanas. La casa era una casa femenina. El padre había muerto, y las hermanas mayores lo disponían todo. En consecuencia, Charlie se identificó con lo femenino en la vida, para poder tener autoridad también él.

Después de unas diez lecciones individuales, Charlie dejó de ir. Le pregunté por qué. —Ahora no necesito lecciones individuales —dijo alegremente—; mi instrumento ya es tan grande como el de Bert.

Pero había algo más que eso en el breve curso de terapia. A Charlie le habían dicho que la masturbación le haría impotente cuando fuese hombre, y el miedo a la impotencia le había afectado físicamente. Su curación se debió también a la eliminación del complejo de culpabilidad y de la estúpida mentira

sobre la impotencia. Charlie salió de Summerhill un año o dos después, y ahora es un hombre bien parecido, sano y feliz que se las arreglará en la vida.

Sylvia tenía un padre severo que nunca la alababa. Por el contrario, la criticaba y reñía todo el día. Su único deseo en la vida era ganarse el amor del padre. Se sentó en su habitación y lloró amargamente mientras contaba su historia. El suyo era un caso de difícil ayuda. El análisis de la hija no podía modificar al padre. No hubo solución para Sylvia hasta que tuvo edad bastante para irse de su casa. Yo le advertí el peligro de que se casara con un hombre que no le conviniera simplemente por escapar del padre.

—¿Y qué hombre no me convendrá? —preguntó.

—Uno como tu padre, uno que te trate sádicamente —le dije.

Sylvia era un caso lamentable. En Summerhill era una muchacha sociable y amistosa, que no molestaba a nadie. En casa decían que era un demonio. Evidentemente, era el padre el que necesitaba ser analizado, no la hija.

Otro caso sin solución fue el de la pequeña Florence. Era hija ilegítima, y no lo sabía. Mi experiencia me dice que todo hijo ilegítimo sabe inconscientemente que lo es. Florence seguramente sabía que había algún misterio en torno de ella. Le dije a la madre que la única cura del odio y la infelicidad de su hija era decirle la verdad.

—Pero, Neill, no me atrevo. Para mí eso no tiene importancia. Pero si se lo digo, no se lo guardará para sí, y mi madre le retirará su cariño.

Bien, bien, tendremos que esperar a que la abuela se vaya para poder ayudar a Florence, según me temo. No puede hacerse nada si hay que mantener en el secreto una verdad vital.

Un muchacho de veinte años volvió a pasar con nosotros una temporada, y me pidió lecciones individuales.

—Pero te he dado docenas de ellas cuando estabas aquí —le dije.

—Ya lo sé —dijo tristemente—, docenas que en realidad no me importaban nada; pero ahora siento que las necesito.

En la actualidad, no doy terapia regular. Con el niño corriente, después de aclaradas las cuestiones del nacimiento y de la masturbación, y de mostrar cómo la situación familiar creó odios y celos, no hay nada más que hacer. Curar la neurosis de un niño es cuestión de liberarlo emocionalmente, y la curación no avanzará en absoluto por explicarle teorías psiquiátricas al niño y decirle que tiene un complejo.

Recuerdo a un muchacho de quince años a quien traté de ayudar. Por semanas permaneció sentado en silencio durante las lecciones individuales, y sólo contestaba con monosílabos. Decidí hablarle fuerte, y en la siguiente lección individual le dije:

—Voy a decirte lo que pienso de ti esta mañana. Eres un tonto, holgazán, estúpido, fatuo y rencoroso.

—¿Eso soy? —dijo, rojo de cólera—. ¿Y usted quién cree que es, después de todo?

Desde aquel momento, habló fácilmente y a propósito.

Después vino George, un niño de once años. Su padre era un pequeño comerciante de una aldea próxima a Glasgow. Fue su médico quien me lo envió. El problema de George era un miedo intenso. Temía estar lejos de su casa, aunque fuera en la escuela de la aldea. Gritaba de terror cuando tenía que salir de casa. Su padre lo convenció con gran dificultad de que viniera a Summerhill. Lloró y se aferró al padre de tal modo, que no lo dejaba regresar a casa. Le indiqué que se quedara unos días.

Yo había recibido ya del doctor la historia del caso, y sus comentarios eran, a lo que me pareció, correctos y sumamente útiles. El problema de dejar al padre volver a su casa se agudizó. Intenté hablarle a George, pero lloró y entre sollozos dijo que quería irse a su casa. —Esto no es más que una cárcel —dijo sollozando. Seguí hablándole sin hacer caso de sus lágrimas.

—Cuando tenías cuatro años —le dije—, tu hermanito fue llevado al hospital, y de allí lo sacaron en un féretro. (*Grandes sollozos.*) Tú tienes miedo a salir de casa porque temes que te ocurra lo mismo, que vuelvas a ella en un féretro. (*Sollozos aún más fuertes.*) Pero eso no es lo más importante, George, hijo mío: ¡Tú mataste a tu hermano!

Protestó violentamente y me amenazó con darme de puntapiés.

—No lo mataste *realmente*, George, pero tú creías que tu madre lo quería a él más que a ti, y a veces querías que muriese. Cuando *murió*, te sentiste horriblemente culpable, porque pensabas que lo habían matado *tus* deseos, y que Dios te castigaría matándote si salías de casa.

Cesaron los sollozos. Al día siguiente, aunque hizo una escena en la estación, dejó que su padre se fuera.

George tardó algún tiempo en vencer la nostalgia de la casa. Pero la consecuencia fue que a los dieciocho meses insistió en ir a su casa a pasar las vacaciones, solo, cruzando por sí mismo

Londres de estación a estación. Lo mismo hizo en el viaje de regreso a Summerhill.

Cada vez me apego más a la conclusión de que no es necesaria la terapia cuando los niños pueden librarse de sus complejos con la libertad. Pero en un caso como el de George no habría bastado la libertad.

En el pasado di lecciones individuales a ladrones, y vi que se curaban; pero tuve ladrones que se negaban a asistir a las lecciones individuales; mas después de tres años de libertad, también esos niños se curaban.

En Sumerhill es el amor el que cura, es la aprobación y la libertad de ser veraz consigo mismo. De nuestros cuarenta y cinco niños, sólo una pequeña fracción recibe lecciones individuales. Cada vez creo más en el efecto terapéutico del trabajo creador. Querría que los niños hiciesen más trabajo manual, más teatro y más danza.

Aclararé que sólo daba lecciones individuales con fines de liberación emocional. Si un niño era desgraciado, le daba una lección individual. Pero si no podía aprender a leer o si odiaba las matemáticas, no intentaba curarlo con un tratamiento analítico. Algunas veces, en el curso de una lección individual, resultaba que la incapacidad para aprender a leer databa de las constantes incitaciones de la mamá para que fuera "tan buen niño y tan listo como su hermano", o que el odio a la aritmética procedía de la antipatía a un maestro de esa materia.

Naturalmente, yo soy el símbolo del padre para todos los niños, y mi esposa es el símbolo de la madre. Socialmente, mi esposa lo pasa peor que yo, porque se atrae todo el odio inconsciente hacia la madre que proyectan sobre ellas las niñas, mientras que yo atraigo su amor. Los niños proyectan en mi mujer el amor a la madre y en mí el odio al padre. Los muchachos no manifiestan el odio con tanta facilidad como las niñas, lo cual se debe a que son mucho más capaces de tratar con cosas que con personas. Un niño enfadado da puntapiés a una pelota, mientras que una niña lanza palabras molestas contra el símbolo de la madre.

Mas, para ser justo, debo decir que las niñas sólo durante cierto tiempo son ariscas y difíciles para la convivencia: en la pre-adolescencia y en el primer año de la adolescencia. Y no todas las niñas pasan por esa etapa. Depende mucho de su anterior escuela y, más todavía, de la actitud de la madre hacia la autoridad.

En las lecciones individuales, yo señalaba las relaciones entre

las reacciones a la casa y a la escuela. Toda crítica contra mí, la traducía como una crítica contra el padre. Toda acusación contra mi esposa, hacía ver que era una acusación contra la madre. Procuraba que el análisis fuera objetivo; entrar en honduras subjetivas hubiera sido desleal para los niños.

Había ocasiones, desde luego, en que era necesaria una explicación subjetiva, como en el caso de Jane. Jane, de trece años de edad, recorrió la escuela diciendo a varios niños que Neill quería verlos.

Tuve un sinnúmero de visitantes: —Jane dice que quieres verme. Después le dije a Jane que el enviar a otros significaba que quería verme ella.

¿Cuál era la técnica de una lección individual? Yo no tenía método fijo. A veces empezaba con una pregunta: —Cuando te miras al espejo, ¿te gusta tu cara? La respuesta era siempre negativa.

—¿Qué parte de tu cara te disgusta más? La respuesta invariable era: —La nariz.

Los adultos dan la misma contestación. La cara es la persona, en lo que concierne al mundo exterior. Pensamos en caras cuando pensamos en personas, y miramos a las caras cuando hablamos con personas. Así, la cara llega a ser el retrato externo del yo interno. Cuando un niño dice que le disgusta su cara, quiere decir que le disgusta su personalidad. El paso siguiente era dejar la cara e ir al yo.

—¿Qué te gusta menos de ti mismo? —preguntaba.

Habitualmente, la respuesta se refería a algo físico: —Tengo los pies demasiado grandes o demasiado gordos o demasiado pequeños, o me desagrada mi pelo.

Yo nunca daba una opinión, nunca me mostraba de acuerdo con que él o ella era gordo o flaco. Ni forzaba las cosas. Si interesaba el cuerpo, hablábamos de él hasta que no había más que decir. Después pasábamos a la personalidad.

Con frecuencia hacía un examen. —Voy a escribir algunas cosas —decía— y a examinarte sobre ellas. Tú te darás la puntuación que crees merecer. Por ejemplo, te preguntaré qué porcentaje te darías a ti mismo en habilidad para los juegos, o en valor, etc.

Y empezaba el examen.

He aquí el de un muchacho de catorce años.

*Belleza:* —¡Bah, no mucha! 45 por ciento aproximadamente.

*Talento:* —¡Hum!, 60.

*Valentía:* —25.

*Lealtad:* —No traiciono a mis amigos: 80.

*Musicalidad:* —Cero.

*Trabajo manual:* (*Contestación masculada confusamente.*)

*Odio:* —Esto es demasiado difícil. No, no puedo contestarlo.

*Juegos:* —66.

*Sentido social:* —90.

*Idiotez:* —¡Oh!, hacia el 190 por ciento.

Las contestaciones del niño daban, naturalmente, oportunidades para discutir. Me parecía conveniente empezar por el *ego*, puesto que provocaba interés. Después, cuando por fin llegábamos a la familia, el niño hablaba fácilmente y con interés.

Con los niños pequeños la técnica era más espontánea. Me dejaba guiar por el niño. He aquí una primera lección individual típica a una niña de seis años llamada Margaret. Vino a mi habitación y dijo:

—Quiero una lección individual.

—Muy bien —le dije.

Se sentó en una silla cómoda.

—¿Qué es una lección individual? —preguntó.

—No es nada de comer —dije— pero en este bolsillo tengo un caramelo. ¡Ah, aquí está! —y se lo di—. ¿Por qué quieres una lección individual? —le pregunté.

—Evelyn tuvo una, y yo también quiero una.

—Bueno. Empiézala. ¿De qué quieres hablar?

—Me dieron una muñequita. (*Pausa.*) ¿Dónde te dieron esa cosa que está sobre la repisa de la chimenea? (*Evidentemente, no esperaba una contestación.*) ¿Quién estaba en esta casa antes de venir tú?

Sus preguntas insinuaban el deseo de saber alguna verdad vital, y tuve la buena sospecha de que era la verdad sobre el nacimiento.

—¿De dónde vienen los niños? —preguntó de pronto.

Margaret se puso de pie y se dirigió a la puerta.

—Odio las lecciones individuales —dijo, y salió.

Pero pocos días después pidió otra lección individual, y así seguimos.

El pequeño Tommy, de seis años, tampoco se interesaba por las lecciones individuales mientras yo me abstuviera de decir cosas "fuertes". De las tres primeras sesiones salió indignado, y yo sabía por qué. Sabía que sólo le interesaban realmente las cosas "fuertes". Era una de las víctimas de la prohibición de masturbarse.

Muchos niños no recibieron nunca lecciones individuales.

No las necesitaban. Eran niños que habían sido criados adecuadamente, sin mentiras ni regaños de los padres.

La terapia no cura inmediatamente. La persona tratada no tiene gran beneficio durante algún tiempo, por lo general durante un año. Por lo tanto, nunca fui pesimista acerca de los antiguos alumnos que salieron de la escuela en una situación psicológica que podríamos llamar a medio cocer.

A Tom nos lo enviaron porque había sido un fracaso en su escuela. Le di un tratamiento intensivo de lecciones individuales durante un año, sin resultados aparentes. Cuando salió de Summerhill, parecía que sería un fracaso durante toda la vida; pero un año después los padres escribieron que de repente había decidido hacerse médico y que estaba estudiando con ahinco en la Universidad.

Bill parecía un caso más desesperado. Su tratamiento duró tres años. Cuando salió de la escuela era, manifiestamente, un muchacho de dieciocho años sin rumbo. Durante un año anduvo a la deriva de un trabajo en otro, y después decidió ser agricultor. Todos los informes que yo he tenido dicen que trabaja bien y con empeño.

Las lecciones individuales en realidad eran una reeducación. Su finalidad era cercenar todos los complejos resultantes de la moral y del miedo.

Una escuela libre como Summerhill puede funcionar sin lecciones individuales. No hacen más que acelerar el proceso de reeducación empezando con una buena limpieza de primavera antes del verano de la libertad.

#### AUTONOMÍA

Summerhill es una escuela autónoma, de forma democrática. Todo lo relacionado con la vida social o de grupo, incluidos los castigos por delitos sociales, se decide por votación en las asambleas generales escolares de las noches de los sábados.

Cada individuo del personal docente y cada niño, independientemente de su edad, tiene un voto. Mi voto pesa lo mismo que el de un niño de siete años.

Quizá alguien sonría y diga: —Pero su voz tiene más valor, ¿no?

Bueno, veamos. Una vez me levanté en una asamblea y propuse que no se permitiera fumar a ningún muchacho de menos de dieciséis años. Argumenté mi actitud: una droga venenosa, no un verdadero deseo de los niños, sino más bien un intento

de ser personas mayores. Se formularon innumerables contraargumentos. Se votó. Fui derrotado por una gran mayoría.

Merece recordarse lo que ocurrió a continuación. Después de mi derrota, un muchacho de dieciséis años propuso que no se permitiera fumar a los que tuvieran menos de doce años. Su moción fue aprobada. Pero en la siguiente asamblea semanal un niño de doce años propuso que se revocara la nueva disposición diciendo: —Nos metemos todos en los retretes para fumar a hurtadillas, como hacen los chiquillos de las escuelas de disciplina estrecha, y yo digo que esto va contra la idea misma de Summerhill. Su discurso fue aplaudido, y aquella asamblea revocó la ley. Espero que he hecho ver claramente que no siempre es mi voz más poderosa que la de un niño.

En una ocasión hablé fuertemente sobre las infracciones de las reglas relativas a las horas de acostarse y levantarse, con las molestias consiguientes y las cabezas dormidas que cabeceaban pesadamente a la mañana siguiente. Propuse que a los delincuentes se les multase a razón de todo su dinero de bolsillo por cada delito. Un muchacho de catorce años propuso que se premiase con un penique por hora a todo el que estuviera levantado después de la hora de acostarse. Yo tuve algunos votos, pero él tuvo una gran mayoría.

La autonomía de Summerhill no tiene burocracia. Cada asamblea la preside un individuo diferente, nombrado por el presidente anterior, y el trabajo de secretaría es voluntario. Los oficiales de dormitorio rara vez están en el cargo más allá de algunas semanas.

Nuestra democracia hace leyes, y hasta leyes buenas también. Por ejemplo, está prohibido bañarse en el mar sin la vigilancia de salvavidas, que son siempre individuos del personal docente. Está prohibido trepar a los tejados. Se observan las horas de acostarse o hay multas automáticas. El que las clases se suspendan el jueves o el viernes anteriores a un día de fiesta es cosa que se resuelve por votación en una asamblea general de la escuela.

El éxito de las asambleas depende en gran parte de que el presidente sea débil o enérgico, porque no es tarea fácil conservar el orden entre cuarenta y cinco niños vigorosos. El presidente tiene facultades para multar a los ciudadanos escandalosos. Con un presidente débil, las multas son demasiado frecuentes.

El personal docente interviene, naturalmente, en las discusiones. También yo, aunque hay algunas situaciones en las que debo permanecer neutral. En realidad, vi a un muchacho acu-

sado de un delito librarse de él con una coartada perfecta, aunque en privado me había confesado que había cometido el delito. En un caso así, debo estar siempre del lado del individuo.

Yo, desde luego, participo como cualquiera otro cuando tengo que emitir mi voto en una cuestión o que poner a discusión una propuesta mía. He aquí un ejemplo típico. En una ocasión planteé la cuestión de si debía jugarse al fútbol en el salón de estar. Este salón está debajo de mi oficina y dije que me molestaba el ruido del juego mientras trabajaba. Propuse que se prohibiera jugar al fútbol dentro del edificio. Me apoyaron algunas niñas, algunos de los niños mayores y una buena parte del personal; pero la propuesta no fue aprobada, y aquello significó que tuve que seguir aguantando el ruidoso forcejeo debajo de mi oficina. Finalmente, después de muchas discusiones públicas en varias asambleas, logré que la mayoría aprobase la abolición del fútbol en el salón. Y éste es el modo como la minoría suele, por lo general, hacer valer sus derechos en nuestra democracia escolar. No cesa en su demanda. Esto se aplica a los niños pequeños tanto como a los adultos.

Por otra parte, hay aspectos de la vida escolar que no caen bajo el régimen del gobierno autónomo. Mi esposa planea lo relativo a los dormitorios, hace los menús, extiende y paga facturas. Yo nombro los maestros y los despido, si no me parecen adecuados.

Las funciones del gobierno autónomo de Summerhill no consisten sólo en hacer las leyes, sino también en discutir las características sociales de la comunidad. Al empezar cada curso se fijan por votación las reglas relativas a la hora de acostarse. Cada uno va a la cama según su edad. Después vienen las cuestiones de conducta general. Hay que elegir comités de deportes, así como un comité para el baile de fin de curso, un comité de teatro, oficiales de dormitorio y de población, que comunican cualquier conducta inconveniente fuera de los linderos de la escuela.

El asunto que más apasiona es el de la comida. Más de una vez reanimé una asamblea poco animada proponiendo que se suprimiesen las repeticiones de un plato, o sea el servirse de él dos veces. Todo indicio de favoritismo de la cocina en cuestión de comida es tratado severamente. Pero cuando la cocina plantea el problema del desperdicio de comida, la asamblea no se interesa mucho. La actitud de los niños hacia la comida es cuestión esencialmente personal.

En las asambleas escolares generales se evitan todas las discusiones académicas. Los niños son eminentemente prácticos y la teoría los aburre. Les gusta lo concreto, no lo abstracto. En una ocasión presenté una moción para que se suprimieran por ley los reniegos o juramentos, y tenía mis razones. Estaba enseñando la escuela a una mujer con su hijito, un posible alumno. De pronto llegó escaleras arriba un adjetivo muy fuerte. La madre cogió apresuradamente a su niño y se fue muy de prisa. —¿Por qué —pregunté en una asamblea— han de sufrir mis ingresos a causa de que algún estúpido lance un juramento delante del padre de un posible alumno? No es una cuestión moral en absoluto; es simplemente una cuestión financiera. Vosotros juráis y yo pierdo un alumno.

Contestó a mi pregunta un muchacho de catorce años. —Neill está diciendo tonterías —dijo—. Evidentemente, si esa mujer se disgustó, es que no cree en Summerhill. Aun cuando hubiese inscrito a su niño, la primera vez que fuere a casa diciendo ¡maldito! o ¡infierno!, se lo habría llevado de aquí.

La asamblea estuvo de acuerdo con él, y mi propuesta fue rechazada.

Las asambleas generales de la escuela tienen que atacar con frecuencia el problema del bravuconismo. Nuestra comunidad es bastante dura con los bravucones, y observé que la disposición del gobierno de la escuela sobre las peticiones había sido subrayada en el tablón de edictos: "*Todos los casos de bravuconería serán tratados con severidad.*" Pero la bravuconería no es tan frecuente en Summerhill como en las escuelas rigurosas, y no hay que ir lejos a buscar la razón. Bajo la disciplina de los adultos, los niños se llenan de odio. Como el niño no puede manifestar impunemente su odio a los adultos, lo proyecta sobre los niños menores o más débiles. Pero esto rara vez ocurre en Summerhill. Con mucha frecuencia, la acusación de bravuconería, después de investigada, se reduce al hecho de que Jenny llamó lunática a Peggy.

Algunas veces es llevado a la asamblea general un caso de robo. Nunca se castiga el robo, pero siempre hay restitución. Con frecuencia viene a mí un niño y me dice: —John le robó unas monedas a David. ¿Es éste un caso psicológico, o lo presentamos a discusión?

Si lo considero un caso psicológico, que requiere atención individual, les digo que me lo dejen a mí. Si John es un muchacho feliz y normal que robó algo sin importancia, permito que se presenten cargos contra él. Lo peor que puede ocurrirle es que

se vea privado de su dinero de bolsillo hasta que termine de pagar la deuda.

¿Cómo se desenvuelven las asambleas generales de la escuela? Al principio de cada curso se elige un presidente sólo para una asamblea. Al terminar la asamblea, él designa a su sucesor. Este procedimiento se sigue durante todo el curso. Todo el que tiene una queja, una acusación, o una sugerencia que formular, la presenta.

He aquí un típico ejemplo; Jim cogió los pedales de la bicicleta de Jack porque los de la suya están estropeados y quería hacer con algunos otros muchachos una excursión de fin de semana. Tras maduro examen de las pruebas, la asamblea decide que Jim debe devolver los pedales y se le prohíbe que tome parte en la excursión.

El presidente pregunta: —¿Hay alguna objeción que hacer?

Jim se pone de pie y grita que son muy graciosos. Sólo que su adjetivo no es exactamente "graciosos". —Eso es injusto —grita—. Yo no sabía que Jack usase nunca su cacharro de bicicleta. Durante días se le veía pateando entre las matas. No niego haber cogido sus pedales, pero creo injusto el castigo. No creo que deba excluirse de la excursión.

Siguió una discusión animada. En el debate se trasluce que Jim suele recibir una cantidad semanal de su casa, pero hace seis semanas que no la recibe, y no tiene ni un centavo. La asamblea vota que se anule la sentencia, y es debidamente anulada.

¿Pero qué hacer con Jim? Al fin se decide abrir una suscripción para reunir fondos con que arreglar la bicicleta de Jim. Sus compañeros contribuyen para comprarle los pedales, y él sale alegremente de excursión.

Por lo general, el delincuente acepta el veredicto de la asamblea escolar. Pero si es inaceptable, el acusado puede apelar, caso en el cual el presidente presentará otra vez el asunto al terminar la asamblea. En la apelación, se estudia el asunto más detenidamente y en general se suaviza el veredicto original, en vista del descontento del acusado. Los niños se dan cuenta de que si el acusado se siente injustamente juzgado, hay muchas probabilidades de que realmente lo haya sido.

En Summerhill ningún delincuente da nunca señales de desconfianza o de odio hacia la autoridad de su comunidad. Siempre me sorprende la docilidad de nuestros alumnos cuando son castigados.

Durante un curso, cuatro de los muchachos mayores fueron

acusados en la asamblea general de la escuela de hacer una cosa ilegal: vender varios artículos de sus guardarropas. La ley que lo prohibía había sido aprobada por considerar tales prácticas injustas para los padres, que compran las ropas, e injustas también para la escuela, porque cuando los niños van a sus casas con algunas prendas de menos, los padres culpan de descuido a la escuela. Los cuatro muchachos fueron castigados a permanecer en los patios durante cuatro días y a acostarse a las ocho todas las noches. Aceptaron la sentencia sin rezongar. El lunes por la noche, en que todos habían ido al cine de la población, encontré a Dick, uno de los delincuentes, leyendo en la cama.

—Eres un tonto —le dije—. Todo el mundo se ha ido al cine. ¿Por qué no te levantas?

—No te hagas el gracioso —contestó.

Esta lealtad de los alumnos de Summerhill a su propia democracia es admirable. No hay en ella nada de miedo ni de resentimiento. He visto a niños sometidos a largos procesos por algún acto antisocial, y los he visto condenados. Con frecuencia, el niño que acaba de ser condenado es designado presidente de la asamblea siguiente.

No deja nunca de maravillarme el sentido de la justicia que tienen los niños. Y su capacidad administrativa es grande. Como educación, el gobierno autónomo es de un valor infinito.

Algunas clases de delitos caen bajo la regla automática de la multa. Si uno usa la bicicleta de otro sin su permiso, incurre en una multa automática de seis peniques. Blasfemar en la población (en los patios de la escuela puede uno blasfemar todo lo que quiera), mala conducta en el cine, trepar a los tejados, tirar comida en el comedor; estas y otras infracciones de las reglas son multadas automáticamente.

Los castigos casi siempre son multas: entregar el dinero de bolsillo durante una semana, o no asistir al cine.

Una objeción que se oye mucho contra los niños que actúan como jueces es que castigan con excesiva severidad. No me parece así. Por el contrario, son muy indulgentes. En ninguna ocasión ha habido una sentencia dura en Summerhill. E invariablemente el castigo tiene alguna relación con el delito.

Tres niñas pequeñas no dejaban dormir a las demás. Castigo: tenían que acostarse una hora antes todas las noches durante una semana. Dos muchachos fueron acusados de tirar terrones a otros. Castigo: deben recoger y acarrear los terrones hasta dejar limpio el campo de *hockey*.



Algunas veces el presidente dirá: —El caso es demasiado tonto —y decide que no se haga nada.

Cuando nuestro secretario fue procesado por usar la bicicleta de Ginger sin su permiso, él y otros dos individuos del personal que también la habían usado recibieron la orden de empujarse uno a otro sobre la bicicleta de Ginger diez veces alrededor del prado de delante.

Cuatro niños pequeños que subieron por la escalera perteneciente a los obreros que estaban construyendo el nuevo taller, recibieron la orden de subir y bajar la escalera durante diez minutos seguidos.

La asamblea no pide nunca consejo a un adulto. Bueno; sólo puedo recordar un caso en que lo haya hecho. Tres niñas habían saqueado la despensa de la cocina. La asamblea las multó con el importe de su dinero de bolsillo. Volvieron a saquear la cocina aquella noche, y la asamblea las multó con una entrada al cine. Volvieron a saquearla una vez más, y la asamblea no sabía qué hacer. El presidente me consultó. —Dadles de premio dos peniques a cada una —le sugerí. —¿Qué? Pero, hombre, toda la escuela saqueará la cocina si hacemos eso. —No lo creas —le dije—. Haz la prueba.

Hizo la prueba. Dos de las niñas se negaron a recibir el dinero; y las tres declararon que no volverían nunca a saquear la despensa. Y no lo hicieron... durante unos dos meses.

Es rara la conducta afectada en las asambleas. Cualquier señal de afectación es mal recibida en la comunidad. Un niño de once años, muy exhibicionista, solía ponerse de pie y llamar la atención hacia él haciendo largas y confusas observaciones de evidente impertinencia. Al cabo de un tiempo, cuando intentaba hacerlo, la asamblea le gritaba que se sentara. Los jóvenes tienen un olfato muy fino para la insinceridad.

Me parece que en Summerhill hemos demostrado que el gobierno autónomo funciona con eficacia. En realidad, la escuela que no lo tiene no debiera llamarse progresista. Es una escuela de transacciones. No puede haber libertad si los niños no se sienten completamente libres para gobernar su propia vida social. Cuando hay un jefe, no hay verdadera libertad, y esto se aplica más aún al jefe benévolo que al autoritario. El niño de espíritu puede rebelarse contra el jefe duro, pero el jefe blando hace al niño impotentemente blando e inseguro de sus verdaderos sentimientos.

El buen gobierno autónomo sólo es posible en una escuela cuando hay un grupo de alumnos antiguos a quienes les gusta

la vida tranquila y luchan contra la indiferencia o la oposición de la edad del *gangster*. Esos viejos alumnos son vencidos con frecuencia en las votaciones, pero son ellos quienes realmente creen en el gobierno autónomo y lo quieren. Los niños de hasta, digamos, doce años, por otra parte, no practicarán un buen gobierno autónomo porque no han llegado aún a la edad social. Sin embargo, en Summerhill rara vez faltan a las asambleas generales los niños de siete años.

Una primavera tuvimos una mala suerte excepcional. Nos habían dejado algunos de los mayores dotados de espíritu de comunidad después de haber aprobado los exámenes de ingreso en la Universidad, de modo que quedaron muy pocos de los mayores en la escuela. La inmensa mayoría de los alumnos estaban en la etapa y la edad del *gangster*. Aunque eran sociables en sus discursos, no tenían edad bastante para gobernar bien la comunidad. Aprobaban leyes que después olvidaban y violaban. Los pocos alumnos mayores que habían quedado eran, por una casualidad, más bien individualistas y tendían a vivir sus vidas en sus grupos, de suerte que el personal docente se señalaba demasiado en la oposición a las infracciones de las reglas de la escuela. Ocurrió que en una asamblea general me sentí obligado a lanzar un vigoroso ataque contra los mayores por ser asociales, ya no antisociales, por lo que faltaban al horario del dormitorio acostándose muy tarde y no se interesaban por lo que hacían los menores de modo antisocial.

Francamente, los niños pequeños sólo muy débilmente se interesan por el gobierno. Me pregunto si, dejados a sí mismos, llegarían a formar un gobierno. Sus valores no son los nuestros y sus maneras no son nuestras maneras.

La disciplina severa es el modo más fácil para el adulto de gozar de tranquilidad y silencio. Todo el mundo puede ser un sargento riguroso. Cuál sea el método ideal contrario para tener una vida tranquila es lo que no sé. El método de tanteos de Summerhill indudablemente no proporciona una vida tranquila a los adultos. Por otra parte, no da a los niños una vida demasiado turbulenta. Quizá la prueba definitiva sea la de la felicidad. Con este criterio, Summerhill encontró una excelente avenencia en su gobierno autónomo.

También nuestra ley contra las armas peligrosas es una transacción. Están prohibidos los fusiles de aire comprimido. Los pocos niños que en la escuela quieren tenerlos odian la ley, pero en general se someten a ella. Cuando son una minoría, los niños no parecen sentirse tan fuertes como los adultos.



En Summerhill hay un problema perenne que no puede resolverse nunca. Podría llamarse el problema *del individuo contra la comunidad*. Tanto el personal como los alumnos se exasperan cuando una banda de niñas dirigidas por una niña problema molestan a alguien, arrojan agua a otros, faltan al horario del dormitorio y se causan a sí mismas un perjuicio constante. Jean, la jefa, es atacada en una asamblea general. Se usan palabras fuertes para condenar el mal uso que hace de la libertad convirtiéndola en libertinaje.

Una visitante, psicóloga me dijo: —Todo eso es un error. La niña tiene cara de desgraciada; nunca la han querido, y todas esas críticas la hacen sentirse menos querida que nunca. Necesita amor, no oposición.

—Mi querida señora —le repliqué—, *hemos tratado de cambiarla con amor*. Durante semanas, la hemos premiado por ser antisocial, le hemos mostrado afecto y tolerancia, y no reaccionó. Por el contrario, nos miraba como a unos papanatas, fáciles blancos de sus agresiones. No podemos sacrificar toda la comunidad a un individuo.

No conozco la solución perfecta. Sé que cuando Jean tenga quince años será una muchacha sociable y no una jefa de banda. Tengo absoluta confianza en la opinión pública. Ningún niño será durante años rechazado y criticado. En cuanto a la condena por la asamblea escolar, no se puede, simplemente, sacrificar a los demás niños a un niño problema.

En una ocasión tuvimos un niño de seis años que había tenido una vida desdichada antes de venir a Summerhill. Era un bravucón violento, destructor y lleno de odio. Los niños de cuatro y cinco años sufrían y lloraban. La comunidad tenía que hacer algo para protegerlos, y al hacerlo tenía que proceder contra el bravucón. No podía permitirse que los errores de dos padres actuasen sobre otros niños cuyos padres les habían dado amor y cuidados.

En muy pocas ocasiones tuve que expulsar a un niño porque los otros consideraran que la escuela se convertía en un infierno a causa de él. Digo esto con pesar, con un vago sentimiento de fracaso, pero no veo otra manera.

¿Necesité modificar mi opinión sobre el gobierno autónomo a lo largo de tantos años? En general, no. No puedo concebir a Summerhill sin él. Siempre ha sido popular. Es nuestro orgullo ante los visitantes. Pero eso tiene también sus inconvenientes, como cuando una niña de catorce años me susurró en una asamblea: —Quiero hablar de las niñas que obstruyen

los retretes tirando en ellos paños higiénicos. ¡Pero mira a todos esos visitantes!

Le aconsejé que no diese la menor importancia a los visitantes y que presentara el asunto. Y así lo hizo.

No se exagerará nunca la importancia del beneficio educativo del civismo práctico. En Summerhill los alumnos lucharían hasta la muerte por su derecho a gobernarse. En mi opinión la asamblea escolar semanal tiene más valor que el programa de una semana de materias escolares. Es un teatro excelente para practicar el hablar en público, y la mayor parte de los niños hablan bien y sin afectación. Muchas veces he oído discursos inteligentes a niños que no sabían leer ni escribir.

No puedo hallar un método que sustituya a nuestra democracia de Summerhill. Quizá es una democracia más justa que la política, porque los niños son bastante caritativos entre sí, y no tienen intereses creados de qué hablar. Además, es una democracia más legítima, porque las leyes se hacen en asamblea abierta y no existe el problema de incontrolables delegados elegidos.

Después de todo, es el amplio punto de vista que los niños adquieren lo que hace tan importante el gobierno autónomo. Sus leyes se refieren a realidades, no a apariencias. Las leyes que gobiernan la conducta en la población son un compromiso con una civilización menos libre. El mundo exterior malgasta sus preciosas energías preocupándose por nimiedades. Como si para el sistema de vida importara que uno lleve ropas elegantes o que diga "¡al demonio!" Summerhill, prescindiendo de las pequeñeces externas de la vida, puede tener y tiene un espíritu de comunidad que se adelanta a su tiempo. Ciertamente que es capaz de llamar maldita pala a una laya, pero cualquier cavador os dirá con verdad que una laya es una maldita pala.

#### COEDUCACIÓN

En la mayor parte de las escuelas hay un plan definido para separar a los niños de las niñas, especialmente en los dormitorios. No son fomentados los asuntos de amor. Tampoco lo son en Summerhill, aunque no están prohibidos.

En Summerhill se deja solos a los niños y niñas. Las relaciones entre los sexos parecen ser muy sanas: un sexo no creará con ilusiones o desilusiones respecto del otro. No es que Summerhill sea precisamente una gran familia donde todos los tiernos muchachitos y muchachitas son hermanos y her-

manas entre sí. Si fuera así, yo me convertiría en un rabioso anti-coeducacionista.

Con la verdadera coeducación —no el tipo de coeducación en que niños y niñas asisten juntos a clase, pero viven y duermen en casa separadas— queda casi eliminada la curiosidad vergonzosa. En Summerhill no hay fisgones. Hay mucha menos inquietud respecto del sexo que en otras escuelas.

De vez en cuando viene a la escuela un adulto que pregunta: —¿Pero no se acuestan juntos? Y cuando le contesto que no, él o ella exclama: —Pero ¿por qué no? A su edad, yo lo habría pasado estupendamente bien.

Es este tipo de persona el que supone que si se educan juntos niños y niñas, inevitablemente se entregarán al libertinaje sexual. Con toda seguridad, esa persona no dice que esa idea es la base de sus objeciones. Por el contrario, racionalizan su actitud diciendo que los niños y las niñas tienen diferente capacidad para aprender y que, por lo tanto, no debieran asistir juntos a clase.

Las escuelas deben ser coeducativas porque lo es la vida. Pero muchos padres y maestros temen la coeducación por el peligro del embarazo para las niñas. Realmente, me dicen que no pocos directores de escuelas coeducativas pasan las noches sin dormir preocupados con esa posibilidad.

Los niños condicionados de uno y otro sexo muchas veces son incapaces de amar. Esta noticia puede ser confortadora para los que temen el sexo; mas para la juventud en general, la incapacidad para amar es una gran tragedia humana.

Cuando pregunté a unos adolescentes de una famosa escuela particular coeducativa si había en ella asuntos amorosos, me contestaron que no. Como yo expresase sorpresa, me dijeron: —A veces hay amistad entre un muchacho y una muchacha, pero no se trata nunca de amor. Como veía en los patios muchachos bien parecidos y muchachas bonitas, supe que la escuela imponía a los alumnos un ideal antiamoroso y que su ambiente altamente moral inhibía el sexo.

En una ocasión le pregunté al director de una escuela progresista: —¿Tiene usted asuntos de amor en la escuela?

—No —replicó gravemente—. Es verdad que no admitimos niños problema.

Los adversarios de la coeducación pueden objetar que el sistema forma muchachos afeminados y muchachas masculinas. Pero en el fondo está el miedo moral, en realidad un miedo mezclado de celos. El sexo con amor es el mayor placer del

mundo, y se le reprime porque es el placer más grande. Todo lo demás es evasión.

La razón de que yo no tenga miedo a que los alumnos mayores de Summerhill que han estado allí desde la primera infancia incurran en libertinaje sexual, es que sé que no trato con niños que tengan un interés sexual reprimido y, por lo tanto, antinatural.

Hace unos años tuvimos dos alumnos que llegaron al mismo tiempo: un muchacho de diecisiete años, procedente de una escuela particular de varones, y una muchacha de dieciséis, procedente de una escuela particular de niñas. Se enamoraron el uno del otro y siempre estaban juntos. Los encontré una noche ya tarde y los detuve. —No sé lo que hacéis vosotros dos —les dije—, y moralmente no me importa, porque no es en absoluto una cuestión moral. Pero me importa económicamente. Si tú, Kate, tienes un niño, será la ruina para mi escuela.

Seguí explayándome sobre el tema. —Ya veis —dije—, acabáis de llegar a Summerhill. Para vosotros significa libertad para hacer lo que queráis. Naturalmente, no tenéis ningún sentimiento especial hacia la escuela. Si estuviésteis aquí desde que teníais siete años, yo no tendría ni que hablar de esto. Os sentiríais tan unidos a la escuela, que *pensaríais* en las consecuencias para Summerhill.

Era el único modo posible de tratar el problema. Afortunadamente, no tuve que hablarles nunca más del asunto.

## TRABAJO

En Summerhill solíamos tener una ley de la comunidad que disponía que los niños de más de doce años y los individuos del personal debían trabajar en el campo dos horas por semana. La paga era una paga simbólica de una moneda de níquel por hora. El que no trabajaba era multado con diez centavos. Algunos, incluidos los maestros, preferían pagar la multa. De los que trabajaban, la mayor parte tenía constantemente los ojos en el reloj. En el trabajo no entraba para nada el juego, en consecuencia, aburría a todos. La ley fue revisada, y los muchachos la abolieron por votación casi unánime.

Hace unos años, necesitamos una enfermería en Summerhill. Decidimos hacerla nosotros mismos: un edificio adecuado de ladrillo y cemento. Ninguno de nosotros había puesto nunca un ladrillo, pero empezamos a trabajar. Algunos alumnos ayudaron a abrir los cimientos, y para tener ladrillos echaron abajo

algunas paredes viejas. Pero pidieron que se les pagase. Nos negamos a pagar jornales. Al fin, la enfermería quedó construida por los maestros y los visitantes. La tarea era demasiado pesada para niños, y para sus jóvenes mentalidades resultaba muy remota la necesidad de una enfermería. No tenía ningún interés personal en ella. Pero algún tiempo después necesitaron un cobertizo para las bicicletas y lo construyeron por sí mismos, sin ninguna ayuda del personal docente.

Escribo de niños, no como los adultos pensamos que debieran ser, sino como realmente son. Su sentido de comunidad —su sentido de responsabilidad social— no se desarrolla hasta la edad de dieciocho años o más. Sus intereses son inmediatos, y el futuro no existe para ellos.

Todavía no he visto nunca un niño holgazán. Lo que se llama holgazanería es falta de interés o falta de salud. Un niño sano no puede estar ocioso; tiene que estar haciendo algo durante todo el día. En cierta ocasión conocí a un niño muy sano a quien consideraban holgazán. No le interesaban las matemáticas, pero el plan de estudios le exigía que aprendiese matemáticas. Naturalmente, no quería estudiar matemáticas, y su maestro de esa materia lo creía un holgazán.

Leí recientemente que si una pareja que pasa la noche fuera de casa bailara todas las piezas, andaría unos 40 kilómetros. Pero sentiría muy poca, o ninguna fatiga, porque experimentó placer durante toda la noche, suponiendo que los dos supieran llevar con sus pasos el mismo compás. Lo mismo ocurre con un niño. El muchacho que es holgazán en clase correrá kilómetros en un partido de fútbol.

Me resulta imposible conseguir que muchachos de diecisiete años me ayuden a plantar patatas o escardar cebollas, aunque esos mismos muchachos pasarán horas jugando con motores, o lavando autos o haciendo aparatos de radio. Me costó mucho tiempo admitir este fenómeno. Empecé a vislumbrar la verdad un día en que estaba trabajando en el jardín de mi padre, en Escocia. No me divertía la faena, y de repente se me ocurrió que el mal estaba en que trabajaba un jardín que no significaba nada para mí. Y mi jardín no significa nada para los muchachos, mientras que significaban mucho para ellos sus bicicletas o sus radios. El verdadero altruismo tarda mucho en llegar, y no pierde nunca su factor de egoísmo.

Los niños pequeños tienen una actitud completamente distinta hacia el trabajo que los muchachos de dieciséis o diecisiete años. Los pequeños de Summerhill, de tres a ocho años

de edad, trabajarán como unos bravos mezclando cemento, o acarreando arena, o limpiando ladrillos y trabajarán sin pensar en remuneración. Se identifican con las personas mayores y su trabajo es como una fantasía convertida en realidad.

Pero desde la edad de ocho o nueve años hasta la de diecinueve o veinte no existe el deseo de un trabajo manual pesado. Esto es exacto en la mayor parte de los niños; hay niños, desde luego, que son trabajadores desde la primera infancia hasta el fin de su vida.

El hecho es que los adultos explotamos a los niños con demasiada frecuencia. "Maruja, baja a echar esta carta al buzón." Todo niño odia que se haga uso de él. El niño corriente sólo vagamente se da cuenta de que sus padres lo alimentan y visten sin ningún esfuerzo por su parte. Cree que ese cuidado es su derecho natural, pero advierte que, por otra parte, se espera de él que haga cien tareas humildes y muchas faenas desagradables que sus padres rehuyen, y se cree obligado a hacerlas.

En cierta ocasión leí que en los Estados Unidos los mismos alumnos habían construido una escuela. Yo solía pensar que ése era el camino ideal. Pero no lo es. Si los niños construyen su propia escuela, se puede estar seguro de que anduvo en la cosa algún caballero de grata y benévola autoridad infundiendo energicamente estímulo. Cuando no está presente esa autoridad, *los niños simplemente no construyen escuelas.*

Mi opinión es que una civilización razonable no pediría a los muchachos que trabajasen por lo menos hasta la edad de dieciocho años. La mayor parte de los muchachos y las muchachas harían mucho trabajo antes de llegar a los dieciocho años, pero ese trabajo sería juego para ellos, y probablemente trabajo antieconómico desde el punto de vista de los padres. Me siento deprimido cuando pienso en la cantidad gigantesca de trabajo que tienen que hacer los estudiantes para preparar los exámenes. Tengo entendido que en Budapest antes de la guerra casi el cincuenta por ciento de los estudiantes enfermaban física o psíquicamente después de los exámenes de ingreso.

La razón de que aquí en Summerhill tengamos tan buenas referencias de la actuación industriosa de nuestros antiguos alumnos en trabajos de responsabilidad, es que esos muchachos y muchachas vivieron su fase de egotismo y fantasía en Summerhill. Como adultos jóvenes, son capaces de hacer frente a las realidades de la vida sin un anhelo inconsciente por los juegos de la infancia.

## JUEGO

Summerhill puede definirse como una escuela en la que el juego es de la mayor importancia. Por qué juegan los niños y los gatitos no lo sé. Creo que es cuestión de energías.

No pienso en el juego en la forma de campos de atletismo y de juegos organizados, pienso en el juego desde el punto de vista de la fantasía. Los juegos organizados suponen pericia, competencia, trabajo de equipo; pero el juego de los niños habitualmente no requiere pericia, ni mucha competencia ni trabajo en equipo. Los niños pequeños jugarán a los *gangsters* con pistolas y espadas de juguete. Mucho antes de la era del cine, los niños ya jugaban a policías y ladrones. Los cuentos y las películas orientarán alguna clase de juegos, pero lo fundamental está en el corazón de los niños de todas las razas.

En Summerhill los niños de seis años juegan todo el día, juegan con fantasía. Para un niño pequeño, realidad y fantasía se parecen mucho una a otra. Mientras un niño de diez años se vestía de fantasma, los pequeños gritaban de alegría; sabían que era Tommy, lo habían visto ponerse la sábana, pero cuando avanzaba hacia ellos, todos gritaban aterrados.

Los niños pequeños viven una vida de fantasía y ponen esa fantasía en acción. Los niños de ocho a catorce años juegan a los *gangsters* y siempre están matando gente o vuelan por el cielo en sus aeroplanos de madera. Las niñas pequeñas también pasan por una etapa de pandillas, pero no toma la forma de pistolas y espadas. Es más personal. El bando de Mary es contrario al de Nellie, y hay trifulcas y palabras fuertes. Los bandos rivales de niños son sólo enemigos de juego. Por eso es más fácil la vida con niños pequeños que con niñas de la misma edad.

Yo no he podido descubrir dónde empieza y termina la frontera de la fantasía. Cuando una niña da a una muñeca comida en un platito de juguete, ¿cree realmente en aquel momento que la muñeca está viva? ¿Es un caballo de verdad el caballo mecedor? Cuando un niño grita "a ellos" y en seguida dispara, ¿cree o siente que su pistola es de verdad? Me inclino a creer que el niño imagina que sus juguetes son de verdad, y sólo cuando un adulto poco sensible mete baza y le recuerda que todo es fantasía vuelve de golpe a la tierra. Ningún padre comprensivo destruirá nunca una fantasía infantil.

Por lo general los niños no juegan con las niñas. Los niños juegan a los *gangsters*, juegan a perseguirse, hacen chozas en los árboles, y pozos y trincheras en el suelo.

Las niñas rara vez organizan un juego. El antiguo juego del maestro o del médico es desconocido entre niños libres, porque no sienten la necesidad de imitar la autoridad. Las niñas más pequeñas juegan con muñecas; pero las niñas mayores parecen divertirse mucho más con personas que con cosas.

Hemos tenido con frecuencia equipos mixtos de *hockey*. Los juegos de cartas y otros de interior por lo general son mixtos.

A los niños les gustan el ruido y el barro; arman estruendo en las escaleras, gritan como patanes, no les importa nada el mobiliario. Si juegan a perseguirse, saltarán por encima del mismo Vaso de Portland \* si lo encuentran en su camino; saltarán por encima de él sin verlo.

Con excesiva frecuencia las madres no juegan bastante con sus bebés. Parecen creer que poniendo un osito de peluche en el cochecito del nene resuelven el problema por una o dos horas, olvidando que los bebés necesitan ser mimados y acariciados.

Concediendo que la infancia es juego, ¿cómo reaccionan los adultos en general a este hecho? Lo *ignoramos*. Lo olvidamos todo acerca de él, porque, para nosotros, el juego es desperdiciar tiempo. En consecuencia, construimos una gran escuela urbana con muchas aulas y aparatos costosos para enseñar; pero la mayor parte de las veces, todo lo que le ofrecemos al juego es una pequeña superficie de cemento.

Podría sostenerse con cierta razón que los males de la civilización se deben a que ningún niño nunca ha jugado bastante. Para decirlo de otro modo, todo niño ha sido cultivado en invernadero para convertirlo en adulto mucho antes de llegar a la edad adulta.

La actitud del adulto hacia el juego es totalmente arbitraria. Nosotros, los viejos, hacemos el horario del niño: estudiar de nueve a doce y después una hora para comer; y otra vez lecciones hasta las tres. Si se le pidiera a un niño libre que hiciera un horario, casi con toda seguridad daría mucho tiempo al juego y sólo un poco a las lecciones.

En la raíz del antagonismo del adulto al juego de los niños está el miedo. Centenares de veces escuché la angustiada pregunta: —Pero si mi hijo se pasa el día jugando, ¿cómo va a aprender nada? ¿Cómo va a pasar sus exámenes? Muy pocos aceptarán mi respuesta: —Si su hijo juega todo lo que quiera jugar, podrá aprobar los exámenes de ingreso en la Universidad tras dos años de estudio intensivo, en vez de los acostumbrados

\* Antiguo vaso romano que se conserva en el Museo Británico. [T.]

cinco, seis o siete en una escuela que descarta el juego como un factor de la vida.

Pero siempre tengo que añadir: —Es decir, si es que *quiere* pasar los exámenes. El niño puede querer llegar a ser danzarín de ballet o ingeniero electrónico. La niña quizá quiera ser dibujante de figurines o niñera.

Sí, el miedo al futuro del niño lleva a los adultos a privar a los niños de su derecho a jugar. Pero hay algo más que eso. Hay una vaga idea moral detrás de la desaprobación del juego, la sugerencia de que no es tan bueno ser niño, que se expresa en la admonición que suele hacerse a los adultos jóvenes: —No seas niño.

Los padres que olvidan los anhelos de sus hijos —que olvidan cómo se juega y cómo se fantasea—, son padres medianos. Cuando un niño ha perdido la capacidad de jugar, está psíquicamente muerto y es un peligro para cualquier niño que entre en contacto con él.

Maestros de Israel me han hablado de los maravillosos centros de la comunidad que hay allí. La escuela, me dicen, forma parte de una comunidad cuya necesidad primordial es trabajar mucho. Los niños de diez años, me decía un maestro, lloran si se les castiga con no trabajar en el jardín. Si yo tuviese un niño de diez años que llorase porque se le prohibiese sacar patatas, me preguntaría si no era un deficiente mental. La infancia es juego; y toda comunidad que ignora esa verdad educa de un modo equivocado. Para mí el método israelí está sacrificando la vida de los jóvenes a las necesidades económicas. Quizá sea necesario, pero yo no me atrevería a llamar a ese sistema vida ideal de una comunidad.

Intriga, aunque es sumamente difícil, calcular el daño que se hace a los niños a quienes no se deja jugar todo lo que quieren. Muchas veces me pregunto si las grandes masas que ven los partidos de fútbol están tratando de vivir sus intereses lúdicos bloqueados identificándose con los jugadores, jugando por delegación, por decirlo así. La mayoría de nuestros graduados de Summerhill no asisten a los partidos de fútbol ni les interesan los espectáculos públicos pomposos. Creo que pocos de ellos se molestarían en andar un poco para ver un desfile. La pompa tiene cierto elemento infantil; su color, su formalismo, su movimiento lento sugieren algo de juguetería y de muñecos vestidos de gala. Ésta puede ser la razón de que a las mujeres les guste la pompa más que a los hombres. A medida que la gente envejece y se hace más complicada, parece sentirse cada vez me-

nos atraída por la pompa, de cualquier clase que sea. Dudo que los generales, los políticos y los diplomáticos saquen de los desfiles oficiales algo más que aburrimiento.

Hay indicios de que los niños educados libremente y con el máximo de juego no tienden a tener una mentalidad de masas. Entre todos los "summerhillenses", los únicos que pueden animarse fácil y entusiasmadamente en una muchedumbre son los que proceden de hogares en que los padres tienen tendencias comunistas.

#### TEATRO

Durante el invierno, las noches de los domingos son en Summerhill noches de representación. Las representaciones tienen siempre buena asistencia. Yo he visto seis noches de domingo sucesivas con un programa dramático completo. Pero en ocasiones, después de una serie de representaciones pasarán algunas semanas sin ninguna.

El público no es demasiado crítico. Se porta bien, mucho mejor que la mayor parte de los públicos de Londres. Rara vez tenemos gritos, pateos o silbidos.

El teatro de Summerhill es un patio para jugar *squash-rackets*, especie de tenis, que puede contener unas cien personas. Tiene un escenario móvil, es decir, formado por cajas con las que pueden hacerse escaleras y plataformas. Tiene su alumbrado adecuado con dispositivos complicados para graduar la luz y con reflectores. No hay decorado, sólo unas cortinas grises. Cuando la acotación dice *Entran aldeanos por una abertura de la cerca*, los actores corren una cortina hacia un lado.

La tradición de la escuela es que sólo se representen obras escritas en Summerhill. Y el código no escrito dispone que una obra escrita por un maestro sólo se representa, si no se dispone de una escrita por un niño. Los actores se hacen sus propias ropas, también, y habitualmente están muy bien hechas. Nuestros dramas escolares tienden a la comedia y a la farsa más bien que a la tragedia; pero cuando tenemos tragedia, está bien hecha, a veces bellamente hecha.

Las niñas escriben más obras que los niños. Con frecuencia los niños pequeños representan sus propias obras; mas por lo general los papeles no están escritos, y en realidad no lo necesitan, porque lo principal de todos los personajes es siempre del tipo "¡A ellos!" En estas obras el telón baja siempre sobre un montón de cadáveres, porque los niños pequeños son por naturaleza concienzudos e inflexibles.

Daphne, una niña de trece años, solía darnos comedias de Sherlock Holmes. Recuerdo una de un alguacil que se fugaba con la mujer de un sargento. Con la ayuda del detective y, naturalmente, de "mi querido doctor Watson", el sargento siguió la pista de su mujer hasta la casa del alguacil. Allí se le ofreció un espectáculo curioso. El alguacil estaba en un sofá rodeando con el brazo a la infiel esposa, mientras que un bando de mujeres de vida ligera bailaban danzas sinuosas en medio de la habitación. *El alguacil estaba en traje de etiqueta.* Daphne mezclaba siempre la alta sociedad en sus dramas.

Algunas niñas de catorce años, poco más o menos, en ocasiones escriben obras en verso, y a veces son buenas. Desde luego, no todo el personal ni todos los niños escriben obras de teatro.

Hay una fuerte aversión al plagio. Cuando, hace algún tiempo, se quitó una obra del programa y yo tuve que escribir apresuradamente otra de relleno, la hice sobre el tema de uno de los cuentos de W. W. Jacob. Se armó una gritería de "¡Copión! ¡Tramposo!"

A los niños de Summerhill no les gustan los cuentos dramatizados, ni quieren las usuales cosas eruditas tan frecuentes en otras escuelas. Nuestra gente nunca representa a Shakespeare; pero algunas veces escribo yo una broma shakespeariana, como, por ejemplo, Julio César con el aspecto de un *gangster* norteamericano, y el lenguaje una mezcla de Shakespeare y de revista de cuentos detectivescos.

Mary recibió estruendosas ovaciones cuando, en el papel de Cleopatra, apuñaló a todo el mundo en escena, y después, mirando la hoja del cuchillo, leyó las palabras *stainless steel* (acero inoxidable) y se la hundió en el pecho.

El talento de los alumnos para representar es de alta categoría. Entre los alumnos de Summerhill no hay nada que se parezca a nerviosismo. Es una delicia ver a los niños pequeños: viven sus papeles con absoluta sinceridad. Las niñas actúan con más facilidad que los niños. En realidad, los niños de menos de diez años rara vez actúan si no es en sus juegos de *gangsters*; y algunos no representan nunca ni sienten el menor deseo de hacerlo.

En nuestra larga experiencia hemos descubierto que el peor actor en la escena es el que también es actor en la vida. Este niño no puede salir nunca de sí mismo y es afectado en escena. Quizá afectado no sea la palabra justa, porque significa darse cuenta de que otros lo observan a uno.

El teatro es una parte necesaria de la educación. En gran parte es exhibicionismo; pero en Summerhill, cuando el actuar en escena es sólo exhibicionismo, no se admira al actor.

Como actor, debe tener uno muy acentuada la facultad de identificarse con los otros. En los adultos, esa identificación nunca es inconsciente; los adultos saben que están representando. Pero me pregunto si los niños pequeños realmente lo saben. Muy frecuentemente, cuando un niño entra y otro personaje le pregunta: —¿Quién eres?— en vez de contestar: —Soy el fantasma de la abadía —responderá: —Soy Pedro.

En una de las comedias escritas para los más pequeños había la escena de una comida con comida de verdad. Le costó al apuntador algún tiempo y trabajo conseguir que los actores pasaran a la escena siguiente. Los niños siguieron picoteando la comida con indiferencia completa para el auditorio.

El representar es un método para que uno adquiera confianza en sí mismo. Pero algunos niños que no representan nunca me dicen que odian las actuaciones porque se sienten muy inferiores. Es ésta una dificultad para la cual no he encontrado solución. Un niño así, por lo general encuentra otra línea de actividad en la que puede mostrar superioridad. El caso difícil es el de la niña a quien le gusta representar, pero no puede. Dice mucho en favor de las buenas maneras de la escuela el que una niña así rara vez sea excluida del reparto.

Los niños y las niñas de trece y catorce años se niegan a representar un papel en que haya que hacer el amor, pero los niños pequeños representan cualquier fácil papel y alegremente. Los mayores de más de quince años representarán papeles de amor si son papeles de comedia. Sólo uno o dos de los mayores admitirán un papel amoroso serio. Los papeles de amor no pueden representarse bien si no se ha experimentado realmente el amor. Pero los niños que no han sentido nunca pena en la vida pueden actuar espléndidamente en un papel de aflicción. Yo vi a Virginia abatirse en los ensayos y llorar mientras representaba un papel triste. Esto se explica por el hecho de que todo niño ha conocido la pena en imaginación. En realidad, la muerte entra pronto en las fantasías de los niños.

Las obras para niños deben estar al nivel de ellos. Es un error hacer a los niños representar obras clásicas que están muy lejos de su verdadera vida imaginaria. Sus comedias, como sus lecturas, deben ser para su edad. Los niños de Summerhill rara vez leen a Scott, Dickens o Thackeray, porque los niños de hoy pertenecen a la época del cine. Cuando un niño va al cine, ve

una historia tan larga como la de *Westward Ho* en hora y cuarto, y le costaría días leerla, pues la ven sin las pesadas descripciones de personas y paisajes. Así, en sus juegos los niños no quieren una historia de Elsinore, quieren una historia de su propio ambiente.

Aunque los niños de Summerhill representan obras que ellos mismos escriben, sin embargo, cuando se les da la oportunidad, responden con entusiasmo a dramas verdaderamente buenos. Durante un invierno leí a los mayores una comedia cada semana. Les leí todas las de Barrie, Ibsen, Strindberg, Chejov, algunas de Shaw y de Galsworthy y algunas contemporáneas como *The Silver Cord* y *The Vortex*. A nuestros mejores actores y actrices les gustaba Ibsen.

A los mayores les interesan las técnicas de escena y tienen de ellas opiniones originales. Hay un truco consagrado en la composición de obras de teatro que consiste en no dejar nunca que un personaje salga de escena sin excusarse por ello. Cuando un comediógrafo quería librarse del padre para que la esposa y la hija se dijese lo asno que era, el anciano padre se ponía de pie cortésmente, y diciendo: —Bueno, mejor me voy a ver si el hortelano ha plantado esas berzas— se iba. Nuestros jóvenes comediógrafos de Summerhill tienen una técnica más directa. Como me dijo una niña: —En la vida real uno sale de una habitación sin decir por qué se va. Así lo *hace*, y así se hace también en el escenario de Summerhill.

Summerhill está especializada en cierta rama del arte dramático que llamaremos actuación espontánea. Pongo tareas para representar como la siguiente: *Ponte un gabán imaginario; quitatelo otra vez y cuélgalo de un clavo. Recoge un ramillete de flores y encuentra entre ellas un cardo. Abre un telegrama que dice que tu padre (o tu madre) ha muerto. Come apresuradamente en el restaurante de un ferrocarril y muéstrate intranquilo por miedo a que el tren se vaya sin ti.*

A veces la representación es como una película sonora. Por ejemplo, yo me siento ante una mesa y anuncio que soy un funcionario de inmigración de Harwich. Cada niño debe tener un pasaporte imaginario y estar preparado a contestar a mis preguntas. Es una buena diversión.

Otras veces soy un productor de películas que entrevista a un supuesto elenco, o un hombre de negocios que busca secretario. En una ocasión fui un individuo que había puesto un anuncio solicitando un amanuense. Ninguno de los niños sabía

lo que significaba esta palabra. Una niña actuó como si significara manicura, y esto dio lugar a una buena comedia.

La actuación espontánea es el aspecto creador del teatro escolar, es su aspecto vital. Nuestro teatro ha fomentado el espíritu creador más que ninguna otra cosa en Summerhill. Todo el mundo puede trabajar en una comedia, pero no todo el mundo puede escribirla. Los niños deben darse cuenta, aunque sea confusamente, de que su tradición de representar sólo comedias originales hechas en casa estimula las facultades creadoras más que la reproducción y la imitación.

## DANZA Y MÚSICA

Adelante con la danza. Pero hay que danzarla según las reglas. Lo extraño es que la muchedumbre aceptará las reglas en cuanto muchedumbre, en tanto que, al mismo tiempo, los individuos que forman la muchedumbre quizá estén unánimes en odiar las reglas.

Para mí, una sala de baile de Londres simboliza lo que es Inglaterra. La danza, que debe ser un placer individual y creador, se reduce a un andar rígido. Todas las parejas bailan igual. El conservadurismo de las muchedumbres impide ser originales a la mayor parte de los danzarines. Pero el goce de la danza es el goce de la invención. Cuando se deja a un lado la invención, la danza se hace mecánica y sosa. El modo inglés de danzar expresa plenamente el miedo inglés a la emoción y a la originalidad.

Si no hay lugar para la libertad en placeres como la danza, ¿cómo podemos esperar encontrarlo en los aspectos más serios de la vida? Si uno no se atreve a inventar sus propios pasos de danza, es improbable que se le tolere el que se atreva a inventar sus propios pasos religiosos, educativos o políticos.

En Summerhill todos los programas comprenden danzas. Siempre las disponen y ejecutan las niñas, y las hacen bien. No bailan música clásica; siempre bailan jazz. Tenemos un ballet para la música de *Un norteamericano en París* de Gershwin. Yo escribí la letra y las muchachas la interpretaron en danza. He visto peores danzarinas en los escenarios de Londres.

La danza es una excelente salida para el interés inconsciente del sexo. Digo *inconsciente* porque una niña puede ser una belleza, pero si baila mal, no tendrá muchas parejas para danzar.

Casi todas las noches se llena de niños mi habitación particular. Tocamos discos de fonógrafo, y en esto surgen los des-



acuerdos. Los niños prefieren a Duke Ellington y Elvis Presley y yo detesto las baratijas. Me gustan Ravel, Stravinsky y Gershwin. A veces me canso de jazz e impongo la ley con el pretexto de que, estando en mi habitación, toco lo que quiero.

Despejarán la habitación el trío del *Rosenkavalier* o el quinteto de los *Meistersinger*. A pocos niños les gusta la música o la pintura clásicas. No intentamos llevarlos a gustos más elevados, signifique esto lo que se quiera. En realidad, importa poco para la felicidad de uno en la vida que le guste Beethoven o el ruidoso jazz. Las escuelas tendrían más éxito si incluyesen el jazz en el plan de actividades y eliminasen a Beethoven. Tres muchachos de Summerhill, inspirados por las bandas de jazz, se dedicaron a tocar instrumentos músicos. Dos de ellos compraron clarinetes y el otro prefirió la trompeta. Al salir de la escuela, los tres fueron a estudiar a la Real Academia de Música. En la actualidad, los tres tocan en orquestas que ejecutan música clásica exclusivamente. Me place pensar que la razón de este progreso en gusto musical está en que, cuando estuvieron en Summerhill, se les permitió oír a Duke Ellington y a Bach, o a cualquier otro compositor.

#### DEPORTES Y JUEGOS

En la mayor parte de las escuelas son obligatorios los deportes. Hasta es obligatoria la asistencia a los partidos. En Summerhill los juegos, lo mismo que las clases, son optativos.

Un muchacho estuvo en la escuela diez años y no jugó nunca a ningún juego ni se le pidió nunca que lo hiciera. Los pequeños no organizan juegos. Juegan a los *gangsters* o a los pieles rojas, hacen chozas de madera y todas las cosas que suelen hacer los niños pequeños. No habiendo llegado a la fase cooperativa, no pueden celebrar juegos organizados. El juego organizado y los deportes vienen naturalmente a su debido tiempo.

En Summerhill nuestros principales juegos son el hockey en invierno y el tenis en verano. Es difícil formar con los niños buenos equipos para el tenis por parejas. Dan por cosa admitida los equipos para hockey; pero muchas veces dos jugadores de tenis actúan individualmente y no como una unidad. Los equipos empiezan a formarse más fácilmente a los diecisiete años.

La natación es muy popular a todas las edades. La playa de Sizewell no es buena para los niños, pues la marea parece estar

siempre alta. Los largos trechos de arena con rocas y hoyos, que tanto gustan a los niños, no existen en nuestra costa.

En la escuela no hacemos gimnasia artificial, ni la creo necesaria. Los niños hacen todo el ejercicio que necesitan en sus juegos, nadando, danzando y andando en bicicleta. Dudo que niños libres asistieran a una clase de gimnasia. Nuestros juegos de interior son el tenis de mesa, el ajedrez y las cartas.

Los niños menores tienen una alberca para chapotear, un arenal, un sube y baja y columpios. El arenal está siempre lleno de niños enarenados en los días de calor, y los pequeños se quejan siempre de que los mayores vayan a jugar con su arena: parece que habrá que hacerles un arenal a los mayores. La etapa de la arena y de los pasteles de barro dura más de lo que pensábamos.

Hemos tenido debates y disputas acerca de nuestra falta de consistencia de dar premios para los deportes. La inconsecuencia está en nuestra decidida negativa a dar premios o calificaciones en las materias del plan escolar de estudios. El argumento contra los premios es que una cosa debe hacerse por ella misma y no por la recompensa; y esto, ciertamente, es exacto. Algunas veces se nos pregunta por qué está bien dar un premio en tenis, y por qué está mal darlo en geografía. Supongo que la contestación es que un partido de tenis es por sí mismo un certamen y consiste en vencer al adversario. El estudio de la geografía no lo es. Si sabemos geografía, realmente nos importa poco que los otros compañeros sepan más o menos que nosotros. Yo sé que los niños *quieren* premios para los juegos, y no los quieren para las materias escolares, por lo menos en Summerhill. En todo caso, en Summerhill no convertimos en héroes a los vencedores en los deportes. Porque Fred sea capitán del equipo de hockey no tiene más peso su voz en una asamblea general de la escuela.

En Summerhill los deportes están en su lugar adecuado. A un niño que no juega nunca a ningún juego jamás se le desprecia ni se le considera inferior. "Vive y deja vivir" es un lema que encuentra su expresión ideal cuando los niños son libres de ser ellos mismos. Yo personalmente siento poco interés por los deportes. Si los maestros de Summerhill hubieran dicho: "¡Adelante, muchachos, competid en el campo!", los deportes se habrían convertido en Summerhill en algo pervertido. Únicamente con libertad para jugar o no jugar puede desarrollarse el espíritu deportivo.



## INFORME DE LOS INSPECTORES DEL GOBIERNO INGLÉS

## MINISTERIO DE EDUCACIÓN

*Informe de los Inspectores de S. M. sobre la Escuela de Summerhill, Leiston, Suffolk East, inspeccionada el 20 y el 21 de junio de 1949.*

## NOTAS

1. Este informe es confidencial y no puede publicarse salvo por instrucciones precisas de la escuela. Si se publica, debe publicarse íntegramente.
2. La ley confiere los derechos de propiedad editorial al Contralor del Departamento Editorial de S. M. El Contralor no se opondrá a la reproducción del informe siempre que se entienda claramente por todos los interesados que los derechos editoriales le pertenecen a él.
3. Debe entenderse que la publicación de este informe no implica ninguna forma de aprobación por parte del Ministro.

Ministerio de Educación  
Curzon Street  
Londres, W. 1.

Ind: 38B/6/8.

Esta escuela es famosa en todo el mundo porque en ella se realiza un experimento educativo de orientación revolucionaria y en la que se ponen en práctica las teorías publicadas por su Director, ampliamente conocidas y discutidas. La tarea de inspeccionarla resultó exigente e interesante, exigente porque esta escuela se diferencia mucho de las demás escuelas con que están familiarizados los inspectores, e interesante a causa de la oportunidad de estimar, y no sólo de observar, el valor de la educación que en ella se da.

Todos los niños de la escuela son internos y la cuota anual es de £ 120. A pesar de los bajos sueldos que se le pagan al personal docente, el Director encuentra difícil sostener la escuela con esa cantidad, que se resiste a aumentar en vista de sus noticias acerca de la situación financiera de los padres. Aunque la cuota es baja, en relación con la de muchas escuelas independientes para internos, y elevada la proporción de personal docente, sorprendieron un poco a los inspectores las dificultades financieras de que se lamentaba el Director. Sólo un detenido examen de las cuentas y de los gastos revelaría si podrían reducirse los costos sin pérdida, y podría ser un buen plan confiar dicho examen a una persona independiente y experimentada. Entretanto, puede decirse que, aunque otras cosas sean deficientes, los niños están bien y abundantemente alimentados.

Los principios por los cuales se rige la escuela son bien conocidos a los lectores de los libros del Director. Unos han sido ampliamente aceptados desde que por primera vez fueron declarados, otros están ejerciendo extensa influencia sobre las escuelas en general, en tanto que otros son mirados con desconfianza y aversión por la mayoría de

los maestros y los padres. Aunque los inspectores procuraron seguir su costumbre normal de estimar lo que se está haciendo de una manera objetiva, les parece imposible informar justamente acerca de la escuela sin alguna referencia a sus principios y propósitos, ya los acepten personalmente o no.

El principio fundamental sobre el cual se rige la escuela es la libertad. Esta libertad no es totalmente ilimitada. Hay varias leyes relativas a la seguridad de la vida y la integridad física hechas por los niños, pero que el Director sólo aprueba si son suficientemente severas. Así, por ejemplo, los niños no pueden bañarse si no es en presencia de dos individuos del personal que actúan de salvavidas. Los niños menores no pueden salir de los terrenos de la escuela sin ir acompañados de algunos mayores. Estas disposiciones y otras análogas son categóricas, y a los transgresores se les castiga con un sistema de multas. Pero el grado de libertad que se les permite a los niños es muchísimo mayor que el que los inspectores han visto en cualquiera otra escuela, y la libertad es efectiva. Ningún niño, por ejemplo, está obligado a asistir a las clases. Como se revelará más adelante, la mayoría asiste por lo general con regularidad, pero un alumno estuvo realmente en esta escuela durante 13 años sin haber asistido a una sola clase y ahora es un experto constructor de herramientas y de aparatos de precisión. Se menciona este caso extremo para hacer notar que la libertad concedida a los niños es verdadera y no se les retira así que los resultados no son satisfactorios. Pero la escuela no es gobernada de acuerdo con principios anarquistas. Las leyes las hace un parlamento escolar que se reúne regularmente bajo la presidencia de un niño y al que asisten los individuos del personal y los niños que quieren. Esta asamblea tiene facultades ilimitadas de discusión y poderes manifiestamente bastante amplios para legislar. En una ocasión discutió la destitución de un maestro y mostró, por supuesto, excelente juicio en sus opiniones. Pero los acontecimientos así son raros y, normalmente, el parlamento trata los problemas cotidianos de la vida en comunidad.

Los inspectores tuvieron oportunidad de asistir a una sesión el primer día de la inspección. Las principales materias discutidas fueron el cumplimiento de las disposiciones sobre las horas de acostarse hechas por el parlamento, y el control de entradas en la cocina en horas no autorizadas. Estos problemas fueron discutidos con gran vigor y libertad de comentarios, de un modo razonablemente ordenado y sin personalismos. Aunque pareció que se invertía bastante tiempo en argumentar de una manera más bien infructuosa, los inspectores se mostraron de acuerdo con el Director en que la experiencia de aprender a organizar sus propios asuntos era más valiosa para los niños que el tiempo perdido.

Es evidente que la mayoría de los padres y los maestros se mostrarían muy indecisos para conceder una libertad completa en materias sexuales. Muchos que estarían de acuerdo con el Director hasta este

momento, se apartarían aquí de él. Quizás no tuvieran dificultad en admitir que debieran darse libremente conocimientos sobre el sexo, que debiera separarse el sexo de la idea de pecado, y que muchas inhibiciones aceptadas durante mucho tiempo han causado un daño infinito; pero en una escuela mixta tomarían más precauciones de las que él toma. Evidentemente, es muy difícil hacer comentarios justos sobre las consecuencias de no hacerlo así. En toda comunidad de adolescentes tienen que estar presentes los sentimientos sexuales, y ciertamente que no los suprimirá el hecho de rodearlos de tabús. En realidad, probablemente serán sobreexcitados. Al mismo tiempo, como lo reconoce el Director, no es posible, aun cuando fuera deseable, la libertad completa para expresarlos. Todo lo que aquí puede decirse con seguridad es que sería difícil encontrar un grupo de niños y niñas más naturales, francos y desinteresados, y los desastres que pudieron temer algunos no han ocurrido en los veintiocho años de existencia de la escuela.

Otro asunto muy discutible debe mencionarse aquí: la ausencia de todo tipo de instrucción religiosa. No está prohibida la religión y, si el parlamento de la escuela decidiese introducirla, probablemente se introduciría. Análogamente, si un individuo la practicara, no se haría nada para impedirlo. Los niños proceden todos de familias que no aceptan las doctrinas ortodoxas cristianas y, en realidad, no se ha expresado nunca el menor deseo de religión. Sin violentar en nada la palabra, puede decirse con exactitud que en esta escuela se practican muchos principios cristianos, y que hay en ella muchas cosas que puede aprobar cualquier cristiano. Es evidente que en una inspección de dos días no pueden juzgarse las consecuencias de la ausencia completa de instrucción religiosa.

Parecía necesario escribir esta exposición previa sobre la escuela antes de proceder a las materias más usuales de un informe. La organización y las actividades de la escuela deben considerarse sobre ese fondo de libertad real.

#### ORGANIZACIÓN

Hay 70 niños entre las edades de 4 y 16 años. Viven en cuatro edificios separados que se describirán en la sección de locales. En esta sección se describirá su educación en el sentido más estricto. Hay seis grados organizados laxamente según la edad, pero concediendo considerable importancia a la capacidad. Esos grados se reúnen de acuerdo con un horario totalmente ordinario y ortodoxo de cinco períodos de 40 minutos en cinco mañanas de cada semana. Tienen lugares definidos para reunirse y maestros definidos para enseñarles. En lo que difieren de los grados análogos de las escuelas ordinarias es que no hay la menor garantía de que asistan todos o, por lo menos, alguno. A los inspectores les costó gran trabajo averiguar lo que realmente sucedía asistiendo a las clases y mediante preguntas. Parece que la asistencia aumenta en regularidad a medida que los niños crecen y

que, una vez que un niño ha decidido asistir a determinada clase, por lo general, lo hace con regularidad. Fue mucho más difícil descubrir si el equilibrio de trabajo y de materias era satisfactorio. Como muchos de los niños reciben el certificado escolar, su elección es controlada por las exigencias del examen al acercarse éste; pero los más pequeños tienen completa libertad de elección. En general, los resultados de este sistema no son importantes. Es verdad que los niños trabajan con una voluntad y un interés muy alentadores, pero sus logros más bien son escasos. No es éste, en opinión de los inspectores, un resultado inevitable del sistema, sino más bien del sistema cuando funciona mal. Entre sus causas parecen figurar las siguientes:

1. La falta de una buena maestra de menores que pueda dirigir y unificar su trabajo y actividades.

2. La calidad de la enseñanza en general. La enseñanza de los niños pequeños es, hasta donde puede juzgarse, inteligente y eficaz, y hay alguna enseñanza buena en los grados superiores, pero la falta de un buen maestro para los menores que pueda inspirar y estimular a los niños de 8, 9 y 10 años se echa de ver con la mayor claridad. De un modo un tanto sorprendente, se usan métodos anticuados y formales, y cuando los niños llegan a la edad en que son aptos para un trabajo más avanzado, sufren considerables desventajas y presentan a los maestros graves problemas. La enseñanza de los niños mayores es mucho mejor y en uno o dos casos realmente buena.

3. Los niños carecían de guía. Es plausible que una muchacha de quince años decida que le gustaría aprender francés y alemán, dos idiomas que anteriormente había descuidado; pero permitirle intentar esa tarea en dos períodos para el alemán y tres para el francés con seguridad es un poco irresponsable. Los progresos de la niña eran lentos, a pesar de su admirable determinación, y debió de habersele permitido mucho más tiempo. Les parece a los inspectores que podría establecerse una especie de sistema tutelar para ayudar a los niños a planear su trabajo.

4. Falta de intimidad. "Summerhill es un lugar difícil para estudiar." Estas palabras son del Director. Es un colmenar de actividad y hay muchas cosas que atraen la atención y despiertan interés. Ningún niño tiene una habitación para él, y no hay habitaciones especialmente aisladas para estudiar en silencio. Una persona decidida podría indudablemente encontrar un sitio, pero es raro el grado de decisión necesario. Pocos niños siguen en la escuela después de los 16 años, aunque no hay nada que se lo impida. Hay y ha habido algunos niños extremadamente capaces e inteligentes en Summerhill y puede dudarse si, académicamente, les da todo lo que necesitan.

Al mismo tiempo hay excelente trabajo dondequiera que la calidad de la enseñanza es buena. Es notable la del arte. Era difícil advertir alguna diferencia importante entre la pintura de los niños de Summerhill y la de los niños de muchas escuelas mucho más tradicionales. Pudimos ver algún buen trabajo en dibujo y de gran variedad. Se

estaba instalando un horno durante la inspección y los cacharros que esperaban la primera cochura eran de excelente forma. La posesión de un telar de pedal permitiría ejercitar otro oficio que ha tenido comienzos muy prometedores.

Se hace mucho trabajo escrito de creación, incluidos un periódico mural y comedias que se escriben y representan todos los cursos. Se oyeron buen número de esas comedias, pero no es costumbre conservar los guiones y, en consecuencia, no pudo juzgarse su calidad. Recientemente se hizo una representación de *Macbeth* en el pequeño teatro escolar, y todas las decoraciones y ropas se hicieron en la escuela. Es interesante saber que esto se hizo por decisión de los niños contra el deseo del Director, que prefiere que representen comedias escritas por ellos mismos.

La educación física se realiza de acuerdo con los principios de la escuela. No hay juegos ni ejercicios físicos obligatorios. Se juegan con entusiasmo el fútbol, el cricket y el tenis. El fútbol se juega con habilidad considerable gracias a la presencia de un experto en el personal docente. Los niños juegan partidos con otras escuelas de la población. El día de la visita había un partido de cricket contra una escuela moderna de las proximidades, en el que Summerhill decidió que no jugase su mejor jugador al saber que el mejor jugador de los adversarios estaba enfermo.

Se pasa mucho tiempo al aire libre y los niños hacen una vida activa y sana, y su aspecto lo indica. Únicamente una investigación detenida y técnica podría revelar si pierden algo por falta de una educación física más formal.

#### PREDIOS

La escuela está situada en terrenos que ofrecen amplio campo para el recreo. El edificio principal, que anteriormente fue una casa particular, ofrece para los fines escolares un hall, un comedor, cuartos para enfermos, un salón de arte, una pequeña pieza para trabajos manuales y los dormitorios de las niñas. Los niños más pequeños duermen en una casita que contiene también sus salas de clase. Los dormitorios para los demás niños y las aulas están en barracas, en el jardín, donde están también los dormitorios de algunos individuos del personal docente. Todas las habitaciones tienen puertas que se abren directamente al jardín. Las aulas son pequeñas, aunque no insuficientes, ya que la enseñanza se da a pequeños grupos. Uno de los dormitorios representa un notable esfuerzo de construcción realizado por los niños y el personal: fue construido para sanatorio, pero no hubo lugar para usarlo con ese destino. Los servicios de dormitorio son un tanto primitivos si se les juzga por las normas habituales, pero el estado sanitario de la escuela es, desde luego, bueno, y las instalaciones pueden considerarse satisfactorias. Se dispone de suficientes cuartos de baño.

Aunque las instalaciones del jardín a primera vista son desacostumbradamente primitivas y públicas, en realidad parecen ser eminen-

temente bien adecuadas para crear un ambiente de vacación permanente en el campo, lo cual es una característica importante de la escuela. Además, ofrecieron ocasión para ver cómo los niños seguían estudiando sin que les perturbasen en absoluto los muchos visitantes que estaban presentes el día de la inspección.

#### PERSONAL DOCENTE

A los maestros se les pagan 8 libras mensuales, más comida y habitación. Tiene que ser considerable tarea para el Director encontrar hombres y mujeres que no sólo crean en los principios de la escuela, sino que sean suficientemente maduros y bien equilibrados para poder vivir en igualdad de condiciones con los niños, que estén bien preparados académicamente y posean una gran pericia como maestros, y persuadirlos después para que trabajen por 8 libras mensuales. El trabajo en Summerhill no es precisamente una recomendación en muchos sectores, y la necesaria combinación de convicciones, desinterés, carácter y capacidad es rara. Ya se ha advertido que el personal no está a la altura de todas las exigencias, pero es mucho mejor que el personal de muchas escuelas independientes que pagan sueldos mucho más elevados. Figuran en él licenciados y doctores en ciencias y letras, algunos de ellos distinguidos, además de maestros de artes y de oficios que tienen títulos extranjeros y son de lo mejor del personal.

Aunque necesita reforzarse acá y allá, el personal actual está muy lejos de ser flojo, y si, mediante la asistencia a cursos y visitas de estudio, pudiera ampliar y refrescar su experiencia, y ponerse al día, lo haría muy bien. Al mismo tiempo, es demasiado esperar que un sueldo de 96 libras al año puede seguir atrayendo a esta escuela a los maestros que necesita, y parece claro que esta dificultad habrá de ser solventada resueltamente.

El Director es un hombre de convicciones y de sinceridad profundas. Su fe y su paciencia deben ser inagotables. Tiene la rara facultad de ser una personalidad fuerte, pero no dominante. Es imposible verlo en su escuela sin respetarlo, aunque se esté en desacuerdo con algunas de sus ideas o hasta le disgusten a uno. Tiene sentido del humor, una humanidad cálida y un sentido común vigoroso que harían de él un buen director en cualquier parte, y su feliz vida familiar es compartida con los niños, que probablemente son tan capaces de sacar provecho del ejemplo como cualesquiera otros.

El Director sustenta una amplia visión educativa en cuanto a los medios de aprender a vivir con plenitud, y aunque admitiese la fuerza de algunas por lo menos de las críticas contenidas en este informe, creería que su escuela debe sostenerse o hundirse por el tipo de niños que permite que lleguen a ser sus alumnos, más que por las destrezas y capacidades específicas que les enseña. A base de esta valoración puede decirse:

1. Que los niños están llenos de vida y entusiasmo. No se vieron indicios de aburrimiento y apatía. Impregna la escuela una atmósfera de satisfacción y de tolerancia. El cariño con que la miran sus antiguos alumnos es una prueba de su éxito. Un promedio de 30 de ellos asisten a los juegos y bailes de fin de curso, y muchos hacen de la escuela su centro de operaciones durante las vacaciones.

Quizá valga la pena señalar en este punto que, aunque en sus primeros tiempos asistían a la escuela casi exclusivamente niños "problemas", los que asisten ahora son una representación perfectamente normal de la población.

2. Que las maneras de los niños son deliciosas. Quizás falten de vez en cuando a alguna de las convenciones relativas a modales, pero su amistosidad, desenvoltura y naturalidad, y su falta total de timidez y de afectación, hacen de ellos personas de trato fácil y agradable.

3. Que el sistema estimula la iniciativa, la responsabilidad y la integridad, y que, hasta donde puede juzgarse de estas cosas, realmente las desarrolla.

4. Que todas las pruebas de que se dispone no indican que los niños salidos de Summerhill sean incapaces de adaptarse a la sociedad ordinaria. La siguiente información no lo dice todo, naturalmente, pero indica que la educación de Summerhill no es necesariamente hostil al éxito en el mundo. De los antiguos alumnos, uno es capitán del cuerpo de Ingenieros Reales Mecánicos Electricistas; otro, sargento comisario de batería; otro, piloto de bombardeo y jefe de escuadrón, una niña, maestra de párvulos; otra, azafata de aviación; un muchacho, clarinetista de la Banda de la Guardia de Granaderos; otro, miembro del Colegio Imperial; otro, bailarín de ballet en Sadler's Wells; otro es operador de radio y colabora con cuentos en un importante periódico diario nacional; y otro es investigador de mercados de una gran empresa. Muchos han tomado diversos grados universitarios en artes, ciencias e idiomas.

5. Las opiniones educativas del Director hacen de esta escuela un lugar excepcionalmente adecuado para el tipo de educación en que el trabajo fundamental se basa en los intereses de los niños y en que el trabajo de clase no está indebidamente gobernado por las exigencias de los exámenes. Haber creado una situación en la que podría florecer la educación académica del tipo más inteligente, es una hazaña; pero en realidad no florece, y es una gran oportunidad la que se pierde. Con una enseñanza mejor en todas las etapas, y sobre todo en la de los niños pequeños, podría hacerse florecer, y sería un experimento de profundo interés intentarlo.

Quedan en la mente algunas dudas tanto sobre los principios como sobre los métodos. Un conocimiento más íntimo y dilatado de la escuela quizá disiparía algunas de ellas y posiblemente intensificaría otras. Lo que no puede dudarse es que aquí está en marcha una obra de interesantísima y valiosa investigación educativa que convendría que viesan todos los educadores.

#### NOTAS SOBRE EL INFORME DE LOS INSPECTORES DE SU MAJESTAD

Hemos sido muy afortunados en que se nos enviasen dos inspectores de amplia mentalidad. Inmediatamente apeamos el tratamiento de "señor". Durante los dos días de la visita tuvimos algunas discusiones totalmente amistosas.

Advertí que los inspectores escolares estaban acostumbrados a abrir un libro de francés delante de una clase y hacer preguntas para averiguar lo que saben los alumnos. Yo razoné que ese tipo de enseñanza y de experiencia sería poco útil para apreciar el valor de una escuela en que las lecciones no eran lo más importante. Le dije a uno de los inspectores: "En realidad ustedes no pueden inspeccionar a Summerhill, porque nuestros criterios son la felicidad, la sinceridad, el equilibrio y la sociabilidad." Sonrió y dijo que de todos modos lo intentaría. Y los dos inspectores se adaptaron de un modo notable, y evidentemente disfrutaron de la visita.

Les impresionaban las cosas no habituales. Uno dijo: —Qué deliciosa impresión produce entrar en una sala de clase y ver que los niños no se fijan en uno, después de años de ver a las clases tensas a nuestra entrada.

Sí, estábamos felices con tenerlos entre nosotros.

Pero en cuanto al informe mismo: "A los inspectores les sorprendieron un poco las dificultades financieras..." La respuesta la dan casi en total las deudas incobrables; pero no es eso todo. El informe menciona una colegiatura anual de £ 120; pero desde entonces hemos procurado hacer frente al alza de los precios a través de los años elevando la colegiatura media anual a £ 250 (unos 700 dólares). Esto no deja nada para reparaciones en los edificios, para adquirir nuevos aparatos, etc. Entre otras cosas, los daños son mayores en Summerhill que en una escuela con disciplina. A los niños de Summerhill se les deja pasar por su etapa de jugar a los *gangsters* y, en consecuencia, se destruye más mobiliario.

El informe dice que tenemos setenta niños. Hoy hemos bajado a cuarenta y cinco, hecho que compensa en cierta medida la subida de las colegiaturas.

El informe habla de la mala enseñanza de nuestros niños menores. Siempre hemos tenido esa dificultad. Incluso con un maestro excelente, es difícil hacer el trabajo de una escuela pública ordinaria aunque no sea más que porque los niños tienen libertad para hacer otras cosas. Si los niños de una escuela pública en edad de diez o doce años pudieran trepar a los árboles

o cavar hoyos en vez de ir a clase, su nivel sería como el nuestro. Pero admitimos el hecho de que nuestros niños y nuestras niñas tendrán un periodo durante el cual el nivel de los estudios es más bajo, porque creemos que el juego es más importante en sus vidas durante ese periodo que el estudio.

Aun si suponemos que el atraso en los estudios de nuestros niños menores es importante, sigue siendo cierto que unos años después, aquellos niños, ya en los grados de mayores, pasaron los exámenes de Oxford con muy buenas notas. Aquellos alumnos fueron examinados en un total de 39 materias, a seis materias y media término medio por alumno. Los resultados fueron: 24 *Muy Bueno*, que es más del 70 por ciento. En todos los 39 exámenes no hubo más que un fracaso. La inferioridad de no estar al nivel escolar regular cuando un niño está entre los pequeños de Summerhill no significa necesariamente que ese alumno esté en un nivel bajo cuando esté entre los mayores.

Por mi parte, a mí me han gustado siempre los que arrancan tarde. He visto algunos niños muy brillantes que podían recitar a Milton a los cuatro años y que a los veinticuatro eran borrachos y holgazanes. Me gusta encontrarme con un hombre que a la edad de cincuenta y tres años todavía no sabe lo que va a ser en la vida. Tengo el presentimiento de que el niño que a los siete años ya sabe exactamente lo que quiere ser, más tarde puede ser un inferior que tendrá una actitud conservadora ante la vida.

Dice el informe: "Haber creado una situación en la que podría florecer la educación académica del tipo más inteligente, es una hazaña; pero en realidad no florece, y es una gran oportunidad la que se pierde." Éste es el único párrafo en que los dos inspectores no se elevaron por encima de sus preocupaciones académicas. Nuestro sistema florece cuando un niño *quiere* una educación académica, como lo demuestran los resultados de los exámenes. Pero quizá el párrafo de los inspectores significa que una enseñanza mejor de los pequeños tendría por consecuencia que serían más los niños que *querrían* hacer los exámenes de ingreso.

¿No es hora de que pongamos a la educación académica en su lugar? Con demasiada frecuencia la educación académica trata de hacer una bolsa de seda con la oreja de un cerdo. Me pregunto de qué les hubiera servido una educación académica a algunos de nuestros alumnos de Summerhill: a un dibujante de figurines, a un peluquero, a un bailarín de ballet, a algunos

músicos, maestras de párvulos, mecánicos, ingenieros, y a media docena de artistas.

Pero es un informe justo, sincero, generoso. Lo publico simplemente porque es bueno que el público lector vea una opinión sobre Summerhill que no es mía. Adviértase que el informe no implica ninguna forma de aprobación oficial por parte del Ministerio de Educación. Personalmente, no me preocupa; pero la aprobación habría sido bien recibida por dos factores: los maestros habrían quedado incluidos en el sistema de jubilaciones del Estado, y los padres tendrían más probabilidades de conseguir la ayuda de los consejos locales.

Me place consignar el hecho de que Summerhill no ha tenido nunca ninguna dificultad con el Ministerio de Educación. Toda consulta, toda visita mía al Ministerio ha sido atendida con cortesía y amistosamente. Mi única contrariedad tuvo lugar cuando el ministro negó a un padre escandinavo permiso para importar y armar casas prefabricadas, inmediatamente después de la guerra.

Cuando pienso en el interés autoritario que sienten los gobiernos europeos por las escuelas particulares, me alegro de vivir y de trabajar en un país que deja tanto campo para la iniciativa privada. Yo muestro tolerancia hacia los niños; el Ministerio muestra tolerancia hacia mi escuela. Estoy satisfecho.

#### EL FUTURO DE SUMMERHILL

Ahora que estoy en mis sesenta y seis años, creo que ya no escribiré otro libro sobre educación, porque tengo poco nuevo que decir. Pero lo que tengo que decir aporta algo en mi favor; no pasé los cuarenta años últimos escribiendo *teorías* sobre los niños. La mayor parte de lo que escribí estaba basado en la observación de los niños, en la vida con ellos. Es cierto que hallé inspiración en Freud, en Homer Lane y en otros; pero, gradualmente, tendí a abandonar las teorías cuando la prueba de la realidad demostraba que no eran válidas.

Es una extraña tarea la de un autor. Como en la emisión radiofónica, el autor envía un mensaje a personas a quienes no ve, de quienes no puede hacer un recuento. Mi público ha sido un público especial. El que podríamos llamar público oficial no me conoce. La British Broadcasting Company no pensó nunca en invitarme a hablar sobre educación. Ninguna universidad, incluida la mía de Edimburgo, habría pensado nunca en ofrecerme un grado honorario. Cuando doy conferencias a los estu-

diantes de Oxford y de Cambridge, no va a oírme ningún profesor, ninguna personalidad. Creo que estos hechos más bien me enorgullecen, pues me parece que el ser estimado por los funcionarios indicaría que me estaba volviendo anticuado.

En un tiempo lamenté que *The London Times* no publicara nunca ninguna de las cartas que le envié; pero hoy considero su negativa como una lisonja.

No pretendo haber sido ajeno al deseo de ser estimado; pero la edad trae cambios, en particular cambios en los valores. Recientemente hablé a setecientos estudiantes suecos, que llenaban una sala hecha para seiscientas personas, y no me sentí ni jubiloso ni engreído. Me creí verdaderamente indiferente hasta que me pregunté: "¿Qué hubieras sentido si el auditorio hubiera sido sólo de diez personas?" La contestación fue "endiabladamente molesto", de suerte que si está ausente el orgullo positivo, no lo está la mortificación negativa.

La ambición muere con la edad. La estimación es otra cosa. No me gusta ver un libro titulado, por ejemplo, *Historia de las escuelas progresistas*, que ignore mi trabajo. Todavía no he conocido a nadie honradamente indiferente a la estimación.

Hay un aspecto cómico en lo relativo a la edad. Durante años procuré llegar a los jóvenes —a los estudiantes jóvenes, a los maestros jóvenes, a los padres jóvenes—, considerando la edad como un freno para el progreso. Ahora que soy viejo —uno de los viejos contra quienes ha predicado durante tanto tiempo—, pienso de otra manera. Recientemente, hablando a trescientos estudiantes en Cambridge, me sentía a mí mismo como la persona más joven de la sala. Y *lo era*. Les dije: "¿Por qué necesitáis que venga a hablaros de libertad un viejo como yo?" En la actualidad, no pienso ateniéndome a la juventud ni a la edad. Creo que los años tienen poco que ver con el pensamiento. Conozco mozos de veinte años que tienen noventa, y hombres de sesenta que tienen veinte. Pienso ateniéndome al frescor, al entusiasmo, a la falta de conservadurismo, de inercia, de pesimismo.

No sé si he madurado o no. Tolero a los necios con menos alegría que solía, me irritan las conversaciones aburridas y me interesan menos las historias personales de la gente. Sin embargo, he tenido que aguantar muchísimas en estos últimos treinta años. También encuentro menos interés en las cosas, y pocas veces deseo comprar algo. Hace años que no miro los escaparates de las tiendas de ropa. Ni aun mis amadas tiendas de herramientas de Euston Road me atraen ahora.

Si ya he llegado a la edad en que el ruido de los niños me cansa más de lo que solía, no puedo decir que la edad haya traído la impaciencia. Aún puedo ver a un niño hacer mil tonterías, manifestar todos los viejos complejos, sabiendo que a su debido tiempo el niño será un buen ciudadano. La edad aminora el temor. Pero también aminora el valor. Hace años podía decirle fácilmente a un niño que amenazaba con saltar desde una ventana elevada, si no podía salir por la puerta, que saltase. No estoy seguro de que hoy pudiera hacerlo.

Una pregunta que se me hace con frecuencia es: "¿Pero no es Summerhill la obra de un solo hombre? ¿Podrá continuar sin usted?" Summerhill no es de ningún modo obra de un solo hombre. En el trabajo cotidiano de la escuela, mi esposa y los maestros son exactamente tan importantes como yo. *Es la idea de no intervenir en el desarrollo del niño y de no ejercer presión sobre él lo que ha hecho de la escuela lo que es.*

¿Es conocida Summerhill en el mundo? Apenas, y sólo para un puñado relativamente pequeño de educadores. Donde es más conocida es en Escandinavia. Durante cuarenta años hemos tenido alumnos de Noruega, Suecia y Dinamarca, en ocasiones hasta veinte a la vez. También hemos tenido alumnos de Australia, Nueva Zelandia, Africa del Sur y el Canadá. Mis libros han sido traducidos a muchos idiomas, entre ellos el japonés, el hebreo, el hindú y el guajarati. Summerhill ha ejercido alguna influencia en el Japón. Hace más de treinta años recibimos la visita de Seishi Shimoda, notable educador. Todas sus traducciones de mis libros se han vendido bastante bien, y he oído que los maestros de Tokio se reúnen para estudiar nuestros métodos. El señor Shimoda pasó además un mes entre nosotros en 1958. El director de una escuela del Sudán me dice que Summerhill interesa mucho a algunos maestros de allí.

Expongo estos hechos acerca de traducciones, visitas y correspondencia, sin ilusiones. Detened a mil transeúntes en Oxford Street y preguntadles qué significa para ellos la palabra Summerhill. Probablemente ninguno de ellos conocería el nombre. Hay que cultivar cierto sentido del humor en lo relativo a la importancia de uno o a la falta de ella.

No creo que el mundo emplee el método de educación de Summerhill hasta dentro de muchísimo tiempo, si es que llega a usarlo alguna vez. El mundo puede encontrar un camino mejor. Sólo un palabrero vacío podría suponer que su obra es la última palabra en la materia. El mundo *debe* encontrar un camino mejor. Porque la política no salvará a la humanidad.

Nunca lo hizo. La mayor parte de los periódicos políticos están erizados de odio, siempre odio. Demasiadas personas son socialistas porque odian al rico en vez de amar al pobre.

¿Cómo podemos tener hogares felices, con amor en ellos, cuando el hogar es un diminuto rincón de una patria que muestra el odio social de cien maneras? Ya puede verse por qué no puedo yo considerar la educación como un asunto de exámenes, clases e instrucción. La escuela elude la cuestión fundamental: todo el griego, todas las matemáticas y toda la historia del mundo no contribuirán hacer más amoroso el hogar, a librar al niño de inhibiciones y a los padres de la neurosis.

El futuro de Summerhill puede importar poco. Pero el futuro de la idea de Summerhill es de la mayor importancia para la humanidad. A las generaciones nuevas hay que ofrecerles la oportunidad de crecer en la libertad. Dar libertad es dar amor. Y sólo el amor puede salvar al mundo.

## II. LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

### EL NIÑO SIN LIBERTAD

El niño moldeado, condicionado, disciplinado, reprimido, el niño sin libertad, cuyo nombre es Legión, vive en todos los rincones del mundo. Vive en nuestra población exactamente al otro lado de la calle. Se sienta aburrido en un pupitre en una escuela aburrida; y después se sienta en un escritorio más aburrido aún en una oficina, o en un banco de una fábrica. Es dócil, inclinado a obedecer a la autoridad, temeroso de la crítica, y casi fanático en su deseo de ser normal, convencional y correcto. Acepta lo que le han enseñado casi sin hacer una pregunta; y trasmite todos sus complejos, temores y frustraciones a sus hijos.

Sostienen los psicólogos que la mayor parte del daño psíquico que se le hace al niño tiene lugar en los cinco primeros años de la vida. Posiblemente sea más exacto decir que en los primeros cinco meses, o en las cinco semanas primeras, o quizá en los cinco minutos primeros, pueden hacerse al niño daños que durarán toda la vida.

La falta de libertad empieza con el nacimiento. Más aún, empieza antes del nacimiento. Si una mujer reprimida, con el cuerpo rígido, concibe un niño, ¿quién puede decir qué efectos tiene la rigidez maternal sobre el bebé recién nacido?

No es exagerado decir que todos los niños nacen en nuestra civilización en un ambiente desaprobatorio de la vida. Los horarios de la alimentación son fundamentalmente antiplaceres. Quieren que se discipline al niño en la toma de alimentos porque la falta de horario sugiere un placer orgástico al tomar el pecho. El argumento de la nutrición suele ser una racionalización; el motivo profundo es moldear al niño en una criatura disciplinada que ponga el deber delante del placer.

Veamos la vida de John Smith, alumno de una escuela elemental corriente. Sus padres van a la iglesia de vez en cuando, pero, no obstante, insisten en que John vaya a la escuela dominical todas las semanas. Los padres se casaron regularmente a causa de la recíproca atracción sexual; *tenían* que casarse, porque en su medio no podrían vivir juntos sexualmente sino de un modo respetable, es decir, casados. Como sucede con frecuencia, no bastaba la atracción sexual, y las diferencias de carácter convertían el hogar en un centro de choques y tensiones,



a veces con discusiones a gritos entre los padres. Había también muchos momentos de ternura, pero el pequeño John los consideraba naturales, mientras que las riñas a gritos entre sus padres le afectaban el plexo solar, y se hizo medroso y gritón, y recibía azotes porque gritaba por nada.

Estaba condicionado desde el principio mismo. El horario de alimentación le producía muchas frustraciones. Cuando tenía hambre, el reloj señalaba que aún faltaba una hora para que se alimentara. Estaba envuelto en demasiadas ropas, y en ropas demasiado apretadas. Se encontraba con que no podía patear con toda la libertad que quería. La frustración en la alimentación le hacía chuparse el pulgar; pero el médico de la familia dijo que no debía dejarse adquirir malas costumbres, y ordenó a la mamá que le sujetara los brazos con las mangas o que le pusiera algo que supiera mal en las puntas de los dedos. Se le dejó hacer libremente sus funciones naturales mientras vistió pañales; pero cuando empezó a gatear y andar por el suelo, empezaron a flotar en la casa las palabras *desobediente* y *sucio*, y se empezó a enseñarle de mala manera a ser limpio.

Anteriormente, se le quitaban las manos de los órganos genitales cuando se los tocaba, y no tardó en asociar la prohibición genital con el asco adquirido a las heces. Así, años más tarde, cuando era viajante de ventas, su repertorio de historietas lo constituían un número equilibrado de chistes sexuales y escatológicos.

Gran parte de su instrucción fue condicionada por parientes y vecinos. El padre y la madre querían ante todo ser correctos —hacer las cosas apropiadas—, de suerte que cuando llegaban parientes o vecinos, John tenía que portarse como un niño bien criado. Tenía que decir *gracias* cuando la tía le daba un trozo de chocolate; tenía que cuidar mucho sus modales a la mesa, y sobre todo, tenía que abstenerse de hablar cuando estaban hablando los mayores.

Sus abominables ropas del domingo eran una concesión a los vecinos. Con esta enseñanza de la respetabilidad iba de mano un sistema implícito de mentiras, sistema del cual por lo común no se daba cuenta. Las mentiras comenzaron pronto en su vida. Se le decía que Dios no quiere a los niños malos que dicen *maldito*, y que el conductor le daría un azote si andaba por el pasillo del tren.

Todas sus curiosidades acerca de los orígenes de la vida fueron satisfechas con estúpidas mentiras, tan eficaces, que desapareció su curiosidad acerca de la vida y del nacimiento. Las

mentiras sobre la vida se combinaron con el miedo cuando, a la edad de cinco años, su madre lo encontró jugando con los genitales con su hermanita de cuatro años y una niña de la casa de al lado. La severa azotaina que siguió (y que aumentó su padre cuando volvió a casa del trabajo) inculcaron para siempre en John la lección de que el sexo es sucio y es pecado, algo en lo que ni siquiera debe pensarse. El pobre John tuvo que embotellar su interés por el sexo hasta que llegó a la pubertad, y entonces se reía a carcajadas en el cine cuando una mujer decía que estaba embarazada de tres meses.

Intelectualmente, la carrera de John fue normal. Aprendía fácilmente, y así escapó a los gestos de desprecio y a los castigos que hubiera podido imponerle un maestro estúpido. Salió de la escuela con un barniz de conocimientos inútiles en su mayor parte y una cultura que se satisfacía fácilmente con revistas baratas, películas vulgares y novelas de crímenes.

Para John la palabra Colgate no era más que el nombre de una pasta dentífrica; y Beethoven y Bach eran unos intrusos que se interponían en vuestro camino cuando buscabais en la radio a Elvis Presley o la Beiderbecke Band.

Reginald Worthington, primo rico de John Smith, iba a una escuela particular; pero su desarrollo era, en lo esencial, el mismo que el del pobre John. Aceptaba del mismo modo todo lo de segunda clase en la vida, estaba igualmente esclavizado al *statu quo* y tenía la misma actitud negativa para el amor y la alegría.

¿Son estos retratos de John y de Reginald caricaturas parciales? No exactamente caricaturas, aunque no hice los retratos completos. Dejé fuera la cálida humanidad de ambos, humanidad que sobrevive al peor condicionamiento del carácter. Los Smiths y los Worthingtons de la vida son en lo esencial gentes honradas y amistosas, llenas de fe y de supersticiones infantiles, de confianza y de lealtad pueriles. Ellos y sus compañeros son los ciudadanos normales que hacen las leyes y piden humanidad. Son las gentes que decretan que hay que matar a los animales humanamente, y que a los favoritos hay que cuidarlos adecuadamente. Aceptan un código penal cruel y anticristiano sin pensar en ello; y aceptan que se maten los hombres en la guerra como un fenómeno natural.

John y su primo rico están de acuerdo en que las leyes sobre el amor y el matrimonio son estúpidas, despiadadas y malignas. Están de acuerdo en que debía haber una ley para los hombres y otra para las mujeres, en lo que concierne al amor. Los dos



exigen que las muchachas con las que se casen sean vírgenes. Cuando se les pregunta si ellos son vírgenes, fruncen el ceño y dicen: "Del hombre, es diferente."

Los dos son firmes partidarios del Estado patriarcal, aunque no sepan lo que significa la palabra. Han sido moldeados como productos que el Estado patriarcal encuentra necesarios para seguir existiendo. Sus emociones tienden a ser emociones *colectivas*, de multitudes, y no sentimientos *individuales*.

Mucho después de haber salido de una escuela a la que odiaban cuando niños, exclamarán: "Fui azotado en la escuela, pero me hizo mucho bien", y después enviarán a sus hijos a la misma escuela o a una parecida. En términos psicológicos, aceptan al padre sin rebelión constructiva contra él; y así la tradición de la autoridad paterna se trasmite de generación en generación.

Para completar el retrato de John Smith debo hacer un breve esbozo de la vida de su hermana Mary; breve porque, en general, su ambiente represivo es el mismo que ahoga a su hermano. Pero ella encuentra dificultades especiales que John no conoce. En una sociedad patriarcal, es definitivamente una inferior, y se la educa para que lo sepa. Tiene que hacer las faenas de la casa cuando su hermano lee o juega, y no tardará en saber que, cuando tenga trabajo, recibirá un sueldo menor que el que gana un hombre.

En general, Mary no se rebela contra su inferioridad en una sociedad hecha por los hombres. El hombre advierte que ella tiene compensaciones, aunque sean de pura apariencia. Es el foco de las buenas maneras, se la trata con deferencia, los hombres permanecerán de pie si ella no está sentada. Un hombre le preguntará si quiere hacerle el favor de casarse con él. Se la enseña sutilmente que una de sus principales funciones es parecer todo lo atractiva posible, de donde resulta que se gastan muchos más millones en vestidos y cosméticos que en libros y escuelas.

En la esfera sexual, Mary es tan ignorante y reprimida como su hermano. En una sociedad patriarcal, los hombres han decretado que sus mujeres deben ser puras, virginales, inocentes. No es culpa de Mary que haya crecido en la sincera creencia de que las mujeres tienen el alma más pura que los hombres. De un modo casi místico, los hombres la han hecho pensar y sentir que su única función en la vida es la reproducción, y que el placer sexual es coto exclusivo del hombre.

La abuela de Mary, y probablemente también su madre, se supone que no tuvieron sexo hasta que no se presentó el hom-

bre conveniente y despertó a la belleza dormida. Mary se ha librado ya de esa fase, pero no tanto como nos gustaría creer. Su vida amorosa está gobernada por el miedo al embarazo, porque se da cuenta de que un hijo ilegítimo probablemente destruiría todas sus posibilidades de encontrar marido.

Una de las grandes tareas de hoy y de mañana es la investigación de la energía sexual reprimida y su relación con las dolencias humanas. Nuestro John Smith quizá muera de una enfermedad de los riñones, y Mary Smith quizá fallezca de cáncer, y nadie se preguntará si su angosta y reprimida vida emocional tuvo alguna relación con sus enfermedades. Quizá un día la humanidad pueda atribuir sus miserias, sus odios y sus enfermedades a su particular forma de civilización, que es esencialmente antivital. Si la rígida formación del carácter da rigidez a los cuerpos humanos —agarrotados y entumecidos en vez de vivos y latentes—, parece lógico concluir que el mismo entumecimiento rígido impedirá la pulsación de todo órgano humano necesario para la vida.

En suma, lo que sostengo es que la educación sin libertad da por resultado una vida que no puede ser vivida plenamente. Tal educación ignora casi por completo las *emociones* de la vida; y puesto que esas emociones son dinámicas, la falta de oportunidad para que se expresen debe tener y tiene por resultado la degradación, la fealdad, la odiosidad. Sólo se educa la cabeza. Si se permitiera a las emociones ser verdaderamente libres, el intelecto se cuidaría de sí mismo.

La tragedia del hombre es que su carácter, como el del perro, puede ser moldeado. No podemos moldear el carácter de un gato, animal superior al perro. Podemos darle a un perro una falsa conciencia, pero no podemos dársela a un gato. Pero la mayor parte de la gente prefiere a los perros porque su obediencia y sus aduladores movimientos de rabo ofrecen una prueba visible de la superioridad y la importancia del amo.

La enseñanza en el parvulario se parece mucho a la enseñanza en la perrera; el niño azotado, como el perrito azotado, se convierte en adulto obediente, inferior. Y así como enseñamos a los perros a servir a nuestros propósitos, lo mismo enseñamos a nuestros hijos. En esa perrera que es el parvulario los perros humanos deben ser limpios, no deben vociferar demasiado, deben obedecer al silbato, deben tomar sus alimentos cuando nosotros creamos conveniente que los tomen.

Yo vi cien mil perros obedientes y aduladores en el Tem-

pelhof de Berlín, cuando en 1935 silbaba sus órdenes el gran domador Hitler.

Me gustaría citar algunas *Instructions for Expectant Mothers* ("Instrucciones para mujeres embarazadas") publicadas hace algunos años por el sanatorio de un colegio médico de mujeres en Pennsylvania.

"La costumbre de chuparse el pulgar u otro dedo puede evitarse metiendo los brazos del niño en tubos de cartón para que no pueda doblarlos por el codo."

"Partes privadas. Deben mantenerse escrupulosamente limpias, a fin de evitar molestias, enfermedades y la formación de malas costumbres." (El subrayado es mío.)

Culpo a la profesión médica de gran parte de los errores en la crianza de los niños. Por lo general los médicos no están preparados para la crianza del niño, mas para muchas mujeres la palabra del médico es la voz de Dios. Si dice que hay que azotar al niño porque se masturba, la pobre madre no sabe que el médico habla por su propio sentimiento de culpabilidad sexual y no por sus conocimientos científicos de la naturaleza infantil. Culpo a los médicos de prescribir necios horarios de alimentación, sustancias que disuadan al niño de chuparse los dedos, la estúpida prohibición de jugar con el bebé y de darle libertad.

El niño problema es el niño oprimido entre la limpieza y la represión sexual. Los adultos dan por sabido que al niño hay que enseñarlo de tal manera, que los adultos tengan una vida todo lo tranquila posible. De ahí la importancia concedida a la obediencia, a las buenas maneras, a la docilidad.

El otro día vi a un niño de tres años a quien la mamá sacó al jardín. Tenía las ropas inmaculadas, pero empezó a jugar con tierra y se las manchó ligeramente. La mamá salió corriendo, lo azotó, lo metió en la casa y después lo mandó afuera lloviendo y con otras ropas. A los diez minutos ya se había manchado el vestido, y se repitió el proceso. Pensé decirle a la mujer que su hijo la odiaría para toda la vida, y lo que es peor, que odiaría la vida misma. Pero comprendí que no valdría de nada todo lo que yo le dijese.

Casi en todos los viajes por ferrocarril oigo decir a una madre: "Si sales al pasillo otra vez, Willie, te llevará preso el revisor." A la mayor parte de los niños se les cría dentro de un tejido de mentiras y de prohibiciones ignorantes.

Muchas madres que tratan a su niño bastante bien en casa, lo refirán o lo azotarán en público porque temen la opinión

de los vecinos. Hay que obligar al niño desde el principio a adaptarse a nuestra insensata sociedad.

En cierta ocasión, dando una conferencia en una población de la costa de Inglaterra, observé: "¿Se dan ustedes cuenta, madres, de que cada vez que azotan a sus hijos, están demostrando que los odian?" La reacción fue tremenda. Las mujeres me gritaron fieramente. Cuando después, por la noche, exponía mis opiniones sobre la cuestión: "¿Cómo podemos mejorar el ambiente moral y religioso del hogar?", el auditorio me siseó con gran placer. Me produjo una fuerte impresión, porque cuando doy conferencias, las doy por lo general a personas que creen lo que yo creo. Pero aquél era un auditorio de obreros y de clase media que no había oído hablar nunca de psicología infantil. Ello me hizo comprender lo atrincherada que está la compacta mayoría que se opone a la libertad de los niños... y a la suya.

La civilización está enferma y es desgraciada, y yo sostengo que la raíz de todo ello es la familia sin libertad. Desvirtúan a los niños todas las fuerzas de la reacción y del odio, los desvirtúan desde la cuna. Se les enseña a decir *no* a la vida porque sus jóvenes vidas son un largo no: no hacer ruido, no masturbarse, no mentir, no robar.

Se les enseña a decir *sí* a todo lo que es negativo en la vida: a respetar lo viejo, a respetar la religión, al maestro, la ley de los padres. No preguntar nada: obedecer, simplemente.

No es virtuoso respetar a quien no es respetable; ni es virtuoso vivir en pecado legal con un hombre o una mujer a quien se ha dejado de amar; ni es virtuoso amar a un Dios a quien en realidad se teme.

La tragedia está en que el hombre, que mantiene a su familia en cautiverio, es, y debe ser, esclavo él mismo, porque en una cárcel también está encarcelado el carcelero. La esclavitud del hombre es su esclavitud para odiar: reprime a su familia, y al hacerlo reprime su propia vida. Tiene que organizar tribunales y cárceles para castigar a las víctimas de su represión.

La mujer esclavizada tiene que dar su hijo para las guerras que el hombre llama guerras defensivas, guerras patrióticas, guerras para salvar la democracia, guerras para terminar con las guerras.

No hay nunca niños problema; sólo hay padres problema. Quizás fuera mejor decir que sólo hay una humanidad problema. Por eso es tan siniestra la bomba atómica, porque está bajo el control de gente que son antivida, porque ¿qué persona que tuvo los brazos atados en la cuna no es antivida?

Hay gran cantidad de buen compañerismo y de amor en la humanidad, y es mi firme creencia que generaciones nuevas que no hayan sido deformadas en la primera infancia vivirán en paz entre sí; es decir, si los odiadores de hoy no destruyen el mundo antes de que esas nuevas generaciones tengan tiempo a tomar el mando.

La lucha es desigual, porque los odiadores controlan la educación, la religión, el derecho, los ejércitos y las viles prisiones. Sólo un puñado de educadores se esfuerzan por permitir que se desarrolle libremente lo que hay de bueno en el niño. La inmensa mayoría de los niños están siendo moldeados por partidarios de la antivida con su odioso sistema de castigos.

En algunos conventos las niñas aún tienen que taparse cuando toman un baño, por miedo a que vean su propio cuerpo. A los niños aún les dicen los padres y los maestros que la masturbación es un pecado que lleva a la locura y a toda clase de consecuencias temibles. Recientemente vi a una mujer azotar a un bebé de unos diez meses porque gritaba cuando tenía sed.

Es una carrera entre los creyentes en la inercia y los creyentes en la vida. Y ningún hombre se atreve a ser neutral: eso significaría la muerte. Tenemos que estar en un lado o en el otro. El lado de la muerte nos da el niño problema; el lado de la vida nos dará el niño sano.

#### EL NIÑO LIBRE

Hay en el mundo tan pocos niños autónomos, que todo intento de describirlos tiene que ser un ensayo titubeante. Los resultados observados hasta ahora sugieren el comienzo de una civilización nueva, de un carácter más hondamente reformado que toda sociedad nueva prometida por cualquier clase de partido político.

La autonomía o gobierno de sí mismo implica la creencia en la bondad de la naturaleza humana, creencia en que no hay, ni hubo nunca, pecado original.

Nadie ha visto nunca a un niño completamente autónomo. Todos los niños vivientes fueron moldeados por los padres, los maestros y la sociedad. Cuando mi hija Zoe tenía dos años, una revista, el *Picture Post*, publicó un artículo sobre ella con fotografías en el que decía que, en su opinión, de todos los niños de Inglaterra era ella la que tenía más probabilidades de ser libre. No era del todo cierto, porque vivía, y vive, en una escuela entre muchos niños que no son autónomos. Esos

niños habían sido más o menos condicionados, y como el moldear el carácter conduce inevitablemente al miedo y al odio, Zoe se encontraba en contacto con algunos niños que eran antivida.

Fue criada sin ningún miedo a los animales. Pero un día, detuve el auto en una granja y dije: —Ven, vamos a ver las vacas que mugen: De pronto pareció asustarse y dijo: —No, no, las vacas que mugen te comerán. Se lo había dicho un niño de siete años que no había sido educado con autonomía. Ciertamente, el miedo sólo duró una o dos semanas. Después, un cuento de tigres que acechaban entre la maleza tampoco tuvo influencia más que un breve tiempo.

Parecería que un niño autónomo es capaz de vencer las influencias de los niños condicionados en un tiempo relativamente corto. Los miedos y los intereses reprimidos que adquirió Zoe nunca duraron mucho; pero nadie puede decir qué daño permanente habían ejercido ya, si es que ejercieron alguno, sobre su carácter esos miedos adquiridos.

Veintenas de extraños de todo el mundo han dicho de Zoe: —He aquí algo completamente nuevo, una niña graciosa y equilibrada en la felicidad, en paz con su ambiente, no en guerra contra él. Es verdad; Zoe es, en la medida en que puede serlo en una sociedad neurótica, el niño natural que parece conocer automáticamente la frontera entre la libertad y la licencia.

Uno de los peligros de tener una niña autónoma es que los adultos mostrarán tanto interés por ella, que se acostumbre a estar demasiado en el centro de la escena. Es probable que en una comunidad de niños autónomos, en que todos fuesen naturales y libres, no se destacase ningún niño en particular. Ninguno se sentiría estimulado a exhibirse. Y entonces no habría los celos que manifiestan otros niños cuando se encuentran ante un niño que no tiene sus inhibiciones.

Comparada con su amigo Ted, Zoe cuando pequeña tenía los miembros flexibles y libres. Si la levantabais, su cuerpo era tan elástico como el de un gatito; pero el pobre Ted se movía como un saco de patatas. No sabía distender sus músculos; sus reacciones eran todas defensivas y de resistencia; era antivida en todos los sentidos.

Profetizo que los niños autónomos no pasarán nunca por esa desagradable etapa. No puedo comprender por qué han de necesitar pasar nunca por ella. Porque si no tienen la sensación de estar atados y reprimidos por los padres cuando están en el cuarto de juegos, no puedo ver ninguna razón para que se

produzca después la rebeldía contra los padres. Aun en los hogares semilibres, la igualdad entre padres e hijos es tan buena, con frecuencia, que no aparece la tendencia rebelde a librarse de los padres.

*La autonomía significa el derecho del niño a vivir libremente, sin ninguna autoridad exterior en las cosas psíquicas o somáticas.* Significa que el niño se alimenta cuando tiene hambre; que adquiere costumbres de limpieza sólo cuando quiera; que no se le riñe ni se le azota nunca; que siempre es amado y protegido.

Si todo esto suena a fácil, natural y bello, es sorprendente, sin embargo, cuántos padres jóvenes, a quienes les gusta la idea, se las arreglan para entenderla mal. Tommy, de cuatro años, golpea las teclas del piano de un vecino con un mazo de madera. Los padres lo miran con una sonrisa triunfal que significa: —¿No es maravillosa la autonomía?

Otros padres creen que no deben nunca meter a su bebé de ocho meses en la cama, porque eso sería interferir la naturaleza. No, el niño debe estar levantado; cuando se cansa, la madre lo lleva a su cuna. Lo que en realidad sucede es que el niño se cansa y se malhumora cada vez más. Habitualmente, la madre cansada y decepcionada, lo coge y lo lleva gritando a la cama. Otra pareja joven acudió a mí más bien en tono de disculpa a preguntarme si harían mal en poner un biombo en el cuarto del bebé. Todos estos casos revelan que una idea, vieja o nueva, es peligrosa si no se combina con sentido común.

Sólo un encargado de niños pequeños insensato admitiría ventanas sin rejas en el dormitorio o una chimenea sin protección en la habitación. Sin embargo, con excesiva frecuencia, jóvenes entusiastas de la autonomía infantil vienen a mi escuela como visitantes y hacen exclamaciones ante nuestra falta de libertad al encerrar con llave un veneno en una alacena del laboratorio, o nuestra prohibición de jugar en la escalera de salvamento. Todo el movimiento de libertad se frustra y desacredita porque no tienen los pies en la tierra tantos defensores de la libertad.

Uno de ellos protestó contra mí porque le grité severamente a un niño problema que estaba dando patadas a la puerta de mi oficina. Su idea era que yo debía sonreír y tolerar el ruido hasta que el niño renunciase a su deseo de aporrear las puertas. Es verdad que pasé bastante años de mi vida tolerando pacientemente la conducta destructora de niños problema, pero lo hacía como su médico psicológico y no como conciudadano suyo.

Si una joven madre cree que hay que dejar a su niño de tres años que pinte la puerta de la casa con tinta roja fundándose en que así se está expresando libremente, es incapaz de comprender lo que significa la autonomía.

Recuerdo haber asistido con un amigo al teatro del Convent Garden. Durante el primer ballet, un niño que estaba delante de nosotros habló en voz alta con su padre. Al terminar el ballet, busqué otro asiento. Mi acompañante me dijo: —¿Qué haría usted si uno de sus niños de Summerhill hiciese eso?

—Decirle que se callara —contesté.

—No necesitaría usted hacerlo —dijo mi amigo—: no se portaría así, simplemente.

Y no creo que ninguno de ellos lo hiciese.

En una ocasión una mujer llevó a su niña de siete años a verme:

—Señor Neill —dijo—, he leído todo lo que usted ha escrito, y aun antes de haber nacido Dafnis, yo había decidido educarla siguiendo sus ideas.

Miré a Dafnis, que se había subido a mi piano de cola con sus fuertes zapatos. Dio un salto al sofá y casi rompió los resortes.

—Ya ve usted que natural es —dijo la madre—. ¡El niño neilliano!

Temo haberme sonrojado.

Es esta diferencia entre libertad y licencia lo que no pueden comprender muchos padres. En el hogar disciplinado, los niños *no* tienen derechos. En el hogar desmoralizado, tienen *todos* los derechos. El hogar apropiado es aquel en que niños y adultos tienen los mismos derechos. Y esto mismo se aplica a la escuela.

Hay que insistir una y otra vez en que la libertad no implica malcriar al niño. Si un niño de tres años quiere andar por encima de la mesa del comedor, simplemente hay que decirle que no. Debe obedecer, ésa es la verdad. Mas por otra parte, vosotros tenéis que obedecerle cuando sea necesario. Me salgo de las habitaciones de los niños pequeños si ellos me dicen que me vaya.

Tiene que haber cierta cantidad de sacrificio por parte del adulto si los niños han de vivir de acuerdo con su naturaleza interior. Los padres sanos llegan a una especie de transacción; los padres insanos o caen en la violencia o estropean a sus hijos permitiéndoles tener todos los derechos sociales.

En la práctica, la divergencia de intereses entre padres e hi-

jos puede mitigarse, si no resolverse, mediante un honrado toma y daca. Zoe respetaba mi escritorio y no sentía impulsos de jugar con mi máquina de escribir y mis papeles. Yo, en cambio, respetaba su habitación y sus juguetes.

Los niños son muy prudentes y no tardan en aceptar las leyes sociales. No debieran ser explotados, como lo son con demasiada frecuencia. ¡Cuántas veces no dice un padre: "Jimmy, tráeme un vaso de agua", cuando el niño está entregado a un juego absorbente!

Una gran proporción de travesuras se deben a la manera errónea de tratar a los niños. Zoe, cuando tenía poco más de un año, pasó una temporada de gran interés por mis gafas, y me las quitaba de la nariz para ver cómo eran. Yo no protestaba, ni mostraba enojo por el gesto ni por el tono de la voz. No tardó en perder el interés por ellas y no volvió a tocarlas. Indudablemente, si yo le hubiera dicho severamente que no —o lo que es peor, si le hubiera dado un golpecito en la mano— su interés por mis gafas habría persistido, mezclado de miedo a mí y de rebeldía contra mí.

Mi mujer la dejaba jugar con cosas de adorno frágiles. La niña las manejaba cuidadosamente y rara vez rompió alguna. Conocía las cosas por sí misma. Naturalmente, hay un límite a la autonomía. No podemos permitir que un niño de seis meses descubra por sí mismo que un cigarrillo encendido produce una quemadura dolorosa. Es erróneo gritar con alarma en semejante caso; lo que hay que hacer es suprimir el peligro sin alboroto.

A menos de que un niño sea mentalmente deficiente, no tardará en descubrir lo que le interesa. Libradlo de gritos excitados y de voces coléricas, y será increíblemente sensato en su trato con toda clase de materiales. La madre atosigada en la cocina de gas, furiosa por lo que están haciendo los niños, es la que nunca ha tenido confianza en las actividades de sus hijos. "Vete a ver lo que está haciendo el niño y dile que no debe hacerlo" es todavía una frase que se oye hoy en muchos hogares.

Cuando me escribe una madre preguntándome qué debiera hacer con niños que se comen las cosas mientras ella está ocupada en hacer la comida, sólo puedo contestarle que quizá ella los crió de aquel modo.

Una pareja leyó alguno de mis libros y se sentían consternados cuando pensaban en el daño que habían hecho al educar a sus niños. Convocaron a la familia a una conferencia, y dijeron: "Os educamos mal a todos. De hoy en adelante sois libres

de hacer lo que queráis." Se me olvidó a cuánto dijeron que ascendió la cuenta de los estropicios, pero puedo recordar que tuvieron que convocar a una segunda conferencia y rescindir la medida anterior.

El argumento habitual contra la libertad de los niños es ésta: *La vida es dura, y debemos preparar a los niños para que después se adapten a ella. Así pues, debemos disciplinarlos. Si les permitimos hacer lo que quieran, ¿cómo van a poder servir nunca a un jefe? ¿Cómo van a poder competir con otros que han conocido la disciplina? ¿Cómo van a ser nunca capaces de disciplinarse a sí mismos?*

Las personas que se oponen a conceder libertad a los niños y usan este argumento, no advierten que parten de un supuesto infundado, no demostrado: el supuesto de que un niño no crecerá ni se desarrollará a menos que se le obligue. Pero todos los treinta y nueve años de experiencia de Summerhill desaprueban ese supuesto. Tomemos, entre un centenar de casos, el de Mervyn. Asistió a Summerhill durante diez años, desde los siete hasta los diecisiete. Durante esos años, Mervyn no asistió nunca a una sola clase. A los diecisiete años difícilmente sabía leer. Pero cuando salió de la escuela y decidió hacerse constructor de instrumentos, rápidamente aprendió por sí mismo a leer y en corto tiempo absorbió todos los conocimientos técnicos que necesitaba. Por su propio esfuerzo, se preparó para ese aprendizaje. Hoy, ese mismo chico está perfectamente instruido, gana un buen salario y es un líder de su comunidad. En cuanto a autodisciplina, Mervyn construyó una buena parte de su casa con sus propias manos y está criando una linda familia de tres muchachos con el fruto de sus diarias labores.

De un modo análogo, todos los años muchachos y muchachas de Summerhill que hasta entonces rara vez han estudiado, deciden entrar en la Universidad; y por su propio acuerdo empiezan la larga y pesada tarea de prepararse para los exámenes de ingreso. ¿Por qué lo hacen?

La vulgar suposición de que los buenos hábitos que no se nos hayan impuesto durante la primera infancia nunca los adquiriremos después en la vida, es un supuesto según el cual fuimos educados y que aceptamos sin discusión simplemente porque nunca se ha puesto en duda la idea. Yo niego esta premisa.

La libertad es necesaria para el niño porque sólo con la libertad puede crecer a su manera natural, que es la buena manera. Veo los resultados del cautiverio en los alumnos de nuevo

ingreso que llegan de escuelas preparatorias y de conventos. Son costales de insinceridad, con una cortesía fingida y maneras falsas.

Su reacción a la libertad es rápida y monótona. Durante la primera o las dos primeras semanas abren las puertas a los maestros, me llaman "señor" y se asean cuidadosamente. Me miran con "respeto", que fácilmente se advierte que es miedo. Después de unas pocas semanas de libertad, se muestran tal como son. Se hacen descarados, inciviles, desaseados. Hacen todo lo que se les prohibió hacer en el pasado: juran, fuman, rompen cosas. Y constantemente tienen en los ojos y en la voz una expresión cortés e insincera.

Les cuesta por lo menos seis meses perder esa insinceridad. Después, también pierden la deferencia por lo que consideraban autoridad. En unos seis meses aproximadamente se hacen muchachos naturales y sanos que dicen lo que piensan sin aturdimiento ni odio. Cuando un niño llega a la libertad bastante joven, no pasa por esta etapa de insinceridad y de fingimiento. Lo más sorprendente en Summerhill es esta absoluta sinceridad entre los alumnos.

Este asunto de ser sincero en la vida y para la vida es un asunto vital. En realidad, es el más vital del mundo. Si sois sinceros, todas las demás cosas se os darán por añadidura. Todo el mundo comprende el valor de la sinceridad en la actuación, pongamos por caso. Esperamos sinceridad de nuestros políticos (a tanto llega el optimismo de la humanidad), de nuestros jueces y magistrados, de nuestros maestros y nuestros médicos. Pero educamos a nuestros niños de tal manera que no se atreven a ser sinceros.

Posiblemente el mayor descubrimiento que hemos hecho en Summerhill es que el niño cuando nace es una criatura sincera. Nos decidimos a dejar a los niños solos para poder saber cómo eran. Es el único modo posible de tratar a los niños. La escuela iniciadora del futuro tiene que seguir ese camino si ha de contribuir al conocimiento del niño y, cosa aún más importante, a la felicidad del niño.

El fin de la vida es la felicidad. Lo malo de la vida es todo lo que limita o destruye la felicidad. Felicidad siempre significa bondad; la infelicidad en sus límites extremos significa atormentar a los judíos, torturar a la minoría, o la guerra.

Pero concedo que la sinceridad tiene sus momentos de torpeza. Como cuando recientemente una niña de tres años miraba a un visitante barbado y dijo: —No creo que me guste su cara.

El visitante estuvo a la altura de las circunstancias. —Pero a mí me gusta la tuya —dijo, y Mary sonrió.

No, no quiero argumentar a favor de la libertad para los niños. Media hora pasada con un niño libre es más convincente que un libro de argumentos. Ver es creer.

No es fácil darle libertad a un niño. Ello significa que nos negamos a enseñarle religión, o política, o conciencia de clase. Un niño no puede tener verdadera libertad cuando oye a su padre tronar contra algún grupo político, o escucha a su madre bramar contra la clase de las sirvientas. Es poco menos que imposible impedir que los niños adopten nuestra actitud ante la vida. El hijo de un carnicero probablemente no predicará vegetarianismo; es decir, a no ser que el miedo a la autoridad de su padre lo lleve a la oposición.

La naturaleza misma de la sociedad es hostil a la libertad. La sociedad —la muchedumbre— es conservadora y odia toda idea nueva.

La moda encarna el disgusto de la muchedumbre por la libertad. La muchedumbre exige uniformidad. En la población soy un chiflado porque llevo sandalias; en mi aldea sería un chiflado si llevase chistera. Son pocos los individuos que se atreven a separarse de lo *correcto*.

En Inglaterra la ley —la ley de la muchedumbre— prohíbe comprar cigarrillos después de las ocho de la noche. No recuerdo a nadie que apruebe esa ley. Como individuos, aceptamos tranquilamente leyes de la multitud que son estúpidas.

Pocos individuos se atreverían a asumir la responsabilidad de ahorcar a un asesino o de enviar a un delincuente a la muerte en vida que llamamos cárcel. La multitud puede conservar barbaridades tales como la pena capital y nuestro sistema penitenciario, porque la multitud no tiene conciencia. La multitud no puede pensar, sólo puede sentir. Para la multitud, el delincuente es un peligro; el modo más fácil de protegerse es acabar con el peligro o encerrarlo. Nuestro anticuado código penal está basado fundamentalmente en el miedo; y nuestro sistema represivo de educación se basa también fundamentalmente en el miedo: miedo a la generación nueva.

Sir Martin Conway dice en su delicioso libro *The Crowd in Peace and War* que a la muchedumbre le gustan los hombres viejos. En la guerra, elige generales viejos; en la paz, prefiere los médicos viejos. La multitud se inclina hacia lo viejo porque teme lo joven.

El instinto de autoconservación de la muchedumbre ve en

la generación nueva un peligro: el peligro de que se forme una nueva muchedumbre rival, la cual puede concebirse que destruya a la vieja. En la menor de todas las muchedumbres —la familia— se les niega la libertad a los jóvenes por la misma razón. Los adultos se aferran a los viejos valores, a los viejos valores emocionales. No hay fundamento lógico para que un padre prohíba fumar a su hija de veinte años. La prohibición brota de fuentes emocionales, de fuentes conservadoras. Detrás de la prohibición está el miedo: “¿Qué hará después?” La multitud es la guardiana de la moral. El adulto teme dar libertad al joven porque teme que el joven pueda hacer de verdad todas las cosas que él, el adulto, quiso hacer. La eterna imposición al niño de las concepciones y los valores del adulto es un gran pecado contra la infancia.

Darle libertad es permitirle al niño vivir su propia vida. Dicho así, parece sencillo. Sólo nuestra desastrosa costumbre de enseñar, moldear, sermonear y coaccionar nos hace incapaces de comprender la sencillez de la verdadera libertad.

¿Cuál es la reacción del niño a la libertad? Los niños inteligentes y los niños no tan inteligentes ganan algo que nunca tuvieron, algo que es casi indefinible. Su principal manifestación exterior es un gran aumento de sinceridad y de caridad, y además un decrecimiento de la agresividad. Cuando los niños no están bajo el miedo y la disciplina, no son patentemente agresivos. Sólo una vez en treinta y ocho años en Summerhill vi una pelea en que sangraron las narices. Siempre tenemos algún valentón, porque ninguna cantidad de libertad en la escuela puede contrarrestar la influencia de un mal hogar. El carácter adquirido en los primeros meses o años de la vida puede modificarse mediante la libertad, pero nunca puede ser completamente cambiado. El enemigo malo de la libertad es el miedo. Si les hablamos a los niños del sexo, ¿no se harán libertinos? Si no censuramos las comedias, ¿no se hará inmoral la gente?

Los adultos que temen que la juventud se corrompa son los que ya están previamente corrompidos, así como las personas de ideas sucias son las que piden que todos debiéramos usar trajes de baño de dos piezas. Si a un individuo le impresiona algo, es por lo que más interés siente. El gazmoño es el libertino sin el valor de ver su alma al desnudo.

Pero libertad significa derrota de la ignorancia. Un pueblo libre no necesitaría de censores de comedias ni de costumbres. Porque un pueblo libre no sentiría interés por las cosas escandalosas, porque un pueblo libre no se escandalizaría. Los alumnos

de Summerhill son inconmovibles, no porque estén duchos en el pecado, sino porque se han librado del interés por las cosas escandalosas y ya no les sirven de temas de conversación ni de chistes.

Las personas me dicen constantemente: “¿Pero cómo se adaptarán sus niños libres al tráfico del mundo?” Espero que esos niños sean los que inicien la abolición del azacanamiento de la vida.

*Tenemos que permitir a los niños ser egoístas* —poco dádicos—, libres para seguir sus propios intereses infantiles durante su infancia. Cuando los intereses individuales del niño y sus intereses sociales choquen, debe darse la preferencia a los intereses individuales. Toda la idea de Summerhill es la liberación: permitirle al niño que viva sus intereses naturales.

La escuela debiera hacer un juego de la vida del niño. No quiero decir que el niño tenga un camino de rosas. Hacerlo todo fácil para el niño es fatal para su carácter. Pero la vida misma presenta tantas dificultades, que las dificultades artificialmente creadas que nosotros presentamos al niño son innecesarias.

*Creo que es un error imponer algo por autoridad. El niño no debiera hacer nada hasta que se forme la opinión —su opinión propia— de que debe hacerlo.* La maldición de la humanidad es la coacción externa, ya venga del papa, o del Estado, o del maestro, o del padre. Es fascismo *in toto*.

La mayor parte de la gente pide un dios. ¿Cómo puede ser de otro modo cuando el hogar está gobernado por dioses de hojalata de ambos sexos, dioses que exigen una verdad y una conducta moral perfectas? La libertad significa hacer lo que se quiera mientras no se invada la libertad de los demás. El resultado es la autodisciplina.

En nuestra política educativa como nación nos negamos a dejar vivir. Persuadimos mediante el temor. Pero hay una gran diferencia entre obligar a un niño a que deje de tirar piedras y obligarlo a aprender latín. El tirar piedras afecta a otros; pero aprender latín sólo le afecta al niño. La comunidad tiene derecho a reprimir al muchacho antisocial porque interfiere los derechos de otros; pero la comunidad no tiene derecho a obligar al muchacho a aprender latín, porque aprender latín es una cuestión individual. Forzar a un niño a aprender corre parejas con obligar a un hombre a adoptar una religión por una ley del Parlamento. Y es igualmente necio.

Yo estudié latín cuando niño; más bien me daban libros en



latín para que los leyese. Siendo muchacho, nunca pude aprender la materia, porque mis intereses andaban por otro lado. A los veintiún años de edad, me encontré con que no podía ingresar en la Universidad sin saber latín. En menos de un año aprendí el latín suficiente para aprobar el examen de ingreso. Mi propio interés me hizo aprender latín.

Todo niño tiene derecho a llevar ropas de tal clase, que no importe un ardite que se manchen o no. Todo niño tiene derecho a la libertad de palabra. Me he pasado muchos años oyendo a adolescentes soltar todos los *maldita sea* y todos los *mil bombas* que se les había prohibido decir cuando pequeñitos.

Lo sorprendente es que, habiendo millones de seres educados en el odio y el miedo al sexo, el mundo no esté aún más neurótico de lo que está. Para mí, esto significa que la humanidad natural tiene el poder innato de vencer finalmente los males que se le imponen. Hay una lenta tendencia hacia la libertad, sexual y de otros órdenes. En mi infancia, una mujer se bañaba con medias y un largo ropaje. Hoy las mujeres dejan ver sus piernas y sus cuerpos. Los niños van ganando más libertad con cada generación. En la actualidad, sólo unos pocos lunáticos ponen pimentón en el pulgar de un niño para que no se lo chupe. Actualmente, sólo en algunos sitios se pega a los niños en la escuela.

La libertad actúa lentamente; un niño puede tardar varios años en darse cuenta de lo que significa. Todo el que espere resultados rápidos es un optimista incurable. Y actúa mejor en los niños inteligentes. Me gustaría poder decir que, puesto que la libertad afecta primordialmente a las emociones, los niños de todas clases —inteligentes y torpes— reaccionan del mismo modo a ella. Pero no puedo decirlo.

Se percibe la diferencia en la cuestión de las lecciones. Todo niño libre juega la mayor parte del tiempo durante años; pero cuando llega el momento, los inteligentes se sentarán y emprenderán el trabajo necesario para dominar las materias que piden los exámenes oficiales. En poco más de dos años, un muchacho o una muchacha harán el trabajo que los niños disciplinados tardan ocho años en hacer.

El maestro ortodoxo sostiene que los exámenes sólo se aprobarán si la disciplina obliga al candidato a tener constantemente las narices sobre los libros. Nuestros resultados demuestran que con alumnos inteligentes eso es una falacia. En un régimen de libertad, son sólo los inteligentes los que pueden concentrarse en

un estudio intensivo, cosa sumamente difícil de hacer en una comunidad que ofrece tantos atractivos contrarios.

Ya sé que con disciplina aprueban los exámenes alumnos relativamente malos, pero me pregunto qué es de esos aprobados en la vida. Si todas las escuelas fuesen libres y optativas todas las materias, creo que los niños encontrarían su propio nivel.

Estoy oyendo a algunas madres fatigadas, ocupadas en la cocina —mientras sus pequeños gatean alrededor de ellas y lo desordenan todo— preguntar con irritación: “¿Qué es, al fin de cuentas, todo eso de la libertad? Muy bueno para las mujeres ricas que tienen niñeras, pero para las de mi clase, no es más que palabras y confusión.”

Otra quizá grite: “Me gustaría, ¿pero cómo empezar? ¿Qué libros debo leer sobre el asunto?”

La respuesta es que no hay libros, ni oráculos, ni autoridades. Todo lo que hay es una minoría muy reducida de padres, médicos y maestros que creen en la personalidad y en el orga-nismo que llamamos un niño, y que están decididos a no hacer nada para torcer esa personalidad y envarar su cuerpo con una intervención equivocada. Todos somos buscadores sin especial autoridad de la verdad acerca del hombre. Todo lo que podemos ofrecer es la exposición de nuestras observaciones sobre niños pequeños educados en libertad.

#### AMOR Y APROBACIÓN

La felicidad y el bienestar de los niños dependen del amor y la aprobación que les demos. Debemos estar del lado del niño. Estar del lado del niño es darle amor, no amor posesivo, no amor sentimental, sino conducirse con él de tal manera que sienta que se le ama y se le aprueba.

Puede hacerse. Conozco veintenas de padres que están del lado de sus hijos, sin pedir nada en compensación y, no obstante, ganando mucho. Se dan cuenta de que los niños no son adultos pequeños.

Cuando un hijo de diez años escribe a su casa: “Querida mami, haz el favor de enviarme cincuenta centavos. Espero que estaréis bien. Cariños a papi”, los padres sonríen, porque saben que aquello es lo que escribe un niño de diez años si es sincero y no tiene miedo a expresarse. El tipo de padres equivocados ve esa carta y piensa: *¡Egoísta animalito, siempre pidiendo algo!*



latín para que los leyese. Siendo muchacho, nunca pude aprender la materia, porque mis intereses andaban por otro lado. A los veintiún años de edad, me encontré con que no podía ingresar en la Universidad sin saber latín. En menos de un año aprendí el latín suficiente para aprobar el examen de ingreso. Mi propio interés me hizo aprender latín.

Todo niño tiene derecho a llevar ropas de tal clase, que no importe un ardite que se manchen o no. Todo niño tiene derecho a la libertad de palabra. Me he pasado muchos años oyendo a adolescentes soltar todos los *maldita sea* y todos los *mil bombas* que se les había prohibido decir cuando pequeños.

Lo sorprendente es que, habiendo millones de seres educados en el odio y el miedo al sexo, el mundo no esté aún más neurótico de lo que está. Para mí, esto significa que la humanidad natural tiene el poder innato de vencer finalmente los males que se le imponen. Hay una lenta tendencia hacia la libertad, sexual y de otros órdenes. En mi infancia, una mujer se bañaba con medias y un largo ropaje. Hoy las mujeres dejan ver sus piernas y sus cuerpos. Los niños van ganando más libertad con cada generación. En la actualidad, sólo unos pocos lunáticos ponen pimentón en el pulgar de un niño para que no se lo chupe. Actualmente, sólo en algunos sitios se pega a los niños en la escuela.

La libertad actúa lentamente; un niño puede tardar varios años en darse cuenta de lo que significa. Todo el que espere resultados rápidos es un optimista incurable. Y actúa mejor en los niños inteligentes. Me gustaría poder decir que, puesto que la libertad afecta primordialmente a las emociones, los niños de todas clases —inteligentes y torpes— reaccionan del mismo modo a ella. Pero no puedo decirlo.

Se percibe la diferencia en la cuestión de las lecciones. Todo niño libre juega la mayor parte del tiempo durante años; pero cuando llega el momento, los inteligentes se sentarán y emprenderán el trabajo necesario para dominar las materias que piden los exámenes oficiales. En poco más de dos años, un muchacho o una muchacha harán el trabajo que los niños disciplinados tardan ocho años en hacer.

El maestro ortodoxo sostiene que los exámenes sólo se aprobarán si la disciplina obliga al candidato a tener constantemente las narices sobre los libros. Nuestros resultados demuestran que con alumnos inteligentes eso es una falacia. En un régimen de libertad, son sólo los inteligentes los que pueden concentrarse en

un estudio intensivo, cosa sumamente difícil de hacer en una comunidad que ofrece tantos atractivos contrarios.

Ya sé que con disciplina aprueban los exámenes alumnos relativamente malos, pero me pregunto qué es de esos aprobados en la vida. Si todas las escuelas fuesen libres y optativas todas las materias, creo que los niños encontrarían su propio nivel.

Estoy oyendo a algunas madres fatigadas, ocupadas en la cocina —mientras sus pequeños gatean alrededor de ellas y lo desordenan todo— preguntar con irritación: “¿Qué es, al fin de cuentas, todo eso de la libertad? Muy bueno para las mujeres ricas que tienen niñeras, pero para las de mi clase, no es más que palabras y confusión.”

Otra quizá grite: “Me gustaría, ¿pero cómo empezar? ¿Qué libros debo leer sobre el asunto?”

La respuesta es que no hay libros, ni oráculos, ni autoridades. Todo lo que hay es una minoría muy reducida de padres, médicos y maestros que creen en la personalidad y en el organismo que llamamos un niño, y que están decididos a no hacer nada para torcer esa personalidad y envarar su cuerpo con una intervención equivocada. Todos somos buscadores sin especial autoridad de la verdad acerca del hombre. Todo lo que podemos ofrecer es la exposición de nuestras observaciones sobre niños pequeños educados en libertad.

#### AMOR Y APROBACIÓN

La felicidad y el bienestar de los niños dependen del amor y la aprobación que les demos. Debemos estar del lado del niño. Estar del lado del niño es darle amor, no amor posesivo, no amor sentimental, sino conducirse con él de tal manera que sienta que se le ama y se le aprueba.

Puede hacerse. Conozco veintenas de padres que están del lado de sus hijos, sin pedir nada en compensación y, no obstante, ganando mucho. Se dan cuenta de que los niños no son adultos pequeños.

Cuando un hijo de diez años escribe a su casa: “Querida mami, haz el favor de enviarme cincuenta centavos. Espero que estaréis bien. Cariños a papi”, los padres sonríen, porque saben que aquello es lo que escribe un niño de diez años si es sincero y no tiene miedo a expresarse. El tipo de padres equivocados ve esa carta y piensa: *¡Egoísta animalito, siempre pidiendo algo!*

Los padres inteligentes de mi escuela nunca preguntan si sus hijos adelantan. Lo ven por sí mismos. Los padres equivocados siempre me hacen preguntas impacientes: *¿Ya sabe leer? ¿Cuándo llegará a ser limpio? ¿Asiste siempre a las clases?*

Todo es cuestión de fe en los niños. Algunos la tienen; la mayor parte no. Y si no se tiene esa fe, los niños lo perciben. Perciben que vuestro amor no puede ser muy profundo, o que debíais tener más confianza en ellos. Cuando dais vuestra aprobación a un niño, podéis hablarle de todo, porque la aprobación hace que desaparezcan muchas inhibiciones.

Pero se presenta la siguiente cuestión: *¿Es posible aprobar a los niños si uno no se aprueba a sí mismo?* Si uno no se conoce a sí mismo, no puede aprobarse. En otras palabras, cuanto más consciente sea uno de sí mismo y de sus móviles, es más probable que se apruebe a sí mismo.

Expreso, pues, la importante esperanza de que un mayor conocimiento de la naturaleza propia y de la del niño ayudará a los padres a mantener a sus hijos libres de neurosis. Repito que los padres echan a perder las vidas de sus hijos imponiéndoles creencias anticuadas, maneras anticuadas, una moral anticuada. Sacrifican el niño al pasado. Esto es particularmente exacto de los padres que imponen a sus hijos una religión autoritaria como en otro tiempo se les impuso a ellos.

Sé muy bien que lo más difícil del mundo es renunciar a cosas que consideramos importantes, pero es sólo por la renuncia como encontraremos vida, encontraremos progreso, encontraremos felicidad. Los padres tienen que renunciar. Tienen que renunciar al odio disfrazado como autoridad y desaprobación. Tienen que renunciar a la intolerancia que es consecuencia del miedo. Tienen que renunciar a la vieja moral y a los veredictos de la multitud.

O más simplemente, el padre tiene que convertirse en un individuo. Debe saber dónde está realmente. No es fácil. Porque un hombre no es precisamente él mismo. Es una combinación de todos los individuos a quienes conoce, muchos de cuyos valores retiene. Los padres imponen la autoridad de sus propios padres porque cada hombre lleva en sí a su propio padre, y cada mujer a su propia madre. Es la imposición de esa rígida autoridad lo que alimenta el odio, y con él el niño problema. Es lo contrario de darle aprobación al niño.

Muchas niñas me han dicho: "No puedo hacer nada que le guste a mami. Sabe hacerlo todo mejor que yo, y pierde la paciencia cuando me equivoco cosiendo o haciendo punto."

Los niños no necesitan enseñarnos cuándo necesitan amor y comprensión. Necesitan aprobación y libertad para ser naturalmente buenos. Es el padre verdaderamente fuerte y amante quien tiene el máximo poder para dar a los niños libertad para ser buenos.

El mundo sufre a causa de las excesivas censuras y reprobaciones, lo cual es un modo eufemístico de decir que sufre a causa del excesivo odio. Es el odio de los padres el que convierte a un niño en un problema, así como es el odio de la sociedad lo que hace del delincuente un problema. La salvación está en el amor, pero lo que la hace difícil es que nadie puede imponer el amor.

El padre del niño problema debe sentarse a reflexionar y hacerse estas preguntas: *¿He manifestado yo verdadera aprobación de mi hijo? ¿He manifestado confianza en él? ¿He manifestado comprensión?* No estoy teorizando. Sé que un niño problema puede llegar a mi escuela y convertirse en un niño feliz, normal. Sé que los principales ingredientes del proceso de curación son las manifestaciones de aprobación, de confianza, de comprensión.

La aprobación es exactamente tan necesaria para los niños normales como para los niños problema. El único mandamiento que deben cumplir todo padre y todo pariente es: *Estarás del lado del niño.* La obediencia a este mandamiento es lo que hace que Summerhill sea una escuela de éxito. Porque nosotros estamos definitivamente del lado del niño, y el niño lo sabe inconscientemente.

No digo que seamos un tropel de ángeles. Hay ocasiones en que los adultos armamos alborotos. Si yo estuviera pintando una puerta y llegase Robert y arrojase barro a mi pintura fresca, le diría de todo corazón algunas palabras fuertes, porque ha sido uno de los nuestros durante mucho tiempo y lo que yo le dijese no tendría importancia. Pero supongamos que Robert acabase de llegar de una escuela de odio y el arrojar barro fuese un ensayo de lucha contra la autoridad. Yo lo hubiera secundado, porque su salvación es más importante que la puerta. Sé que tengo que estar de su parte mientras se libre del odio para que vuelva a ser social de nuevo. No es fácil. Vi a un muchacho tratar malamente mi precioso torno. Sabía yo que si protestaba me identificaría inmediatamente con su severo padre, que le amenazaba siempre con pegarle si tocaba sus utensilios. Lo extraño es que puede estarse de parte del niño aunque algunas veces se le riña fuerte. Si uno está del lado del niño, el niño lo percibe.

Cualquier pequeño desacuerdo que pueda haber acerca de las patatas o de herramientas mal tratadas no perturba la relación fundamental. Cuando se trata a un niño sin mezclar la autoridad y la moral, el niño advierte que uno está de su lado. En su vida anterior, la autoridad y la moral fueron como policías que reprimían sus actividades.

Cuando una niña de ocho años se cruza conmigo y dice al pasar: "Neill es un tonto ridículo", sé que aquélla es precisamente su manera negativa de expresar su cariño, de decirme que se siente a gusto. Los niños no aman tanto como necesitan ser amados. Para todo niño, la aprobación del adulto significa amor, en tanto que la desaprobación significa odio. La actitud de los niños para el personal docente de Summerhill es exactamente la misma que para mí. Los niños se dan cuenta de que el personal está de su lado constantemente.

Ya he hablado de la sinceridad de los niños libres. Esta sinceridad es la consecuencia de sentirse aprobados. No tienen normas artificiales de conducta para sujetarse a ellas en la vida, ni tabús que los repriman. No tienen necesidad de vivir una vida que es una mentira.

Los alumnos nuevos, procedentes de escuelas donde tenían que respetar la autoridad, me llaman *señor*. Sólo cuando descubren que no soy una autoridad dejan de llamarme *señor* y me llaman Neill. Nunca procuran conseguir mi aprobación personal, sino la de toda la comunidad escolar. Pero en los días en que fui maestro de escuela en una aldea de Escocia, todos los niños se quedaban alegremente después de la clase para ayudarme a limpiar el aula o a podar un seto, buscando —insinceramente— mi aprobación porque yo era el jefe.

En Summerhill ningún niño hace nada para conseguir mi aprobación, aunque los visitantes puedan deducir otra cosa cuando ven a algunos niños y niñas ayudarme a limpiar la tierra de cizaña. El motivo para trabajar no tiene nada que ver conmigo personalmente. En este caso particular los niños deshierbaban porque una ley de la asamblea general hecha por los mismos niños disponía que todos los mayores de doce años estaban obligados a hacer dos horas de trabajo semanales en la huerta. Esta ley fue revocada más tarde.

Pero en toda sociedad hay un deseo natural de aprobación. El delincuente es el que ha perdido el deseo de ser aprobado por la mayor parte de la sociedad, o más bien quien se vio obligado a cambiar el deseo de aprobación en su opuesto, el desprecio a la sociedad. El delincuente es siempre el egoísta número uno:

*Que yo me enriquezca pronto y que se vaya al diablo la sociedad. Las condenas de encarcelamiento no hacen simplemente más que acorazar su egoísmo. Una condena de cárcel obliga meramente al delincuente a convertirse en un pájaro solitario, empollando sobre sí mismo y sobre la sociedad horrible que lo castiga. El castigo y las penas de cárcel no pueden reformar al delincuente, porque para él no son más que pruebas del odio de la sociedad. La sociedad suprime la posibilidad de que se convierta en un ser social a fin de obtener la aprobación de los demás. Este sistema carcelario insensato e inhumano está condenado porque no toca nada de valor psicológico en el prisionero.*

Por lo tanto, digo que la primera cosa esencial en una escuela de reforma es la posibilidad de aprobación social. Mientras los muchachos tengan que saludar a los inspectores, estar en formación militar, ponerse de pie si el superintendente entra en la habitación, no hay verdadera libertad y, por lo tanto, no hay posibilidad de aprobación social. Homer Lane advirtió que cuando llegaba un muchacho nuevo a la *Little Commonwealth*, buscaba la aprobación de sus compañeros, por lo general empleando la técnica que había usado en su calle de barrio bajo: se jactaba de sus fechorías, de su habilidad para robar en las tiendas, de sus proezas para escapar de la policía. Cuando se daba cuenta de que se jactaba delante de muchachos que ya habían rebasado aquella forma de buscar la aprobación social, el recién llegado se quedaba confundido y algunas veces rechazaba despectivamente a sus nuevos compañeros por afeminados. Gradualmente su natural amor a la aprobación le obligaba a buscar la de la gente de su nuevo ambiente. Y, sin ningún análisis individual por Lane, se adaptaba a sus nuevos compañeros.

Me dirigiré ahora al marido corriente, honrado, benévolo, que llega a casa todas las tardes en el tren de las 5:20.

Te conozco, John Brown. Sé que necesitas amar a tus niños y en compensación ser amado por ellos. Sé que cuando tu hijo de cinco años se despierta a las dos de la madrugada sin ninguna causa aparente, no sientes mucho amor por él en aquel momento. Ten la seguridad de que llora por alguna causa, aunque tú no puedas descubrirla inmediatamente. Si estás enfadado, procura no dejarlo ver. La voz de un hombre es más aterradora para un niño que la de una mujer, y no sabes nunca qué miedos para toda la vida puede infundir en un niño una voz colérica y fuerte en un momento inoportuno.

"No te acuestes con el niño", dice el folleto de instrucciones para los padres. Olvidalo. Hazle al niño todos los mimos y caricias que puedas.

No uses nunca a tus hijos como medio de ostentación. Sé en esto tan cuidadoso de la alabanza como en la censura. Es malo hablar con entusiasmo de un niño cuando él está delante. ¡Oh, sí, Mary adelanta! Fue la primera de la clase la semana pasada. Es una niña muy inteligente. No es que no hayas de alabar nunca a tus hijos. Es bueno que le digas a tu hijo: *Es muy bonita la cometa que has hecho*, pero la alabanza con intención de impresionar a visitantes es un error. Los gansos jóvenes estiran el cuello tan fácilmente como los cisnes cuando flota la admiración en torno de ellos. Mueve al niño a hacerse ilusiones sobre sí mismo. No debieras nunca estimular a tu niño a huir de la realidad creándose una imagen fantástica de él mismo. Por otra parte, cuando el niño fracasa, no insistas en ello. Aun cuando los informes de la escuela abundan en notas bajas, no digas nada. Y si Billy llega a casa llorando porque le pegaron en una pelea, no lo llares mariquita.

Si alguna vez empleas las palabras *Cuando yo tenía tu edad...*, estás cometiendo una equivocación espantosa. Lo esencial es que apruebes a tu hijo tal como es, y abstente de querer formarlo a tu propia imagen.

Mi lema para el hogar, en la educación como en la vida, es éste: *Por todos los cielos, dejad que la gente viva su propia vida*. Es una actitud que se adapta a todas las situaciones.

Esa actitud es la única posible que fomenta la tolerancia. Es extraño que la palabra *tolerancia* no se me haya ocurrido antes. Es la palabra adecuada para una escuela libre. Conducimos al niño por el camino de la tolerancia mostrándole tolerancia.

### MIEDO

He pasado una buena parte de mi tiempo remendando niños que habían sido estropeados por personas que les daban miedo. El miedo puede ser una cosa terrible en la vida de un niño: debe ser completamente eliminado —miedo a los adultos, miedo al castigo, miedo a la reprobación, miedo a Dios. Sólo odio puede florecer en una atmósfera de miedo.

Tenemos miedo a muchas cosas: miedo a la pobreza, miedo al ridículo, miedo a los fantasmas, miedo a los ladrones, miedo a los accidentes, miedo a la opinión pública, miedo a la enfermedad, miedo a la muerte. La vida de un hombre es la historia

de sus miedos. Millones de adultos temen andar en la oscuridad. Miles de individuos tienen una vaga sensación de inquietud cuando un policía llama al timbre de su puerta. La mayor parte de los viajeros se imaginan que el barco va a hundirse o que el aeroplano va a estrellarse. Los que viajan en tren buscan los vagones situados en el centro del convoy. "Seguridad ante todo" es lo que más le interesa al hombre.

Quizás hubo un tiempo en la historia del hombre en que el miedo a ser muerto le hacía huir y ocultarse. Hoy en día, la vida se ha hecho tan segura, que ya no es necesario el miedo al servicio de la autoprotección. Y todavía hoy, la humanidad probablemente experimenta más miedo que nuestros antepasados de la Edad de Piedra. El hombre primitivo sólo tenía que temer monstruos gigantes, pero nosotros tenemos muchos monstruos: trenes, barcos, aeroplanos, ladrones, automóviles y, el más poderoso de todos, el miedo a que se le conozcan a uno sus intenciones. Todavía necesitamos el miedo. El miedo nos hace cruzar la calle con cuidado.

En la naturaleza, el miedo sirve a los fines de la conservación de las especies. Los conejos y los caballos han sobrevivido por el miedo que los impulsaba a huir del peligro. El miedo es un factor importante en la ley de la selva.

El miedo siempre es egoísta: tememos por nuestra propia piel o por la de aquellos a quienes amamos. Pero la mayor parte de las veces, tememos por nuestra propia piel. Cuando yo era muchacho temía el camino en la oscuridad de la noche, hasta la granja, en busca de leche. Sin embargo, cuando me acompañaba mi hermana, yo no tenía miedo a que la asesinasen en el camino. El miedo tiene que ser egoísta, porque todo miedo es en definitiva miedo a la muerte.

Un héroe es un hombre que convierte su miedo en energía positiva. El héroe enjaeza su miedo. El miedo a tener miedo es el miedo más angustioso de un soldado. El cobarde es incapaz de convertir su miedo en acción positiva. La cobardía es mucho más universal que la valentía.

Todos somos cobardes. Algunos de nosotros nos damos maña para ocultar nuestra cobardía; otros la dejan ver. La cobardía siempre es relativa. Uno puede ser heroico para ciertas cosas y cobarde para otras. Recuerdo mi primera lección sobre lanzamiento de bombas cuando fui recluta. Un individuo no acertó a arrojar la bomba en el hoyo. Hizo explosión y dejó sin sentido a algunos soldados. Felizmente, no murió ninguno. Por aquel día se acabaron los ejercicios de bombardeo; pero al día

siguiente volvieron a llevarnos al campo de bombardeo. Cuando solté mi primera bomba, me temblaba la mano. El sargento me miró con desprecio y me dijo que era un miserable cobarde. Yo lo admití.

Aquel sargento, que había realizado hechos que habían merecido la Cruz Victoria, no conocía el miedo físico. Pero no mucho después me dijo confidencialmente: —Neill, odio instruir a un pelotón cuando tú formas parte de él. Siento constantemente un miedo mortal. Sorprendido, le pregunté por qué.

—Porque tú tienes el grado de licenciado en letras —dijo— y yo asesino la gramática.

No podemos decir, por un estudio psicológico, por qué un niño nace con valor y otro nace con ánimo encogido. Las condiciones prenatales quizás tengan mucho que ver con eso. Si un niño no es deseado, es totalmente posible que la madre le transfiera su propia angustia al niño en el momento de nacer. Puede ser que el niño no deseado nazca con un carácter tímido, con un carácter que teme la vida y desea seguir en el seno materno.

Aunque las influencias prenatales están fuera del alcance de nuestro poder para modificarlas, es evidente que muchos niños son cobardes por la primera educación que recibieron. La cobardía de este tipo es evitable.

Un psicoanalista famoso me habló del caso de un joven. A los seis años de edad fue sorprendido por su padre expresando un ligero interés sexual por una niña de siete años. El padre le dio una buena zurra, y la zurra hizo del muchacho un cobarde para toda la vida. A lo largo de toda su vida se sintió obligado a repetir aquella temprana experiencia: siguió esperando la zurra, el castigo, en una forma u otra. Así, sólo podía enamorarse del fruto prohibido, de mujeres ya casadas o comprometidas, y siempre sentía un gran miedo a que el marido o el novio le pegase. Ese mismo miedo lo transfería a todo. El individuo era un alma desgraciada y tímida, que se sentía siempre inferior y que siempre barruntaba peligro. Manifestaba su timidez en cosas pequeñas. En un espléndido día de verano llevaría impermeable y paraguas si tenía que recorrer un kilómetro. Le decía no a la vida.

Castigar a un niño por un interés sexual infantil es un modo seguro de hacer de él un cobarde. Amenazar con el fuego del infierno es otro modo seguro.

Los freudianos hablan mucho del *complejo de castración*. Hay, indudablemente, un complejo de castración. En Summerhill tuvimos un pequeñito a quien le habían dicho que le cor-

tarían el pene si se lo tocaba. Yo he visto que éste es un miedo frecuente en los niños y las niñas. Es un miedo que tiene consecuencias terribles, porque nunca andan muy alejados un miedo y un deseo. Muchas veces el miedo a la castración es el deseo de ser castrado, de ser castrado como castigo por masturbarse, de ser castrado como medio de librarse de la tentación.

Para un niño amedrentado el sexo lo es todo. Sí, el niño usa el sexo como la principal clavija en que colgar sus miedos. Porque le han dicho que el sexo es perverso. El niño con terrores nocturnos es con frecuencia el niño que tiene miedo a sus ideas sexuales. Puede llegar el diablo y llevarse al infierno, porque ¿no es un niño pecador que merece castigo? Los duendes, los fantasmas, los trasgos, no son más que el diablo disfrazado. El miedo procede de una conciencia culpable. Es la ignorancia de los padres la que da al niño esa conciencia culpable.

Una forma común de miedo en los niños procede de dormir en la habitación de los padres. Un niño de cuatro años verá y oirá cosas que no puede comprender. El padre se convertirá en un hombre malo que maltrata a la madre. El sadismo en el niño puede ser consecuencia de esos primeros miedos y de esos primeros falsos conceptos. El niño, identificándose con el padre, se convierte después en un joven que asocia el sexo con el sufrimiento. Por miedo puede hacer a su pareja lo que creyó que el padre hacía a la madre.

Distingamos entre angustia y miedo. El miedo a un tigre es natural y saludable. El miedo a viajar en un auto conducido por un mal conductor también es natural y saludable. Si no tuviésemos miedo, todos seríamos atropellados por camiones. Pero el miedo a una araña, o a un ratón, o a un fantasma, es antinatural e insano. Este tipo de miedo es simplemente angustia. Es una fobia. Una fobia es una angustia irracional y exagerada causada por algo. En una fobia el objeto que excita el terror es un objeto relativamente inofensivo. El objeto no es más que un símbolo, aunque la angustia que causa es bastante real.

En Australia es razonable el miedo a una araña, porque su picadura puede ser mortal. En Inglaterra y en los Estados Unidos, el miedo a una araña es irracional y, por lo tanto, es una fobia. La araña es un símbolo de otra cosa que uno teme profundamente. Así, el miedo del niño a los fantasmas es una fobia. Los fantasmas simbolizan algo que el niño teme. Puede ser la muerte, si se le educó en el temor a Dios; o pueden ser sus propios impulsos sexuales, a los que se le enseñó en casa a temer y reprimir como pecaminosos.

En una ocasión se me pidió que viese a una niña de escuela que tenía la fobia de las lombrices de tierra. Le dije que dibujase una, y dibujó un pene. Después me habló de un soldado que solía exhibírsele cuando iba camino de la escuela, y esto la había asustado. El miedo se desplazó hacia las lombrices de tierra. Pero mucho antes de haberse manifestado esta fobia, la niña ya se había sentido extremadamente interesada por el origen de la fobia, *neuróticamente* interesada. Ese interés neurótico había sido consecuencia de su educación —o de la falta de educación— en materias sexuales. El misterio y el secreto con que sus mayores trataban esas materias, despertó en ella un interés anormal. Indudablemente no debió estar expuesta nunca a un exhibicionista, pero una educación mejor sobre cuestiones sexuales le habría permitido pasar la prueba sin reaccionar a ella neuróticamente, sin una angustia duradera acerca del órgano sexual masculino.

Con frecuencia se presentan fobias en niños muy pequeños. El hijo de un padre severo puede adquirir una fobia hacia los caballos, los leones o los policías. La fobia se asocia a esos o a otros cualesquiera símbolos manifiestos del padre. También aquí vemos el tremendo peligro de introducir el miedo a la autoridad en la vida de un niño.

La influencia más poderosa para introducir el miedo en la vida de un niño es la idea de la condenación eterna.

A veces, en la calle, oigo decir a una madre: "¡No hagas eso, Tommy! ¡Ahí viene el policía!" Una pequeña consecuencia de ese modo de hablar es que el niño descubre desde muy temprano que su madre es una embustera. La consecuencia importante y perniciosa es que para el niño el policía es el demonio, el hombre que se lleva a uno y lo encierra en las tinieblas. El niño siempre asocia el miedo a sus peores transgresiones. Así, el niño que se masturba puede mostrar un terror anormal hacia el policía cuando éste lo sorprende tirando piedras. El miedo es en realidad el miedo a un dios que castiga y a un diablo que castiga.

También se debe una alta proporción de miedo a las ideas relativas a nuestros pasados actos criminales. Todos hemos matado a alguien imaginariamente. Yo creo que el niño de cinco años me mata imaginariamente cuando frustró sus deseos.

Cualquier día mis alumnos me rociarán alegremente de agua con sus pistolas y gritarán: "¡Manos arriba! ¡Vas a morir!", matando así al símbolo de la autoridad y aliviando su miedo. He actuado deliberadamente de un modo autoritario ciertas

mañanas para ver los efectos en los tiroteos del día. En esas ocasiones me mataron muchas veces. Después de la fantasía viene el miedo: *Supongamos que Neill muriese. Yo sería el culpable, porque lo deseé.*

Una de nuestras niñas se divertía hundiéndose en el agua a otras alumnas mientras nadaban. Posteriormente, adquirió una fobia por el agua. Aunque era buena nadadora, no se metía nunca donde la cubriera. Lo que había ocurrido era que en fantasía había ahogado a tantas rivales, que ahora temía la justicia poética: *En castigo de mis ideas, me ahogaré.*

El pequeño Albert solía caer en un estado de terror cuando estaba en la playa y esperaba a su padre, que nadaba. Tenía miedo, porque había deseado muchas veces la muerte de su padre. Tenía miedo a su conciencia culpable. No es muy horrible advertir que los niños matan a personas imaginariamente cuando nos damos cuenta de que para un niño la muerte es simplemente quitarse del camino a las personas temidas.

He visto adultos que están inconscientemente convencidos de que fueron responsables de la muerte del padre o de la madre. Este tipo de miedo disminuiría si los padres se abstuvieran de suscitar en el niño odio y la culpa consiguiente riñéndolo y pegándole. Y los centenares de escuelas que todavía usan los castigos físicos u otros tipos de castigos severos están haciendo un daño irreparable a los niños pequeños.

Mucha gente cree firmemente: *Si los niños no tienen nada que temer, ¿cómo pueden ser buenos?* La bondad que depende del miedo al infierno, o del miedo al policía, o del miedo al castigo, no es bondad en absoluto, es simplemente cobardía. La bondad que depende de la esperanza del premio, o de la esperanza de ser alabado, o de la esperanza del cielo, depende del soborno. La moral actual hace a los niños cobardes, porque los hace temer a la vida. Y a eso es a lo que realmente equivale la "bondad" de los alumnos disciplinados. Miles de maestros hacen espléndidamente su trabajo sin tener que recurrir al miedo a los castigos. Los demás son individuos incompetentes que no están en su sitio y que debieran ser expulsados de la profesión.

Los niños pueden temernos y entonces aceptan nuestros valores. ¡Y qué valores tenemos los adultos! Esta semana compré un perro por siete dólares, instrumentos para mi torno mecánico por diez dólares, y tabaco por once dólares. Aunque reflexiono acerca de ellos y deploro nuestros males sociales, no se me ocurrió dar todo ese dinero a los pobres. Por consiguiente, no predico a los niños que los barrios miserables son una abomina-

ción hasta en este mundo. Solía hacerlo, antes de darme cuenta de que, en cuanto a eso, era un puro farsante.

Los hogares más felices que conozco son aquellos en que los padres son francamente sinceros con sus hijos, sin moralizar. El miedo no entra en esos hogares. Padre e hijo son compañeros. Puede prosperar el amor. En otros hogares, el miedo destruye el amor. La dignidad pretenciosa y el respeto exigido mantienen alejado el amor. El respeto impuesto siempre implica temor.

Aquí, en Summerhill, los niños que temen a sus padres frecuentan los cuartos de trabajo de los maestros. Los hijos de padres realmente libres no andan nunca cerca de nosotros. Los niños amedrentados nos someten constantemente a prueba. Un muchacho de once años cuyo padre es un hombre riguroso abre mi puerta veinte veces al día. Lanza una mirada, no dice nada y vuelve a cerrar la puerta. A veces le digo: —No, todavía no estoy muerto. El muchacho ha puesto en mí el amor que su propio padre no aceptaba, y teme que su nuevo padre ideal desaparezca. Detrás de ese miedo está en realidad oculto el deseo de que desaparezca su insatisfactorio padre.

Es mucho más fácil vivir con niños que os temen que con niños que os aman; es decir, se lleva una vida más tranquila. Porque cuando os temen, los niños os dejan en paz. Mi mujer y yo y el personal de Summerhill somos queridos por los niños porque los aprobamos, y eso es todo lo que necesitan. Porque saben que no los desaprobaríamos es por lo que gozan estando cerca de nosotros.

Entre nuestros niños más pequeños difícilmente advierto ningún miedo a los truenos. Dormirán en pequeñas tiendas aun durante las tormentas más violentas. Ni veo que tengan miedo a la oscuridad. Algunas veces un niño de ocho años plantará su tienda en el extremo más lejano del campo, y dormirá allí solo unas cuantas noches. La libertad estimula la intrepidez. He visto muchas veces a muchachitos tímidos convertirse en jóvenes tenaces y valientes. Pero sería erróneo generalizar, porque hay niños introvertidos que no llegan nunca a ser valientes. Algunas personas conservan sus fantasmas por toda la vida.

Si un niño ha sido educado sin miedo, y a pesar de eso aún tiene miedo, es posible que haya traído consigo sus miedos al nacer. Y la principal dificultad de tratar temores de ese tipo es nuestra ignorancia de las condiciones prenatales. Porque nadie sabe si una mujer embarazada puede o no transmitir sus miedos al niño aún no nacido.

Por otra parte, es lo más seguro que un niño adquiera mie-

do al mundo que lo rodea. Actualmente aun los niños más pequeños no pueden dejar de oír hablar de guerras inminentes con sus terribles bombas atómicas. No es sino muy natural asociar el miedo con tales cosas. Pero si no hay miedo inconsciente del sexo y del infierno que se combine con el miedo a la realidad de las bombas, éste será un miedo normal, no una fobia, no una angustia invasora. Los niños sanos y libres no tienen miedo al futuro. Lo esperan alegremente. Sus hijos, a su vez, mirarán la vida sin el miedo enfermizo del mañana.

Fue Wilhelm Reich quien observó que, en un miedo súbito, todos nos quedamos sin aliento por un momento, y que el niño que vive con miedo se pasa la vida perdiendo el resuello... y aguantándolo. La señal de que un niño está bien educado es su aliento libre, sin inhibiciones, el cual demuestra que no tiene miedo a la vida.

Tengo algunas cosas importantes que decir al padre interesado en criar a su hijo libre del dañoso miedo nacido de odio o desconfianza:

No trate nunca de ser el jefe, el censor, el ogro de su casa que su esposa supone que es cuando dice: —¡Espera a que venga tu padre! ¡No represente nunca eso! Eso significa que se ganará usted el odio que iría a su esposa en aquel momento.

Y no se suba nunca a un pedestal. Si sus hijos le preguntan si se meó alguna vez en la cama o se masturbó, dígales la verdad, valiente y sinceramente. Si es usted un jefe, tendrá su respeto, pero un respeto de mala especie, la especie del respeto mezclado con miedo. Si usted se pone a su nivel y les dice lo cobarde que era cuando niño en la escuela, se ganará usted su verdadero respeto, el respeto que contiene amor y comprensión y una ausencia total de miedo.

Es relativamente fácil para los padres criar un niño sin producirle complejos. Al niño no hay que asustarlo nunca, nunca hay que hacer que se sienta culpable. No pueden eliminarse todas las reacciones del miedo: uno puede sobresaltarse súbitamente si una puerta da un golpe. Pero puede eliminarse el miedo insano que se le impone a un niño: miedo al castigo, miedo a un Dios colérico, miedo a un padre colérico.

#### INFERIORIDAD Y FANTASÍA

¿Qué es lo que le da a un niño una sensación de inferioridad? Ve a los grandes hacer cosas que él no puede hacer o que no se le permite hacer.



El falo tiene mucho que ver con la sensación de inferioridad. Los niños pequeños se avergüenzan muchas veces del tamaño de su falo, y con frecuencia las niñas se sienten inferiores porque no lo tienen. Me inclino a creer que la importancia del falo como símbolo de poder se debe principalmente al misterio y al tabú asociados con él por la educación moral. Las ideas reprimidas acerca del falo se manifiestan como fantasías. La cosa misteriosa que tan cuidadosamente guardan la madre y la niñera toma una importancia exagerada. Vemos esto en los cuentos del poder maravilloso del falo. Aladino frota su lámpara —masturbación— y todos los placeres del mundo van a él. De un modo análogo, los niños tienen fantasías que hacen del excremento una cosa de gran importancia.

La fantasía siempre es egoísta. Es un sueño en el que el soñador o la soñadora es el héroe o la heroína. Es una historia del mundo como debiera ser. El mundo en que los adultos ingresan mediante un vaso de whisky o las páginas de una novela o por las puertas de una película, es el mundo en que entra el niño por la puerta de la fantasía. La fantasía es siempre un escape de la realidad, un mundo en que se satisfacen los deseos, un mundo sin fronteras. El lunático entra en él en su divagar. Pero las fantasías son también totalmente habituales en el niño normal. El mundo de la fantasía es un mundo más atractivo que el mundo del sueño. En los sueños tenemos pesadillas; pero en las fantasías, ejercemos cierto control, y fantaseamos sólo lo que le agrada al ego.

Cuando enseñé en una escuela de Alemania, tuve de alumna a una niña judía de diez años. Aquella niña tenía mucho miedo. Tenía miedo de llegar tarde a la escuela. El primer día llevó una gran bolsa de libros, se sentó a una mesa y empezó a hacer cuentas al modo antiguo: dividir *4 563 207 867 entre 4 379*. Durante tres días enteros trabajó en cuentas de esas. Le pregunté si le gustaba hacer aquellas cuentas, y por respuesta pronunció un tímido *Ja*.\*

El cuarto día, la miré mientras seguía haciendo sus lastimosas cuentas. —¿Te gusta de verdad hacer esas cuentas? —le pregunté.

Empezó a llorar y tiró el libro al otro extremo del aula. —Ésta es una escuela libre —le dije—, puedes hacer exactamente lo que te guste. Empezó a parecer más feliz y se pasaba el día silbando. No trabajaba. No hacía más que silbar.

\* *Sí*, en alemán. [T.]

Meses después estaba yo esquiando y pasé por un bosque. Oí una voz, y después vi a Slovia. Se había quitado los esquís y caminaba sobre la nieve, riendo y hablando. Evidentemente, estaba representando los papeles de varios actores. No me vio cuando se cruzó conmigo.

A la mañana siguiente le dije que la había oído hablar en el bosque. Se azaró y salió corriendo de la habitación. Por la tarde se situó cerca de mi puerta. Por fin entró y dijo: —Es muy difícil decirte lo que estaba haciendo, pero creo que ahora puedo decírtelo.

Fue un cuento maravilloso. Durante años había vivido en una aldea de ensueño a la que llamaba Grunwald. Me enseñó mapas de la aldea hechos por ella, y hasta me mostró planos de sus casas. Había poblado la aldea con diferentes personajes y, naturalmente, conocía a cada uno de ellos íntimamente. Lo que yo había oído era una conversación entre dos muchachos, Hans y Helmuth.

Tardé pocas semanas en averiguar lo que había detrás de aquella fantasía. Slovia era hija única y tenía pocos compañeros de juego y, en consecuencia, creó toda una aldea de ellos. Me dio la clave de la fantasía cuando me dijo que Helmuth había sido severamente zurrado por el guardabosque por haberse metido en el vivero. Después dijo que el vivero se parecía a sus vellos del pubis, recién nacidos. A continuación reveló el hecho real de un hombre que la había tocado sexualmente. Entonces comprendí que Helmuth representaba al hombre que había entrado en el vivero, y representaba también la mano mientras se masturbaba.

Decidí destruir su fantasía diciéndole lo que había detrás de ella. Durante dos días anduvo de acá para allá con aire desdichado. —Traté de volver a Grunwald la noche pasada —me dijo llorando amargamente— y no pude. Me estropeaste lo que yo quería más en la vida.

Diez días después uno de los maestros me dijo: —¿Qué le ha ocurrido a Slovia? Se pasa el día cantando y se está poniendo bonita. Era verdad. Había enguapecido, y de pronto empezó a interesarse por todo. Hasta pedía que se le diesen lecciones y las aprendía bien. Empezó a pintar e hizo algunos apuntes buenos. En resumen, se había puesto en contacto con la realidad. Su horrible experiencia sexual y la soledad la habían obligado a buscar en la fantasía un mundo nuevo donde no hubiera tentación ni hombres malos. Pero aun en sus fantasías agradables, Helmuth seguía invadiendo el vivero.



Otra niña se veía en sus fantasías como una gran actriz. La multitud la llamaba a escena dieciséis veces.

Jim, un niño que tiene accesos de mal humor, me contó fantasías sobre los actos de orinar y defecar. Emplea el sexo como símbolo de poder.

Otro muchachito de nueve años hila largas fantasías sobre trenes. Siempre es el conductor y, con frecuencia, van como viajeros el rey y la reina (el padre y la madre).

El pequeño Charlie se imagina que tiene escuadrones de aeroplanos y escuadras de automóviles.

Jim habla de su tío rico que le regaló un Rolls Royce —taño para niño—, pero sin motor de gasolina. Dice que no necesita licencia para conducir su coche nuevo. En una ocasión supe que algunos de los menores, azuzados por Jim, proyectaban ir a pie a la estación del ferrocarril, situada a seis kilómetros. Jim les había dicho que su tío había enviado el coche a aquella estación y que regresarían en él. Me figuré el amargo desengaño de andar seis kilómetros entre barro para buscar un automóvil que sólo existía en la imaginación de Jim, y traté de evitar la expedición. Les dije que perderían la comida. Jim, que parecía inquieto, gritó: —No queremos perder la comida. La asistente de su casa pensó de pronto en una compensación y ofreció llevar a los niños al cine. Se quitaron los impermeables a toda prisa. Jim sintió un gran alivio, porque sabía, naturalmente, que el tío que le había regalado el coche era un tío imaginario.

La fantasía de Jim no tenía nada que ver con el sexo. Desde su llegada a Summerhill, venía impresionando a los otros niños de ese modo. Durante unos días, un grupo de pequeños estuvo observando las cercanías del puerto de Lyme. Jim les había dicho que otro tío suyo tenía dos transatlánticos. Los niños habían convencido a Jim de que escribiese a aquel tío y le pidiese que les regalase una canoa de motor. Esperaban ver un trasatlántico remolcando su canoa hasta el puerto. Así sentía Jim su superioridad. Era un niño pobre pensionado y compensaba su inferioridad fantaseando.

Destruir todas las fantasías sería convertir la vida en algo insulso. Todo acto de creación tiene que ir precedido de una fantasía. La fantasía de Wren tuvo que construir la catedral de San Pablo antes de que se pusiera una sola piedra.

El ensueño que merece conservarse es el que puede convertirse en realidad. Los demás —las fantasías de evasión— deben destruirse, si es posible. Estas fantasías, si se mantienen mucho

tiempo, retrasan al niño. En toda escuela, los llamados zopencos suelen ser los niños que viven demasiado de fantasías. ¿Cómo puede un niño interesarse por las matemáticas cuando está esperando que un tío le envíe un Rolls Royce?

Algunas veces tuve acris discusiones con madres y padres acerca de la lectura y la escritura. Una madre escribe: "Mi hijo debe ser capaz de adaptarse a la sociedad. Oblíguele a leer y escribir." Por lo general mi contestación es ésta: "Su hijo vive en un mundo de fantasía. Posiblemente me lleve un año partir ese mundo en dos. Exigirle ahora que lea es cometer un crimen contra el niño. Hasta que no haya renunciado a su interés por ese mundo de su fantasía, quizás no pueda tener ni una pizca de interés por aprender a leer."

¡Ah, sí!, yo llevaría al niño a mi despacho y diría severamente: "Quítate de la cabeza todas esas tonterías de tíos y de automóviles. No son más que invenciones, y tú lo sabes. Mañana por la mañana tendrás clase de lectura o recibirás tu porqué." Eso sería un crimen. Destruir las fantasías de un niño antes de que pueda sustituirlas con algo, es un error. El mejor camino es estimular al niño a hablar de ellas. En nueve casos de cada diez irá perdiendo lentamente su interés por ellas. Únicamente en un caso especial en que una fantasía haya persistido durante años se atreve uno a destruir rudamente el sueño.

He dicho que tiene que haber algo que poner en lugar de la fantasía. Para ser del todo saludable, todo niño y todo adulto debiera tener por lo menos una zona en la que pueda ser superior. En la sala de clase los métodos para conseguir la superioridad son dos: 1) estar a la cabeza de la clase, y 2) poder dominar a los niños que forman la cola de la clase. Este último es el modo más halagüeño de ser superior; y así consigue fácilmente la superioridad un tipo de niño extravertido.

Es el niño introvertido el que se evade por la fantasía para hallar su superioridad. En el mundo de la realidad no tiene superioridad. No puede luchar, no sobresale en los juegos, no representa, no canta, no baila. Pero en su propio mundo fantástico puede ser el campeón de peso completo del mundo. Encontrar la satisfacción del ego es una necesidad vital para todo ser humano.

#### ESPÍRITU DE DESTRUCCIÓN

A los adultos les resulta muy difícil comprender que los niños pequeños no tienen ninguna consideración para las cosas. No las destruyen deliberadamente, *las destruyen inconscientemente.*

En cierta ocasión vi a una niña normal y feliz haciendo agujeros con un hurgón al rojo vivo en la repisa de nogal de la chimenea de la sala del personal. Cuando se le dijo que no lo hiciera, se asustó y pareció completamente sorprendida. —Lo hice sin pensar —dijo, y decía la verdad. Su acto era un acto simbólico que caía fuera del control de la mentalidad consciente.

El hecho es que los adultos sienten el deseo de poseer las cosas de valor, y los niños no. Toda convivencia entre niños y adultos tiene, pues, como consecuencia, pugnas sobre cosas materiales. En Summerhill, los niños llenarán de carbón la estufa cinco minutos antes de ir a la cama. La llenarán hasta el tope, porque para ellos el carbón no es más que unas piedras negras, mientras que para mí significa una cuenta de mil dólares al año. Los niños dejarán encendidas las luces eléctricas porque no asocian la luz con los recibos que hay que pagar por ella.

Para un niño el mobiliario prácticamente no existe. Así, en Summerhill compramos asientos viejos de coche y de camión. Y en un mes o dos parecen desechos. De vez en cuando, a la hora de la comida, algún pequeño que espera su segundo plato ayudará a pasar el tiempo retorciendo su tenedor casi hasta hacer nudos con él. Por lo general, esto se hace inconscientemente o, en el mejor caso, semiconscientemente. Y no son sólo las cosas de la escuela las que un niño desprecia o destruye: deja su bicicleta nueva afuera, a la lluvia, después de haberle pasado la novedad al cabo de tres semanas.

El impulso de destrucción en niños de nueve o diez años no significa que sean malos ni antisociales. Simplemente, las cosas no existen para ellos como propiedad personal. Cuando se apodera de ellos el vuelo de la fantasía, cogen sus sábanas y mantas y hacen barcos de piratas en sus habitaciones, y las sábanas se ponen negras y las mantas se rompen. ¿Y qué importa una sábana sucia cuando se ha izado la bandera negra y se ha disparado una andanada?

En realidad, todo hombre o mujer que quiera darles libertad a los niños debiera ser millonario, porque no es justo que el descuido natural de los niños esté siempre en conflicto con el factor económico.

El argumento de los partidarios de la disciplina que dicen que hay que *obligar* a los niños a respetar las cosas, a mí no me atrae nada, porque siempre significa algún sacrificio de la vida de juego de la infancia. Mi deseo es que el niño llegue a tener el sentido del valor por sí mismo. Cuando los niños salen de la etapa de la indiferencia preadolescente hacia las cosas, las respe-

tan. Cuando los niños tienen libertad para renunciar a su indiferencia hacia las cosas, tienen pocas probabilidades de llegar a ser logreros y explotadores.

Las niñas no son tan destrozadas como los niños, debido a que su vida de fantasía no requiere barcos de piratas ni asaltos de bandidos. Mas, para ser justo con los niños, el estado en que se halla la sala de estar de las niñas es bastante malo. No me convencen las explicaciones de las niñas según las cuales los estropicios son todos consecuencia de las riñas con los niños visitantes.

Hace unos años forré los dormitorios de los niños con fibracel a fin de mantenerlos calientes. El fibracel es una especie de cartón grueso, y un niño pequeño no hizo más que verle y empezó a hacer agujeros en él. La pared de fibracel de la sala de ping-pong parecía Berlín después de los bombardeos. Agujerear el fibracel es análogo al hurgarse las narices: suele ser totalmente inconsciente, y como otras formas de destrucción, con frecuencia tiene un motivo oculto, muchas veces un significado creador. Si un niño necesita un trozo de metal para la quilla de un bote, empleará un clavo si lo encuentra. Pero si no encuentra un clavo usará más pequeñas y costosas herramientas si una de ellas tiene el tamaño adecuado. Para un niño, un cincel, como un clavo, no es más que un trozo de metal. Un muchacho muy inteligente usó en una ocasión una brocha de encalar muy cara para alquitranar un techo.

Hemos aprendido que los niños tienen valores completamente diferentes a los de los adultos. Si una escuela trata de edificar los niños colgando de las paredes bellas pinturas clásicas y poniendo hermosos muebles en las habitaciones, empieza a caer en el extremo del error. Los niños son primitivos y, hasta que no pidan cultura, vivirán en un medio todo lo primitivo y espontáneo que podamos proporcionarles.

Hace unos cuantos años, cuando nos mudamos a nuestra casa actual, pasamos por la angustia de ver a los muchachos tirar cuchillos a las hermosas puertas de roble. Rápidamente adquirimos dos coches de ferrocarril y los convertimos en un *bungalow*. Allí nuestros primitivos podían tirar sus cuchillos todo lo que quisieran. Sin embargo, hoy, treinta y tres años después, los coches no están en mal estado. Viven en ellos muchachos de doce a dieciséis años de edad. La mayoría de ellos han llegado a la etapa de preocuparse de la comodidad y de la decoración, y casi todos tienen sus cuartos bellamente limpios y ordenados. Otros viven con desaliño: en su mayoría, los que acaban de llegar de escuelas particulares.

Siempre podéis distinguir a los niños de Summerhill que proceden de escuelas particulares: son los más sucios, los peor lavados y los que llevan la ropa más astrosa. Siempre les lleva tiempo librarse de sus impulsos primitivos, que en las escuelas particulares han sido meramente reprimidos. Les cuesta tiempo a esos muchachos llegar a ser verdaderamente sociales en un régimen de libertad.

El taller es el departamento más inquietante de una escuela libre. Ya desde los mismos primeros días el taller siempre estuvo abierto a los niños y, en consecuencia, todas las herramientas se perdían o estropeaban. Un niño de nueve años usará un excelente buril como destornillador, o cogerá un par de alicates para arreglar su bicicleta y los dejará tirados en el camino.

Después decidí tener mi taller particular separado del taller principal por un tabique, y cerrar la puerta. Pero la conciencia me punzaba. Me parecía que estaba siendo egoísta y antisocial. Por fin, eché abajo el tabique. En seis meses no quedaba una herramienta buena en la que había sido mi sección privada. Un niño usó todo el alambre que encontró en hacer chavetas para su motocicleta. Otro trató de engranar mi torno con una rueda dentada mientras estaba girando. Martillos de aplanar para trabajar bronce y plata se usaron para partir ladrillos. Algunas herramientas desaparecieron y no volvieron a encontrarse más. Lo peor de todo fue que el interés por los oficios murió por completo, porque los alumnos mayores decían: "¿De qué sirve ir al taller? Todas las herramientas están estropeadas." Y lo estaban. Las garlopas tenían dientes en las hojas, y las sierras no los tenían.

En una asamblea general de la escuela propuse que se cerrase de nuevo mi taller. La moción fue aprobada. Pero al enseñarlo a los visitantes, me sentía avergonzado cuando tenía que abrir la puerta del taller en cada caso. ¡Cómo! ¿Libertad y puertas cerradas? Parecía verdaderamente mal, y decidí dar a la escuela un taller extra que estuviera abierto constantemente. Monté uno equipado con todo lo necesario: bancos, tornos de carpintero, sierras, formones, cepillos, martillos, alicates, un juego de escuadras, etc.

Un día, unos cuatro meses después, estaba enseñando la escuela a un grupo de visitantes. Cuando abrí mi taller, uno de ellos dijo: "Esto no se parece mucho a la libertad, ¿no?"

—Bueno, ya ve usted —dije apresuradamente—, los niños tienen otro taller que está abierto todo el día. Venga usted, voy a enseñárselo.

No quedaba en él nada más que los bancos. Hasta los tornos habían desaparecido. Nunca supe en qué rincones de nuestros campos estaban los formones y los martillos.

La situación del taller seguía preocupando al personal. Yo era el más preocupado, porque las herramientas significaban mucho para mí. Deduje que lo equivocado era que las herramientas se usaran en común. "Ahora bien —me dije—, si introducimos el factor propiedad particular, si cada niño que realmente necesita herramientas tiene las suyas, las cosas van a cambiar."

La expuse en una reunión, y la idea fue bien acogida. El curso siguiente, algunos de los alumnos mayores trajeron sus propios equipos de herramientas de sus casas. Las conservaron en excelentes condiciones y las usaron mucho más cuidadosamente que antes.

Quizás sea la gran diferencia de edades en Summerhill lo que produce la mayor parte de las preocupaciones. Porque evidentemente las herramientas no significan casi nada para los niños y las niñas muy pequeños. En la actualidad, nuestro maestro de trabajo manual tiene cerrado el taller. Yo permito como favor a unos pocos alumnos de los mayores usar mi taller cuando lo necesitan. No lo maltratan, porque han llegado a la etapa en que dar a las herramientas los cuidados adecuados es una necesidad concienzuda para llevar a cabo todo trabajo bien hecho. Ahora entienden también la diferencia que hay entre libertad y libertinaje.

Más aún, el cierre de puertas aumentó recientemente en Summerhill. Planteé el asunto en la reunión de la noche de un sábado. —No me gusta —dije—. Esta mañana tuve visitantes y necesité abrir las puertas del taller, del laboratorio, de la alfarería y del teatro. Propongo que todas las habitaciones públicas estén abiertas durante todo el día.

Hubo una tempestad de disensiones. —El laboratorio debe estar cerrado por los venenos que hay en él —dijo uno de los niños—, y como el taller de alfarería está unido a él, también debe estar cerrado.

—No queremos que el taller esté abierto. Mirad lo que les ocurrió a las herramientas la vez pasada —dijeron otros.

—Bueno, entonces —alegué— por lo menos podemos dejar abierto el teatro. Nadie se va a llevar el escenario.

Los comediógrafos, los actores, las actrices, el director de escena, el encargado de la iluminación, todos se levantaron a la vez. El encargado de la luz dijo: Lo dejaron abierto esta ma-

ñana, y por la tarde algún idiota encendió todas las luces y las dejó encendidas; total, 3 000 vatios a 9 centavos el vatio.

Otro dijo: —Los pequeños cogen los vestidos y se los ponen.

El resultado fue que mi propuesta de dejar las puertas abiertas fue apoyada únicamente por dos manos: la mía y la de una niña de siete años. Y después averigüé que la niña creyó que todavía estábamos votando la moción anterior pidiendo que se permitiera a los niños de siete años ir al cine. Los niños estaban aprendiendo por su propia experiencia que debe respetarse la propiedad privada.

La triste verdad es que nosotros los mayores muchas veces nos interesamos más por la seguridad de los materiales que por la de los niños. El piano de un individuo, sus herramientas de carpintero, sus trajes, un centenar de cosas, han llegado a formar parte de él mismo. Ver una garlopa mal empleada es sentir un daño personal. Este amor a las cosas muchas veces es mayor que el amor a los niños. Cada *¡No toques eso!* es una preferencia del objeto al niño. El niño es un fastidio porque sus deseos chocan con los deseos egoístas del adulto.

En una ocasión tres niños se apoderaron de mi costosa lámpara eléctrica. Empezaron a registrarla para ver lo que tenía dentro y la estropearon. Decir que me deleitó su exploración sería mentir. Me enfadé a pesar de que sospechaba la significación psicológica de aquel acto de destrucción: Simbólicamente, la lámpara del padre representaba el falo de éste.

Una de mis fantasías es que tengo como alumno al hijo de un millonario. En mi fantasía, le permito hacer toda clase de experimentos complicados —*a expensas del padre*—, porque dar libertad a un niño neurótico es cosa cara. Como dieta permanente, ningún niño sano quiere clavar clavos en la consola de la televisión.

Esto me hace recordar una pregunta que surge siempre que doy una conferencia: *¿Qué haría usted si un niño empezase a clavar clavos en un piano de cola?* Hoy soy ya tan experto, que muchas veces puedo reconocer de antemano a la persona que me hará la pregunta. Por lo general, se sienta en la silla que está enfrente de mí y de vez en cuando mueve la cabeza con desaprobación durante la conferencia.

La mejor respuesta a esa pregunta es: *No importa lo que le haga usted a un niño si su actitud hacia él es justa.* No importa que usted aleje al niño del piano, siempre que no cree usted en él un resentimiento en relación con el acto de clavar clavos. No se causa ningún daño por insistir en vuestros dere-

chos individuales, a menos de que apeléis al juicio moral del bien y del mal. Las que hacen daño son palabras como *discolo*, *malo* o *indecente*.

Volvamos a nuestro pequeño martillador. Desde luego, debe tener madera para clavar clavos en ella, en vez de clavarlos en el piano. Todo niño tiene derecho a las herramientas con que puede expresarse. Y las herramientas serán de su propiedad. Pero téngase en cuenta que él no les da ningún valor en dinero.

La constante actitud destructora del niño problema es algo completamente distinto de los actos de destrucción del niño normal. Éstos, por lo general, no son producto del odio ni de la angustia: son actos de fantasía creadora, sin intención rencorosa.

La verdadera actitud destructora significa odio en acción. Simbólicamente, significa homicidio. No se limita a los niños problema. Las personas cuyas casas fueron ocupadas por los militares durante la guerra aprendieron que los soldados son mucho más destructores que los niños. Es natural, porque su misión es destruir.

Creación equivale a vida; destrucción equivale a muerte. El niño problema destructor es antivida.

La actitud destructora en los niños angustiados contiene muchos factores. Uno de ellos pueden ser los celos a un hermano o una hermana, más amados de lo que él se siente. Otro puede ser la rebelión contra toda autoridad restrictiva. Y otro factor aún puede ser la simple curiosidad de ver lo que un objeto tiene dentro.

El principal factor que debiera interesarnos no es la destrucción real del objeto, sino el odio reprimido que expresa la destrucción, el odio que, según las circunstancias, hará del niño un sádico.

Ésta es una cuestión muy vital. Se refiere a la enfermedad de un mundo en el que florece el odio desde la cuna hasta la tumba. Hay, desde luego, mucho amor en el mundo. Si no lo hubiera, sólo desesperación habría para la humanidad. Todo padre y todo maestro debiera tratar seriamente de descubrir ese amor en sí mismo.

#### MENTIRA

Si tu niño miente, o bien te tiene miedo o bien no hace más que copiarte. Padres mentirosos tendrán hijos mentirosos. Si quieres tener la confianza de tu hijo, no le mientas. No es éste un enunciado moral, porque todos mentimos en ocasiones. A

veces mentimos para no herir los sentimientos de alguien, y naturalmente mentimos acerca de nosotros mismos cuando se nos acusa de egoísmo o de presunción. En vez de decir: "A mamá le duele la cabeza, no hagas ruido", es mucho más sincero gritar: "¡Acaba de una vez con ese endiablado ruido!" Pero sólo podréis decir esto impunemente si vuestros hijos no os temen.

Los padres mienten en ocasiones para conservar su dignidad. "Papi, tú podrías vencer a seis hombres, ¿no es verdad?" Se necesita valor para contestar: "No hijo, con mi panza y mis flopos músculos no podría vencer ni a un enano."

¿Cuántos padres confesarán a sus hijos que tienen miedo a los truenos y a los policías? Rara vez es bastante grande un hombre para no tener miedo de hacer saber a sus hijos que en la escuela lo llamaban *el Gangoso*.

La mentira de la familia tiene dos motivos: hacer que los niños se porten bien, e impresionarlos con las perfecciones de los padres. ¿Cuántos padres y maestros contestarían la verdad a las preguntas de un niño: *¿Te emborrachaste alguna vez? ¿Dijiste palabrotas alguna vez?* Este miedo a los niños es lo que hace hipócritas a los adultos.

No puedo olvidar el ver a mi padre, cuando yo era pequeño, trepar a una pared huyendo de un toro fiero. En sus fantasías los niños nos hacen héroes y caballeros, y nosotros procuramos aparentarlo. Pero un día nos descubren. Un día, el niño ve claramente que sus padres y sus maestros fueron embusteros y engañadores.

Probablemente en toda vida del joven hay un periodo en que los padres son criticados y despreciados como gente anticuada. Este periodo sigue al descubrimiento de los padres por el niño. El desprecio es simplemente el desprecio cuya causa está en los padres deseados de las fantasías del niño. El contraste entre los maravillosos padres de la fantasía y los débiles padres verdaderos es demasiado grande. Después, el niño vuelve a sus padres con simpatía y comprensión, pero sin ilusiones. Y aun todas estas incomprendiones serían innecesarias si en primer lugar los padres dijese la verdad acerca de sí mismos.

La mayor dificultad para decir la verdad a los niños es ésta: Ninguno de nosotros se dice la verdad a sí mismo. Nos mentimos a nosotros mismos, y mentimos a nuestros vecinos. Todas las autobiografías escritas hasta ahora son mentiras. Mentimos porque nos enseñaron a vivir de acuerdo con un nivel moral inasequible. Fue nuestra primera educación la que nos dio el esqueleto que después tratamos siempre de ocultar.

El adulto que miente a los niños —que miente aun por medios indirectos— es el que no tiene una verdadera comprensión del niño. Por lo tanto, todo nuestro sistema educativo está lleno de mentiras. Nuestras escuelas perpetúan la mentira de que la obediencia y la aplicación son virtudes, y que la historia y el francés son educación.

Entre mis alumnos no hay un embustero inveterado ni habitual. Cuando llegan por primera vez a Summerhill, mienten porque temen decir la verdad. Cuando descubren que la escuela es una escuela sin un policía, encuentran inútil mentir. La mayor parte de las mentiras por parte de los niños son inspiradas por el miedo; y cuando desaparece el miedo, disminuyen las mentiras. No puedo decir que desaparecen por completo. Un niño os dirá que rompió un vidrio, pero no os dirá que saqueó el refrigerador ni que robó una herramienta. La ausencia completa de mentiras sería esperar demasiado.

La libertad no acaba con las mentiras de los niños. Con excesiva frecuencia los padres hacen una montaña de este agradable montículo. Cuando el pequeño Jimmy vino a decirme que su papá le había enviado un Rolls Bentley de verdad, le dije: —Ya lo sé. Lo vi a la puerta. Es un coche tremendo.

—¡Vamos! —dijo—. Sabías que no era más que una broma.

Ahora bien, puede parecer paradójico e ilógico, pero yo distingo entre mentir y no ser sincero. Uno puede ser sincero y, sin embargo, mentir; es decir, uno puede ser sincero acerca de las cosas grandes de la vida aunque a veces no lo sea acerca de las cosas pequeñas. Así, muchas de nuestras mentiras están destinadas a ahorrarles dolor a otros. El decir la verdad se convertiría en un mal si me obligase a escribir: "Querido señor, su carta era tan larga y tan estúpida, que no pude evitar sentirme molesto al leerla." O si os obligase a escribir a un supuesto músico: "Gracias por haber tocado, pero asesinó usted aquel *Estudio*." El mentir de los adultos por lo general es altruista, pero el mentir de los niños siempre es circunstancial y personal. El mejor modo de hacer de un niño un embustero para toda la vida es insistir en que diga la verdad y nada más que la verdad.

Concedo que es muy difícil ser siempre veraz, pero cuando uno toma la decisión de no mentir a un niño ni delante de él, lo encuentra más fácil de lo que esperaba. La única mentira buena que puede permitirse es la que uno tiene que decir cuando la vida está en peligro, por ejemplo, cuando a un niño gravemente enfermo no se le dice que su madre ha muerto.

La mayor parte de nuestra etiqueta mecánica es una men-

tira viviente. Decimos "muchas gracias" cuando no lo sentimos; nos quitamos el sombrero ante mujeres a las que no respetamos.

Decir una mentira es una pequeña debilidad; vivir una mentira es una gran calamidad. Es el padre que vive una mentira el que es verdaderamente peligroso. "No le pedí a mi hijo más que una cosa: la verdad absoluta en todas las ocasiones", decía el padre de un hijo ladrón de dieciséis años. Aquel hombre odiaba a su mujer, y a su vez era odiado por ella, aunque la realidad se ocultase bajo una máscara de *queridos* y *amadísimos*. El hijo advertía vagamente que algo iba mal en su casa. ¿Qué posibles probabilidades tiene el hijo de un hombre así de no llegar a ser otra cosa que un individuo habitualmente insincero cuando el hogar mismo es una mentira notoria? El robo del muchacho fue una manera patética de encontrar el amor que faltaba en el hogar.

Evidentemente, un niño puede mentir por imitación de la falsedad de los padres. A un niño le resulta imposible ser veraz en un hogar donde el padre y la madre ya no se quieren. La miserable ficción que tiene que aparentar la pobre pareja no puede engañar al muchacho, que entonces es arrastrado a un mundo irreal imaginario de simulaciones. Recuérdese que los niños sienten cuando no saben.

Las iglesias perpetúan la mentira de que el hombre nace en el pecado y que necesita ser redimido. La ley refuerza la mentira de que la humanidad puede mejorar mediante el odio en forma de castigo. Los médicos y las empresas que fabrican medicamentos sostienen la mentira de que la salud depende de que uno se llene de drogas inorgánicas.

En una sociedad llena de mentiras, los padres encuentran sumamente difícil ser sinceros. Le dicen a su hijo: "Si te masturbas, te volverás tonto." En todas las mentiras paternas hay una ignorancia increíble del daño que se le hace al niño.

Yo sostengo que los padres no necesitan mentir; además, no deben *atreverse* a mentir. Hay muchos hogares sin mentiras, y es de ellos de donde proceden los niños sinceros y de ojos francos. Un padre puede contestar con la verdad todas y cada una de las preguntas, desde las relativas al origen de los bebés y las referentes a la edad de la madre.

Yo no he dicho nunca conscientemente una mentira a mis alumnos durante treinta y ocho años, y realmente nunca sentí el deseo de hacerlo. Pero eso no es completamente exacto, porque una vez dije una gran mentira. Una niña, cuya desdichada historia conocía, robó una libra esterlina. La comisión de robos

—tres niños— la vio gastar dinero en helados y cigarrillos, y la interrogaron. —Me dio la libra Neill —les dijo, y ellos vinieron a preguntarme: —¿Le diste una libra a Liz? Dándome rápidamente cuenta de la situación, contesté suavemente: —Pues sí, se la di. Si la hubiese descubierto, sabía que ella nunca más tendría confianza en mí. Su simbólico robo de amor en la forma de una moneda habría recibido otro revés hostil. Yo tenía que demostrar que estaba siempre de su lado. Sabía que si su hogar fuera honrado y libre, no se habría presentado nunca semejante situación. Mentí con un propósito —un propósito *curativo*—, pero en todas las demás circunstancias, no me atrevo a mentir.

Los niños, cuando son libres, no mienten mucho. El policía de nuestra aldea llamó un día por teléfono y se quedó muy asombrado cuando entró en mi oficina un niño diciendo: —"Escucha, Neill, rompí un vidrio de la sala de estar." Los niños mienten la mayor parte de las veces para protegerse. La mentira florece en hogares donde florece el miedo. Suprimid el miedo y desaparecerá la mentira.

Pero hay un tipo de mentira que no tiene por base el miedo: la mentira debida a la imaginación. "Mami, vi un perro tan grande como una vaca", está en el mismo plano que la mentira del pescador de caña acerca del único pez que se le fue. En estos casos la mentira refuerza la personalidad del mentiroso. El modo evidente de reaccionar contra tales mentiras consiste en tomar parte en el juego. Así, cuando Billy me dijo que su papá tenía un Rolls Royce, le dije: "Ya lo sé. Precioso. ¿Puedes conducirlo tú?" Dudo que esta mentira romántica existiera entre niños que hubieran sido libres desde el nacimiento. No creo que necesitaran compensar su inferioridad inventando semejantes historias.

Un hijo ilegítimo no sabe que nació fuera de matrimonio, pero percibe que es diferente de los otros niños. No, desde luego, si sabe la verdad y anda entre personas a quienes no les importa que haya nacido de matrimonio o no. Los padres ignorantes causan tanto daño con sus mentiras y prohibiciones porque el sentimiento es mucho más importante que el conocimiento. Es el corazón del niño el que sufre el daño, no la cabeza. *Pero la cabeza nunca produce neurosis; sólo el corazón las produce.*

Pero los padres debieran decir a los hijos adoptivos la verdad acerca de su estado. Una madrastra que deja un hijo del primer matrimonio cree que a ella y a su hijo les esperan inquietudes,

y en la mayor parte de los casos las tendrán. Yo he visto algunos traumas graves cuando al correr de la vida algunos adolescentes descubrieron verdades ocultas. Nunca faltan personas llenas de odio que le dirán con gran placer al joven verdades lastimosas.

Blindad a vuestros hijos contra todos los miserables entremetidos decidiéndoos a no mentir nunca a un niño, ya sea hijo vuestro ya sea hijo de otro. No hay más camino que el de la verdad absoluta para el niño. Si papá es un ex presidiario, el niño debiera saberlo. Si mamá fue moza de taberna, la hija debiera saberlo.

La verdad se hace delicada cuando la pregunta es: "Mamá, ¿a cuál de nosotros quieres más?" La respuesta universal y con frecuencia falsa es un dulce: "Os quiero a todos lo mismo, amor mío." No sé cuál debiera ser la contestación. Quizá aquí esté justificada la mentira, porque la desgarradora contestación: "Al que más quiero es a Tommy", tendría consecuencias desastrosas.

El padre que es sincero acerca del sexo no será insincero sobre otras cosas. Las mentiras acerca del policía que va a venir para castigar a los niños desobedientes, de que el fumar detiene el crecimiento, de que mamá tiene un dolor de cabeza en lugar de decir que tiene su periodo, abundan en un millón de hogares.

Recientemente, una maestra dejó Summerhill para ir a un kindergarten de Londres. Sus tiernos alumnos le preguntaron de dónde vienen los niños. A la mañana siguiente, llegaron a la escuela media docena de madres furiosas llamándola "suciaramera" y pidiendo que la echasen.

Un niño educado en la libertad no mentirá deliberadamente porque no lo necesitará. No mentirá para protegerse a causa del miedo al castigo. Pero incurrirá en mentiras de fantasía, contando historias de cosas que no existieron nunca.

En cuanto a la mentira por miedo, veo una nueva generación que no tendrá nada que ocultar. Será franca y sincera acerca de todo. No necesitará en su vocabulario la palabra "mentira". La mentira siempre es cobardía, y la cobardía es consecuencia de la ignorancia.

#### RESPONSABILIDAD

En muchas casas se reprime el ego del niño porque los padres quieren que su hijo sea un niño perpetuo. Conocí a niñas de

catorce años de quienes no confiaban sus padres ni siquiera para encender una luz. Con la mejor intención, los padres mantenían a sus hijas alejadas de toda obligación.

—Ponte el suéter, querida; estoy seguro de que lloverá.

—No vayas por la vía del tren.

—¿Te has lavado la cara?

En cierta ocasión, al llegar a Summerhill una nueva alumna, la madre me dijo que la niña era muy sucia, que tenía que repetirle diez veces al día que se lavara. Desde el día siguiente a su llegada, aquella niña se daba dos baños de agua fría todas las mañanas, y por lo menos dos calientes cada semana. Siempre tenía limpias la cara y las manos. Su falta de limpieza en su casa —que quizá existía sólo en la imaginación de la madre— se debía a que la trataban como a un bebé.

A los niños debieran confiárseles casi toda clase de obligaciones. Los niños educados por el método Montessori llevan sopas llenas de sopa caliente, uno de nuestros alumnos más pequeños, de siete años de edad, usa toda clase de herramientas: formones, hachas, sierras, cuchillos. Me corto yo con más frecuencia que él.

No hay que confundir deber y responsabilidad. El sentido del deber se adquiere más adelante en la vida, si es que se adquiere. La palabra *deber* tiene demasiadas acepciones siniestras. Pienso en las mujeres que perdieron la vida y el amor porque se sintieron impulsadas por el sentido del deber a permanecer al lado de sus ancianos padres y cuidarlos. Pienso en las parejas casadas que han dejado de amarse hace mucho tiempo, pero que siguen viviendo juntas lamentablemente por su sentido del deber. Muchos niños sienten en la escuela de internos o en el campamento de verano el deber de escribir a sus casas su aburrimiento, en especial cuando tienen que escribir su carta una tarde de domingo.

Es una falacia que las obligaciones debieran calcularse según la edad, falacia que pone las vidas de los jóvenes en las manos de ancianos achacosos a quienes llamamos estadistas y que mejor debieran llamarse estatistas. Es esa falacia la que supone que cada individuo de una familia es el protector y guía de los inmediatamente más jóvenes que él. Les resulta difícil a los padres comprender que su hijo de seis años no es un ser razonable y lógico que puede entender frases como ésta: "Eres mayor que Tommy, y a tu edad debes saber que no debe permitírsele salir solo a la calle."

A un niño no debe pedírsele que asuma responsabilidades



para las que no está preparado, ni que tome decisiones que no está en edad de tomar. El lema debe ser "sentido común".

En Summerhill no preguntamos a nuestros pequeños de cinco años si quieren o no protecciones en las chimeneas. No le pedimos a un niño de seis años que decida si ha de salir o no de casa cuando tiene fiebre, ni si ha de acostarse o no cuando está rendido de cansancio. No hay que pedirle permiso a un niño para darle los remedios prescritos cuando está enfermo.

Pero imponer la autoridad —la autoridad necesaria— a un niño no pugna en ningún modo con la idea de que hay que dejarle toda la responsabilidad que puede asumir a su edad. Al determinar el grado de responsabilidad que un padre debe dar a su hijo, el padre debe consultar siempre su fuero interno. Primero debe examinarse a sí mismo.

A los padres que se niegan a dejar a sus hijos elegir sus ropas, por ejemplo, en general los mueve la idea de que el niño puede elegir ropas que no acrediten la posición social de la familia.

Los padres que someten a su censura las lecturas del niño, las películas o los amigos, por lo general son padres que tratan de imponer sus propias ideas al niño ejerciendo presión sobre él. Esos padres no hacen sino racionalizar lo que ellos creen que es lo mejor, aunque su móvil profundo quizás sea ejercer un poder autoritario.

En general, los padres debieran dar toda la responsabilidad que puedan a su hijo, teniendo siempre en cuenta su seguridad física. Sólo de este modo desarrollará el padre la confianza del niño en sí mismo.

#### OBEDIENCIA Y DISCIPLINA

Surge ahora una pregunta despiadada: ¿Por qué debe obedecer un niño? Mi respuesta es: Debe obedecer para satisfacer el deseo que tiene el adulto de poder. De otro modo, ¿por qué tendría que obedecer un niño?

"Bueno —diréis—, quizá se moje los pies si desobedece la orden de ponerse los zapatos; y hasta puede caer en un precipicio si desobedece a las voces de su padre." Sí, naturalmente, el niño debe obedecer cuando es una cuestión de vida o muerte. ¿Pero cuántas veces se castiga a un niño por desobedecer en cuestiones de vida o muerte? Nunca o muy rara vez. En general se le abraza diciéndole: "¡Precioso mío! ¡Gracias a Dios que estás a salvo!" Habitualmente a los niños se les castiga por *cosas pequeñas*.

Ahora bien, es posible gobernar una casa en que no se exige obediencia. Si yo le digo a un niño: "Coge tus libros y estudia una lección de inglés", puede negarse si el inglés no le interesa. Su desobediencia expresa meramente sus propios deseos, que evidentemente no se oponen ni chocan con los de ninguna otra persona. Pero si digo: "La parte central de la huerta está sembrada. Que nadie corra por allí", todos los niños aceptan lo que digo del mismo modo que aceptan la orden de Derrick: "Que nadie use mi pelota sin pedirme primero permiso." Porque la obediencia debe ser asunto de toma y daca. De vez en cuando, en Summerhill, se desobedece una ley aprobada por la asamblea general de la escuela. Entonces quizá entren en acción los niños mismos. Pero en general Summerhill se rige sin ninguna autoridad ni ninguna obediencia. Cada individuo es libre de hacer lo que quiera *mientras no invada la libertad de otros*. Y éste es un objetivo realizable en toda comunidad.

Con autonomía individual, no hay autoridad en el hogar. Esto significa que no se oyen gritos que digan: "¡Óyelo! Tienes que obedecer." En la práctica real existe autoridad, naturalmente. Esa autoridad puede llamarse protección, cuidado, responsabilidad del adulto: Tal autoridad exige obediencia a veces, pero otras obedece. Así, puedo decirle a mi hija: "No puedes traer ese barro y esa agua a nuestra sala." Esto no es más que el que ella me diga a mí: "Sal de mi habitación. No quiero que estés aquí ahora", deseo que, naturalmente, obedezco sin decir una palabra.

Análoga al castigo es la exigencia paterna de que el niño no se meta en la boca más comida de la que puede masticar. Literalmente, porque con frecuencia es mayor la visión que el estómago del niño y pide una cantidad de comida que no puede consumir. Es un error obligar al niño a terminar lo que tiene en el plato. La buena paternidad es la facultad de identificarse con el niño, comprendiendo sus motivos, dándose cuenta de sus limitaciones, sin encubrir otros motivos ni resentimiento.

Una madre me escribió que quería que su hija la obedeciera. Yo estaba enseñando a su hija a obedecerse *a sí misma*. La madre la encontraba desobediente; pero yo *siempre* la encontré obediente. Hace cinco minutos, entró en mi habitación para hablar de perros y de su amaestramiento. —Vete —dije—, estoy ocupado escribiendo —y salió sin decir una palabra.

La obediencia debiera ser cortesía social. Los adultos no tienen derecho a la obediencia de los niños. La obediencia debe salir de adentro, no ser impuesta desde afuera.



La disciplina es un medio para un fin. La disciplina de un ejército está destinada a reforzar la eficacia en el combate. Todas esas disciplinas subordinan el individuo a la causa. En los países disciplinados la vida es vulgar.

Hay, no obstante, otra disciplina. En una orquesta el primer violín obedece al director porque está tan interesado como él en una buena ejecución. El soldado que no hace caso de la voz de mando por lo general no se preocupa por la eficacia del ejército. Todo ejército es gobernado principalmente por el miedo, y el soldado sabe que si desobedece lo castigarán. La disciplina de la escuela puede ser del tipo de la disciplina de la orquesta cuando los maestros son buenos. Con excesiva frecuencia es del tipo de la del ejército. Lo mismo puede decirse del hogar. Un hogar feliz es como una orquesta y goza del mismo tipo de espíritu de equipo. Un hogar lamentable es como un cuartel gobernado por el odio y la disciplina.

Lo más extraño es que hogares con disciplina de espíritu de equipo muchas veces toleran una escuela con disciplina de ejército. Los maestros golpean a los niños, a los cuales nunca se les pega en casa. Un visitante de un planeta más viejo y más sabio consideraría a los padres de este país imbéciles si se le dijera que en algunas escuelas elementales, todavía hoy, se castiga a los niños pequeños por errores en una suma o en el deletreo de una palabra. Cuando padres humanos protestan contra la disciplina del castigo físico en la escuela y acuden a un tribunal, la mayor parte de las veces la ley se pone de parte del maestro punitivo.

Los padres abolirían los castigos corporales mañana, si quisieran. Manifiestamente, la mayoría no quiere. Les va bien el sistema. Disciplina a sus niños y niñas. El odio del niño es hábilmente canalizado hacia el maestro que castiga y no hacia los padres que le pagan para hacer ese sucio trabajo. El sistema les va bien a los padres porque a ellos mismos no se les permitió nunca vivir y amar. También ellos fueron esclavos de la disciplina de grupo, y las pobres almas no pueden concebir la libertad.

Es verdad que debe haber disciplina en el hogar. En general, es el tipo de disciplina que salvaguarda los derechos individuales de todos los miembros de la familia. Por ejemplo, yo no le permito a mi hija Zoe jugar con mi máquina de escribir. Pero en una familia feliz este tipo de disciplina se produce por sí misma. La vida es un grato toma y daca. Padres e hijos son compañeros, colaboradores.

En el hogar desgraciado, se usa la disciplina como un arma

del odio, y la obediencia se convierte en una virtud. Los niños son bienes muebles, cosas que se poseen, y deben acreditar a sus propietarios. Encuentro que el padre que más se preocupa por que Billy aprenda a leer y escribir es el que se siente fracasado en la vida por falta de preparación cultural.

Es el padre disgustado de sí mismo el que cree en la disciplina estricta. El jovial individuo mundano con un repertorio de cuentos obscenos regañará severamente a su hijo si habla de excremento. La madre mendaz azotará a su hijo por mentir. Yo vi a un individuo con la pipa en la boca pegar a su hijo por fumar. Oí decir a un hombre que pegaba a su hijo de doce años: —Yo te enseñaré a jurar, pequeño bastardo. Cuando yo protesté, dijo frívolamente: —Cuando yo juro es otra cosa. Él es un chiquillo.

La disciplina estricta en el hogar es siempre una proyección del odio a sí mismo. El adulto se esforzó por llegar a la perfección en su propia vida, fracasó miserablemente en el empeño, y ahora trata de encontrarla en sus hijos. Y todo a causa de que no puede amar. Todo a causa de que teme al placer como al mismo demonio. Por eso, naturalmente, inventó el hombre al demonio, el ente que sabe las mejores canciones, que goza de la vida, de las diversiones, del sexo. El objetivo de la perfección es vencer al demonio, y de ese objetivo se derivan el misticismo y el irracionalismo, la religión y el ascetismo. De ahí se deriva también la crucifixión de la carne en forma de zurras, de abstinencia sexual y de impotencia.

He dicho que los padres quieren que su hijo llegue a ser lo que ellos no pudieron llegar a ser. Pero hay más: todo padre reprimido está decidido al mismo tiempo a que su hijo no saque de la vida más de lo que él sacó. Padres sin vida no quieren que sus hijos vivan, y esos padres siempre tienen un miedo exagerado al futuro. Creen que la disciplina salvará a sus hijos. Esta misma falta de confianza en sus yos interiores les hace postular un Dios externo que *obligue* a la bondad y la verdad. La disciplina es, pues, una rama de la religión.

La principal diferencia entre Summerhill y la escuela típica es que en Summerhill tenemos fe en la personalidad del niño. Sabemos que si Tommy quiere ser médico, estudiará voluntariamente para aprobar los exámenes de ingreso. La escuela disciplinaria está segura de que Tommy no será médico nunca a menos que se le pegue, o se le presione, o se le obligue a estudiar a las horas prescritas.

Concedo que en la mayor parte de los casos es más fácil eli-

minar la disciplina de la escuela que del hogar. En Summerhill, cuando un niño de siete años se causa a sí mismo un daño social, toda la comunidad expresa su desaprobación. Como la aprobación social es algo que todo el mundo desea, el niño aprende a conducirse bien. No se necesita ninguna disciplina.

En el hogar, donde entran tantos factores emocionales y otras circunstancias, las cosas no son tan fáciles. El ama de casa atsigada que trabaja en hacer la comida, no puede tratar a su reacio hijo con desaprobación social. Ni puede hacerlo tampoco el padre cansado cuando encuentra pisoteada su sementera. Lo que deseo subrayar es que *en un hogar donde el niño tiene libertad desde el principio, no surgen las exigencias ordinarias de disciplina.*

Hace unos años visité a mi amigo Wilhelm Reich en Maine. Su hijo Pedro tenía tres años. El lago que había a la puerta de la casa era profundo. Reich y su mujer se limitaron a decirle al niño que no se acercase al agua. Como no había tenido una educación de odio y, por lo tanto, tenía confianza en sus padres, Pedro no se acercó al agua. Los padres *sabían* que no tenían por qué preocuparse. Los padres que disciplinan con miedo y autoridad habrían vivido a la orilla de aquel lago con los nervios de punta. Los niños están tan acostumbrados a ser engañados, que cuando la madre les dice que el agua es peligrosa, no la creen, sencillamente. Sienten un deseo retador de acercarse al agua.

El niño disciplinado mostrará su odio a la autoridad molestando a sus padres. En realidad, mucha mala conducta infantil es una prueba visible de un tratamiento erróneo. El niño corriente acepta la voz de la sabiduría paterna, si hay amor en el hogar. Pero si hay odio, no acepta nada. O acepta las cosas negativamente: será destructor, insolente e insincero. Los niños son sabios, reaccionan al amor con amor y reaccionarán al odio con odio. Responderán fácilmente a la disciplina del tipo de equipo. Yo afirmo que la maldad no es básica en la naturaleza humana, como tampoco lo es en la naturaleza del conejo o del león. Encadenad a un perro, y si es bueno se hará malo. Disciplinad a un niño, y un buen niño social se convertirá en odiador malo e insincero. Triste es decirlo, pero la mayor parte de la gente está segura de que un niño malo quiere ser malo; creen que con la ayuda de Dios o con un palo gordo, el niño tiene facultad de elegir el ser bueno. Y si se niega a ejercitar esa facultad, lo condenarán a que sufra por su contumacia.

En cierto modo, el espíritu de la escuela simboliza todo lo

que la disciplina representa. El director de una gran escuela de niños me dijo no hace mucho tiempo cuando le pregunté qué clase de niños tenía: —La clase que vegeta sin ideas ni ideales. Se alistarían en una guerra como carne de cañón sin detenerse nunca a pensar por qué se hacía la guerra y por qué causa luchaban.

En casi cuarenta años no he pegado nunca a un niño. Pero cuando era un maestro joven, solía azotar vigorosamente con una correa sin detenerme nunca a pensar en ello. Ahora no golpeo nunca a un niño porque he llegado a conocer los peligros de pegar y estoy completamente seguro del odio que hay detrás de los golpes.

En Summerhill tratamos a los niños como a iguales. En general respetamos la individualidad y la personalidad del niño exactamente como respetaríamos la individualidad y la personalidad de un adulto, sabiendo que el niño es diferente del adulto. Nosotros los adultos no exigimos que el tío Bill tenga que dejar limpio su plato, si no le gustan las zanahorias, o que el padre deba lavarse las manos antes de sentarse a comer. Corrigiendo constantemente a los niños, los hacemos sentirse inferiores, ofendemos la natural dignidad. Todo es asunto de valores relativos. En el nombre del cielo, ¿qué importa realmente si Tommy se sienta a la mesa sin lavarse las manos?

Los niños criados bajo el tipo erróneo de disciplina viven una mentira que dura toda la vida. No se atreven nunca a ser ellos mismos. Se convierten en esclavos de las fútiles maneras y costumbres consagradas. Aceptan sus estúpidas ropas dominieras sin discutir. Porque el principal resorte de la disciplina es el miedo a ser censurado. El castigo que les imponen sus compañeros de juego no implica miedo. Pero cuando castiga un adulto, el miedo se produce automáticamente. Porque el adulto es grande y fuerte, y, cosa aún más importante, es un símbolo del padre o de la madre temidos.

Durante treinta y ocho años he visto llegar a la libertad de Summerhill niños desvergonzados, insolentes, llenos de odio. En todos los casos tuvo lugar un cambio gradual. Con el tiempo, aquellos niños echados a perder se volvieron niños felices, sociales, sinceros y amigables. El futuro de la humanidad descansa en los nuevos padres. Si destruyen la fuerza vital de sus hijos por una autoridad arbitraria, el delito, la guerra y la miseria seguirán floreciendo. Si siguen los pasos de sus disciplinarios padres, perderán el amor de sus hijos, porque no se puede amar lo que se teme.

La neurosis empieza con la disciplina paterna, que es lo diametralmente contrario al amor paterno. No podemos tener una humanidad buena tratándola con odio, con castigos y con represiones. El único camino es el camino del amor.

*Un ambiente de amor sin disciplina paterna acabará con la mayor parte de las perturbaciones de la infancia.* Esto es lo que yo quiero que comprendan los padres. Si se les da a sus hijos un ambiente de amor y de aprobación en el hogar, no nacerán nunca la desvergüenza, el odio y el espíritu de destrucción.

#### PREMIOS Y CASTIGOS

El peligro de premiar a un niño no es tan extremado como el de castigarlo, pero el socavamiento de la moral del niño mediante la concesión de premios es más sutil. Los premios son superfluos y negativos. Conceder un premio por hacer una cosa equivale a declarar que la cosa no merece hacerse por ella misma.

Ningún artista trabaja nunca sólo por la recompensa monetaria. Una de sus recompensas es el goce de crear. Además, los premios apoyan el peor aspecto del sistema de competencia. Vencer a otro hombre es un objetivo condenable.

La concesión de premios ejerce un mal efecto psicológico sobre los niños, porque suscita celos. El rencor de un muchacho hacia un hermano menor muchas veces procede de la observación de la madre: "Tu hermano pequeño lo hace mejor que tú." Para el muchacho, la observación de la madre es un premio otorgado al hermano por ser mejor que él.

Cuando tenemos en cuenta el interés natural de un niño por las cosas, empezamos a comprender los peligros tanto de los premios como de los castigos. Unos y otros tienden a presionar al niño para que sienta interés. Pero el verdadero interés es la fuerza vital de la personalidad toda, y ese interés es completamente espontáneo. Es posible obligar a atender, porque la atención es un acto consciente. Es posible atender a un esquema dibujado en el pizarrón y al mismo tiempo interesarse por los piratas. Aunque puede imponerse la atención, no puede imponerse el interés. Nadie puede obligarme, pongamos por caso, a interesarme en coleccionar sellos de correos; ni yo mismo puedo obligarme a interesarme por ellos. Pero los premios y los castigos tratan de imponer el interés.

Tengo una huerta grande. Me sería de gran ayuda un grupo de niños y niñas en la época de la escarda. Es perfectamente

posible ordenarles que me ayuden en mi trabajo. Pero esos niños de ocho, nueve y diez años de edad no tienen formada una opinión propia sobre la necesidad de la escarda, y no se interesan por ella.

En una ocasión me acerqué a un grupo de niños pequeños: —¿Nadie quiere ayudarme a escardar un poco? —les pregunté. Todos se negaron.

Les pregunté por qué. Las contestaciones fueron: —¡Demasiado aburrido! —Déjalo que crezca. —Estoy demasiado ocupado con estas palabras cruzadas. —Odio el trabajo de hortelano.

También yo encontraba pesada la escarda. También a mí me gusta resolver unas palabras cruzadas. Para ser completamente justo con aquellos niños, ¿en qué puede interesarles a ellos la escarda? La huerta es *mía*. Yo tengo la recompensa cuando veo a los guisantes brotar del suelo. Yo ahorro dinero en gastos de hortalizas. En suma, la huerta afecta a mi egoísmo. Yo no puedo imponer interés a los niños cuando el interés no nace en ellos. El único modo posible sería que alquilase a los niños a tanto por hora. Entonces, ellos y yo estaríamos sobre la misma base: Yo estaría interesado en mi huerta y ellos estarían interesados en ganar un poco de dinero extra.

En sus raíces el interés siempre es egoísta. Maud, de catorce años de edad, me ayuda a veces en la huerta, aunque declara que aborrece aquel trabajo. Pero no me aborrece a *mí*. Me ayuda porque quiere estar conmigo. Esto, de momento, sirve a su egoísmo.

Cuando Derrick, a quien también le disgusta la escarda, se ofrece voluntariamente a ayudarme, sé que va a repetir la petición de una navaja mía de bolsillo que le gusta. Éste es su único interés en el asunto.

Un premio debiera ser casi exclusivamente subjetivo: la satisfacción del trabajo realizado. Piensa uno en las tareas ingratas del mundo: sacar carbón de una mina, meter tuercas del número 50 en pernos del 51, excavar desagües, sumar cantidades. El mundo está lleno de tareas que no ofrecen ningún interés ni placer intrínsecos. Parece que nosotros estamos adaptando nuestras escuelas a esa pesadez de la vida. Forzando la atención de nuestros estudiantes a materias que no tienen interés para ellos, los condicionamos, de hecho, para tareas en las que no tendrán ningún placer.

Si Mary aprende a leer o a contar, debiera ser a causa de su interés en esas materias, no a causa de la bicicleta nueva que

le regalarán por su aprovechamiento en el estudio o porque se alegrará su madre.

Una madre le dijo a un niño que si dejaba de chuparse el pulgar le regalaría un aparato de radio. ¡Qué difícil conflicto para un niño! El chuparse el pulgar es un acto inconsciente, que está fuera del dominio de la voluntad. Él quizá haga un bravo esfuerzo consciente para quitarse la costumbre; pero como el masturbador impulsivo, recaerá una y otra vez y, en consecuencia, no hace más que adquirir una carga creciente de culpabilidad y de dolor.

El miedo paternal al futuro es peligroso cuando ese miedo se expresa en sugerencias que se acercan al soborno: "Cuando aprendas a leer, querido, papá te comprará un deslizador." Ese camino conduce a la rápida aceptación de nuestra codiciosa civilización, que busca el lucro. Me complace mucho decir que he visto a más de un niño preferir el analfabetismo a una nueva y brillante bicicleta.

Una variante de esta forma de soborno es la declaración que trata de afectar las emociones del niño: "Mamá se sentirá muy desgraciada si eres siempre uno de los últimos de la clase." Los dos procedimientos de soborno soslayan los verdaderos intereses del niño.

Estoy igualmente en contra de hacer que los niños ejecuten nuestras tareas. Si queremos que un niño trabaje para nosotros, debemos pagarle de acuerdo con su habilidad. Ningún niño desea recoger ladrillos para mí porque yo haya decidido reconstruir una pared caída. Pero si ofrezco unos centavos por cargar una carretilla, quizá un niño ayude voluntariamente, porque entonces yo desperté su interés personal. Pero no me agrada la idea de hacer que el dinero de bolsillo de un niño dependa de que haga ciertas tareas. Los padres deben dárselo sin esperar nada en compensación.

Los castigos no pueden imponerse nunca con justicia, porque ningún hombre es justo. La justicia supone una comprensión completa. Los jueces no son más morales que un barrendero, ni están menos libres de prejuicios. Un juez que es un conservador y un militarista recalcitrante encontrará difícil ser justo con un antimilitarista detenido por haber gritado "¡Abajo el ejército!"

Consciente o inconscientemente, el maestro que es cruel con un niño que ha cometido una falta sexual es casi seguro que tendrá un profundo sentimiento de culpabilidad hacia el sexo. En un Tribunal de justicia, un juez con inclinaciones homo-

sexuales inconscientes probablemente será muy severo en sentenciar a un prisionero acusado de prácticas homosexuales.

No podemos ser justos porque no nos conocemos a nosotros mismos y no reconocemos nuestras propias tendencias reprimidas. Esto es trágicamente injusto para los niños. Un adulto nunca puede educar más allá de sus propios complejos. Si nosotros mismos estamos atados por miedos reprimidos, no podemos hacer libres a nuestros hijos. Todo lo que hacemos es traspasar a nuestros hijos nuestros propios complejos.

Si procuramos conocernos a nosotros mismos, hallaremos difícil castigar a un niño sobre el cual desahogamos la cólera que nos produce cualquiera otra cosa. Hace años, en los viejos días, yo golpeaba a los niños una y otra vez porque estaba disgustado: iba a llegar el inspector o había reñido con un amigo. O podía servirme cualquiera otra vieja excusa en vez de conocerme a mí mismo, de saber por qué estaba realmente colérico. Hoy, sé por experiencia que los castigos son innecesarios. No castigo nunca a un niño, nunca siento la tentación de castigarlo.

Hace poco le dije a un alumno nuevo, un muchacho antisocial: —Estás haciendo todas esas artimañas tontas simplemente para obligarme a pegarte, porque tu vida fue una larga paliza. Pero estás perdiendo el tiempo. No te castigaré, hagas lo que hagas.

Dejó de ser destructor, y ya no sintió la necesidad de sentirse odioso.

*El castigo es siempre un acto de odio.* En el acto de castigar, el maestro o el padre odian al niño, y el niño se da cuenta de ello. El remordimiento aparente o el tierno amor que un niño azotado muestra hacia sus padres, no es verdadero amor. Lo que realmente siente el niño azotado es odio que tiene que disfrazar para no sentirse culpable. Porque la azotaina llevó al niño al mundo de la fantasía. *Quiero que mi padre se caiga muerto.* La fantasía inmediatamente se convierte en culpa: *Quise que mi padre muriese. ¡Qué malo soy!* Y el remordimiento lleva al niño a las rodillas del padre con una ternura aparente. Pero por debajo ya está allí el odio, y para quedarse.

Lo peor es que el castigo siempre forma un círculo vicioso. El castigo es un respiradero del odio, y cada castigo está condenado a despertar cada vez más odio en el niño. Entonces, al aumentar su odio, se expresa en una conducta cada vez peor, a medida que se propinan más castigos. Y esta segunda tanda de castigos rinde mayores dividendos de odio en el niño. El resultado es un niño lleno de odio, de malos modales, resentido,

destructor, tan endurecido al castigo que peca con el objeto de provocar una respuesta emocional en sus padres. Porque aun una respuesta emocional de odio bastará cuando no existe la emoción del amor. Y así el niño es golpeado, y se arrepiente. Pero a la mañana siguiente empieza otra vez el mismo viejo ciclo.

Por todo lo que yo he observado, el niño libre no necesita ningún castigo y no necesita recorrer ese ciclo de odio. No es castigado nunca y no necesita portarse malamente. No tiene necesidad de mentir ni de romper cosas. Nunca se le ha llamado sucio ni malo. No necesita rebelarse contra la autoridad ni temer a sus padres. Tendrá berrinches frecuentes, pero durarán poco y no tienden a la neurosis.

Realmente, es difícil decidir qué es castigo y qué no lo es. Un día un niño cogió mi mejor sierra. Al día siguiente la encontré bajo la lluvia. Le dije que no volvería a prestarle más la sierra. Aquello no fue un castigo, porque el castigo siempre implica una idea moral. Dejar la sierra a la intemperie bajo la lluvia era malo para la sierra, pero el acto no era un acto inmoral. Es importante que un niño aprenda que no pueden llevarse prestadas las herramientas de otro cualquiera y estropearlas, ni dañar las cosas ni la persona de otro. Porque dejar que un niño siga su propio gusto o haga lo que quiera *a expensas de otro*, es malo para el niño. Crea un niño consentido, y el niño consentido es un mal ciudadano.

Hace algún tiempo, vino a la nuestra un niño pequeño procedente de una escuela donde había aterrorizado a todo el mundo tirando cosas y hasta amenazando con la muerte. Trató de hacer conmigo el mismo juego. No tardé en llegar a la conclusión de que usaba su mal genio para alarmar a la gente y atraer así la atención.

Un día, al entrar en la sala de juego encontré a todos los niños amontonados en un extremo de la sala. En el otro extremo estaba el pequeño terrorista con un martillo en la mano, y amenazaba con golpear a todo el que se acercase.

—Déjate de eso, pequeño —dije secamente—. No te tenemos miedo.

Soltó el martillo y corrió hacia mí. Me mordió y me dio patadas.

—Siempre que me pegues o me muerdas —dije tranquilamente—, yo te pegaré a ti. Y lo hice. No tardó en renunciar a la contienda y salió corriendo de la habitación.

Aquello no fue un castigo. Fue una lección necesaria: apren-

der que uno no puede hacer daño a los demás para su propio placer.

En la mayor parte de los hogares el castigo suele ser por desobediencia. También en las escuelas se consideran como delitos graves la desobediencia y la insolencia. Cuando yo era un maestro joven y tenía la costumbre de azotar a los niños, como se permitían hacerlo la mayor parte de los maestros de Inglaterra, mi mayor enfado era siempre con el niño que me había desobedecido. Quedaba herida mi pequeña dignidad. Yo era el dios de hojalata de la sala de clase, exactamente como el padre es el dios de hojalata del hogar. Castigar por desobediencia es identificarse con el Todopoderoso: *No tendrás otros dioses*.

Más adelante, cuando enseñé en Alemania y Austria, siempre me avergonzaba cuando los maestros me preguntaban si se usaban en Inglaterra los castigos corporales. En Alemania, el maestro que golpea a un niño es procesado por agresión y por lo general se le castiga. Las azotainas y los correazos en las escuelas inglesas son una de nuestras mayores ignominias.

En una de nuestras grandes ciudades me dijo un médico en una ocasión: —Hay un bruto de maestro al frente de una de nuestras escuelas que golpa cruelmente a los niños. Con frecuencia me llevan niños enfermos de los nervios a causa de él, pero no puedo hacer nada. Tiene de su parte la opinión pública y la ley.

No hace mucho tiempo, los periódicos dieron cuenta de un caso en el que un juez dijo a dos hermanos descarriados que sólo con que hubieran recibido una buena paliza no volverían a comparecer más ante el tribunal. Los testigos revelaron que los dos muchachos eran golpeados casi todas las noches por su padre.

Salomón, con su teoría del castigo, hizo más daño que bien hizo con sus proverbios. Ningún hombre con alguna capacidad de introspección puede golpear a un niño, ni podrá siquiera sentir el deseo de golpearlo.

Repitámoslo: el golpear a un niño sólo le produce miedo cuando va asociado a una idea moral, a la idea del mal. Si un rapazuelo de la calle me quitara el sombrero de la cabeza tirándome un puñado de barro y yo lo cogiese y le diese una bofetada, el niño consideraría natural mi reacción. No le habría hecho ningún daño al alma del niño. Pero si yo acudiera al director de su escuela y pidiese un castigo para el culpable, el miedo que implicaría el castigo sería una mala cosa para el niño. El asunto se habría convertido inmediatamente en un

asunto de moral y de castigo. El niño sentiría que había cometido un delito.

Fácilmente puede imaginarse la escena subsiguiente. Yo estaría allí con mi sombrero manchado de barro. El director se sienta y mira fijamente al muchacho con ojos malévolos. El niño está de pie con la cabeza baja. Está intimidado por la dignidad de sus acusadores. Al agarrarlo en la calle yo era su igual. Yo no tenía dignidad después de haberseme escapado el sombrero. El muchacho había aprendido una lección necesaria de la vida: la lección de que si tú golpeas a un sujeto éste se encolerizará y te devolverá el golpe.

El castigo no tiene nada que ver con ningún acaloramiento. El castigo es frío y judicial. El castigo es altamente moral. El castigo declara que se impone por completo en bien del culpable. (En el caso de la pena capital, es por el bien de la sociedad.) El castigo es un acto en el que el hombre se identifica con Dios y se sienta para emitir un juicio moral.

Muchos padres viven con la idea de que, puesto que Dios premia y castiga, también ellos deben premiar y castigar a sus hijos. Éstos tratan sinceramente de ser justos, y muchas veces se convencen a sí mismos de que castigan al niño por su propio bien. *Esto me duele más que a ti* no es tanto una mentira como un engaño de sí mismo.

Hay que recordar que la religión y la moral hacen del castigo una institución casi atractiva. Porque el pecado salva la conciencia. —¡Ya he pagado el precio! —dice el pecador.

A la hora de las preguntas en mis conferencias suele ponerse de pie una persona chapada a la antigua y decir: —Mi padre empleaba contra mí su zapatilla, y no lo siento, señor. No sería yo lo que soy ahora, si no me hubiera zurrado. Nunca tuve la temeridad de preguntar: —De paso... ¿qué es exactamente usted hoy?

Decir que el castigo no causa *siempre* daño físico es eludir la cuestión, porque no sabemos qué reacción causará el castigo en el individuo en años posteriores. Muchos exhibicionistas, detenidos por mostrarse indecentemente, son víctimas de un antiguo castigo por hábitos sexuales infantiles.

Si el castigo fuera siempre eficaz, habría algún argumento en su favor. Ciertamente, puede inhibir por miedo, como puede decirnoslo cualquier ex soldado. Si un padre está contento con un niño cuyo espíritu ha sido completamente destrozado por el miedo, entonces, para ese padre el castigo es eficaz.

Nadie puede decir qué proporción de niños castigados quedan

con el espíritu deshecho y castrado para toda la vida, y qué proporción se rebela y se hace aún más antisocial. En cincuenta años de enseñanza en escuelas nunca oí decir a un padre: —He pegado a mi hijo y ahora es un buen muchacho. Por el contrario, oí veintenas de veces la lamentable historia: —Le pegué, razoné con él, lo ayudé de todas las maneras y cada vez se ha hecho peor.

El niño castigado cada vez es peor. Más aún, se convierte a su vez en un padre punitivo o en una madre punitiva, y el ciclo del odio sigue a través de los años.

Muchas veces me he preguntado: “¿Por qué padres que por lo demás son buenos, toleran escuelas crueles para sus hijos?” Esos padres parecen interesarse primordialmente por una buena educación para sus hijos. Lo que olvidan es que un maestro punitivo impondrá el interés, pero el interés que impone radica en el castigo y no en las sumas hechas en el pizarrón. En realidad, la mayoría de nuestros mejores estudiantes en las escuelas y las universidades se hunden después en la mediocridad. Su interés en trabajar bien nacía, en su mayor parte, del acicate paterno, y tenían poco interés verdadero en la materia.

El miedo a los maestros y el miedo a los castigos que infligen no pueden menos de afectar las relaciones entre padre e hijo. Porque simbólicamente, todo adulto es un padre o una madre para el niño. Y cada vez que un maestro castiga, el niño adquiere miedo y odio al adulto que está detrás del símbolo: odio a su padre o a su madre. Ésta es una idea inquietante. Aunque los niños no son conscientes de ese sentimiento, oí decir a un muchacho de trece años: —El director de mi última escuela solía pegarme mucho, y no puedo comprender por qué mi padre y mi madre me tenían en aquella escuela. Sabían que era un bruto cruel, pero no hacían nada.

El castigo que toma la forma de sermoneo es aún más peligroso que los golpes. ¡Qué atroces pueden ser esas prédicas! —¿Pero no *sabías* que estabas haciendo mal? Un movimiento afirmativo de la cabeza entre suspiros. —Di que estás pesaroso de haberlo hecho.

Como preparación de farsantes e hipócritas, el castigo en forma de sermón no tiene rival. Todavía es peor rezar por el alma extraviada del muchacho en su presencia. Eso es imperdonable, porque semejante acto no puede menos de suscitar un hondo sentimiento de culpabilidad en el niño.

Otro tipo de castigo —no corporal, pero igualmente dañino para el desenvolvimiento del niño— es la prohibición constante.

¡Cuántas veces oí a una madre amonestar durante todo el día a su hija de diez años: *No te pongas al sol, querida... No, amor, hoy no puedes ir a la piscina a nadar; te morirías de frío... Querida, haz el favor de apartarte de esa barandilla!* La amonestación no es ciertamente una prueba de amor: es prueba del miedo de la madre que encubre un odio inconsciente.

Deseo que los defensores del castigo pudieran ver y digerir todos la deliciosa película francesa que cuenta la vida de un ladrón. Cuando era niño fue castigado por alguna travesura prohibiéndole comer en la noche del domingo unos hongos venenosos. Después, viendo salir de casa los ataúdes de toda la familia, decidió que no valía la pena ser bueno. Una historia inmoral con una moraleja, que no pueden ver muchos padres punitivos.

#### SOBRE ENSEÑANZA DEL ASEO

Los visitantes de Summerhill deben recibir muchas veces una extraña impresión de nosotros, porque a veces hablamos todos de los retretes. Creo que es absolutamente necesario hacerlo. Creo que *todos* los niños se interesan por las heces.

Se ha escrito tanto sobre el interés del niño por las heces y la orina, que esperaba aprender mucho observando a mi hija cuando era pequeñita. Pero no mostraba ningún interés en absoluto ni ningún disgusto. No sentía el deseo de jugar con los productos de su cuerpo. Pero cuando tenía tres años, una de sus amigas —una niña un año mayor, a la que habían enseñado a ser limpia— le enseñó un juego secreto con excrementos, que se distinguía por el mucho cuchicheo, vergüenza y risitas culpables. Era un juego aburrido y no pudimos hacer nada acerca de él, porque sabíamos que intervenir sería impedirles jugar. Felizmente, Zoe no tardó en cansarse de las monótonas actividades de la otra niña, y acabó el juego de las heces.

Los adultos pocas veces se dan cuenta de que no hay nada repulsivo para un niño en las heces y en los olores. Es la actitud de repulsión del adulto la que hace que el niño se dé cuenta. Recuerdo a una niña de once años que vino a Summerhill: su único interés en la vida eran los retretes. Su delicia era mirar por el ojo de la cerradura. En seguida cambié sus lecciones de geografía por lecciones sobre los retretes, lo que la hizo muy feliz. Al cabo de diez días, hice una observación acerca de los retretes. —No quiero oír hablar de ellos —dijo en tono de aburrimento—. Estoy harta de hablar de retretes.

Otro alumno no podía interesarse en ninguna lección porque estaba preocupadísimo con los excrementos y cosas semejantes. Yo sabía que sólo cuando hubiera agotado ese interés podría interesarse por las matemáticas. Y así fue.

El trabajo del maestro es sencillo: averiguar sobre qué versan los intereses del niño y ayudarlo a abandonarlos. La represión y el silencio no hacen más que encerrar esos intereses en los subterráneos del alma.

—¿Pero ese método suyo no hará a los niños mentalmente sucios? —dirá la señora Moral.

—No, es *vuestro* método el que fija permanentemente el interés en lo que llamáis sucio. Sólo cuando uno se ha librado de un interés está en libertad de tener otro nuevo.

—¿Realmente estimula usted a los niños a hablar de retretes?

—Sí, cuando los creo interesados en ellos. Únicamente en los casos neuróticos duran esas charlas más de una semana.

Uno de esos casos neuróticos ocurrió hace algunos años. Era un niño pequeño que enviaron a nuestra escuela porque se pasaba el día ensuciando sus calzones. Su madre le había pegado a causa de ello, y en el colmo de la desesperación, le había obligado a comerse sus heces. Ya puede imaginarse el problema que teníamos ante nosotros. Resultó que este niño tenía un hermano menor, y las dificultades empezaron con el nacimiento de éste. El niño razonaba: *Me ha quitado el amor de mamá. Si hago lo que él y me mancho los pantalones como él mancha sus pañales, mamá volverá a quererme.*

Le di lecciones individuales destinadas a revelar su verdadero móvil, pero las curaciones rara vez son súbitas y espectaculares. Durante un año aquel niño siguió manchándose los pantalones tres veces al día. Nadie le dijo una sola palabra dura. La señora Corkhill, nuestra niñera, lo limpiaba sin una palabra de reproche. Pero protestó cuando yo empecé a recompensarlo siempre que verdaderamente los manchaba mucho. La recompensa significaba que yo daba mi aprobación a su conducta.

Durante todo aquel tiempo el niño fue un diablillo lleno de odio. No había por qué extrañarse. Tenía sus problemas y conflictos. Pero después de curado se hizo completamente limpio y estuvo tres años con nosotros. Finalmente, llegó a ser un muchacho muy estimable. Su madre se lo llevó de Summerhill fundándose en que quería una escuela en la que *aprendiera* algo. Cuando vino a vernos después de un año en la nueva es-



cuela, era otro niño: insincero, temeroso, desgraciado. Dijo que no perdonaría nunca a su madre el haberle sacado de Summerhill, y no la perdonará nunca. Por caso raro, es el único ejemplo de ensuciarse los pantalones que tuvimos en todos aquellos años. Quizás muchos de esos casos se deban a odio a la madre por negarles su cariño.

Es posible hacer limpio a un niño sin darle un interés fijo y reprimido en sus funciones corporales. Los gatitos y los terneros no parecen tener complejos en relación con los excrementos. En el niño el complejo procede de la forma en que ha sido instruido. Cuando la madre dice *desobediente* o *sucio*, o aun *ya basta*, surge el factor del bien y del mal. La cuestión se convierte en una cuestión *moral*, cuando debiera ser sólo una cuestión *física*.

Así pues, el modo equivocado de tratar a un niño coprófilo es decirle que es un sucio. El modo acertado es permitirle que pierda su interés por los excrementos dándole arcilla o barro. De este modo, sublimará su interés sin represión. Vivirá todo su interés, y al hacerlo así el interés morirá.

Cierta vez, en un artículo de periódico, hablé del derecho del niño a hacer pasteles de barro. Un conocido educador montessoriano replicó en una carta que su experiencia revelaba que un niño quiere hacer pasteles de barro *cuando no se le da algo mejor que hacer* (el subrayado es mío). Pero no hay nada mejor que hacer cuando lo que interesa es el barro. Sin embargo, al niño problema *hay que decirle* lo que tiene que hacer, porque es posible hacer pasteles de barro durante años sin renunciar al interés originario por los excrementos.

Recuerdo a Jim, de ocho años, que hacía fantasías acerca de las heces. Lo animé a hacer pasteles de barro, pero yo le decía constantemente en lo que estaba realmente interesado. De este modo el proceso de curación se aceleró mucho. Yo no le decía directamente: "Estás haciendo esto porque es un sustitutivo de aquello." No hacía más que recordarle el parecido entre las dos cosas. Esto dio resultado. Un niño pequeño, digamos de unos cinco años, no necesita que se le diga nada, porque abandonará fácilmente sus fantasías simplemente haciendo pasteles de barro.

Para un niño los excrementos son un importantísimo objeto de estudio. Toda represión de ese interés es peligrosa y estúpida. Por otra parte, no debe dárseles demasiada importancia a los excrementos, a menos de que el niño se sienta orgulloso de su producción, caso en el cual está en su lugar la admiración.

Si un niño se ensucia accidentalmente, debe tratarse el caso con indiferencia, como algo normal.

La defecación no es sólo una obra de creación para el niño, sino que lo es también para muchos adultos. Con frecuencia los adultos sienten placer y orgullo por el hecho de haber realizado una evacuación voluminosa. Simbólicamente, es algo de gran valor. Un ladrón que defeca sobre la alfombra después de robar la caja de caudales no quiere añadir el insulto al daño. Manifiesta simbólicamente su conciencia de culpabilidad dejando algo de valor que reemplaza a lo que ha robado.

Los animales son inconscientes de sus funciones naturales. Los perros y los gatos que automáticamente cubren su estiércol con tierra ejecutan un acto instintivo que, en tiempos lejanos, debió ser necesario para conservar limpios los alimentos. La actitud moral del hombre hacia su excremento quizá tenga mucho que ver con su antinatural alimentación. El estiércol de los caballos, de las ovejas y de los conejos es materia limpia y de ningún modo repulsiva. El excremento del hombre es repulsivo porque su alimentación es una sucia mezcla de productos artificiales. Algunas veces he pensado que si el excremento humano fuese tan fácil de tocar como el de los animales, los niños tendrían mejores probabilidades de crecer con libertad emocional. El disgusto de los adultos por las heces humanas no puede contribuir sino a representar un papel importante en el desarrollo de la parte negativa y de odio de la psique infantil. Como la naturaleza ha situado los órganos excretorios y sexuales cerca unos de otros, el niño infiere que ambos son sucios. Por lo tanto, la desaprobación paterna del excremento hará seguramente que el niño considere el sexo del mismo modo. La desaprobación del sexo y del excremento forman una misma represión.

Una madre puede no sentir ninguna repugnancia cuando lava los pañales del bebé. Pero tres años después puede mostrar gran disgusto cuando tiene que limpiar un poco de excremento en la alfombra. Toda madre debiera ser muy cuidadosa en el modo de tratar la cuestión de los excrementos, recordando que ninguna cólera emocional se pierde nunca en el niño. Se sumerge y perdura, y se registra en el carácter.

El totalitarismo empezaba, y empieza aún, en el cuarto de los niños. La primera interferencia en la naturaleza del niño es despotismo. Esa primera interferencia afecta siempre a cuestio-



nes de alimentación. Empieza obligando al recién nacido a ayunar y comer de acuerdo con un horario.

La explicación superficial de esto es que la alimentación según horario perturba menos la rutina diaria y la comodidad del adulto. Pero en el fondo, el verdadero motivo es el odio a la vida recién nacida y a sus necesidades. Se advierte esto en la indiferencia y tranquilidad con que ciertas familias oyen a veces los gritos del niño hambriento.

La autonomía personal debiera empezar con el nacimiento, con el primer acto mismo alimenticio. Todo niño tiene el derecho de nacimiento de ser alimentado cuando él quiere. Es fácil para la madre atender a las necesidades del niño cuando lo tiene en casa. Pero en la mayor parte de las maternidades, de los sanatorios el niño es separado de la madre al nacer y colocado en una guardería. A la madre no se le permite amantarlo ni darle un biberón en las primeras veinticuatro horas. ¿Quién puede decir cuánto daño perdurable se le hace al niño?

Actualmente en algunos sanatorios hay habitaciones en que el niño está con su madre y bajo su cuidado personal todo el día mientras permanece allí. Ingresar en una maternidad sin asegurarse primero de esto significa que se acepta el sistema tal como es. Toda madre que desea emplear la autorregulación con su niño debe guardarse de ir a un sanatorio que no tiene habitaciones para madre e hijo juntos, en otras palabras, que no admite la autorregulación para el niño. Es mucho mejor tener al niño en casa que someterlo a semejante crueldad.

El horario de las tomas de alimento, que es hasta ahora el sistema de médicos y niñeras, ha sido atacado tan eficazmente, que muchos profesionales han renunciado a él. Es manifiestamente equivocado y peligroso. Si un niño grita de hambre a las cuatro, pero no se le alimenta hasta la hora que señala el horario, se le somete a una disciplina estúpida, cruel, antivital que causa daños infinitos a su desarrollo corporal y espiritual. *El niño debe alimentarse cuando él quiere alimentarse.* Al principio lo querrá frecuentemente, porque no puede absorber grandes cantidades de una vez.

La costumbre de darle al bebé un biberón de agua por la noche es una mala costumbre. Durante la noche, si tiene hambre, debe ser alimentado como de costumbre. Al cabo de dos o tres meses el niño se regulará por sí mismo para mayores cantidades de alimento, y entre cada toma habrá largos intervalos. A la edad de unos tres o cuatro meses el niño querrá ser alimentado, pongamos por caso, entre diez y once de la noche y

entre cinco y seis de la mañana. Sobre esto no hay, naturalmente, una regla rigurosa y fija.

En todas las maternidades debiera escribirse una verdad fundamental: *No debe permitirse que el niño llore de hambre.* Sus necesidades deben ser atendidas en cada momento.

Con la costumbre del horario, la madre va siempre unos pasos por delante del niño. Como un experto eficaz, sabrá exactamente lo que tendrá que hacer después. Pero estará criando un bebé mecánico, un bebé de molde. Ese bebé dará, desde luego, menos molestias a los adultos, a costa de su propio desarrollo natural. Pero con un bebé que se regula a sí mismo todos los días, todos los minutos significan un descubrimiento nuevo para la madre. Porque entonces la madre está siempre unos pasos *detrás* del niño, y aprendiendo constantemente por observación íntima. Así, si el niño llora media hora después de una buena toma de alimento, la joven madre tendrá que resolver el problema por sí misma, independientemente de lo que digan los mecánicos del horario. ¿Está incómodo? ¿Tiene gases en el estómago que le molestan? ¿O quiere más alimento? ¿Quiere más atención porque se siente solo? La madre debe reaccionar con su amor espontáneo, no con ninguna mala regla sacada de un libro.

Si se le deja a sí mismo, todo niño producirá su propio horario. Esto quiere decir que un bebé tiene capacidad para autorregularse, no sólo cuando se alimenta con leche, sino más tarde, ya con alimentos sólidos.

El chuparse el pulgar en la última infancia, que a veces se prolonga hasta la adolescencia, es el resultado más notorio de la alimentación por horario. El acto tiene dos componentes: el hambre de alimento, y el placer sensual de chupar. Cuando llega la hora de tomar alimento, hay un acceso de placer oral, que se satisface antes que el hambre. Si el niño tiene que gritar y esperar porque el reloj dice que no tiene hambre, ambos componentes llegan a quedar reprimidos.

He visto a una madre en la guardería de una maternidad que, obedeciendo a instrucciones de un médico, se arrancaba al niño del pecho porque ya había mamado los minutos señalados. Creo que no hay manera más eficaz de producir un niño problema.

Es casi increíble que médicos y padres ignorantes se atrevan a interferir en los impulsos y la conducta naturales de un niño, destruyendo la alegría y la espontaneidad con sus absurdas ideas de guiar y modelar. Son gente así las que dan nacimiento a las

enfermedades universales de la humanidad, tanto psíquicas como somáticas. Después, la escuela y la Iglesia continúan el proceso de educación disciplinaria, que es distiplacer y antilibertad.

Una madre escribió sobre su niño que estaba autorregulado: Cuando empezó a tomar alimentos sólidos, se le dejaba, por ejemplo, elegir los que quería y la cantidad que quería. Si rechazaba determinada clase de legumbres, se le daba otra o incluso se le daba el postre. Muchas veces comía la legumbre que había rechazado después de haber tomado el postre. En ocasiones se negaba a comer de todo, señal segura de que no tenía hambre. Después, en la comida siguiente, comía particularmente bien.

Con excesiva frecuencia piensa la madre que sabe mejor que el niño lo que éste necesita. No es exactamente así. Este hecho acerca de la alimentación del niño puede someterse a prueba fácilmente. La madre puede poner sobre la mesa un helado, dulces, pan integral de trigo, tomates, lechuga y otros alimentos, y después dejar al niño en completa libertad de elegir lo que quiera. El niño corriente, si no se interviene, elegirá una dieta equilibrada aproximadamente al cabo de una semana. Entiendo que este hecho también ha sido confirmado por experimentos controlados hechos en los Estados Unidos.

En Summerhill siempre damos, aun a los niños más pequeños, libertad completa para elegir entre el menú diario. Hay siempre tres platos fuertes en que elegir en la comida. Una de las consecuencias es, desde luego, que en Summerhill se desperdicia menos comida que en la mayor parte de las escuelas. Pero no es ése nuestro motivo, porque queremos ahorrar al niño y no la comida.

Cuando los niños se alimentan con una dieta equilibrada, los dulces que compran con su dinero de bolsillo no hacen daño. A los niños les gustan los dulces porque su cuerpo necesita azúcar, y debe dárselos.

Obligar a un niño a comer tocino y huevos cuando odia los huevos y el tocino, es absurdo y cruel. A Zoe siempre se le permitió elegir lo que quería comer. Cuando estaba acatarrada, sólo comía fruta y bebía jugos de frutas sin ninguna indicación por nuestra parte. Nunca había visto yo antes un niño que tuviera tan poco interés por la comida como Zoe. Podía estar sobre su mesa durante días una bolsa de bombones de chocolate sin que la tocara, y el plato más delicioso de la comida o de la cena la dejaba indiferente. Si se sentaba a desayunar y una niña la llamaba desde afuera para que fuese a jugar, dejaba

la comida y no regresaba ni a tocarla. Pero como su estado físico fue siempre excelente, no teníamos por qué preocuparnos.

Naturalmente, la mayor parte de los padres planearán un menú de acuerdo con sus ideas favoritas sobre la dieta. Si son vegetarianos, querrán darle a su hijo platos vegetarianos. Pero he observado a menudo que niños de familias vegetarianas devoran con gran gusto trozos de carne.

Como lego en cuestiones de dietética, soy de opinión que no tiene importancia que un niño coma carne o no. Siempre que su dieta sea equilibrada, su salud probablemente será buena. Nunca oí hablar de diarrea en Summerhill, y rara vez de estreñimiento. Siempre tenemos una buena cantidad de verduras crudas, pero en ocasiones los niños nuevos se niegan a comerlas. Habitualmente, con el correr del tiempo, los alumnos las aceptan y llegan a gustarles. Como quiera que sea, los niños de Summerhill se preocupan muy poco de la cocina, que es como debe ser.

Como la comida proporciona un gran placer a los niños, es demasiado fundamental, demasiado vital, para echarlo a perder con los modales de la mesa. La triste verdad es que los niños de Summerhill que tienen los peores modales en la mesa son los que fueron criados con mucha urbanidad. Cuanto más exigente y rígida es la casa, peores son los modales en la mesa y demás en cuanto se deja al niño en libertad. No hay nada que hacer sino dejar al niño vivir sus tendencias reprimidas hasta que cree sus propias buenas maneras naturales en la adolescencia.

La alimentación es lo más importante en la vida de un niño, mucho más importante que el sexo. El estómago es egocéntrico y egoísta. El egoísmo es propio de la infancia. Un niño de diez años tiene mucho más sentimiento de propiedad acerca de su plato de carnero que el antiguo jefe de tribu tenía sobre sus mujeres. Cuando al niño se le deja en libertad de vivir su egoísmo, como en Summerhill, el egoísmo se va convirtiendo gradualmente en altruismo y en interés natural por los demás.

#### SALUD Y SUEÑO

En los treinta y ocho años de Summerhill, hemos tenido muy pocas enfermedades. Creo que la razón es que estamos del lado del proceso de la vida, porque damos nuestra aprobación a las necesidades de la carne. Ponemos la felicidad por encima de la dieta. Los visitantes de Summerhill por lo general comentan el

buen aspecto de los niños. Creo que es la felicidad la que hace parecer bonitas a nuestras niñas y bien parecidos a nuestros niños.

Comer verduras crudas puede tener un papel importante en la curación de las enfermedades del carácter. Pero todas las verduras del mundo no curarán las enfermedades del alma si se deben a la represión. Un individuo que coma una dieta equilibrada puede estropear a sus hijos a fuerza de moralizar, mientras que un individuo que no sea un neurótico no dañará a su prole. Mi experiencia me lleva a concluir que los niños echados a perder son menos sanos físicamente que los niños libres.

Advertiré de pasada que muchos de nuestros muchachos de Summerhill llegan a alcanzar una talla de más de 1.80 metros, aunque sus padres sean relativamente bajos. Quizás no signifique nada; pero quizás pueda ser que la libertad para crecer en gracia signifique también libertad para crecer en centímetros. Ciertamente, yo vi a los muchachos crecer más rápidamente después de suprimida la prohibición de masturbarse.

Hay después la cuestión del sueño. Me pregunto cuánta verdad contiene el aforismo de los médicos según el cual un niño necesita dormir mucho. Los niños pequeños, sí. Si se le permite a un niño de siete años estar levantado hasta muy tarde, sufrirá en su salud porque muchas veces no puede dormir hasta hora avanzada de la mañana. A algunos niños les disgusta que se les mande acostarse porque creen que van a perder algo.

En una escuela libre, la hora de acostarse es una cuestión endiablada, no con los pequeños tanto como con los mayores. A los jóvenes les gusta trasnochar, y yo simpatizo con eso porque también abomino acostarme temprano.

El trabajo resuelve el problema para la mayor parte de los adultos. Si uno tiene que estar en su trabajo a las ocho de la mañana, tiene que renunciar a la tentación de estar levantado hasta la madrugada.

Pueden compensar la falta de sueño otros factores, tales como la felicidad y la buena alimentación. Los alumnos de Summerhill compensan la falta de sueño los domingos por la mañana, y prefieren perder el almuerzo en caso necesario.

En cuanto al trabajo en relación con la salud, gran parte del trabajo que yo hago tiene un doble motivo. Cavo el patatal, dándome cuenta de que podría utilizar el tiempo más provechosamente escribiendo artículos para periódicos y pagando a un trabajador para que lo cave. Sin embargo, trabajo la tierra porque quiero mantenerme sano, motivo que para mí es más

importante que los dólares de los periódicos. Un amigo que trata en automóviles me dice que soy un loco trabajando con azadón en la era de la mecánica, y yo le contesto que los motores están arruinando la salud de la nación porque nadie anda ni cava en la actualidad. Él y yo somos lo bastante viejos para tener conciencia de los problemas de la salud.

Pero un niño es completamente inconsciente de la salud. Ningún niño cava para conservarse bien. En todo trabajo no tiene más que un motivo: su interés del momento.

La buena salud que disfrutamos en Summerhill se debe a la libertad, a la buena alimentación y al aire libre, en este orden.

#### LA LIMPIEZA Y LAS ROPAS

En materia de limpieza personal, las niñas son por lo general más aseadas que los niños. En Summerhill nuestros muchachos y nuestras muchachas de quince o más años se interesan en su aspecto. Por otra parte, las niñas no son más limpias que los niños en lo que respecta a las habitaciones, es decir, las niñas de hasta catorce años. Visten muñecas, hacen la ropa para el teatro, y dejan el suelo lleno de desperdicios, pero todos son desperdicios creadores.

Rara vez tenemos en Summerhill una niña que no quiera lavarse. Tuvimos una de nueve años de edad y procedente de una casa en que su abuelita tenía un complejo de limpieza y por lo visto lavaba a Mildred diez veces al día. La asistenta vino a decirme un día: —Mildred no se ha lavado durante una semana. No quiere darse un baño y ya empieza a oler. ¿Qué haré?

—Mándamela a mí —le dije.

Mildred vino inmediatamente, con las manos y la cara muy sucias.

—Mira —dije con severidad—, no hagas eso.

—Pero no quiero lavarme —protestó.

—Cállate —dije—. ¿Quién habla de lavarse? Mírate en el espejo. (*Se miró.*) ¿Qué piensas de tu cara?

—No está muy limpia, ¿no es cierto? —dijo sonriéndose.

—Está *demasiado* limpia —dije—. No quiero niñas con la cara limpia en esta escuela. Ahora vete.

Se fue derecha a la carbonera y se untó la cara de tizne. Volvió a mí con aire triunfal.

—¿Está bien así? —preguntó.

Le miré a la cara con la debida seriedad:

—No —dije—. Hay una mancha blanca en esa mejilla.

Aquella noche Mildred se dio un baño; pero no puedo adivinar por qué lo hizo.

Recuerdo el caso de un muchacho de diecisiete años que llegó a nosotros de una escuela particular. Una semana después de haber llegado, se hizo muy amigo de los hombres que llenaban camiones de carbón en la estación, y empezó a ayudarlos a cargar. Tenía la cara y las manos negras cuando llegaba a las horas de las comidas; pero nadie dijo una palabra, nadie se preocupó.

Tardó varias semanas en abandonar su idea de la limpieza en la escuela particular y en su casa. Cuando renunció a cargar carbón, volvió a ser limpio en su persona y en sus ropas, pero con una diferencia: la limpieza era algo que nadie le imponía, y venció su complejo de suciedad.

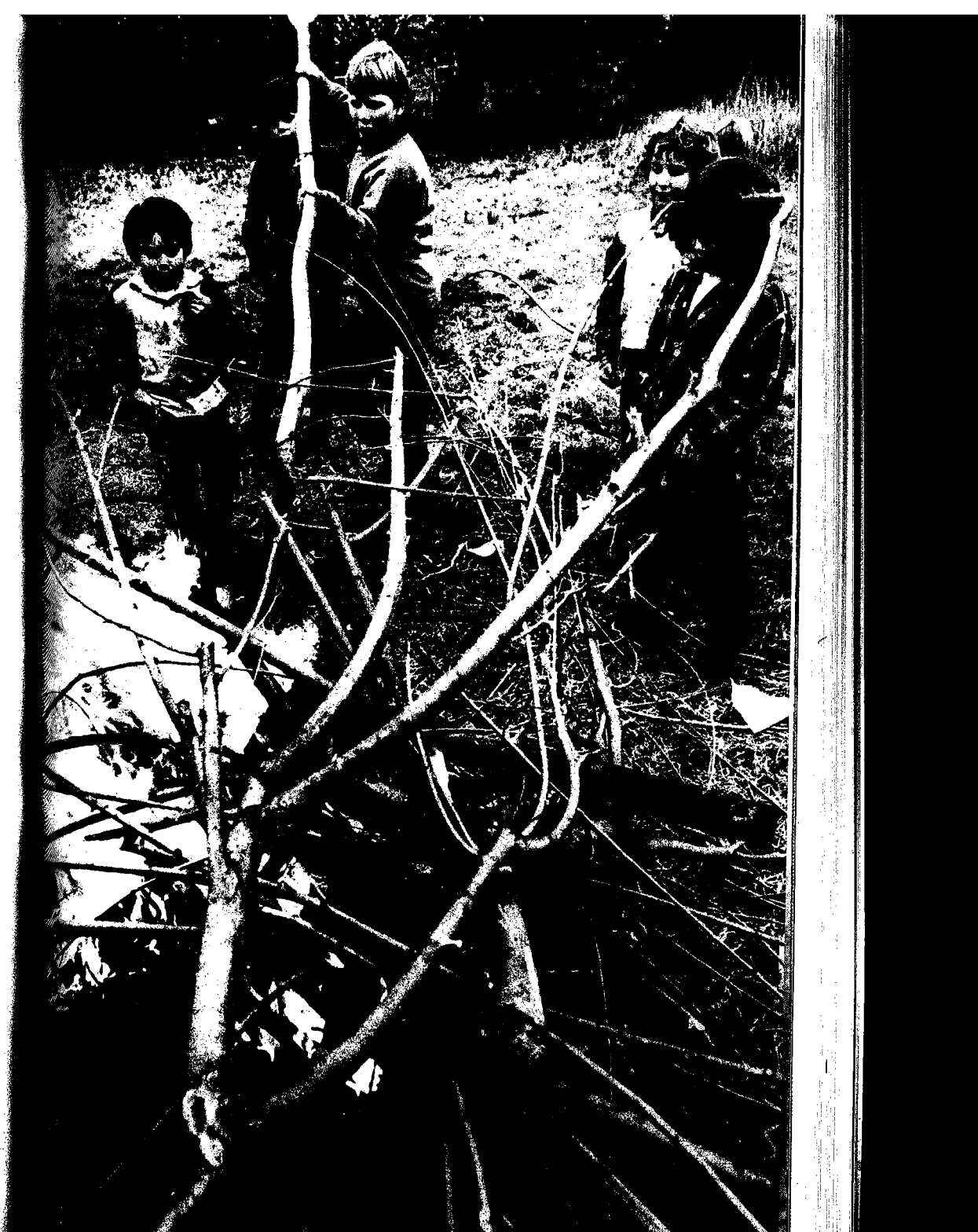
Cuando Willie hace pasteles de barro, su madre se alarma por temor a que sus vecinos critiquen las ropas sucias del niño. En este caso, la exigencia social —lo que la sociedad piensa— debe ceder el paso a la exigencia individual —la alegría de jugar y de hacer.

Con excesiva frecuencia los padres conceden demasiada importancia a la pulcritud. Es una de las siete virtudes capitales. El individuo que se enorgullece de su pulcritud suele ser un hombre de segunda que estima en la vida las cosas de segunda. Las personas pulcras muchas veces tienen el alma más sucia. Digo esto con toda la imparcialidad de un hombre cuyo escritorio parece siempre un montón de papeles como los que se ven en un parque público bajo el rótulo *No tirar basura*.

En mi propia familia, la mayor dificultad de la autonomía personal giró en torno del asunto de la ropa. A Zoe le hubiera gustado andar desnuda todo el día si se le hubiera permitido. Otro padre de una niña autorregulada informó que cuando el día se ponía frío, su hija de dos años entraba automáticamente en la casa y pedía ropas de abrigo. Nosotros no tuvimos esa experiencia. Zoe tiritaba hasta que se le ponían azules la nariz y las mejillas, y entonces hacía resistencia a todos nuestros esfuerzos para hacerla ponerse más ropa.

Los padres valientes quizás digan: "Su propio organismo la guiará. Déjela tiritar, se sentirá muy bien." Pero nosotros no teníamos valor bastante para correr el riesgo de una neumonía, y la obligábamos a ponerse lo que creíamos que debía ponerse.

Los padres tienen que decidir qué ropas deben llevar los niños pequeños. Pero cuando los niños llegan a la adolescencia, debe dejárselos elegir su ropa. Un millón de hijas sufren porque

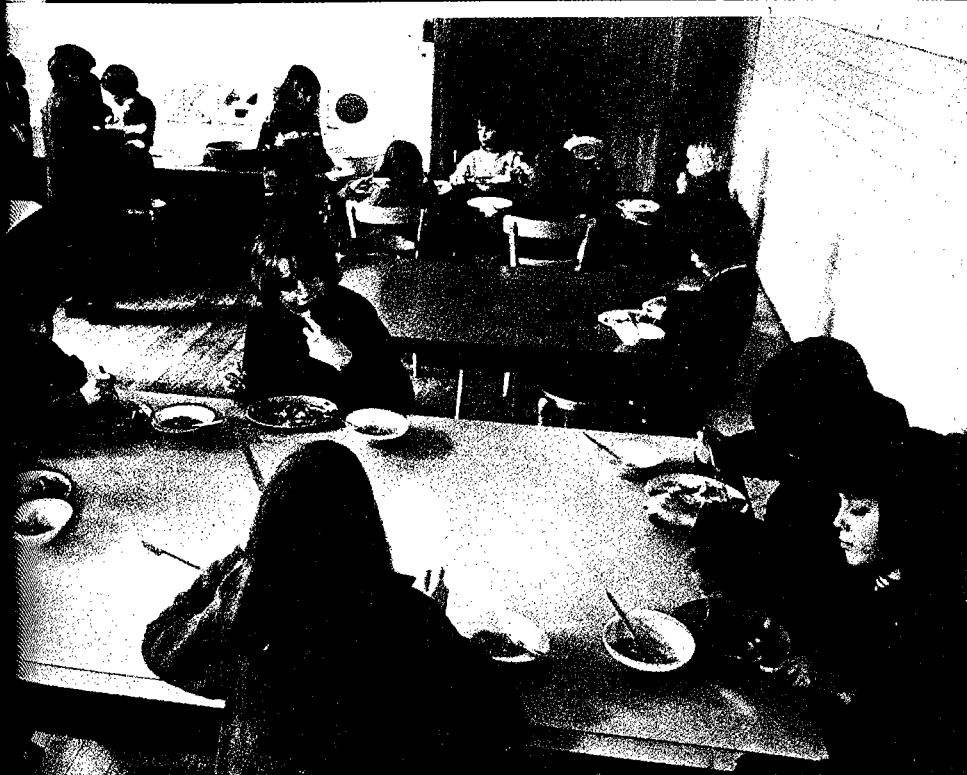






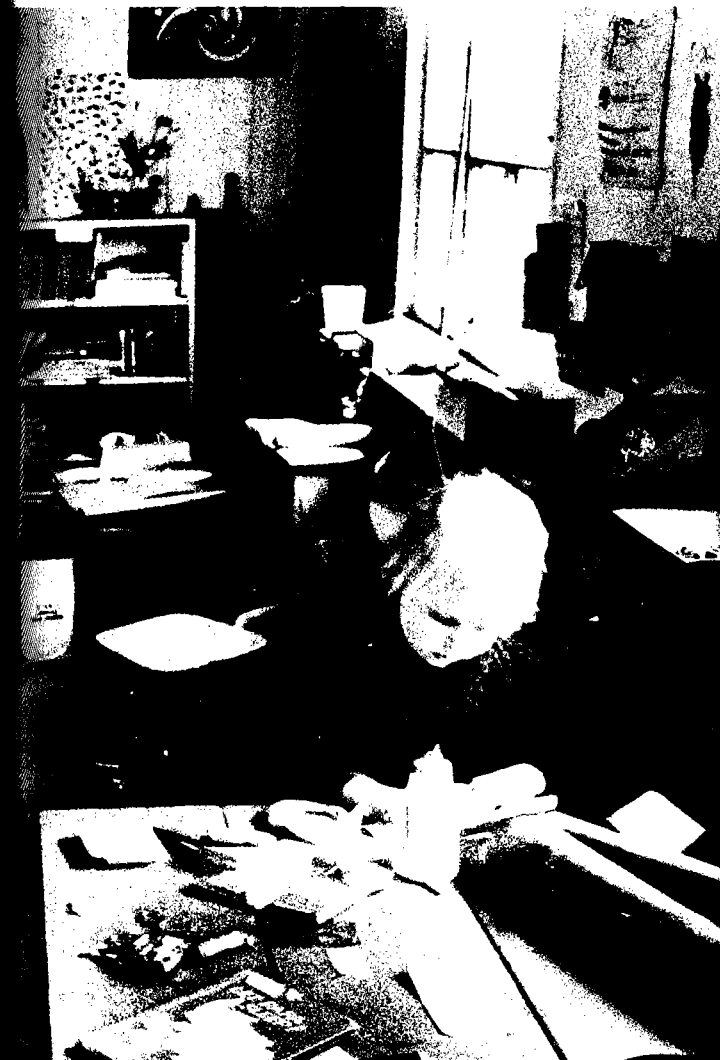








Fotografías  
de John Walmsley.  
Del libro  
*A Man and His Work.*  
Penguin Books, Ltd.







sus madres insisten en elegirles sus ropas. Por regla general, los niños son más fáciles de vestir. Si el padre puede permitírselo, un buen procedimiento es señalar al muchacho o la muchacha una asignación para ropa. Si quieren gastar el dinero en cine o en golosinas, corre de su cuenta.

Lo que es imperdonable es vestir a nuestros niños de un modo que los aparte de sus amigos. Poner a un niño muy crecido pantalones cortos cuando todos sus compañeros de clase los llevan largos, es cruel.

Las hijas deben ser libres de hacer con su pelo lo que quieren: llevarlo largo, corto o en trenzas. Si quieren usar lápiz de labios, ¿por qué no? Personalmente, detesto las baratijas, pero si mi hija piensa de otra manera, no trataré de disuadirla.

Los niños pequeños no tienen un interés innato por las ropas, pero los hijos cuyos padres son neuróticos en lo relativo a las ropas, no tardan en adquirir ellos mismos el complejo. No se atreven a subir a un árbol por miedo a que se les rompan los pantalones.

Los niños normales dejan la ropa dondequiera y en cualquier momento, se quitan un suéter y olvidan dónde lo dejaron. Si doy una vuelta por los terrenos de nuestra escuela una noche de verano, siempre puedo recoger un montón de zapatos y de suéteres.

Los niños que no van a escuelas internados tienen que luchar con las opiniones de los vecinos. Piénsese en los miles de niños que son sacrificados a esa abominación que son las ropas domingueras. Los veis pasear solemnemente con cuellos rígidos y trajes blancos, temerosos de dar patadas a una pelota o de trepar a una puerta. Afortunadamente, esa necedad va muriendo.

En Summerhill un día de calor niños y maestros se sentarán a comer sin camisa. Nadie se fija. Summerhill relega las cosas pequeñas a su lugar propio, tratándolas con indiferencia.

Es principalmente en materia de ropa donde un padre revela su complejo de dinero. Tuvimos en una ocasión en Summerhill un joven ladrón muy malo que se curó después de cuatro años de duro trabajo y de infinita paciencia por parte de los maestros. Aquel muchacho nos dejó a los diecisiete años. Su madre escribió: "Bill llegó a casa. Le faltan dos pares de calcetines. ¿Quiere usted hacer el favor de ver que se nos devuelvan?"

A veces, los padres se muestran celosos de las amas de casa que cuidan a sus hijos en Summerhill. He tenido madres visitantes que han ido directamente al ropero de los niños con un



gran ceño y un "¡Bah, bahl!", insinuando que la asistenta era inadecuada. Una madre así experimenta habitualmente una gran angustia por su hijo, porque la inquietud por la ropa significa siempre una inquietud por los estudios y todo lo demás.

### JUGUETES

Si yo tuviera algún sentido para los negocios, abriría una tienda de juguetes. Todos los cuartos de niños están llenos de juguetes rotos y olvidados. Todo niño de la clase media tiene demasiados juguetes. En realidad, la mayor parte de los juguetes que cuesten más de unos centavos, son un derroche.

En cierta ocasión Zoe recibió un regalo de un antiguo alumno, que era una maravillosa muñeca que andaba y hablaba. Era, evidentemente, un juguete caro. Hacia el mismo tiempo, un alumno nuevo le dio a Zoe un conejito barato. Con la muñeca grande y cara jugó media hora, pero con el conejito barato duró varias semanas. Todas las noches se llevaba consigo a la cama al conejito.

De todos sus juguetes, el único por el cual conservó Zoe el gusto fue Betsy Wetsy, una muñeca que orinaba y que yo le compré cuando tenía dieciocho meses. El dispositivo para orinar no le interesó en absoluto; quizás porque era una impostura puritana, el "agujerito para hacer pipí" lo tenía en la parte estrecha de la espalda. Sólo cuando llegó a los cuatro años y medio dijo Zoe una mañana: "Estoy cansada de Betsy Wetsy y quiero deshacerme de ella."

Hace unos años, ensayé un interrogatorio con los niños mayores. "¿Cuándo te sientes más disgustado con tu hermanito o hermanita?" Prácticamente la respuesta fue la misma en todos los casos: "Cuando me rompe los juguetes."

No debe decirse nunca a un niño cómo funciona un juguete. En realidad no debiera ayudarse nunca a un niño de ningún modo hasta que, o a menos que, no sea capaz de resolver el problema por sí mismo.

Los niños libres parecen contentos de divertirse durante mucho tiempo con sus propios juguetes y juegos. No los rompen como hacen con frecuencia los niños condicionados.

No hay razón para que a un niño en una casa particular o en una buena casa a prueba de ruidos no se le permita jugar con cosas de la cocina cuando no están en uso, tales como tapaderas golpeadas con cucharas de madera a modo de tambores. Probablemente es preferible esto a los juguetes habituales que

se venden en las jugueterías. En realidad, el juguete corriente puede ser un bebé soporífero y silencioso en pesada somnolencia.

Todos los padres tienen la tendencia a comprar demasiados juguetes. El bebé tiende ansiosamente las manos hacia algún chisme —un tractor, una jirafa que mueve la cabeza— y los padres lo compran al punto. Así, la mayor parte de los cuartos de niños están llenos de juguetes en los que el niño no muestra nunca verdadero interés.

Hay demasiado pocos juguetes creadores en el mercado. Hay muchas construcciones de metal y de madera, pero pocos juguetes creadores. Las construcciones son como acertijos de palabras cruzadas o como adivinanzas matemáticas. Puesto que algunas otras personas las han hecho, las soluciones no pueden ser nunca completamente originales. Confieso que yo no pude inventar un juguete creador de ninguna clase, y en este terreno no tengo ninguna indicación que hacer. Pero estoy seguro de que el mundo de los juguetes está esperando un mago que llegue más cerca del corazón del niño que los constructores de juguetes de hoy.

### RUIDO

Los niños son naturalmente ruidosos, y los padres deben aceptar este hecho y aprender a vivir con él. Un niño, si ha de desarrollarse en buena salud, tiene que poder entregarse a una buena cantidad de juego ruidoso.

Desde hace cerca de cuarenta años siempre viví entre el ruido de niños. Por lo general no oigo conscientemente ese ruido. Cosa parecida sería vivir en una fábrica de objetos de latón: uno llega a acostumbrarse al estruendoso golpeteo de los martillos. Y quienes viven en calles de mucho tránsito llegan a no percibir el estruendo del tráfico. Hay una diferencia, y es que el martilleo y el tráfico son ruidos más o menos constantes, mientras que el ruido de los niños es siempre variado y estridente. El ruido puede afectar a nuestros nervios. Tengo que confesar que cuando me mudé del edificio principal para vivir en la casa pequeña hace unos años, la paz nocturna me fue sumamente agradable después de años del ruido de unos cincuenta niños.

El comedor de Summerhill es un lugar ruidoso. Los niños, como los animales, son ruidosos a la hora de las comidas. Sólo invito a comer con nosotros a los visitantes sin complejo de ruido. Mi esposa y yo comemos solos, pero después pasamos unas dos horas todos los días sirviendo a los niños su comida, y necesitamos descansar del ruido. A los maestros no les gusta

mucho el ruido, pero los adolescentes no parecen darse cuenta del ruido de los menores. Y cuando uno de los mayores plantea la cuestión del ruido de los pequeños en el comedor, los pequeños, con toda verdad, objetaron que los mayores podían hacer exactamente tanto ruido como ellos.

La supresión del ruido no es nunca para el niño una represión tan fuerte como la supresión del interés en las funciones corporales. Al ruido nunca se le llama *sucio*. El tono de voz que adopta el padre cuando grita: "¡No alborotes!", es una expresión franca y sincera de impaciencia. El tono de la madre cuando dice: "¡Puf! ¡Sucio!", es un tono moral de repugnancia.

En Summerhill algunos niños juegan todo el día, especialmente cuando brilla el sol. Por lo general su juego es ruidoso. En la mayoría de las escuelas se suprime el ruido, lo mismo que el juego. Uno de nuestros antiguos alumnos, que fue a una universidad escocesa, nos dijo: —Los estudiantes allá hacen en clase un ruido infernal, que llega a hacerse pesado; mientras que nosotros, en Summerhill, pasamos por esa etapa cuando teníamos diez años.

Recuerdo un incidente de la gran novela *The House with the Green Shutters* en el que los estudiantes de la Universidad de Edimburgo, con los pies, tocaban *John Brown's Body*, para interrumpir y molestar a un mal conferenciante. El ruido y el juego van juntos, pero lo mejor es que vayan juntos entre los siete y los catorce años.

#### MODALES

Tener buenos modales significa pensar en los demás, no: sentir por los demás. Se debe tener conciencia de grupo, tener el don de sentirse en la piel de otro. Las buenas maneras prohíben herir a nadie. Tener buenos modales es tener verdadero buen gusto. Los modales no pueden enseñarse, ya que pertenecen al inconsciente.

Por otra parte, la etiqueta sí puede enseñarse, ya que pertenece al campo de lo consciente. Es lo aparente de los buenos modales. La etiqueta permite a uno hablar durante un concierto; la etiqueta permite el chismorreó y el escándalo. La etiqueta nos exige vestirnos con determinadas prendas para comer, levantarnos cuando una señora se acerca a nuestra mesa, decir "perdóneme" cuando nos levantamos de la mesa. Todo esto es conducta consciente, exterior, vacía.

Las malas maneras nacen siempre de una psique perturbada. La difamación, el escándalo, la murmuración y el chismorreó

son todos defectos subjetivos. Revelan el odio del yo. Demuestran que el escandaloso es desgraciado. Si podemos llevar a los niños a un mundo en el que sean felices, los libraremos automáticamente de todo deseo de odiar. En otras palabras, esos niños tendrán buenos modales en el sentido más profundo; es decir, mostrarán bondad y amor.

Si los niños comen guisantes con el cuchillo, esos mismos niños no molestarán necesariamente hablando mientras tocan una sinfonía de Beethoven. Si pasan al lado de la señora Brown sin quitarse la gorra, esos mismos niños no contarán necesariamente que a la señora Brown le gusta el coñac.

En una ocasión, mientras daba una conferencia, un anciano se puso en pie y lamentó las malas maneras de los niños de hoy. —Pues sí —dijo acaloradamente—, el sábado pasado paseaba yo por el parque, y pasaron por allí dos niños pequeños. "Hola, hombre", dijo uno de ellos.

Yo le contesté: —¿Qué hay de malo en "hola, hombre"? ¿Le hubiera gustado más que le hubieran dicho "hola, caballero"? La verdad es que usted se sintió injuriado. Su sentido de la dignidad fue ofendido. Usted quiere en los niños servilismo, no buenas maneras.

Esto puede aplicarse a muchos adultos. Es puro orgullo. Es tratar a los niños como si fuesen vasallos en un régimen feudal. Es egoísmo, un tipo de egoísmo que tiene mucha menos justificación que el egoísmo de los niños. Los niños *tienen* que ser egoístas, pero un adulto debe limitar su egoísmo a las cosas, y no a las personas.

Veó que los niños se corrigen unos a otros. Uno de mis alumnos comía haciendo mucho ruido hasta que los otros empezaron a burlarse de él. Por otra parte, cuando un pequeño empleó su cuchillo para comer carne picada, los demás se inclinaron a considerarlo un buen procedimiento. Se preguntaron unos a otros por qué no habían de comer con cuchillo. La réplica de que podían cortarse la boca fue rechazada fundándose en que la mayor parte de los cuchillos están tan desafilados que no cortan nada.

Los niños deben tener libertad para discutir las reglas de la etiqueta, porque comer guisantes con el cuchillo es un asunto personal. No deben tener libertad para discutir las que pueden llamarse *maneras sociales*. Si un niño entra en nuestra clase de dibujo con las botas llenas de barro, lo reñimos, porque la clase de dibujo pertenece a los adultos, y los adultos tienen derecho a decidir qué y quién puede entrar y qué y quién no.

Un niño se condujo descaradamente con nuestro carnicero, y en una asamblea general de la escuela dije a los alumnos que el carnicero me había dado la queja. Pero creo que hubiera sido mejor si el carnicero le hubiera jalado las orejas al niño. Lo que la gente suele llamar modales no merecen enseñarse. En el mejor caso, son supervivencias de costumbres. Quitarse el sombrero en presencia de las señoras es una costumbre vacía. Cuando era muchacho, me descubría ante la esposa del pastor, pero no ante mi madre y mis hermanas. Supongo que me daba cuenta vagamente de que no tenía que fingir delante de ellas. Y aun costumbres como la de quitarse el sombrero son inofensivas, en el peor caso. El niño se someterá a la costumbre después. Pero a los diez años de edad, no se muestra en él nada que se parezca a la vergüenza.

Los modales no debieran enseñarse nunca. Si un niño de siete años quiere comer con los dedos, debe tener libertad para hacerlo. A ningún niño se le debe ordenar que se conduzca de cierta manera, para tener la aprobación de tía María. Sacrifíquense todos los parentescos y vecindades del mundo antes que echar a perder un niño para toda la vida haciéndole portarse insinceramente. Los modales vienen por sí solos. Los antiguos summerhilleses tienen excelentes modales, aunque algunos de ellos lamían sus platos cuando tenían doce años. A ningún niño se le debe obligar, ni siquiera estimular, a decir "muchas gracias".

La mayor parte de las personas, sean padres o no, se quedarían sorprendidas de la falta de fondo de los modales entre los niños y las niñas que llegan a Summerhill con el carácter moldeado. Los niños llegan con modales exquisitos, y no tardan en abandonarlos por completo, al darse cuenta sin duda alguna de que su insinceridad está fuera de lugar en Summerhill. El abandono gradual de la insinceridad en la voz, en los modales y en la conducta, es la norma. Los alumnos procedentes de escuelas particulares tardan más en abandonar su insinceridad y su insolencia. Los niños libres nunca son isolentes.

Para mí, el respeto al maestro de escuela es una mentira artificiosa, que requiere insinceridad. Cuando una persona verdaderamente infunde respeto, lo hace sin darse cuenta. Mis alumnos pueden llamarme asno tonto siempre que quieren; me respetan porque yo respeto sus jóvenes vidas, no porque yo sea el director de la escuela ni porque yo esté en un pedestal como un dios de hojalata en actitud grave. Mis alumnos y yo nos tenemos respeto mutuo porque nos aprobamos mutuamente.

Una madre curiosa me preguntó en una ocasión: —Pero si traigo aquí a mi hijo, ¿no se portará como un bárbaro cuando vaya a casa en las vacaciones?

Mi contestación fue: —Sí, si usted ya ha hecho un bárbaro de él.

Es verdad que el niño malcriado que viene a Summerhill va a casa como un bárbaro por lo menos durante el primer año. Si ha sido educado con buenos modales, volverá a la barbarie a cada momento. Lo cual sólo demuestra qué poco ahondan en el niño los modales artificiales.

Los modales artificiales son la primera capa del revestimiento hipócrita que se caerá en un régimen de libertad. Los niños nuevos por lo general tienen modales maravillosos, es decir, se portan insinceramente. En Summerhill, con el tiempo, llegan a tener buenos modales, verdaderos buenos modales, porque en Summerhill no pedimos en absoluto buenas maneras, ni siquiera un "muchas gracias" o un "haga el favor". Sin embargo, una y otra vez dicen los visitantes: —¡Pero si sus modales son deliciosos!

Pedro, que estuvo con nosotros desde los ocho años hasta los diecinueve, fue a Suráfrica. Sus huéspedes escribieron: "Aquí todo el mundo está encantado de sus buenas maneras." Pero yo no recordaba en absoluto si había tenido buenas maneras o no mientras estuvo en Summerhill.

Summerhill es una sociedad sin clases. La riqueza y la posición del padre de uno no cuentan para nada. Lo que cuenta es la personalidad propia. Y lo que más cuenta es la sociabilidad de uno, esto es, que sea un buen miembro de la comunidad. Nuestras buenas maneras nacen de nuestro gobierno autónomo; cada uno está constantemente obligado a tener en cuenta los puntos de vista de los demás. Es inconcebible que un niño de Summerhill se burle de un tartamudo o haga mofa de un cojo; pero los muchachos de las escuelas preparatorias a veces hacen las dos cosas. Los muchachos que dicen "haga el favor", o "muchas gracias", o "usted perdóne, señor", pueden tener por los demás muy poco interés verdadero.

Los modales son asunto de insinceridad. Cuando Jack, después de salir de Summerhill, fue a una fábrica, se encontró con que el individuo que distribuía tuercas y pernos estaba siempre de mal humor. Jack pensó sobre ello y llegó a la conclusión de que la causa era ésta: los hombres acudían a Bill y le gritaban: —¡Eh, Bill, vengan unas cuantas tuercas Whitworth de media pulgada! Pero Bill llevaba chaqueta y cuello duro, y



Jack dedujo que debía considerarse un poco por encima de los ordinarios mecánicos que llevaban "mono", y que su mal humor se debía a que no lo trataban con el respeto que creía merecer. Así, cuando Jack necesitaba pernos o tuercas iba a Bill y decía: —Dispéñseme, señor Brown, necesito tuercas y pernos.

Jack me dijo: —No era servilismo por mi parte. Era hacer uso de la psicología. Me daba lástima aquel tipo.

—¿Y cuál fue el resultado? —le pregunté.

—¡Oh —dijo Jack—, soy el único de la fábrica con quien es cortés!

Llamo a éste un ejemplo excelente de las maneras que la vida en comunidad da a los muchachos: pensar en los demás y sentir por ellos.

Nunca advertí malas maneras entre los niños pequeños, sin duda porque nunca me preocuparon. Pero no vi nunca a un niño pasar corriendo entre dos visitantes que estuviesen hablando. Los niños entran siempre en mi despacho sin llamar, pero si tengo visitantes se retiran tranquilamente y a veces dicen: "Lo siento."

Un buen cumplido a sus modales lo hizo recientemente un agente de ventas. Me dijo: —He venido aquí con automóviles durante los tres últimos años, y ni una sola vez rasguñó un niño un guardabarros ni intentó meterse en un auto. Y ésta es la escuela donde se dice que los niños se pasan el día rompiendo cristales.

Ya he mencionado la actitud amistosa de los niños de Summerhill para los visitantes. Esa amistosidad puede calificarse de buenas maneras, porque no oí nunca ni al visitante más antagónico quejarse de haberlo molestado de alguna manera un alumno que llevase seis meses en la escuela.

Nuestras representaciones teatrales se distinguen siempre por las buenas maneras del auditorio. Hasta una mala actuación o una mala comedia son más o menos aplaudidas —menos, naturalmente—, pero la sensación general es que el autor o el dramaturgo hicieron todo lo que pudieron, y que no deben ser censurados ni despreciados.

La cuestión de los modales es un verdadero espantajo para algunos padres. Llegó a Summerhill un niño de diez años de una buena familia. Llamaba a la puerta de la sala de dibujo antes de entrar, y siempre la cerraba al irse. Dije yo: —Eso durará una semana.

Me equivoqué. No duró más que dos días.

Desde luego, yo le grito a un niño: "Cierra la puerta", no porque intente educar sus maneras, sino porque no quiero tener que levantarme e ir a cerrarla yo mismo. Los modales son un concepto adulto. Los niños, lo mismo si son hijos de un profesor que de un portero, no tienen ningún interés por los modales.

El progreso de la civilización consiste en librar al mundo de vergüenzas y de apariencias. Debemos dejar libres a nuestros hijos para que den un paso más en el camino de nuestra civilización sobredorada. Librando al mundo de miedos y de odios, contribuimos a hacer avanzar la nueva civilización de buenas maneras.

#### DINERO

Para la mayor parte de los niños el dinero tiene un simbolismo amoroso: el tío Bill me dio veinticinco centavos, y la tía Margarita me dio un dólar; por consiguiente, la tía me quiere más que el tío Bill. Los padres saben esto inconscientemente, y con excesiva frecuencia estropean al niño dándole demasiado. Como compensación, el niño no amado recibe con gran frecuencia el donativo más cuantioso.

Ninguno de nosotros puede escapar a la valoración del dinero en la vida. Se nos impone en todas partes. Nos sentamos en la platea o nos sentamos en la galería. Nuestros hijos van a campamentos particulares o pasan el verano en los parques de la ciudad. Los valores del dinero son un peligro para todos.

Una madre gritará, medio en broma: "No vendería a mi niño por todo el oro del mundo", y cinco minutos después azotará al niño por haber roto una taza de diez centavos. Es el valor del dinero lo que está en la raíz de tanta disciplina doméstica. No toques *eso*, porque *eso* costó dinero.

Con demasiada frecuencia se pesan los niños en dinero, pero sólo los niños, no los adultos. Mi madre solía azotarnos si rompíamos un plato; pero cuando lo rompía mi padre, era un accidente.

Los padres transmiten a sus hijos una gran angustia acerca del dinero. Muchísimas veces he oído a un niño gritar consternado: —Se me cayó el reloj y se ha roto. ¿Qué dirá mamá? Tengo miedo de decírselo.

De vez en cuando se ve el mecanismo opuesto. Yo he visto a un niño o a una niña romper cosas intencionadamente como reacción de odio contra el hogar: —Haré que mis padres paguen el no quererme. ¿No se enfurecerán cuando Neill les envíe la cuenta?



Algunos padres de los alumnos de Summerhill envían a sus hijos demasiado dinero, y otros demasiado poco. Esto ha sido un problema para mí, problema que no puedo resolver. Los alumnos de Summerhill reciben todos los lunes tantas monedas de dos centavos como años tienen, en concepto de dinero de bolsillo; pero unos reciben dinero extra por correo, mientras que otros reciben poco o nada.

Más de una vez propuse en las asambleas generales de la escuela reunir todo el dinero de bolsillo, diciendo que es injusto que un niño reciba cinco dólares a la semana mientras que otro no recibe más que veinticinco centavos. A pesar de que los alumnos con grandes ingresos sean siempre una minoría muy reducida, nunca vi aprobada mi propuesta en votación general. Los niños con diez centavos a la semana defenderán calurosamente cualquier propuesta para limitar los ingresos de sus compañeros más ricos.

Vale más darle a un niño muy poco que demasiado. El padre que da a un niño de once años un billete de cinco dólares peca de imprudencia, a menos que el regalo tenga una finalidad especial, como comprar una lámpara para la bicicleta. Demasiado dinero corrompe los valores del niño. El niño comprará una bicicleta hermosa y cara a la que no cuidará nada, o un aparato de radio, o un juguete caro sin ningún valor creador.

Demasiado dinero es un obstáculo para la vida de fantasía de un niño. Darle a un niño un barco de veinte dólares le roba todo el placer creador de hacer un barco con un trozo de madera. Una niña pequeña muchas veces estima la muñeca de trapo que ella hizo y desprecia la muñeca comercial complicada, cara, bien vestida y que duerme y habla.

He notado que los niños pequeños no valoran el dinero. Nuestras pequeñas de cinco años dejan caer y a veces tiran sus peniques. Esto indica que es erróneo enseñar a los niños a ahorrar. El banco de ahorros le pide demasiado al niño. Le dice: "Piensa en el mañana", en un momento en que sólo el hoy le interesa. Para un niño de siete años no significa nada tener veintisiete dólares en el banco, en especial si sospecha que sus padres los sacarán cualquier día para comprarle algo que él no desea.

#### HUMOR

Hay demasiado poco humor en nuestras escuelas y desde luego en nuestras revistas educativas. Sé que el humor puede tener sus peligros, y que algunos individuos emplean el humor para

encubrir cosas más serias de la vida, porque es muy fácil reírse de algo en vez de hacerle frente. Los niños no usan el humor para esos fines. Para ellos el humor y la broma significan amistad y camaradería. Los maestros severos, al darse cuenta de esto, destierran el humor de sus aulas.

Surge la siguiente pregunta: *¿Puede un maestro severo tener algún sentido del humor?* Lo dudo. Encuentro en mi propio trabajo diario que uso el humor durante todo el día. Bromeo con los niños, pero todos saben que soy sumamente serio cuando se presenta la ocasión.

Sea uno padre o maestro, para tratar exitosamente con niños debe entender sus ideas y sentimientos. Y debe tener el sentido del humor, del humor *infantil*. Ser humorístico con un niño le da la sensación de que se le quiere. Pero el humor no debe ser nunca cortante ni crítico.

Es una delicia observar cómo se desarrolla el sentido del humor de un niño. Llamémoslo broma mejor que humor, porque el niño tiene el sentido de la broma antes de que aparezca el humor. David Barton nació prácticamente en Summerhill. Cuando tenía tres años le dije: —Soy un visitante y quiero ver a Neill. ¿Dónde está?

David me miró desdeñosamente: —No te hagas tonto, eres tú. Cuando tenía siete años un día lo detuve en el jardín.

—Dile a David Barton que quiero verlo —dije solemnemente—. Creo que está cerca de la casita.

David sonrió comprensivamente.

—Con mucho gusto —replicó, y se fue hacia la casita. Volvió a los dos minutos.

—Dice que no quiere venir —dijo con una sonrisa socarrona.

—¿Dio alguna razón?

—Sí, dijo que estaba dando de comer a su tigre.

David llegó a comprender estas bufonadas a los siete años de edad. Pero cuando le dije a Raymond, que tenía nueve años, que se le había multado con todo su dinero de bolsillo por haber robado la puerta de entrada, lloró, y me di cuenta de que había hecho un disparate. Dos años después comprendía mis bromas.

Sally, de tres años, trata de sofocar la risa cuando la encuentro en la carretera que va a la población y le pregunto el camino para Summerhill; pero las niñas de siete y ocho años reaccionan indicándome la dirección contraria.

Cuando tengo visitantes, suelo presentar a los niños de la casa pequeña como "los cerditos", y ellos gruñen adecuadamente. En una ocasión la cosa resultó desconcertante cuando, al presentarlos como "los cerditos", una niña de ocho años dijo altaneramente: "¿No resulta ya un poco vieja esa broma ahora?" Tuve que admitir que lo era.

Las niñas tienen tanto sentido del humor como los niños, pero rara vez lo emplean para protegerse, como hacen los niños. Algunos niños se defienden con buen éxito de esa manera. Vi a David sometido a juicio por algún acto antisocial. Hizo su defensa riéndose, y se ganó con ello la estimación del bando y logró que se le impusiera sólo un pequeño castigo. Una niña, siempre demasiado dispuesta a sentirse culpable, nunca hace eso. Aun en los hogares más ilustrados, las niñas sufren a causa de la inferioridad general que nuestra sociedad impone a las mujeres.

No hay que tratar nunca a un niño con humor en un momento inoportuno ni atacar su dignidad. Si tiene un verdadero motivo de queja, hay que tomarlo en serio. Bromear con un niño que tiene una temperatura de 39° C. es un error. Pero cuando está convaleciente, uno puede fingirse el médico o hasta el empresario de pompas fúnebres, y seguirá la broma. Quizá a los niños les gusta que se les trate con humor, porque el humor implica cordialidad y risa. Hasta los mayores que dicen agudezas no las suelen emplear en forma mordaz. Gran parte del éxito de Summerhill se debe a su sentido del humor.

### III. EL SEXO

#### ACTITUDES SEXUALES

No he tenido nunca un alumno que no haya traído a Summerhill una actitud morbosa hacia el sexo y las funciones corporales. Los niños de padres modernos a quienes se les dijo la verdad acerca del origen de los niños tienen hacia el sexo una actitud muy parecida a la de los niños de fanáticos religiosos. Encontrar una orientación nueva en las cosas del sexo es la tarea más difícil para el padre y para el maestro.

Sabemos tan poco de las causas del tabú sobre el sexo, que sólo podemos aventurar conjeturas acerca de su origen. No me interesa de un modo inmediato por qué haya un tabú sobre el sexo. Que *hay* un tabú del sexo es de gran interés para un hombre a quien se confía la curación de niños reprimidos.

Los adultos fuimos corrompidos en la infancia; no podemos nunca sentirnos libres en materias sexuales. *Conscientemente*, podemos ser libres; hasta podemos pertenecer a una sociedad para la educación sexual de los niños. Pero temo que *inconscientemente* sigamos siendo en gran medida lo que hizo de nosotros el condicionamiento durante la infancia.

Estoy totalmente dispuesto a creer que mi actitud inconsciente hacia el sexo es la actitud calvinista que una aldea escocesa me impuso en los primeros años de la vida. Posiblemente no haya salvación para los adultos; pero hay muchas probabilidades de salvación para los niños, si no les imponemos las horribles ideas sobre el sexo que nos impusieron a nosotros.

El niño aprende en edad muy temprana de la vida que el pecado sexual es el gran pecado. Los padres invariablemente castigan con la mayor severidad una falta contra la moral del sexo. Las mismas personas que se quejan contra Freud porque "ve el sexo en todas partes", son las que cuentan, escuchan y celebran los relatos de ese tipo. Todo el que ha estado en el ejército sabe que el lenguaje del ejército es un lenguaje sexual. A casi todo el mundo le gusta leer las picantes informaciones de casos de divorcio y de delitos sexuales en los periódicos de los domingos, y la mayor parte de los hombres cuentan a sus mujeres las historias que han oído en los clubes y en los bares.

Ahora bien, nuestro gusto por los cuentos sexuales se debe enteramente a nuestra insana educación en la materia. El pi-

cante interés sexual se debe a las represiones. El cuento, como dice Freud, suelta al gato de la talega. La reprobación del adulto hacia el interés sexual del niño es hipócrita y farsante; la reprobación es una proyección, un modo de arrojar la culpa sobre otros. Los padres castigan severamente las faltas sexuales porque están vital, aunque insanamente, interesados en las faltas sexuales.

¿Por qué es tan popular la crucifixión de la carne? Las personas religiosas creen que la carne arrastra a uno hacia abajo. Al cuerpo se le llama vil; nos tienta al mal. Es este odio al cuerpo el que convierte la charla sobre el nacimiento de los niños en asunto para los rincones escondidos de la sala de clase y que convierte toda conversación cortés en encubridora de los sencillos hechos cotidianos de la vida.

Para Freud el sexo es la mayor fuerza de la conducta humana, y todo observador honrado tiene que convenir en ello. Pero la instrucción moral ha dado excesiva importancia al sexo. La primera corrección que hace una madre cuando el niño se toca el órgano sexual, convierte el sexo en la cosa más fascinadora y misteriosa del mundo. Prohibir una fruta es hacerla más deleitosa y tentadora.

El tabú sexual es el mal radical en la represión de los niños. No restrinjo la palabra *sexo* a los genitales. Es probable que el niño de pecho se sienta desgraciado si la madre desapruueba cualquier parte de su cuerpo, o contraría el placer que halla en su propio cuerpo.

El sexo es la base de todas las actitudes negativas hacia la vida. Los niños que no tienen culpabilidad sexual no piden nunca ni religión, ni misticismo de ninguna clase. Puesto que se considera el sexo como el gran pecado, los niños bastante libres del miedo al sexo y de la vergüenza del sexo no buscan ningún Dios a quien puedan pedir perdón y gracia, porque no se sienten culpables.

Cuando yo tenía seis años mi hermana y yo descubrimos los genitales de uno y otro, y jugábamos con ellos del modo más natural. Averiguado esto por nuestra madre, fuimos severamente azotados, y a mí me encerraron durante unas cuantas horas en una habitación oscura. Después me hicieron ponerme de rodillas y pedirle perdón a Dios.

Me costó decenios vencer ese primer choque, y en realidad me pregunto a veces si llegué a librarme completamente de él.

¿Cuántos de los adultos de hoy han tenido una experiencia análoga? ¿Cuántos niños de hoy tienen convertido todo su amor

natural a la vida en odio y agresión a causa de ese tratamiento? Se les dice que tocarse los genitales es malo y pecaminoso y que la evacuación natural del vientre es repugnante.

Todo niño que sufre a causa de la represión sexual tiene el vientre como una tabla. Observad la respiración de un niño reprimido y observad después la bella gracia con que respira un gatito. Ningún animal tiene el estómago rígido ni tiene la menor conciencia del sexo ni de la defecación.

En su conocido libro *Character Analysis*, Wilhelm Reich advirtió que una enseñanza moralizadora no sólo desvía el proceso de pensar, sino que actúa estructuralmente en el cuerpo, acorazándolo literalmente con la rigidez de la postura y la contracción de la pelvis. Estoy de acuerdo con Reich. He observado, en muchos años de tratar con diversidad de niños en Summerhill, que cuando el miedo no ha dado rigidez a la musculatura, el joven anda, corre, salta y juega con gracia maravillosa.

¿Qué podemos hacer, entonces, para evitar la represión sexual en los niños? Bueno, entre otras cosas, desde el primer momento el niño debe tener libertad completa para tocarse cualquier parte del cuerpo.

Un psicólogo amigo mío tuvo que decirle a su hijo de cuatro años: —Bob, no debes jugar con tu "pitito" cuando estés fuera, entre gente desconocida, porque lo creen malo. Hazlo sólo en casa y en el jardín.

Mi amigo y yo hablamos sobre ello y estuvimos de acuerdo en que es imposible guardar al niño contra los odiadores del sexo, que son antivida. El único consuelo es que cuando los padres creen con toda sinceridad en la vida, el niño aceptará las normas paternas y rechazará la gazmoñería de los extraños. Pero de todos modos, el mero hecho de que un niño de cinco años aprenda que no puede bañarse en el mar sin pantalones ya basta para formar algún tipo —aunque sólo sea un tipo poco importante— de desconfianza hacia el sexo.

Actualmente hay muchos padres que no ponen trabas a la masturbación. Creen que es natural y conocen los peligros de reprimirla. Muy bien. Excelente.

Pero algunos de esos padres inteligentes se resisten a dar el paso siguiente. No se preocupan de que sus hijos jueguen con otros niños con los órganos sexuales, pero se alarman si un pequeño y una pequeña practican esos juegos.

Si mi buena y bien intencionada madre hubiera ignorado los juegos sexuales entre mi hermana, un año más joven, y yo,

nuestras probabilidades de crecer con una actitud sana hacia el sexo hubieran sido buenas.

Me pregunto cuánta impotencia y frigidez en los adultos datan de la primera intervención en una relación heterosexual de la primera infancia. Me pregunto cuánta homosexualidad data de la tolerancia de los juegos homosexuales y de la prohibición de los juegos heterosexuales.

Los juegos heterosexuales en la infancia son el camino real, creo yo, hacia una vida sexual adulta sana y equilibrada. Cuando los niños no reciben enseñanzas moralizadoras sobre el sexo, llegan a una adolescencia sana, no a una adolescencia de promiscuidad.

No conozco argumento contra la vida amorosa de la juventud que sea válido. Casi todos se basan en la emoción reprimida o en el odio a la vida: el religioso, el moral, el de conveniencia, el arbitrario, el pornográfico. Nadie da contestación al porqué la naturaleza le dio al hombre un poderoso instinto sexual si hay que prohibir a la juventud que lo use, a menos que los ancianos de la sociedad lo aprueben. Algunos de esos ancianos tienen acciones de compañías que hacen films llenos de motivos sexuales, o de compañías que venden toda clase de cosméticos destinados a hacer a las muchachas más atractivas para los muchachos, o de compañías que publican revistas que hacen de las ilustraciones y de los cuentos sádicos un imán para sus lectores.

Sé que la vida sexual adolescente no es práctica en la actualidad; pero opino que es el camino directo para la salud de mañana. Puedo *escribir* esto, pero si yo permitiera en Summerhill que mis alumnos adolescentes durmiesen juntos, mi escuela sería suprimida por las autoridades. Pienso en un mañana lejano en que la sociedad se dará cuenta de lo peligrosa que es la represión.

No espero que todos los alumnos de Summerhill se salven de la neurosis, porque ¿quién puede estar libre de complejos hoy en la sociedad? Pero sí espero que en generaciones futuras este comienzo de liberación de los tabús sexuales artificiales acabe por formar un mundo de amor a la vida.

El invento de anticonceptivos tiene a la larga que conducir a una nueva moral sexual, teniendo en cuenta que el miedo a las consecuencias es quizá su factor más poderoso. Para ser libre, el amor debe sentirse seguro.

Hoy la juventud tiene pocas oportunidades de amar en el verdadero sentido. Los padres no permitirán que los hijos o las hijas vivan en el pecado, como ellos dicen, de suerte que los

jóvenes amantes tienen que buscar bosques húmedos, o parques, o automóviles. Así, todo se convierte en una carga pesada para nuestros jóvenes. Las circunstancias lo obligan a convertir lo que debiera ser agradable y gozoso en algo siniestro y pecaminoso, en indecencia y malicia y en risas vergonzantes.

Los tabús y los miedos que han forjado la vida sexual son los mismos tabús y miedos que producen perversos que violan y estrangulan a niñas pequeñas en los parques y perversos que torturan a judíos y negros.

La prohibición sexual ata el sexo a la familia. La prohibición de masturbarse obliga al niño a interesarse por los padres. Cada vez que una madre le da un golpe en la mano al niño por tocarse los órganos genitales, el impulso sexual del niño se dirige a la madre, y la actitud oculta hacia ésta se convierte en deseo y repulsión, en amor y odio. La represión florece en un hogar sin libertad. La represión ayuda a conservar la autoridad del adulto, pero al precio de una plétora de neurosis.

Si al sexo se le permitiera saltar la tapia del jardín del muchacho o la muchacha de al lado, la autoridad del hogar estaría en peligro; el vínculo con el padre y la madre se aflojaría y el muchacho automáticamente abandonaría a la familia en el aspecto emocional. Parece absurdo, pero esos lazos son un pilar muy necesario para sostener un estado autoritario, exactamente como la prostitución fue necesaria para salvaguardar la moral de las niñas decentes de casas decentes. Abolid la represión sexual y la juventud se perderá para la autoridad.

Los padres y las madres hacen lo que sus padres hicieron con ellos: educar niños estimables y castos, prohibiendo convenientemente todos los juegos sexuales ocultos y todos los cuentos pornográficos de la propia infancia, así como la menor rebelión contra los padres, que tienen que reprimir con un sentimiento de infinita culpabilidad. No se dan cuenta de que están transmitiendo a sus propios hijos los mismos sentimientos culpables que les hicieron pasar noches lastimosas hace ya muchos años.

La grave neurosis del hombre empieza con la primera prohibición genital: no tocarse los órganos. La impotencia, la frigidez y la angustia de las etapas posteriores de la vida datan de los días en que se le ataban las manos al niño o se le quitaban con un manotazo para que no se tocara. Un niño a quien se permita tocarse los genitales tiene todas las probabilidades de crecer con una actitud sincera y feliz hacia el sexo. Los juegos sexuales entre niños pequeños es un acto natural y sano ante el cual no hay por qué fruncir el ceño. Por el contrario, deben

estimularse como preludeo de una adolescencia y una madurez saludables. Los padres son avestruces que meten la cabeza en la arena si ignoran que sus hijos se entregan a juegos sexuales en los rincones. Este tipo de juego clandestino y furtivo crea un sentimiento de culpabilidad que perdura toda la vida, culpabilidad que habitualmente se manifiesta en la desaprobación de los juegos sexuales cuando esos mismos niños llegan a ser padres. Sacar a luz los juegos sexuales es lo único sensato que puede hacerse. Habría infinitamente menos delitos sexuales en el mundo si se admitieran como normales los juegos sexuales. Esto es lo que los padres morales no pueden ver o no se atreven a ver: que los delitos y las anormalidades sexuales de toda clase son resultado directo de la reprobación del sexo en la primera infancia.

El famoso antropólogo Malinowski nos dice que no hubo homosexualismo entre los trobriandeses hasta que los escandalizados misioneros separaron a los niños y las niñas en residencias diferentes. Tampoco había entre ellos violaciones ni delitos sexuales. ¿Por qué? Por que los niños no sufrían represiones acerca del sexo.

Para los padres de hoy la cuestión es ésta: ¿Queremos que nuestros hijos sean como nosotros? Si es así, ¿continuará la sociedad como es, con violaciones y asesinatos sexuales, matrimonios desgraciados y niños neuróticos? Si la respuesta a la primera pregunta es afirmativa, entonces hay que contestar del mismo modo a la segunda. Y las dos respuestas son el preludeo de la destrucción atómica, porque postulan la continuación del odio y la expresión de ese odio en guerras.

Yo les pregunto a los padres moralistas: ¿Os preocuparéis mucho de los juegos sexuales de vuestros hijos cuando empiecen a caer las bombas atómicas? ¿Tendrá mucha importancia la virginidad de vuestras hijas cuando hagan la vida imposible nubes de radiactividad? Cuando vuestros hijos sean reclutados para la Gran Matanza, ¿os aferraréis todavía a vuestra fe de capillita hacia la supresión de todo lo que es bueno en la infancia? ¿Salvará entonces el Dios a quien rogáis blasfemamente vuestras vidas y las de vuestros hijos?

Algunos quizá respondan que esta vida es sólo el comienzo, que en el otro mundo no habrá odio, ni guerra, ni sexo. En ese caso, arrojad este libro, porque no hay contacto entre nosotros.

Para mí, la vida eterna es un sueño —un sueño ciertamente comprensible— porque el hombre ha fracasado prácticamente en todo menos en las invenciones mecánicas. Pero el sueño r

es suficientemente bueno. Yo quiero ver el cielo en la tierra, y no en las nubes. Y lo patético es que la mayor parte de la gente quiere lo mismo. *Quiere*, pero no tiene voluntad para conseguirlo, voluntad que fue pervertida por la primera recriminación, el primer tabú sexual.

Para un padre no hay indecisión, no hay neutralidad. Hay que elegir entre el sexo secreto y culpable y el sexo franco, sano y feliz. Si los padres eligen la norma común de moral, no deben quejarse de la miseria de una sociedad pervertida sexualmente, porque es el resultado de ese código moral. Por tanto, los padres no deben odiar la guerra, porque el odio del yo que transmiten a sus hijos se expresará en la guerra. La humanidad está enferma, afectivamente enferma, y está enferma a causa de la angustia adquirida en la infancia. La peste emocional está en todas partes en nuestra sociedad.

Cuando Zoe tenía seis años, un día se me acercó y me dijo: —Willie tiene el pito más grande de todos los niños pequeños, pero la señora X [una visitante] dice que es feo decir *pito*. Yo le dije inmediatamente que no era feo. En mi interior, abominé de aquella mujer por su escasa comprensión de los niños. Puedo tolerar la propaganda acerca de política o de modales, pero cuando alguien ataca a un niño convirtiéndolo en un culpable sexual, lo rechazo vigorosamente.

Toda nuestra recelosa actitud hacia el sexo, nuestras risotadas en el teatro de variedades, la costumbre de garrapatear obscenidades en las paredes de los urinarios, proceden del sentimiento de culpabilidad causado por la prohibición de la masturbación en la infancia y porque los juegos sexuales se ven obligados a esconderse en los agujeros y los rincones. Hay juegos sexuales secretos en todas las familias; y a causa del secreto y de la culpa, hay muchas fijaciones en hermanos y hermanas que duran toda la vida y hacen imposibles los matrimonios felices.

Si se aceptasen como cosa natural los juegos sexuales entre hermano y hermana a la edad de cinco años, todos avanzarían libremente hacia un objeto sexual fuera de la familia.

Las formas extremas del odio al sexo se ven en el sadismo. Ningún individuo con una vida sexual sana torturaría a un animal o a un ser humano, ni daría su apoyo a las cárceles. La mujer no satisfecha sexualmente condenará a la madre de un hijo natural.

Naturalmente, yo me expongo a que se me acuse: "Este individuo tiene el sexo en el cerebro. El sexo no lo es todo en la

vida. Hay la amistad, el trabajo, la alegría y el dolor. ¿Por qué tanto sexo?"

Yo respondo: El sexo ofrece el placer más grande de la vida. El sexo con amor es la forma suprema de éxtasis, porque es la forma suprema de dar y recibir. Pero el sexo es manifiestamente odiado; de otro modo, ninguna madre prohibiría la masturbación, ningún padre prohibiría una vida sexual fuera del matrimonio convencional. De otro modo, no habría chistes obscenos en los teatros de revista ni el público perdería el tiempo viendo películas de amor y leyendo cuentos de amor. Practicaría el amor.

El hecho de que casi todas las películas traten de asuntos amorosos demuestra que el sexo es el factor más importante de la vida. El interés por esas películas es, en su mayor parte, neurótico. Es el interés de personas que se sienten culpables sexualmente, frustradas en su vida sexual. Incapaces de amar naturalmente, por considerar culpable el sexo, acuden en tropel a los cuentos cinematográficos que hacen del amor algo romántico y hasta hermoso. Ningún hombre, ninguna mujer con una vida sexual plena se molestará en sentarse dos veces a la semana en un cine para ver escenas baladíes que no son más que imitaciones de la vida real.

Lo mismo ocurre con las novelas populares. Tratan del sexo o de crímenes, habitualmente de una combinación de ambas cosas. Una novela muy popular, *Lo que el viento se llevó*, fue una de las favoritas porque gira en torno de una muchacha aburrida y egocéntrica y sus asuntos amorosos y no por el fondo de tragedia de la Guerra Civil y los esclavos.

Revistas de modas, cosméticos, exhibiciones de piernas, revistas pedantescas y mundanas, cuentos sexuales: todo revela claramente que el sexo es lo más importante de la vida. Al mismo tiempo, demuestran que sólo se aprueban los exornos del amor; en otras palabras, las novelas, las películas, las exhibiciones de piernas.

Fue D. H. Lawrence quien señaló la iniquidad de las películas del sexo, donde la juventud sexualmente reprimida, temerosa de las muchachas de verdad de su propio círculo social, proyecta toda su emoción sexual sobre una estrella de Hollywood, y después va a casa a masturbarse. Lawrence, naturalmente, no quería decir que la masturbación fuese mala; quería decir que es el sexo morboso el que busca la masturbación con la fantasía de una estrella de cine. El sexo sano con toda seguridad se buscaría una pareja en la vecindad.

Piénsese en los enormes intereses creados que medran sobre el sexo reprimido: los mercaderes de la moda, los vendedores de lápices para labios, la iglesia, los teatros y cines, los novelistas de *best-seller* y los fabricantes de medias.

Sería insensato decir que una sociedad sexualmente libre suprimiría las ropas bellas. Naturalmente que no. Toda mujer querría parecerle lo mejor posible al hombre a quien ama. A todo hombre le gustaría parecer elegante cuando tiene una cita con una muchacha. Lo que desaparecería sería el fetichismo, la adoración de sombras porque la realidad está prohibida. Ya no clavarían los ojos en las ropas de mujer de los escaparates de los comercios hombres sexualmente reprimidos. ¡Qué lástima y qué espantoso que el interés sexual sea reprimido de ese modo! El mayor placer del mundo se goza como un pecado, y esta represión entra en todos los aspectos de la vida humana, haciéndola estrecha, desgraciada, llena de odio.

Odiad el sexo y odiaréis la vida. Odiad el sexo y no podréis querer a vuestro vecino. Si odiáis el sexo, vuestra vida sexual será, en el peor caso, impotente y fría, y en el mejor, incompleta. De ahí la observación común entre mujeres que han tenido hijos: "El sexo es un pasatiempo sobrevalorado." Si el sexo es insatisfactorio, a alguna parte tiene que ir, porque es un impulso demasiado fuerte para aniquilarlo. Se convierte en angustia y odio.

No son muchos los adultos que consideran el acto sexual como una entrega; de otra manera, el porcentaje de personas que sufren de impotencia y frigidez no sería el setenta por ciento, como han dicho algunos especialistas. Para muchos hombres, las relaciones sexuales son una violación cortés; para muchas mujeres, un rito aburrido que hay que aguantar. Miles de mujeres casadas no han experimentado nunca un orgasmo en su vida; y hasta muchos hombres instruidos no saben que la mujer es capaz de sentirlo. En semejante sistema, la entrega tiene que ser mínima, y las relaciones sexuales están condenadas a ser cada vez más brutales y obscenas. Los perversos que piden ser azotados con un látigo o que golpean a las mujeres con una vara, son simplemente casos extremos de individuos incapaces de ofrecer amor si no es en la forma disfrazada de odio debido a la mala educación sexual.

Todos los antiguos alumnos de Summerhill saben por mis conversaciones y por mis libros que apruebo una vida sexual plena para todo el que la desee, cualquiera que sea su edad. En mis conferencias se me ha preguntado con frecuencia si doy

anticonceptivos en Summerhill, y en caso negativo ¿por qué no? Es ésta una vieja cuestión álgida que en todos suscita hondas emociones. El no proporcionar anticonceptivos es para mí motivo de disgusto, porque cualquier forma de componenda me es difícil e inquietante. Por otra parte, proporcionar anticonceptivos a los niños por encima o por debajo de la edad de discernimiento sería un modo seguro de cerrar mi escuela. En la práctica no puede uno adelantarse mucho a la ley.

Una pregunta familiar que formulan los críticos de la libertad del niño es: —¿Por qué no permite usted a un niño pequeño presenciar el acto sexual? Contestar que les produciría un trauma, un grave choque nervioso, sería mentir. Según Malinowski, entre los trobriandeses los niños no sólo ven el acto sexual entre los padres, sino el nacimiento y la muerte, como cosas naturales, y no los afecta adversamente. Yo no creo que el presenciar el acto sexual tuviese ningún mal efecto emocional en un niño autónomo. La única contestación honrada a esa pregunta es decir que el amor no es asunto público en nuestra cultura.

No olvido que muchos padres tienen opiniones religiosas u otro tipo de opiniones negativas sobre la pecaminosidad del sexo. No hay nada que hacer con ellos. No pueden convertirse a nuestras opiniones. Por otra parte, tenemos que luchar con ellos cuando invaden el derecho de nuestros propios hijos a la libertad, genital o de otra clase.

A otros padres les digo: —Tendrá usted su gran dolor de cabeza cuando su hija de dieciséis años quiera vivir su vida. Llegará a casa a medianoche. De ninguna manera le pregunte dónde ha estado. Si no ha sido autorregulada, le mentirá a usted exactamente como usted y yo mentimos a nuestros padres.

Cuando mi hija tenga dieciséis años, si la viese enamorada de un individuo insensible, tendré más de una preocupación. Sé que no podré hacer nada. Espero tener el buen sentido de no intentararlo. Como ella ha sido autorregulada, no espero que se enamore de un tipo de joven indeseable; pero nunca puede saberse.

Estoy seguro de que muchas malas compañías son fundamentalmente una protesta contra la autoridad paterna. *Mis padres no tienen confianza en mí, y no me importa. Haré lo que quiera, y si a ellos no les gusta, que se aguanten.*

El miedo de usted será que seduzcan a su hija; pero por regla general las muchachas no son seducidas; participan en la seducción. Esa etapa de los dieciséis años no sería difícil si su hija hubiera sido su amiga y no su subordinada. Tendrá usted

que hacer frente a la verdad de que nadie puede vivir la vida de otro, de que no puede transmitirse la experiencia sobre cosas tan esenciales como las cuestiones afectivas.

El asunto fundamental, después de todo, es la actitud hogareña hacia el sexo. Si ha sido sana, puede usted dar con toda tranquilidad a su hija una habitación particular con su llave respectiva. Si ha sido insana, ella buscará el sexo por el mal camino —posiblemente con individuos que no le convengan— y usted no podrá hacer nada.

Lo mismo con su hijo. No se inquietará tanto por él, porque no puede quedar embarazado. Pero con actitudes sexuales equivocadas, fácilmente puede malograr su vida.

Pocos matrimonios son felices. Teniendo en cuenta la preparación infantil que ha tenido la mayor parte de la gente, es cosa de sorprenderse de que haya algún matrimonio feliz. Si el sexo es sucio en el cuarto de los niños, no puede ser muy limpio en el lecho de bodas.

Cuando la relación sexual es un fracaso, es un fracaso también todo lo demás en el matrimonio. La pareja desgraciada, criada en el odio del sexo, se odian el uno al otro. Los hijos son un fracaso, porque carecen del calor del hogar que es necesario para que sea cálida su propia vida. Las represiones sexuales de los padres les transmitieron inconscientemente las mismas represiones. Los peores niños problema proceden de tales padres.

#### INSTRUCCIÓN SEXUAL

Si los padres contestan con la verdad y sin inhibiciones a las preguntas de los niños, la instrucción sexual se convierte en una parte de la infancia natural. El método pseudocientífico es malo. Conozco un joven a quien se le instruyó sobre el sexo de esta manera, y dice que se ruboriza cuando alguien usa la palabra *polen*. La verdad de los hechos acerca del sexo es, naturalmente, importante, pero lo que es aún más importante es el contenido emocional. Los médicos lo saben todo acerca de la anatomía del sexo, pero no son mejores amantes que los isleños del Mar del Sur, y probablemente no son ni de cerca tan buenos.

Al niño no le interesa tanto que su padre diga que mete su *cosita* en la de la madre como saber *por qué lo hace*. El niño a quien se le han permitido sus propios juegos sexuales no tendrá necesidad de preguntar por qué.

La instrucción sexual no sería necesaria para un niño autorregulado, porque la palabra instrucción implica el descuido pre-



vio del asunto. Si la curiosidad natural del niño ha sido satisfecha siempre con contestaciones francas y nada emotivas, no se destacará el sexo como algo que tiene que ser enseñado de un modo especial. Después de todo, no le damos al niño lecciones sobre el aparato digestivo o las funciones excretorias. La frase *instrucción sexual* nace del hecho de que la actividad sexual está inhibida y convertida en un misterio.

La inclusión de la instrucción sexual en el plan de estudios de la escuela pública ofrece peligrosas oportunidades para estimular, moralizando, la represión sexual. La mera expresión *instrucción sexual* sugiere una lección ceremoniosa y delicada sobre anatomía y fisiología dada por un maestro tímido que teme que el asunto se deslice hacia el territorio prohibido.

En la mayor parte de las escuelas públicas, decir toda la verdad sobre el amor y el nacimiento sería correr el riesgo de morir quemado. La opinión pública, tal como la representan las madres, no lo toleraría. Yo he conocido más de un caso de madre enfurecida que amenazó con terribles consecuencias a una maestra que estaba corrompiendo a su hijo con sus "sucias, malvadas y obscenas enseñanzas".

Por otra parte, la única dificultad de darle a un niño libre todos los conocimientos sobre el sexo que él pide, está en saber cómo hacer claras las cosas. Un niño quiere saber por qué no es un semental todo caballo, o por qué no es un morueco todo carnero. La contestación implica conceptos que no están al alcance de un niño de cuatro años, porque la castración es algo que no puede explicarse en términos sencillos. Aquí cada padre debe hacer lo mejor que pueda, recordando que no hay que hacer nada por el camino de la mentira o de la evasión.

Un niño de cinco años encontró un condón en el bolsillo de su padre y, naturalmente, preguntó lo que era. Aceptó fácilmente la explicación clara y sencilla de su padre sin dar muestras de emoción.

Pero en ciertos casos no veo nada que se oponga a que se diga al niño que el asunto es demasiado difícil y que debe esperar. Después de todo, se hace esto con otros muchos temas. Por ejemplo, cuando un niño pregunta cómo funciona una máquina, o quién hizo a Dios, el padre puede decirle que la respuesta es demasiado complicada para que pueda entenderla a su edad.

Es mucho mejor y más seguro aplazar la contestación que hacer lo que algunos padres insensatos: decirle demasiado al niño. Recuerdo a una alumna, una niña suiza de quince años, que en cierta ocasión dijo: —Irmgart [de diez años de edad] cree que el

médico trae a los niños. Yo sé desde hace mucho tiempo de dónde vienen los niños. Mamá me lo dijo. Y me dijo más.

Le pregunté qué otras cosas sabía, y me dijo que todo lo relativo a la homosexualidad y las perversiones. Era un caso de enseñanza imprudente de la verdad. La madre no debía haber contestado más que a las preguntas que la niña le hacía. Su desconocimiento de la naturaleza infantil la hizo decir a la niña muchas cosas que posiblemente ésta no pudo asimilar. Consecuencia: una niña neurótica. Pero creo sobre todo que aquella madre imprudente fue más sabia que la madre que deliberadamente miente a su hijo cuando le pregunta el secreto del matrimonio. Porque el niño no tarda en saber que su madre mintió. Cuando el niño averigua la verdad —por lo habitual dicha a medias por los amigos de un modo sucio— cree que sabe por qué su madre le dijo una mentira. *¿Cómo iba mi madre a decirme una cosa tan sucia!*

Y ésa es la actitud de la sociedad hacia el nacimiento. Es una cosa sucia, algo vergonzoso. El hecho de que una madre embarazada procure vestirse de una manera que disimule su estado, basta para condenar lo que llamamos nuestra moral.

Hay madres que dicen a sus hijos la verdad acerca de los bebés. Pero aun entre éstas hay muchas que dicen la verdad sobre el nacimiento, pero mienten acerca del sexo. Rehuyen decirles a sus hijos que el comercio sexual es altamente placentero.

Mi mujer y yo nunca tuvimos que pensar dos veces sobre Zoe y su educación sexual. Parecía todo tan sencillo, tan evidente, tan encantador; aun cuando haya habido momentos delicados, como cuando Zoe le dijo a una solterona que nos visitaba que ella, Zoe, había venido al mundo porque su padre había fertilizado a su madre, añadiendo con interés: —¿Y a ti quién te fertiliza?

Diré de pasada que averiguamos que un niño autorregulado aprende eso en hora muy temprana de la vida. Zoe ya podía hablar así a los tres años y medio; pero a los cinco nuestra hija empezó a darse cuenta de que algunas cosas no deben decirsele a algunas personas. Yo he visto una sofisticación análoga en otros que, a diferencia de Zoe, no habían sido autorregulados desde el principio.

Desde que Freud descubrió la sexualidad positiva de los niños pequeños, no se ha hecho lo suficiente para estudiar sus manifestaciones. Se han escrito libros sobre la sexualidad en los niños; mas, por lo que yo sé, nadie ha escrito un libro sobre los niños autorregulados. Nuestra hija no mostraba un interés notorio



por su propio sexo ni por el de sus padres y compañeros de juego. Siempre nos vio desnudos en el cuarto de baño y en el retrete. Refutaba, con gran satisfacción por mi parte, la teoría que sustentan algunos psicólogos según la cual hay un pudor inconsciente, innato, que hace que un niño se desconcierte al ver los órganos genitales o las funciones naturales del adulto. Esa teoría, como la análoga de que hay un sentido innato de culpabilidad en torno a la masturbación, es un disparate.

Los padres de un niño autorregulado probablemente evitarán todos los peligrosos y estúpidos errores relativos a la educación sexual, errores que enlazan el sexo con el mal y con el pecado; pero no estoy muy seguro de que no haya un peligro procedente de otro campo: el campo idealista. Mucho antes de que se hablara de autorregulación, algunos padres enseñaban a sus hijos que el sexo era sagrado y espiritual, algo que había que tratar con respeto y admiración y con una especie de reverencia mística, religiosa. El padre moderno puede no tener la tentación de seguir ese tipo de enseñanza, pero puede sucumbir a algo parecido: el culto de la función sexual como un dios recién descubierto. Es difícil de definir —quizá es demasiado vago para ser definido—; todo lo que yo percibo es una especie de santidad vinculada al sexo, un cambio sutil de la voz cuando se le menciona. Esta actitud indica miedo a la pornografía: *Santo Dios, si no hablo del sexo con respeto pensarán que soy uno de los que creen que es algo que sirve para hacer chistes*. Me he sentido un tanto inquieto al oír a padres jóvenes y serios emplear palabras y tonos no muy diferentes de los del viejo brigadier que hablaba con reverencia de las partes sagradas del cuerpo. El sexo ha sido durante tanto tiempo motivo de chistes vulgares, que hay la tendencia de saltar al extremo opuesto y hacer de él algo que no debe mencionarse, no porque sea demasiado malo, sino porque es demasiado bueno. Esta actitud tiene con seguridad que llevar a un nuevo temor y una nueva represión del sexo. Si el niño ha de tener una actitud sana hacia el sexo y después una vida amorosa saludable, el sexo debe seguir siendo cosa de este mundo. Lo tiene todo en sí mismo, y todos los intentos para reforzarlo elevándolo a un poder superior son intentos inútiles de dar color a una azucena.

Decirles a los niños que el sexo es sagrado es simplemente una variación de la vieja historia de que los pecadores irán al infierno. Si estáis de acuerdo en llamar sagrados el comer, el beber y el reír, entonces estoy con vosotros cuando llamáis sagrado al sexo. Podemos llamar sagrado a *todo*; pero si únicamen-

te escogemos el sexo, nos engañamos a nosotros mismos y desorientamos a nuestros hijos. El que es sagrado es el niño, sagrado en el sentido de que no hay que echarlo a perder con enseñanzas ignorantes.

A medida que el odio religioso al sexo va muriendo, surgen nuevos enemigos. Ahí están los entusiastas de la instrucción sexual que enseñan a los niños diagramas y les hablan de las abejas y del polen diciendo: "Mira, el sexo es ciencia, simplemente. No hay en él nada excitante, ¿no es cierto?" Todos hemos sido condicionados respecto del sexo de tal manera, que casi nos es imposible encontrar el camino natural, el camino de en medio; somos demasiado pro-sexo o demasiado anti-sexo. Es bueno estar pro-sexo; pero estar pro-sexo como protesta contra una enseñanza anti-sexo en la infancia probablemente es una neurosis. De ahí la necesidad de encontrar una actitud sana hacia el sexo, actitud que sólo podemos encontrar no interviniendo en la aceptación natural del sexo por el niño y aprobándola.

Si esto suena a vago o a imposible, sugiero que el padre joven evite toda señal de vergüenza o disgusto o sentimiento moral, se abstenga de enseñar y de apaciguar a los vecinos cuando hablen de cuestiones sexuales. Entonces, y sólo entonces, se desarrollarán las actitudes sexuales del niño sin inhibiciones ni odio a la carne. Porque ese niño no tendrá que ser nunca objeto de instrucción ni de amonestación ni de ninguna otra cosa.

Si evitásemos que el niño viese el mal en el sexo, se convertiría en un hombre moral, no en un moralista, no en un maestro de los demás. Manifiestamente, un Don Juan goza el factor placer del sexo a la vez que rechaza el factor amor. La masturbación, el donjuanismo, la homosexualidad, son todos infecundos porque son asociales. El nuevo hombre moral sabrá que tiene que satisfacer ambas funciones del sexo: sabrá que si no ama no gozará el mayor placer del acto sexual.

#### MASTURBACIÓN

La mayor parte de los niños son masturbadores. Pero a la juventud se le ha dicho que la masturbación es mala, que impide el crecimiento, que lleva a la enfermedad o a cualquier otra cosa. Si una madre prudente no prestara atención a las primeras exploraciones que su hijo hace de sus genitales, la masturbación sería menos compulsiva. Es la prohibición la que fija el interés del niño.

Para un niño chiquito la boca es una zona erógena mucho más acusada que los genitales. Si la actitud virtuosa que adoptan las madres hacia las actividades genitales la adoptaran en las actividades bucales, chuparse el dedo y besar se convertirían en casos de conciencia.

La masturbación satisface el deseo de felicidad, porque es la culminación de la tensión. Pero inmediatamente de consumado el acto, la conciencia del que ha recibido instrucción moral se yergue y grita: "¡Eres un pecador!" Mi experiencia me dice que cuando se elimina el sentimiento de culpabilidad, el niño pierde interés en masturbarse.

Casi parece que algunos padres preferirían que sus hijos fuesen delincuentes y no masturbadores. Creo que la represión de la masturbación está en la raíz de muchos delitos.

Un niño de once años que llegó a Summerhill tenía, entre otras, costumbres de pirómano. Su padre y sus maestros le habían pegado. Peor aún, se le había enseñado la intolerante religión del fuego del infierno y del Dios iracundo. Poco después de llegar a Summerhill cogió una botella de gasolina y la vertió en una tina de pintura y trementina, y después puso fuego a la mezcla. Se salvó la casa gracias a la energía de dos sirvientes.

Lo llevé a mi habitación.

—¿Qué es el fuego? —le pregunté.

—Lo que quema —dijo.

—¿En qué clase de fuego piensas ahora? —proseguí.

—En el del infierno —contestó.

—¿Y una botella?

—Una cosa larga con un agujero en un extremo —respondió. *(Pausa larga.)*

—Dime algo más de esa cosa larga con un agujero en el extremo —le dije.

—Mi pene —dijo con embarazo— tiene un agujero en el extremo.

—Háblame de tu pene —dije en tono bondadoso—. ¿Te lo tocas?

—Ahora no. Solía hacerlo, pero ahora no.

—¿Y por qué no?

—Porque el señor X [su último maestro] me dijo que era el mayor pecado del mundo.

Saqué en conclusión que las costumbres de incendiario eran un sustituto de la masturbación. Le dije que el señor X estaba completamente equivocado, que su pene no era ni mejor ni peor

que su nariz o sus orejas. A partir de aquel día, desapareció su interés por el fuego.

Cuando no hay problema de masturbación en los primeros tiempos, el niño pasa naturalmente y en el momento oportuno a la heterosexualidad. Muchos matrimonios desgraciados se deben al hecho de que tanto el marido como la mujer sufren de odio inconsciente a la sexualidad, odio nacido del odio a sí mismo enterrado y debido a la prohibición de masturbarse que se les impuso cuando eran niños.

El asunto de la masturbación es supremo en la educación. Materias, disciplina, juegos, todo es vano e inútil si queda sin resolver el problema de la masturbación. La libertad de masturbarse significa niños alegres, felices, fogosos, que en realidad no se interesan mucho por la masturbación. La prohibición de masturbarse significa niños enfermizos y desgraciados, propensos a los catarros y a las epidemias, que se odian a sí mismos y que en consecuencia odian a los demás. Yo sostengo que una de las razones fundamentales de la felicidad de los niños de Summerhill es la eliminación del miedo y del odio a sí mismo que producen las prohibiciones sexuales.

Freud nos ha familiarizado a todos con la idea de que el sexo existe desde el comienzo de la vida, que el bebé experimenta un placer sexual cuando mama, y que la zona erógena de la boca va cediendo poco a poco ante la zona erógena de los órganos genitales. Así, la masturbación es para el niño un descubrimiento natural; al principio no un descubrimiento muy importante, porque los genitales no le producen al niño tanto placer como la boca o hasta la piel. Es sólo la prohibición paterna la que convierte la masturbación en un complejo tan grande. Cuanto más severa es la prohibición, más hondo es el sentimiento de culpabilidad, y más fuerte el impulso a practicarla.

El niño bien criado llega a la escuela sin ningún sentimiento de culpabilidad respecto de la masturbación. En Summerhill hay pocos niños de kindergarten, si es que hay alguno, que tengan un interés especial por la masturbación. El sexo no tiene para ellos el atractivo de algo misterioso. Desde los primeros momentos con nosotros (si no se les habló ya en casa) conocen los hechos del nacimiento: no sólo de dónde vienen los niños, sino cómo se hacen. A esa edad temprana, esta información se recibe sin emoción alguna, debido en parte a que se da sin emoción. Así sucede que a la edad de quince o de diecisiete años los muchachos y las muchachas de Summerhill pueden hablar

del sexo francamente sin ninguna sensación de perversidad y sin ninguna actitud pornográfica.

El padre habla a su hijo con voz de Dios Omnipotente. Lo que dice la madre sobre el sexo es el Evangelio. El niño acepta totalmente sus sugerencias. Una madre le dijo a su hijo que la masturbación lo convertiría en un estúpido. Él aceptó la sugerencia y se hizo incapaz de aprender nada. Cuando la madre se decidió y le confirmó que le había dicho una insensatez, el hijo se convirtió automáticamente en un niño brillante.

Otra madre le dijo a su hijo que todo el mundo lo odiaría si se masturbaba. El niño se convirtió en lo que indicaba la sugerencia de la madre: era el muchacho más extraño de la escuela. Robaba y golpeaba a la gente, y rompía cosas en sus patéticos esfuerzos para librarse de la sugestión de la madre. En este caso, la madre no pudo decidirse a confesar su error previo, y el muchacho siguió siendo más o menos un aborrecedor de la sociedad.

Tuvimos niños a quienes se había dicho que se volverían locos si se masturbaban, y hacían esfuerzos heroicos para volverse locos.

Dudo que cualquier influencia posterior tenga poder bastante para contrarrestar una sugerencia temprana de los padres de un niño. En mi trabajo, siempre procuro llevar a los padres a deshacer el error, porque sé que yo significo poco o nada para el niño. Por lo general, entro en su vida demasiado tarde. De ahí que cuando un niño me oye decir que la masturbación no puede volver loco a nadie, encuentre difícil creerme. La voz del padre, oída cuando el niño tenía cinco años, era la voz de la Sagrada Autoridad.

Cuando el niño incluye sus genitales en su sistema de juegos, los padres pasan por la gran prueba. Los juegos genitales deben considerarse buenos, normales y sanos; y todo intento de suprimirlos será peligroso. E incluyo también el intento taimado y poco honrado de llamar la atención del niño hacia alguna otra cosa.

Recuerdo el caso de una niña autorregulada que fue enviada a una melindrosa escuela diurna. Parecía desgraciada. Había bautizado sus juegos genitales con el nombre de *apretón*. Al preguntarle su madre por qué no le gustaba la escuela, dijo: "Cuando trato de apretarme, no me dicen que no, pero dicen: *Mira esto o Ven y haz esto*, y no puedo apretarme nunca en el kindergarten."

El juego infantil con los genitales es un problema porque

casi todos los padres fueron condicionados de un modo anti-sexual desde la cuna, y no pueden vencer la sensación de vergüenza, pecado y disgusto. Es posible que un padre tenga una sólida opinión intelectual de que los juegos con los genitales son buenos y sanos, y al mismo tiempo —por el tono de la voz o por la mirada— comunicarle al niño que emocionalmente no acepta el derecho del niño a su satisfacción sexual.

Puede parecer que un padre aprueba sin reservas cuando el niño se toca los órganos genitales; pero cuando va de visita la severa tía Mary, quizá ese padre experimente gran inquietud por miedo a que el niño lo haga delante de aquella enemiga de la vida. Es fácil decirle a ese padre: "La tía Mary representa el elemento anti-sexual en tu yo reprimido", pero el decir esto no ayuda en nada al padre ni al niño.

El miedo paterno a que los juegos infantiles con los genitales puedan llevar a la precocidad sexual, es un miedo muy profundo y muy generalizado. Es una racionalización, naturalmente. Los juegos genitales no llevan a la precocidad; y si llevasen, ¿qué? El modo más seguro de hacer que un niño se interese anormalmente por el sexo cuando llegue a la adolescencia es prohibirle los juegos con los genitales cuando está en la cuna.

Puede haber la dura necesidad de decirle a un niño, que ha llegado a la edad del discernimiento, que no juegue en público con los genitales. Este consejo puede parecerle al niño cobarde e injusto; pero lo contrario también tiene su peligro particular. Porque si el niño se enfrenta a la desaprobación severa expresada con odio y disgusto por adultos hostiles, se le puede hacer más daño que si razonan con él sus amados padres.

Cuando un niño pequeño es libre para vivir plenamente su vida sin castigos, enseñanzas ni tabús, encuentra la vida demasiado llena de interés para limitar su actividad al aparato sexual.

No tengo conocimientos personales de cómo los niños autorregulados reaccionan entre sí en los juegos con los genitales. Niños a quienes se ha enseñado que el sexo es malo enlazan, por lo general, los juegos genitales con el sadismo. Las niñas que han tenido una enseñanza antisexual análoga parece que aceptan como norma los juegos genitales sádicos.

Debido a la ausencia relativa de odio agresivo en el niño autorregulado, los juegos genitales entre dos niños libres probablemente serán suaves y cariñosos.

Nuestra autodesaprobación arranca principalmente de la infancia. Gran parte de ella se origina del sentido de culpabilidad relacionado con la masturbación. Creo que el niño desgraciado

es, con frecuencia, el que siente en su conciencia la culpa de la masturbación. La supresión de esa culpa es el paso más grande que podemos dar para hacer de un niño problema un niño feliz.

#### DESNUDEZ

Muchas parejas, en especial entre la clase trabajadora, no ven nunca el uno el cuerpo del otro hasta que no llega el momento de amortajarlo. Una mujer campesina a quien conocí fue testigo en un juicio por exhibicionismo. Estaba verdaderamente escandalizada.

—Pero Juana —le dije en tono de reproche—, tú has tenido siete hijos.

—Señor Neill —contestó solemnemente—, nunca vi a Juan. . . nunca jamás vi desnudo a mi hombre en toda mi vida de casada.

No hay que oponerse nunca a la desnudez. El niño debiera ver a sus padres desnudos desde el principio. No obstante, hay que decirle, cuando ya esté en situación de comprender, que a algunas personas no les gusta ver a los niños desnudos, que en presencia de esas gentes debe andar vestido.

Una mujer se lamentaba de que nuestra hija se bañase en el mar *al natural*. En aquel momento tenía Zoe un año. Este asunto de bañarse desnudo resume toda la actitud antivital de la sociedad. Todos conocemos la irritación que produce el tratar de desnudarse en la playa sin enseñar las partes del cuerpo llamadas secretas. Los padres de niños autorregulados y libres saben lo difícil que es explicarle a un niño de tres o cuatro años por qué debe llevar un traje de baño en un lugar público.

El mero hecho de que la ley no permita la exhibición de los órganos sexuales no puede por menos de dar a los niños una actitud torcida hacia el cuerpo humano. Yo mismo anduve desnudo, o animé a hacerlo a una de las mujeres del personal, para satisfacer la curiosidad de un niño pequeño que creía que la desnudez era pecado. Por otra parte, todo intento de imponer el nudismo a los niños es un error. Viven en una civilización vestida, y el nudismo sigue siendo algo que la ley no permite.

Hace muchos años, cuando llegamos a Leiston, teníamos un estanque con patos, y por la mañana yo me daba un chapuzón en él. Algunos individuos del profesorado y los niños y niñas mayores solían acompañarme. Después recibimos a un grupo de niños procedentes de escuelas particulares. Cuando las niñas se pusieron sus trajes de baño, le pregunté a una, una linda sueca,

por qué lo hacían. “Es que hay niños nuevos —me explicó—. Los niños antiguos ven la desnudez como una cosa natural, pero los nuevos miran de reojo y embobados. . . bueno, no me gusta.” Desde entonces, el único baño en común y desnudos se toma en el mar en las excursiones de la tarde.

Podría pensarse que, habiendo sido educados en la libertad, los niños de Summerhill andarían desnudos durante el verano. No lo hacen. Las niñas de hasta nueve años andan desnudas los días calurosos, pero los niños menores rara vez lo hacen. Éste es un enigma si se tiene en cuenta la afirmación de Freud de que los niños se sienten orgullosos de tener pene, mientras que los niñas se avergüenzan por no tenerlo.

Nuestros niños pequeños de Summerhill no muestran ningún deseo de exhibirse, y los niños y las niñas mayores rara vez se desnudan. Durante el verano, los niños y los hombres sólo llevan calzones cortos sin camisa. Las niñas llevan traje de baño. No se considera como algo muy privado el tomar un baño, y sólo los alumnos nuevos cierran la puerta del cuarto de baño. Aunque algunas de las niñas tomen baños de sol en el campo, los niños jamás piensan en espiarlas.

En una ocasión vi a nuestro profesor de inglés cavando una zanja en el campo de *hockey* ayudado por un grupo de niños y niñas de nueve a quince años de edad. Era un día caluroso y se había desnudado. En otra ocasión un individuo del personal jugó al tenis, desnudo. En la asamblea de la escuela se le dijo que se pusiera los pantalones cuando llegasen comerciantes o visitantes. Esto revela la actitud natural de Summerhill hacia la desnudez.

#### PORNOGRAFÍA

Todos los niños son pornográficos, una veces francamente, otras veces en secreto. Los menos pornográficos son los que no tuvieron tabús morales contra el sexo en la primera infancia. Estoy seguro de que más tarde nuestros alumnos de Summerhill serán menos aficionados a la pornografía que los niños educados con el método del secreteo. Como dijo un muchacho que volvió a vernos durante sus vacaciones en la universidad: —Summerhill nos echa a perder, en cierto sentido, porque encontramos a los muchachos de nuestra edad demasiado lerdos. Hablan de cosas de las cuales ya salimos nosotros hace años.

—¿Cuentos sexuales? —le pregunté.

—Sí, poco más o menos. A mí mismo me gusta un buen cuento sexual, pero los que ellos cuentan son toscos e insípidos.

Pero no sólo es el sexo. Hay otras cosas, también: psicología, política. Es cómico, pero tiendo a intimar con sujetos que me llevan diez años.

Un niño nuevo en Summerhill, que no había superado la etapa verde de su escuela preparatoria, quiso ser pornográfico. Los otros lo hicieron callar no porque fuese pornográfico, sino simplemente porque desviaba una conversación interesante.

Hace unos años tuvimos tres alumnas que habían pasado la acostumbrada fase de hablar de cosas prohibidas. Después llegó a Summerhill una niña nueva y se la instaló en una habitación con dichas tres niñas. Un día la niña nueva se me quejó de que las otras tres niñas eran compañeras espantosamente aburridas. —Cuando hablo de cosas sexuales en el dormitorio, por la noche, me hacen callar. Dicen que no les interesan.

Y era verdad. Naturalmente, sentían interés por el sexo, pero no en su aspecto oculto o secreto. Para aquellas niñas había dejado de ser el sexo algo sucio. Para una niña nueva, que tenía recientes sus conversaciones sexuales de una escuela de niñas, resultaban muy morales. Y en realidad *eran* muy morales, porque su moral se basaba en el conocimiento, no en una norma falsa de lo bueno y lo malo.

Los niños educados en la libertad con respecto a las cuestiones sexuales tienen una mente abierta acerca de lo que se llama vulgaridad. Hace algún tiempo vi en el Palladium de Londres un artista de vodevil de un carácter muy parecido al estilo alegre isabelino. Me sorprendió que arrancase al público risas que no arrancaría a la muchedumbre de Summerhill. Las mujeres se reían a carcajadas cuando mencionaba ropas interiores femeninas; pero los niños de Summerhill no considerarían nada divertidas aquellas observaciones.

En una ocasión escribí una comedia para los niños del kindergarten. Era una comedia absolutamente vulgar sobre el hijo de un leñador que encontraba un billete de cien libras y lo enseñaba con arrobó a su familia, incluida la vaca. El torpe animal se lo tragaba, y resultaban inútiles todos los esfuerzos de la familia para que la vaca devolviese el billete. Los niños tuvieron una idea brillante: Abrirían una barraca en una feria y cobrarían un chelín por dos minutos de espectáculo. Si la vaca soltaba el dinero en una de esas sesiones, lo ganaría la persona que lo estaba presenciando.

La comedia habría tenido muchos aplausos en un *music-hall* del West End. Pero nuestros niños la hacían con mucha desenvoltura. Realmente los actores (de seis a nueve años de edad) no

veían en ella nada divertido. Uno de ellos, una niña de ocho años, me dijo que era tonto no usar la palabra apropiada en la comedia; se refería, naturalmente, a la palabra que otras personas considerarían *impropia*.

El niño libre probablemente no adolecerá de *mironismo* en Summerhill. Nuestros alumnos no se ríen maliciosamente ni creen pecaminoso el que una película deje ver un retrete o mención el nacimiento. De vez en cuando tenemos una epidemia de letreros en las paredes de los retretes. Para un niño, ése es el lugar más interesante de una casa. El cuarto de baño parece inspirar a muchos escritores y artistas, lo cual es natural cuando se tiene en cuenta que es un lugar de creación.

Es una falacia que las mujeres sean de pensamiento más puro que los hombres. Pero un club o un bar de hombres probablemente es mucho más pornográfico que un club de mujeres. La moda de los cuentos verdes se debe enteramente a que no deben mencionarse; en una sociedad sin represiones sexuales, desaparecería lo inmenconable: en Summerhill no hay nada inmenconable y nadie es escandalizable. *El sentirse escandalizado implica que se tiene un interés obsceno en lo que escandaliza.*

Esas personas que gritan con horror: "¡Qué crimen robarles a los niños su inocencia!" son avestruces que esconden la cabeza en la arena. Los niños nunca son inocentes, aunque con frecuencia son ignorantes. Y las avestruces hacen aleteos histéricos porque se prive a los niños de su ignorancia.

El niño más reprimido no es mucho lo que ignora en realidad. Sus relaciones con otros niños le proporcionan los espantosos "conocimientos" que infelices pequeñuelos se comunican en los rincones oscuros. Para los que han estado en Summerhill desde una edad temprana, no hay rincones oscuros. Esos niños sienten interés por las cuestiones sexuales, pero no es un interés morboso. Esos niños tienen una actitud verdaderamente limpia hacia la vida.

#### HOMOSEXUALIDAD

Hace poco me escribió un homosexual implorando que le dijera algún país donde se le permitiera ser homosexual legalmente. Le contesté que no sabía de ninguno. (Después he oído que en Holanda y en Dinamarca la homosexualidad está permitida legalmente.) En realidad, no puedo recordar ningún país donde la gente pueda ser heterosexual sin pisarles los callos a los aguafiestas.

En Summerhill no hay homosexualidad. Por tanto, como

en todos los grupos de niños que llegan a Summerhill, sí existe una homosexualidad inconsciente durante cierta etapa del desarrollo.

Nuestros muchachos de nueve a diez años no necesitan a las niñas para nada: las desprecian. Se reúnen en grupos que no sienten interés por los individuos del otro sexo: su interés está más bien en hacer algo que los destaque. Las niñas de esa misma edad también se interesan sólo por individuos de su propio sexo y forman sus propios grupos. Aun cuando llegan primero a la pubertad, no corren detrás de los niños. Parece que la homosexualidad inconsciente de las niñas dura más que la de los niños. Aunque quizás reten y hagan burla a los niños de un modo amistoso, se atienen a sus grupos. Pero a esa edad las niñas son celosas de sus derechos. La superioridad en fuerza de los niños y su rudeza las molesta. Ésta es su edad de protesta contra la masculinidad.

En términos generales, los niños y las niñas no se interesan mucho unos por otros. Hasta que llegan a los quince o dieciséis años, no muestran inclinación natural a emparejarse. De hecho, su interés por el otro sexo toma una forma agresiva.

Los niños de Summerhill no responden de un modo morboso a la fase de homosexualidad latente. Hace unos años, un niño recién llegado de una escuela particular trató de introducir la sodomía. No tuvo éxito. Diré, incidentalmente, que se sorprendió y se alarmó cuando supo que toda la escuela sabía sus intentos.

La homosexualidad se enlaza en cierto modo con la masturbación. Si un niño se masturba con otro, éste comparte el pecado y aligera el peso de aquél. Pero cuando no se considera un pecado la masturbación, no aparece la necesidad de compartir la culpa.

No sé qué represiones tempranas conducen a la homosexualidad, pero parece muy cierto que empiezan muy temprano, en la primera infancia. En la actualidad Summerhill no admite niños de menos de cinco años y, consecuentemente, hemos tenido con frecuencia que tratar con niños que habían sido erróneamente manejados en la primera infancia. No obstante, en más de treinta y ocho años no ha salido de la escuela ni un solo homosexual. La razón es que la libertad produce niños sanos.

#### PROMISCUIDAD, ILEGITIMIDAD Y ABORTO

La promiscuidad es neurótica, es el constante cambio de pareja con la esperanza de encontrar al fin la realmente satisfac-

toria. Pero la pareja satisfactoria no se encuentra nunca, porque la falta está en la actitud impotente, neurótica, de Don Juan o de su equivalente femenino.

Si la expresión *amor libre* tiene un significado siniestro, se debe a que alude a una sexualidad neurótica. El sexo promiscuo —resultado directo de la represión— es siempre desgraciado y vergonzoso. Entre gente libre no existiría el amor libre.

El sexo reprimido se adherirá a cualquier objeto: un guante, un pañuelo, algo que tenga relación con el cuerpo. Así, el amor libre es promiscuo porque es lujuria sin ternura ni calor ni verdadero cariño.

Después de un periodo de promiscuidad, una mujer joven me dijo: —Con Bill experimento el orgasmo por primera vez. Le pregunté por qué era aquella la primera vez. —Porque lo amo, y a los otros no los amaba.

Entre los niños que llegan tarde a Summerhill (de trece o más años) hay la tendencia a la promiscuidad en el deseo, si no siempre en la práctica. Las raíces de la promiscuidad están muy hondas en la vida del niño. Lo principal de lo que sabemos es que son raíces insanas. Esa conducta lleva a la variedad, pero rara vez a la satisfacción y casi nunca a la felicidad.

La verdadera libertad en el amor no conduce a la promiscuidad. Quizá el amor no dure para siempre; pero entre gente sana, mientras *dura* es verdadero, leal y feliz.

El hijo ilegítimo tiene que recorrer con frecuencia un áspero camino. Decirle, como hacen algunas madres, que su padre murió en la guerra o de enfermedad, es definitivamente erróneo. Adquiere un sentimiento de daño o privación porque ve a los otros niños con padres. Por otra parte, la condenación social del bastardo no puede dejar de afectarlo de algún modo. En Summerhill hemos tenido niños de madres solteras, pero a ninguno le importaba en absoluto. En régimen de libertad, esos niños se desarrollan tan felizmente como los niños nacidos de matrimonio.

En el mundo exterior, a veces el niño bastardo censura a su madre y se conduce mal con ella. Además, puede adorarla y temer que un día se case con un hombre que no es su padre.

¡Qué extraño mundo éste! El aborto es ilegal, y la bastardía significa muchas veces ostracismo. Es grato ver que hoy muchas mujeres no admiten la reprobación social de la bastardía. Tienen franca y abiertamente hijos del amor, se sienten orgullosas de ellos, trabajan para ellos, y los crían bien y felizmente. Por

lo que yo he visto, sus hijos son seres humanos bien equilibrados y sinceros.

Ninguna maestra de una escuela pública podría tener un hijo ilegítimo y continuar en su empleo. He oído hablar más de una vez de la mujer de un párroco que expulsa a su doncella cuando la ve embarazada.

La cuestión del aborto es uno de los síntomas más repulsivos e hipócritas de la enfermedad que sufre la humanidad. Difícilmente se encontrará un juez, un clérigo, un médico, un maestro, o cualquiera de los llamados pilares de la sociedad, que no prefiera el aborto para su hija a que su familia tenga que hacer frente a la desgracia de la bastardía.

Con frecuencia los ricos evitan complicaciones desagradables enviando a sus hijas a maternidades elegantes, donde dicen que las están tratando de irregularidades menstruales o de cualquier otra cosa. Es a la clase media humilde y a la pobre a las que se obliga, literalmente, a retener a sus hijos. No hay para ellas otra alternativa. Si una muchacha de la clase media hace todo cuanto le sea posible, puede encontrar un médico que por una buena cantidad le provoque un aborto. Su hermana, más pobre, o bien corre el peligro de un aborto en manos de un individuo sin preparación ni escrúpulos, o tiene que cargar con su niño.

Hay clínicas en Londres donde a las mujeres se les proporcionan anticonceptivos. En general, es cierto que en ellas sólo se atiende a las que enseñan su anillo de matrimonio, pero no es delito pedir prestado un anillo matrimonial.

Todo el asunto le recuerda a uno los letreros pornográficos de las paredes de un urinario público. Es típico de una civilización que merece el precio que paga por su rencorosa moral. Ese precio son, en definitiva, las enfermedades que hereda la carne, más la desventura y la desesperanza.

#### IV. RELIGIÓN Y MORAL

##### RELIGIÓN

Hace poco me dijo una visitante: "¿Por qué no enseña a sus alumnos la vida de Jesús, para que se sientan inspirados a seguir sus pasos?" Le contesté que uno aprende a vivir no *oyendo* las vidas de otros, sino *viviendo*; porque las palabras son infinitamente menos importantes que los actos. Muchos han dicho de Summerhill que es un lugar religioso porque da amor a los niños.

Quizá sea verdad; sólo que me desagrada el adjetivo mientras la religión signifique lo que en general significa hoy: antagonismo a la vida natural. La religión tal como la recuerdo, practicada por hombres y mujeres vestidos de gris, que cantaban himnos tristes con música de décima clase, que pedían perdón para sus pecados, es algo con lo que no deseo identificarme.

Yo personalmente no tengo nada contra el hombre que cree en un Dios, cualquiera que sea. A lo que me opongo es al hombre que proclama que *su* Dios es la autoridad por la cual impone restricciones al desarrollo y la felicidad humanos. La lucha no es entre creyentes en la teología e incrédulos en ella; es entre creyentes en la libertad humana y creyentes en la supresión de esa libertad.

Algún día tendremos una nueva religión. Quizás preguntéis con asombro: "¿Qué? ¿Una religión *nueva*?" El cristiano se levantará airado y preguntará: "¿No es eterno el cristianismo?" El judío se levantará airado y protestará: "¿No es eterno el judaísmo?"

No, las religiones no son más eternas que las naciones. Una religión —*cualquier* religión— tiene nacimiento, juventud, vejez y muerte. Han venido y han pasado centenares de religiones. De todos los millones de egipcios que creyeron en Amón Ra durante casi 4 000 años, hoy no puede encontrarse ni uno solo. La idea de Dios cambia al cambiar las culturas: en una tierra pastoril, Dios era el Buen Pastor; en tiempo de guerra, era el Dios de las Batallas; cuando floreció el comercio, fue el Dios de Justicia que pesaba la equidad y la gracia. Hoy, en que el hombre es tan creador en el orden mecánico, Dios es el "Gran Ausente" de Wells, porque no es necesario un Dios creador en una época que puede hacer sus propias bombas atómicas.



Algún día una nueva generación no aceptará la anticuada religión y los mitos de hoy. Cuando llegue la nueva religión, negará la idea de que el hombre nace en el pecado. Una religión nueva alabará a Dios por hacer felices a los hombres.

La nueva religión negará la antítesis entre cuerpo y espíritu. Reconocerá que la carne no es pecadora. Sabrá que una mañana de domingo pasada nadando es más santa que una mañana de domingo invertida en cantar himnos, como si Dios necesitase himnos para tenerlo contento. Una religión nueva encontrará a Dios en las praderas y no en los cielos. Imaginémoslo lo que se lograría si sólo el diez por ciento de todas las horas gastadas en rezar e ir a la iglesia se dedicasen a buenas acciones y actos de caridad y de ayuda al prójimo.

Todos los días me dice mi periódico cuán muerta está nuestra religión actual. Metemos a personas en la cárcel; suprimimos la opinión que no está de acuerdo con la nuestra; oprimimos al pobre; nos armamos para la guerra. Como organización, la Iglesia es débil. No termina con las guerras; hace poco o nada por atemperar nuestro bárbaro código penal. Rara vez se coloca frente al explotador.

No podéis servir a Dios y a Mammón. Para emplear una paráfrasis moderna, no podéis ir a la iglesia el domingo y practicar la lucha a bayoneta el lunes. No conozco blasfemia tan vil como la de las diferentes iglesias que sostienen que Dios está de su parte. Dios no puede creer que las dos partes tengan razón. Dios no puede ser Amor y al mismo tiempo patrocinar un ataque con gases.

Para muchas personas, la religión convencional organizada es una salida fácil para los problemas individuales. Si un católico romano peca, se confiesa con su sacerdote y el sacerdote lo absuelve de su pecado.

Las personas religiosas echan su carga sobre Dios; creen, y su camino a la gloria está asegurado. Así la importancia pasa del valor personal y de la conducta individual al credo. "Cree en el Señor y te salvarás." El credo, en efecto, dice que hagáis una declaración y vuestros problemas espirituales quedarán resueltos. Tendréis garantizado un pasaje para el cielo.

Fundamentalmente, la religión tiene miedo a la vida. Menosprecia la vida aquí y ahora como meramente preliminar de la vida más plena del más allá. El misticismo y la religión significan que la vida aquí en la tierra es un fracaso; que el hombre independiente no es bastante bueno para alcanzar la salvación.

Pero los niños libres no creen que la vida sea un fracaso, porque nadie les ha enseñado a decir no a la vida.

La religión y el misticismo fomentan el pensamiento anti-realista y la conducta antirrealista. La simple verdad es que nosotros, con nuestros aparatos de televisión y nuestros aviones a chorro, estamos mucho más lejos de la vida *real* que los naturales de África. Ciertamente, los aborígenes tienen también su religión nacida del miedo; pero no son impotentes en el amor, ni homosexuales, ni inhibidos. Su vida es primitiva, pero ellos dicen sí a la vida en muchas cosas esenciales.

Lo mismo que el salvaje, nosotros también buscamos la religión a causa del miedo. Pero a diferencia del salvaje, somos gente castrada. Podemos enseñar religión a nuestros hijos sólo después de haberlos castrado para siempre y de haber quebrantado su espíritu por el miedo.

He tenido muchos casos de niños destruidos por la enseñanza religiosa. Citar esos casos no ayudaría a nadie. Por otra parte, todo salvacionista\* puede citar también casos a voluntad, casos que se "salvaron" por haberse "lavado en sangre". Si se postula que el hombre es un pecador y que necesita ser redimido, entonces tiene razón la gente religiosa.

Pero yo pido a los padres que adopten una visión más amplia, una visión que rebasa mucho su círculo inmediato. Pido a los padres que fomenten una civilización que no lleve sobre sí el pecado desde su mismo nacimiento. Pido a los padres que eliminen toda necesidad de redención enseñándole al niño que ha nacido bueno, y *no que ha nacido malo*. Pido a los padres que les digan a los niños que es *este mundo* el que puede y debe hacerse mejor, para dirigir las energías al aquí y al ahora, no a una mítica vida eterna por venir.

No debe imbuirse a ningún niño misticismo religioso. El misticismo ofrece al niño un escape de la realidad, pero de una manera peligrosa. Todos sentimos alguna vez la necesidad de huir de la realidad, o de otro modo no leeríamos nunca una novela, ni iríamos al cine ni beberíamos un vaso de whisky. Pero huimos con los ojos abiertos y en seguida regresamos a la realidad. El místico es capaz de vivir una vida constantemente evasivista, poniendo toda su libido en su teosofía, en su espiritualismo, o en su catolicismo o judaísmo.

Ningún niño es místico por naturaleza. Un incidente que ocurrió en Summerhill, durante una clase espontánea de actua-

\* En Inglaterra, individuo del Ejército de Salvación [T.].



ción escénica una noche, subraya el natural sentido de la realidad del niño si sus reacciones no han sido torcidas por el miedo.

Una noche me senté en una silla y dije: —Soy San Pedro en la Puerta de Oro. Vosotros sois personas que quieren entrar. Adelante.

Empezaron a llegar con toda clase de razones para entrar. Una niña vino en la dirección contraria y pidió que la dejara salir. Pero la estrella resultó ser un muchacho de catorce años que vino hacia mí silbando y con las manos en los bolsillos.

—¡Eh —grité—, no puedes entrar!

Se volvió y me miró.

—¡Ah! —dijo—. Eres nuevo en el oficio, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—No sabes quién soy, ¿no es eso?

—¿Quién eres? —le pregunté.

—Dios —dijo, y entró silbando en el cielo.

Los niños tampoco quieren rezar, en ellos rezar es una simulación. He preguntado a veintenas de niños en qué pensaban mientras rezaban. Todos me contestaron lo mismo; pasaban el tiempo pensando en otras cosas. Un niño *tiene* que pensar en otras cosas, porque la oración no significa nada para él. Es una cosa que se le impone desde afuera.

Un millón de individuos dan gracias todos los días al empezar las comidas, y probablemente 999 999 lo dicen mecánicamente, lo mismo que decimos "usted perdone" cuando queremos adelantarnos a alguien para entrar en el elevador. Pero ¿por qué transmitir nuestras oraciones mecánicas y nuestros modales mecánicos a la nueva generación? No es honrado. Ni es honrado imponerle la religión a un niño indefenso. Debe dejársele absolutamente libre para que resuelva por sí mismo cuando llegue a la edad de elegir.

Peligro mayor que el misticismo es el de hacer del niño un odiador. Si se le enseña que ciertas cosas son pecado, el amor a la vida puede convertirse en él en odio. Cuando los niños son libres, nunca piensan de otro niño que es un pecador. En Summerhill, si un niño roba y es juzgado por un jurado de compañeros suyos, no es castigado nunca por el robo. Todo lo que ocurre es que se le obliga a devolver o pagar lo robado. Los niños se dan cuenta inconscientemente de que el robo es una enfermedad. Son poco realistas, y son demasiado sensibles para postular un dios colérico y un diablo tentador. El hombre esclavizado hace a Dios a su imagen y semejanza, pero los niños

libres que miran a la vida ansiosa y valientemente no necesitan en absoluto hacer ningún Dios.

Si queremos conservar a nuestros niños sanos de alma, debemos guardarnos de darles valores falsos. Mucha gente que duda de la teología del cristianismo no titubea en enseñar a sus niños creencias que ellas mismas discuten. ¿Cuántas madres creen de verdad en las llamas del infierno y cuántas creen de verdad en un cielo dorado con música de arpas? No obstante, esos miles de madres incrédulas están pervirtiendo las almas de sus hijos engañándolos con esas anticuadas historias primitivas.

La religión florece porque el hombre no se encara, *no puede* encararse, con su subconsciente. La religión convierte lo subconsciente en el demonio y amonesta a los hombres para que huyan de sus tentaciones. Pero hacéd consciente lo inconsciente y la religión no tendrá función que realizar.

Para un niño la religión casi siempre significa miedo. Dios es un hombre poderoso con agujeros en los párpados: puede veros dondequiera que estéis. Para un niño, esto significa que Dios puede ver lo que se hace debajo de la ropa de la cama. E introducir el miedo en la vida de un niño es el peor de todos los crímenes. El niño dirá para siempre que no a la vida, será siempre un inferior, será siempre un cobarde.

Nadie que en la infancia haya sido amenazado con el miedo de una vida futura en el infierno puede posiblemente estar libre de una angustia neurótica por la seguridad en *esta* vida. Y esto es así aun cuando esa persona comprenda racionalmente que el cielo y el infierno son fantasías infantiles que no se fundan más que en las esperanzas y los temores humanos. La deformación emocional que se adquiere en la infancia casi siempre queda fijada para toda la vida. El Dios severo que os premia con música de arpas u os quema con fuego, es el Dios a quien el hombre hizo a su imagen. Es la super-proyección. Dios se convierte en la satisfacción de los deseos; y el diablo en la realización del miedo.

Así, lo que produce placer llega a significar lo malo. Jugar a las cartas, ir al teatro, bailar, se convierten en cosas del demonio. Con excesiva frecuencia, ser religioso es estar triste. Las rígidas ropas que se obliga a llevar los domingos a los niños en la mayor parte de las poblaciones de provincia, atestiguan la cualidad ascética y punitiva de la religión. La música sagrada también es casi siempre de carácter lúgubre. Para muchísima gente es un esfuerzo, un deber, ir a la iglesia. Para muchísima gente ser religioso significa parecer desdichado y serlo.

La religión nueva se basará en el conocimiento del yo y en su aceptación. Un requisito previo necesario para amar a los otros es el verdadero amor a uno mismo. ¡Qué diferente de ser criado bajo el estigma del pecado original, que tiene que producir el odio a uno mismo y en consecuencia el odio a los demás! "Oraba mejor quien amaba mejor todas las cosas grandes y pequeñas." Así expresó el poeta Coleridge la nueva religión. En ella, el hombre orará mejor cuando ame todas las cosas grandes y pequeñas en *sí mismo*.

#### INSTRUCCIÓN MORAL

La mayor parte de los padres creen que malogran a sus hijos si no les enseñan valores morales, si no señalan constantemente lo que es bueno y lo que es malo. Prácticamente, toda madre y todo padre consideran que, aparte de cuidarse de las necesidades físicas de su hijo, la inculcación de valores morales constituye su principal deber, y que sin esa instrucción el niño será un salvaje, de conducta indómita y con muy poca consideración para los demás. Esta creencia nace en gran parte del hecho de que la mayoría de la gente de nuestra cultura acepta, por lo menos pasivamente, el lema de que el hombre es un pecador por nacimiento, que es naturalmente malo, y que a menos que se le enseñe a ser bueno, será rapaz, cruel y hasta homicida.

La Iglesia cristiana declara abiertamente esta creencia: "Somos miserables pecadores." El obispo y el maestro de escuela creen, en consecuencia, que el niño debe ser conducido hacia la luz. No importa que la luz sea la de la Cruz o la de la cultura ética. En cualquier caso, la finalidad es la misma: "Eleva."

Como la Iglesia y la escuela están de acuerdo en que el niño nace en el pecado, no podemos esperar que las madres y los padres se muestren en desacuerdo con esas grandes autoridades. La Iglesia dice: "Si pecas, serás castigado en la vida futura." El padre toma pie de eso y dice: "Si vuelves a hacer eso, te castigaré *ahora*." Los dos tratan de elevar metiendo miedo.

La Biblia dice: "El principio de la sabiduría es el temor de Jehová." Con mucha más frecuencia es el principio de perturbaciones psíquicas. Porque imbuir miedo al niño en cualquier forma es dañino.

Muchas veces me han dicho los padres: "No comprendo por qué mi hijo se ha hecho malo. Lo castigué severamente, y estoy seguro de no haberle dado nunca un mal ejemplo en casa." Con

excesiva frecuencia ha consistido mi trabajo en tratar a niños dañados que habían sido educados con el miedo al látigo o el miedo al Señor, niños que habían sido *violentados* para hacerlos buenos.

El padre rara vez se da cuenta de los terribles efectos que ejercen sobre el niño una serie incesante de prohibiciones, de exhortaciones, de sermoneo, y la imposición de todo un sistema de conducta moral a la que el niño no estaba dispuesto, ni entendía y que, por lo tanto, no aceptaba de buen grado.

El abrumado padre del niño problema no piensa nunca en revisar su propio código moral y, en general, está absolutamente seguro de que sabe exactamente lo que está bien y lo que está mal, y que las normas correctas las enunció autoritariamente de una vez para siempre la Sagrada Escritura. El padre rara vez piensa en recusar las enseñanzas de sus propios padres, ni las de sus maestros, ni el código social consagrado. Tiende a considerar como cosa sabida todo el credo de su cultura. Pensar sobre esas creencias, analizarlas, implica una actividad cerebral excesiva. Recusarlas implica un choque demasiado fuerte.

Así, el abrumado padre cree que su hijo está extraviado. Se le considera voluntariamente malo. Yo declaro mi fuerte convicción de que el niño nunca es malo. Todos los niños malos que yo he manejado fueron casos de una primera educación desorientada y de una primera enseñanza equivocada. Algunos de los principios psicológicos verdaderamente fundamentales son soslayados en el proceso del primer adoctrinamiento habitual de los niños.

En primer lugar, casi todo el mundo cree que el hombre es una criatura con voluntad, que puede hacer lo que quiere hacer. Cualquier psicólogo se mostrará disconforme. La psiquiatría ha demostrado que las acciones de un hombre están dirigidas en gran medida por su inconsciente. La mayor parte de la gente diría que Dillinger habría podido no ser un asesino sólo con que hubiera usado la voluntad. El código penal se funda en la errónea creencia de que todo hombre es una persona responsable capaz de querer el bien o el mal. Así, bastante recientemente fue metido en la cárcel, en Londres, un individuo por salpicar con tinta los vestidos de las mujeres. Para la sociedad ese sujeto es un bribón que podría ser bueno sólo con que quisiera. Para el psicólogo es un pobre enfermo de neurosis que realiza un acto simbólico cuya significación desconoce. Una sociedad instruida lo llevaría amablemente a un médico.

La psicología de lo inconsciente ha demostrado que la mayor parte de nuestras acciones tienen un origen oculto que no podemos descubrir si no es por un complicado análisis, y aun el psicoanálisis no puede llegar a las partes más profundas de lo inconsciente. Obramos, pero no sabemos *por qué* obramos.

Hace algún tiempo dejé de lado todos mis numerosos libros de psicología y me puse a trabajar con azulejos. No sé por qué. Si me hubiera dedicado a salpicar con tinta, tampoco hubiera sabido por qué. Como poner azulejos es una actividad social, soy un ciudadano respetado; y como el salpicar con tinta es antisocial, el otro individuo es un despreciable delincuente. Pero hay una diferencia entre él y yo: a mí me gusta conscientemente el trabajo manual, pero al delincuente no le gusta conscientemente salpicar con tinta. En el trabajo manual, mi parte consciente y mi parte inconsciente trabajan al unísono; en el acto de salpicar con tinta, la parte consciente y la inconsciente están en desacuerdo. El acto antisocial es el resultado del conflicto.

Hace unos años tuvimos en Summerhill un alumno de once años, brillante, inteligente, amable. Se sentaba a leer tranquilamente, y de pronto daba un salto, saltó corriendo de la habitación e intentaba incendiar la casa. Lo movía un impulso, un impulso que no podía dominar.

Muchos de sus anteriores maestros lo habían alentado, con consejos y con el palo, a *usar la voluntad* para tratar de dominar sus impulsos. Pero el impulso inconsciente de pegar fuego a la casa era demasiado poderoso para dominarlo, era mucho más poderoso que el impulso consciente de que no se le mirase mal. Aquel niño no era un niño *malo*, era un niño *enfermo*. ¿Cuáles fueron las influencias que lo hicieron enfermar? ¿Cuáles son las influencias que convierten a los niños en seres enfermos, en delincuentes? Trataré de explicarlo.

Cuando vemos a un niño, sabemos que no hay maldad en él, como tampoco la hay en una col o en un cachorro de tigre. El niño recién nacido trae consigo una fuerza vital; su voluntad, su impulso inconsciente es *vivir*. La fuerza vital lo impulsa a comer, a explorar su cuerpo, a satisfacer sus deseos. Obra como lo *hace* obrar la naturaleza. Mas para el adulto, la voluntad de Dios en el niño —la voluntad de la naturaleza en el niño— es la voluntad del demonio.

Prácticamente todo adulto cree que la naturaleza del niño debe ser mejorada. Ocurre, en consecuencia, que todo padre empieza a enseñar a su hijito cómo vivir.

No tarda el niño en tropezar con todo un sistema de prohi-

biciones. *Esto* es malo, *aquello* es sucio y *lo de más allá* es egoísta. La voz original de la fuerza vital natural del niño choca con la voz de la instrucción. La Iglesia llama a la voz de la naturaleza la voz del demonio, y a la voz de la instrucción moral la voz de Dios. Estoy convencido de que debieran invertirse los nombres.

*Creo que es la instrucción moral la que hace malo al niño. Veo que cuando hago pedazos la instrucción moral que ha recibido un niño, éste se convierte en un niño bueno.*

Quizá haya alguna razón para la instrucción moral de los adultos, aunque lo dudo. No hay ninguna razón para la instrucción moral de los niños, que psicológicamente es un error. Pedirle a un niño que no sea egoísta es un error. Todo niño es egoísta y el mundo le pertenece. Cuando tiene una manzana, su único deseo es comérsela. El único resultado de que la madre lo estimule a repartirla con su hermanito menor es hacerle odiar al hermanito. El altruismo llega después —llega de un modo natural— *si no se le enseña al niño a no ser egoísta*. Probablemente no llegará nunca si se ha obligado al niño a no ser egoísta. Al tratar de suprimir el egoísmo del niño, la madre está fijando el egoísmo para siempre.

¿Cómo acaece eso? La psiquiatría ha demostrado que un deseo insatisfecho persiste en lo inconsciente. Por lo tanto, el niño a quien se le enseña a ser desinteresado, para agradar a la madre se acomodará a sus exigencias. Inconscientemente enterrará sus verdaderos deseos —sus deseos egoístas—, y a causa de esta represión conservará sus deseos infantiles y será egoísta toda la vida. Así, la instrucción moral destruye sus propios propósitos.

Lo mismo sucede en la esfera sexual. Las prohibiciones morales de la infancia fijan el interés infantil en el sexo. Los pobres individuos encarcelados por actos sexuales infantiles —enseñar a las niñas de escuela tarjetas postales pornográficas, jugar en público con los órganos genitales— son hombres que han tenido madres morales. El interés perfectamente inofensivo del niño fue calificado de pecado nefando. El niño reprimió el deseo infantil; pero aquel mismo deseo persistió en lo inconsciente, y se manifestó después en su forma originaria, o con mayor frecuencia, en una forma simbólica. Así, la mujer que hurta bolsos de mano en un comercio está haciendo un acto simbólico que tiene su origen en una represión debida a la enseñanza moral en la infancia. Su conducta constituye en realidad la satisfacción de un deseo sexual infantil prohibido.

Todas esas personas son gente desgraciada. Robar es ser visto con disgusto por el grupo a que uno pertenece, y el instinto de grupo es muy poderoso. Estar a bien con nuestros vecinos es un objetivo legítimo en la vida humana. No está en la naturaleza humana ser antisocial. El mismo egoísmo basta para hacer sociales a los seres normales. Sólo un factor más poderoso que el egoísmo puede hacer antisocial a una persona.

¿Cuál es ese factor más poderoso? Cuando el conflicto entre los dos yos —el yo hecho por la naturaleza y el formado por la educación moral— es demasiado fuerte, el egoísmo vuelve a la fase infantil. Entonces la opinión de la muchedumbre tiene un lugar subordinado. Así, el cleptómano conoce la terrible vergüenza de aparecer en el tribunal de policía y en los periódicos, pero el miedo a la opinión pública no es tan fuerte como el deseo infantil. La cleptomanía significa, en último análisis, el deseo de hallar la felicidad; pero a causa de que la satisfacción simbólica no puede satisfacer nunca el deseo original, la víctima sigue repitiendo su intento.

Un ejemplo hará ver más claramente el proceso del deseo insatisfecho y sus caminos subsiguientes. Cuando el pequeño Billie, de siete años de edad, llegó a Summerhill, sus padres me dijeron que era ladronzuelo. Llevaba una semana en la escuela cuando un individuo del personal vino a decirme que su reloj de oro había desaparecido de la mesa de su dormitorio. Le pregunté a la cuidadora de la casa si sabía algo de aquello.

—Vi a Billie con la maquinaria de un reloj —dijo—. Cuando le pregunté de dónde lo había sacado me dijo que lo había encontrado en casa, en un agujero muy profundo, en el jardín.

Yo sabía que Billie guardaba todas sus cosas en su baúl. Probé abrirlo con una de mis llaves, y lo logré. Allí estaban las ruinas de un reloj de oro, consecuencia indudable de haberlo atacado con martillo y escoplo. Cerré el baúl y llamé a Billie.

—¿Viste el reloj del señor Anderson? —le pregunté.

Me miró con ojos muy abiertos e inocentes.

—No —dijo, y añadió— ¿qué reloj?

Lo miré durante medio minuto.

—Billie —le dije—, ¿sabes de dónde vienen los niños?

Me miró con interés.

—Sí —dijo—, del cielo.

—¡Ah, no! —dije sonriendo—. Os formáis dentro de vuestra mamá, y cuando ya sois bastante grandes, salís.

Sin decir una palabra se dirigió a su baúl, lo abrió y me entregó su reloj roto. Terminaron sus robos, porque lo que

había querido robar era la verdad. Desapareció de su cara el aspecto perplejo y preocupado y fue más feliz.

Quizá el lector se sienta inclinado a pensar que la dramática curación de Billie fue mágica. Cuando un niño habla de un agujero profundo en casa, es probable que inconscientemente esté pensando en la profunda caverna donde empezó su vida. Además, yo sabía que el padre del niño tenía algunos perros. Billie debía saber de dónde venían los cachorrillos, e hizo conjeturas acerca del origen de los niños. La mentira de su tímida madre lo movió a reprimir su teoría, y su deseo de encontrar la verdad tomó una forma de satisfacción simbólica. Simbólicamente, robaba madres y las abría para ver lo que tenían dentro. Tuve otro alumno que solía abrir los cajones por la misma razón.

Lo que los padres deben comprender es que no se puede empujar a un niño a una etapa para la cual no está preparado. Las personas que no se satisfacen con dejar a sus hijos desarrollarse naturalmente desde que andan a gatas hasta que andan en dos pies, y que ponen al niño sobre sus dos pies demasiado pronto, antes de que pueda andar, sólo consiguen el triste resultado de hacer al niño estevado. Como las tiernas piernecitas no son bastante fuertes para sostener el peso del niño, tal exigencia es prematura. El resultado es el desastre. Si los padres hubieran esperado a que el niño estuviera *naturalmente* preparado para andar, el niño habría andado perfectamente bien por sí solo. De un modo análogo, los esfuerzos inoportunos para instruir al niño en lo que respecta al cuarto de baño, tiene que producir funestos resultados.

Lo mismo puede decirse de la instrucción moral. Obligar a un niño a adoptar valores que no está naturalmente dispuesto a adoptar, no sólo dificultará la adopción de esos valores en el momento oportuno, sino que induce a la neurosis.

Pedir a un niño de seis años que haga cuatro dominaciones seguidas en el trapecio es pedirle demasiado. No tiene los músculos bastante fuertes para semejante ejercicio. Pero si se le deja a ese mismo niño desarrollarse de un modo natural, fácilmente hará aquellas dominaciones a la edad de dieciocho años. De manera análoga, no debiera intentarse apresurar el desarrollo del sentido moral del niño. El padre tiene que ejercitar la paciencia, seguro en la idea de que el niño ha nacido bueno y que inevitablemente se convertirá en un ser humano bueno si no le perturban y frustran su desarrollo natural intervenciones indebidas.

Mi experiencia de muchos años en el manejo de niños en Summerhill me convence de que *no hay ninguna necesidad de enseñar a los niños cómo han de portarse. Un niño aprenderá lo que es bueno y lo que es malo a su debido tiempo, siempre que no se le presione.*

Aprender es un proceso de adquisición de valores del ambiente. Si los padres son honrados y morales, a su debido tiempo sus hijos seguirán el mismo camino.

#### INFLUENCIAS SOBRE EL NIÑO

Los padres y los maestros dan gran importancia al hecho de influir sobre los niños, porque creen que saben lo que los niños deben tener, deben aprender y deben ser. No estoy de acuerdo. Yo no intento nunca hacer que los niños compartan mis creencias o mis prejuicios. No tengo religión, pero nunca he enseñado nada contra la religión, ni contra nuestro bárbaro código penal, ni contra el antisemitismo, ni contra el imperialismo. Conscientemente no influyo nunca en los niños para que sean pacifistas, o vegetarianos, o reformadores, o cualquiera otra cosa. Sé que las prédicas no rompen el hielo con los niños. Yo pongo mi confianza en el poder de la libertad para fortalecer a los jóvenes contra la simulación, contra el fanatismo y contra los ismos de todas clases.

Toda opinión que se le impone a un niño es un pecado contra él. Un niño no es un adulto pequeño y, posiblemente, no puede tomar el punto de vista del adulto.

Veamos un ejemplo. Una noche dije a cinco niños de siete a once años: —La señorita Y tiene gripe y se siente mal. Procurad no hacer ruido cuando vayáis a acostaros. Prometieron estar callados. Cinco minutos después reñían una gran batalla de almohadas con gran estruendo. Dejando a un lado toda idea de que los niños tuvieran un deseo inconsciente de amargarle la vida a la señorita Y, sostengo que la falta está en la edad. Es cierto que una voz severa y un látigo habrían garantizado el silencio a la señorita Y, pero ese silencio sería a expensas de introducir el miedo en las vidas de aquellos niños. El método universal de tratar a los niños es enseñarles a adaptarse a nosotros y a nuestras necesidades. Es un método equivocado.

Pocos padres y maestros se dan cuenta de que hablar a los niños pequeños es tiempo perdido. Ningún niño del mundo se ha beneficiado realmente de la consagrada reacción paterna al hecho de tirarle de la cola al gato: —¿Te gustaría que alguien

te tirase a ti de las orejas?—. Ningún niño comprende nunca realmente lo que quieren decir los padres cuando dicen: —¿Le clavaste un alfiler al niño? Para que veas lo que duele un pinchazo, yo te... (gritos). Eso te enseñará a no hacerlo más—. Quizás le enseñe, pero los resultados definitivos llenan nuestras clínicas.

Estoy procurando convencer a los padres de que un niño no puede ser causa y efecto. Decirle a un niño: —Has sido tan desobediente, que no te daré los cinco centavos de los sábados—, es un error. Porque cuando llegue el sábado y se le recuerden sus desmanes y su castigo, simplemente se sentirá con razón, colérico y frustrado. Pues lo que sucedió el domingo, pongamos por caso, es ya cosa del pasado remoto, algo que no tiene relación con los cinco centavos del sábado presente. No se siente culpable en absoluto, pero siente mucho odio contra la autoridad que lo priva de sus centavos.

Un padre debe preguntarse siempre si no impone directivas a causa de su tendencia al poder y de la necesidad que experimenta de satisfacer dicha tendencia moldeando a alguien. Todo el mundo busca la buena opinión de los vecinos. A menos que otras fuerzas lo impulsen a una conducta antisocial, un niño querrá de un modo natural hacer lo que le hará bienquisto, pero este deseo de agradar a los demás aparece en determinada etapa de su desarrollo. El intento por parte de los padres y los maestros de acelerar artificialmente esa etapa causa al niño daños irreparables.

En cierta ocasión visité una escuela moderna en la que más de cien niños y niñas se habían reunido por la mañana para escuchar a un eclesiástico que les dirigía la palabra. Les habló con mucha seriedad, aconsejándoles que estuvieran preparados para escuchar el llamamiento de Cristo. El director me preguntó después qué pensaba del discurso. Le contesté que me había parecido criminal. Estaban allí veintenas de niños, todos con su conciencia del sexo y de otras cosas; el sermón no hizo más que aumentar el sentimiento de culpabilidad de cada niño.

Otra escuela progresista obliga a los alumnos a escuchar a Bach durante media hora antes del desayuno. Ahora bien, ese intento de elevar señalando valores de cierto nivel, psicológicamente tiene el mismo efecto sobre el niño que la vieja amenaza calvinista del infierno. Hace que el niño reprima lo que se le dice que es de mal gusto.

Cuando un director de una escuela me dice que a sus alumnos les gusta Beethoven y que no quieren tener jazz, estoy se-

guro de que hizo valer su influencia, porque mis alumnos, en su gran mayoría, prefieren el jazz. Yo personalmente odio las cosas ruidosas y gritonas; pero estoy seguro de que aquel director está equivocado, aunque puede ser un sujeto bueno y honrado.

Cuando una madre enseña a su hijo a ser bueno, reprime los instintos naturales del niño. Le dice al niño: —Lo que quieres hacer es malo—, y esto equivale a enseñarle a odiarse a sí mismo. Es imposible amar a los demás odiándose a sí mismo. Sólo podemos amar a los demás si nos amamos a nosotros mismos.

La madre que castiga al niño por una pequeña costumbre sexual es siempre una mujer cuya actitud hacia el sexo es sucia. El explotador que se sienta como juez en el tribunal está honradamente indignado contra el acusado que robó una bolsa. Nos hacemos moralistas porque no tenemos el valor de mirar cara a cara a nuestras almas desnudas. La guía que les ofrecemos a los niños es nuestra propia guía. Inconscientemente nos identificamos con nuestros niños. El niño que menos nos gusta es siempre el niño que más se parece a nosotros. Odiamos en los demás lo que odiamos en nosotros mismos; y como cada uno de nosotros se odia a sí mismo, los niños reciben los resultados en golpes, regaños, prohibiciones y sermones morales. ¿Por qué nos odiamos a nosotros mismos? Es un círculo vicioso: nuestros padres se esforzaron en mejorar lo que nos dio la naturaleza.

Al tratar con malhechores, el padre, el maestro, o el magistrado, tiene que mirar de frente los factores emocionales que alientan en él mismo. ¿Es un moralista, un odiador, un sádico, un ordenancista? ¿Es partidario de reprimir el sexo en los jóvenes? ¿Tiene alguna vislumbre de psicología profunda? ¿Obra convencionalmente y por prejuicios? En suma, ¿es libre?

Ninguno de nosotros es del todo libre emocionalmente porque fuimos condicionados en la cuna. Quizá las preguntas a formular sean: *¿Somos bastante libres para no meternos en la vida de los demás, por jóvenes que sean? ¿Somos bastante libres para ser objetivos?*

#### JURAMENTOS Y BLASFEMIAS

Una de las cosas que constantemente se le critican a Summerhill es que los niños lanzan juramentos y palabrotas. Es verdad que lanzan juramentos, si decir palabras del inglés antiguo es lanzar juramentos. Es cierto que todo alumno nuevo jura más de lo necesario.

En las asambleas generales de la escuela siempre era acusada

una niña de trece años procedente de un convento de decir *hijo de perra* cuando iba a bañarse al mar. Tenía yo la impresión de que sólo soltaba juramentos cuando se bañaba en una playa pública, entre desconocidos, y que lo hacía por ostentación. Como le dijo un muchacho: —Eres una gansita tonta. Juras por ostentación delante de la gente, pretendes enorgullecerte de que Summerhill es una escuela libre. Pero tú haces lo contrario: haces que la gente sienta desprecio por la escuela.

Le expliqué que realmente trataba de hacerle daño a la escuela porque la odiaba. —Pero no odio a Summerhill —gritó—. Es un sitio estupendo.

—Sí —le dije—, es un lugar estupendo, pero tú no estás en él. Tú estás todavía en tu convento, y has traído contigo todo tu odio al convento y todo tu odio a las monjas. Todavía identificas a Summerhill con el odiado convento. En realidad no es a Summerhill a quien quieres dañar, es al convento—. Pero siguió lanzando su frase preferida hasta que Summerhill se convirtió para ella en un lugar real y no en símbolo. Después dejó de jurar.

Los juramentos o reniegos son de tres clases: sexuales, religiosos y escatológicos. En Summerhill el tipo religioso de reniego no es problema porque no se enseña religión a los niños. Ahora bien, la mayor parte de los niños y de los adultos lanzan juramentos. El ejército es famoso por lo que un personaje de Kipling llamaba "el adjetivo". En la mayor parte de las universidades y de los clubes los estudiantes usan una jerga sexual y escatológica. Los niños de escuela juran en secreto, y cuentan cuentos verdes. La diferencia entre Summerhill y una escuela preparatoria es que en una los niños lanzan reniegos francamente, mientras que en la otra lo hacen en secreto.

Son siempre alumnos nuevos los que convierten en un problema los reniegos en Summerhill. No es que los alumnos antiguos tengan lenguas santas, pero juran en el momento adecuado, por decirlo así; emplean el control consciente y cuidan de no molestar a los extraños.

Nuestros pequeños tienen un interés especial por las palabras del inglés antiguo que denominan las heces. Usan muchas, es decir, los que proceden de hogares cultos. Quiero decir los hogares en que se habla del número 100 o de *hacer pipi*. A los niños les gustan las palabras anglosajonas. Más de un niño me ha preguntado por qué está mal decir *mierda* en público y bien decir *heces* o *excremento*. En vano intenté saberlo.

Los niños de kindergarten, cuando no se les moldea, tienen un vocabulario escatológico en gran parte. Los más pequeños de Summerhill, de hasta siete años de edad, se divierten gritando *caca* y *pis*. Compruebo que la mayor parte de ellos fueron rígidamente instruidos acerca de los hábitos de retrete cuando eran bebés y que, en consecuencia, es probable que tengan complejos relativos a las funciones naturales. Pero uno o dos de ellos se habían criado autorregulados y no tenían una instrucción disciplinada en limpieza, no estaban sujetos a tabús ni a palabras como *desobediente* o *sucio*, no tenían la experiencia de que los adultos ocultasen su desnudez ni se escandalizasen por las funciones naturales. Esos niños autorregulados parecen sentir el mismo gusto en usar las palabras sajonas que sus amigos disciplinados. Así, pues, no parece ser cierto que la libertad para lanzar reniegos prive automáticamente de atractivo a las palabras obscenas. Nuestros niños pequeños usan esas palabras libremente y a trochemoche; mientras que cuando juran los niños o las niñas mayores, usan las palabras como lo haría un adulto, es decir, apropiadamente.

Las palabras sexuales se usan más generalmente que las excrementicias o escatológicas. Nuestros niños no encuentran divertidos a los retretes. Su falta de represión acerca de los excrementos hace que las referencias a ellos sean más insulsas y naturales. Con el sexo es diferente. El sexo es parte tan importante de la vida, que su vocabulario impregna toda nuestra existencia. En su forma mencionable, lo vemos prácticamente en todas las canciones y danzas, ya sea *My Red Hot Mamma* o *When I Get You Alone Tonight*.

Los niños aceptan los reniegos como un lenguaje natural. Los adultos los condenan a causa de que su propia obscenidad es mayor que la de los niños. Únicamente una persona obscena puede condenar la obscenidad. Me imagino que si un padre enseñase a su niño a creer que la nariz es sucia y mala, el niño susurraría la palabra *nariz* por los rincones oscuros.

Los padres deben formularse a sí mismos la siguiente pregunta: "¿Debo permitir a mis hijos que juren abiertamente, o les dejaré que sean obscenos sólo en los rincones oscuros y sucios?" No hay otro camino. El secreteo puede llevar en la edad adulta a las aburridas historias de los viajeros comerciales. La franqueza lleva a un interés claro y limpio por todo lo de la vida. Me aventuro a decir que nuestros antiguos alumnos tienen las mentes más limpias de Inglaterra.

Pero los parientes o los vecinos antivitales y reprobadores que

condenan los reniegos en los niños se encontrarán con ellos en un momento o en otro. En el caso de Zoe, nos encontramos con que admite una explicación racional de la conducta de los extraños. Algún niño le enseñó la palabra que la ley no nos deja imprimir. Estando yo hablando con el padre de un posible alumno —un hombre de negocios formalista—, Zoe empezó a buscar sin éxito un juguete cerca de nosotros, y a cada fracaso soltaba la palabra. Después le dijimos (ahora creo que equivocadamente) que a algunas personas no les gustaba aquella palabra y que no debía usarla cuando hubiera visitantes. —*Okay*—dijo.

Una semana más tarde estaba Zoe haciendo algo difícil. Levantó los ojos y preguntó a una maestra: —¿Es usted una visitante?

La señora contestó: —¡Naturalmente que no!

Entonces Zoe lanzó un suspiro de alivio y gritó la aludida palabra.

He visto a muchos niños que en su casa eran libres de decir lo que quisieran, rechazados por otras familias. *Probablemente no invitaremos a Tommy a la fiesta porque no queremos que corrompa a nuestros niños con su espantoso lenguaje*. La proscripción es un penoso castigo. En consecuencia, hay que prestar atención a los tabús del mundo exterior y guiar a los niños de acuerdo con él. Pero la guía no debe ir acompañada de censura punitiva.

#### CENSURA

¿Hasta qué punto debemos someter a nuestra censura las lecturas de un niño? En los anaqueles de mi oficina hay algunos libros sobre psicología y asuntos sexuales. Todos los niños tienen libertad para llevárselos prestados en cualquier momento. Pero dudo que nunca hayan mostrado interés por ellos más de uno o dos. Ningún niño o niña ha pedido nunca *Lady Chatterley's Lover*, ni *Ulysses*, ni *Krafft-Ebing*, y sólo uno o dos de los mayores se llevaron prestada la *Encyclopedia of Sex Knowledge*.

Pero una vez un alumno nuevo, una muchacha de catorce años, cogió el *Young Girl's Diary* de mi estantería. La vi sentarse y contener la risa mientras leía. Seis meses después lo leyó por segunda vez y me dijo que era bastante aburrido. Lo que había sido una lectura picante para la ignorancia se había convertido en una lectura vulgar para una mente instruida. Aquella niña llegó a Summerhill con una ignorancia morbosa que cuchicheaba por los rincones de las clases. Naturalmente, la



limpié en cuestiones sexuales. La prohibición siempre hace a los niños leer libros a hurtadillas.

En nuestros días juveniles siempre pasaron por la censura nuestras lecturas, de suerte que nuestra ambición mayor era conseguir *Tess of the D'Urbervilles*, o Rabelais, o traducciones de novelas francesas. En otras palabras, se empleaba la censura como criterio para seleccionar los libros más interesantes.

La censura es débil, ya que no protege a nadie. El *Ulysses* de James Joyce estuvo prohibido en Inglaterra y los Estados Unidos, pero podía comprarse en París o en Viena. Contiene palabras que habitualmente se consideran obscenas. Un lector ingenuo no entenderá esas palabras; un lector maleado, como ya las conoce, no será corrompido. Recuerdo cómo me criticó un director de una escuela porque compré para la biblioteca de la escuela *The prisoner of Zenda*. Sorprendido, le pregunté por qué. Me dijo que los primeros capítulos trataban de hijos ilegítimos. Yo había leído el libro dos veces y no lo había notado.

Las mentes de los niños parecen ser más limpias que las de los adultos. Un niño puede leer *Tom Jones* y no darse cuenta de los pasajes obscenos. Si libramos al niño de la ignorancia del sexo, destruimos el peligro de cualquier libro. Estoy firmemente en contra de la censura en cualquier edad.

Cuando dejamos el sexo y pasamos al miedo es cuando la censura se convierte en un problema más difícil. Libros terroríficos como *Drácula*, de Bram Stoker, puede tener malas consecuencias en la mente de un niño neurótico, y yo no dejaría deliberadamente ese libro al alcance de tal niño. Pero como mi trabajo consiste en tratar de analizar las raíces del miedo, no prohibiré a un niño que lo lea. Al contrario, atacaría los síntomas provocados por la lectura del libro.

Recuerdo que cuando era niño me horrorizaba la historia bíblica de los niños devorados por osos, pero nadie defiende que se someta la Biblia a censura. Muchos niños leen la Biblia buscando pasajes obscenos. Cuando era niño yo los sabía todos, capítulo y versículo. Ahora me impresiona que mi miedo a los osos haya sido quizá consecuencia de que mi conciencia me punzara en relación con otras partes de la Biblia.

Somos inclinados a exagerar el efecto de los cuentos sangui-narios sobre los niños. La mayor parte de los niños pueden disfrutar con los relatos más sádicos. Los domingos por la noche, cuando relato a mis alumnos cuentos de aventuras en que ellos son rescatados en el último momento de la caldera de los caníbales, saltan de alegría.

Probablemente son los cuentos sobrenaturales los más terroríficos. La mayor parte de los niños tienen miedo de los fantasmas, en especial los niños de familias religiosas. En esto, como en las materias sexuales, el método apropiado es suprimir el miedo y no censurar el libro. Concedo que es difícil conjurar fantasmas en el alma, pero el maestro o el médico deben tratar de conjurarlos. El deber de los padres es cuidar de que los fantasmas no entren en el alma del niño.

Los padres no debieran leer nunca a sus hijos cuentos de gigantes crueles y de brujas malvadas. Algunos dudan en leer un cuento como *Cenicienta* basándose en que tiene una moraleja equivocada: Sé una galopina incapaz de elevarte por encima de la ceniza, y un hada benéfica te dará un príncipe por marido. ¿Qué efecto dañoso puede tener en un niño sano?

El porcentaje de cuentos de crímenes que se ven en los puestos de libros de las estaciones de los ferrocarriles es elevado. Cuando un muchacho de dieciséis años mata a un policía uno o dos millones de lectores no ven que está viviendo el tipo de fantasía que ellos leen y con la que se divierten. El cuento espeluznante denota nuestra incapacidad para jugar, para fantasear, para crear. Fundamentalmente, remueve nuestro odio reprimido y nuestro deseo de dañar y matar.

Ir al cine y leer libros no son cosas de la misma categoría. Lo escrito no es nunca tan terrorífico como lo que se ve y se oye. Algunas películas llenan de terror a los niños, y nunca se está seguro de dónde y cuándo puede surgir algo espantoso en una película. Hay demasiada brutalidad en la pantalla. Los hombres se dan puñetazos en la cara y a veces pegan a las mujeres. Los noticieros presentan encuentros de boxeo y de lucha grecorromana. Para completar el panorama sádico, hay películas que tratan de corridas de toros. Yo he visto a niños pequeños asustados del cocodrilo o de los piratas de *Peter Pan*. *Bambi* es un cuento encantador, tan humano y tierno que no puedo comprender cómo nadie pueda matar a tiros a un gamo después de haber visto la película. A los niños les gusta, aunque algunos gritan de miedo cuando los perros de los cazadores atacan a Bambi. En consecuencia, está justificado que un padre prohíba determinadas películas a su hijo.

Es discutible que las películas sexuales sean dañinas para la mayor parte de los niños. Indudablemente, esas películas no perjudican a los niños libres. Mis alumnos vieron la película francesa *La Ronde* sin gran emoción y sin experimentar malos efectos. Esto se debe a que los niños ven lo que quieren ver.

Un cuento cinematográfico sin sexo no medrará mucho en taquilla. Las películas de asuntos sexuales consumen más del ingreso nacional que los libros y la música. Se venden mejor los cosméticos que las entradas para un concierto. Pero debemos recordar que por debajo de la forma mencionable del sexo está siempre la inmencionable. Detrás del carruaje nupcial, del zapato viejo y del arroz están las innumerables cosas que esas cosas simbolizan.

La popularidad de las películas se debe a las facetas escapistas que todos tenemos, y por eso los productores dan casi siempre escenarios suntuosos y vestidos espléndidos. En medio de todo ese lujo, los personajes villanos reciben su castigo y los virtuosos después viven felices para siempre.

Hace poco vi una película en la que un hombre vendía su alma al diablo. Los niños estuvieron unánimemente de acuerdo en que el diablo se parecía mucho a mí. Siempre soy el demonio para los niños a los que se les ha enseñado que el pecado del sexo es el pecado contra el Espíritu Santo. Cuando les digo que no hay nada pecaminoso en relación con el cuerpo, me miran como al diablo tentador. Para los niños neuróticos yo represento a la vez a Dios y al diablo. Un pequeñuelo cogió un día un martillo para matar al diablo. Tiene sus peligros ayudar a neuróticos.

Someter a censura las compañías de un niño es excesivamente difícil en la mayor parte de los casos. Creo que sólo debiera hacerse cuando un niño de la vecindad es cruel o bravucón. Afortunadamente, la mayoría de los niños saben seleccionar por naturaleza, y tarde o temprano encuentran compañeros adecuados.

## V. PROBLEMAS DE LOS NIÑOS

### CRUELDAD Y SADISMO

La crueldad es amor pervertido; por eso el sadismo extremado es siempre sexualidad pervertida. La persona cruel no puede dar, porque dar es una acción amorosa.

No hay el instinto de la crueldad. Los animales no son crueles. El gato no juega con el ratón porque sea cruel. Es simplemente un juego, y no hay el menor sentido de crueldad.

En los humanos, la crueldad se debe a motivos que, en su mayor parte, son inconscientes. En mi larga experiencia con niños en Summerhill rara vez he tenido un niño a quien le gustara torturar a los animales. Hubo una excepción hace algunos años. A John, de trece años, le dieron un perrito como regalo de cumpleaños. Como John llevaba siempre al pequeño "Spot" con él, pronto se dejó ver que maltrataba al perro. Yo concluí que identificaba a "Spot" con su hermano menor Jim, el favorito de su madre.

Un día vi a John pegando a "Spot". Fui al perrito, lo acaricé y dije: —¡Hola, Jim! Indudablemente, hice a John darse cuenta de que había estado desahogando en el pobre perro su odio a su hermano rival. Desde entonces dejó de ser cruel con "Spot". Pero yo no había hecho más que tocar el síntoma; no curé su sadismo.

Los niños libres, felices, no son crueles. La crueldad de muchos niños nace de la que han practicado con ellos personas adultas. No puede uno ser golpeado sin que desee a su vez golpear a otro. Como hacen los maestros, uno elige a alguien que es físicamente más débil. Los niños de las escuelas de disciplina estricta son más crueles entre sí que los niños de Summerhill.

La crueldad se racionaliza invariablemente: *me duele más a mí que a ti.* Pocos sádicos, si es que alguno, dicen francamente: "Pego a la gente porque experimento una satisfacción al hacerlo", aunque ésta es la verdadera explicación. Explican su sadismo con razones morales, diciendo: "No quiero que mi hijo sea blando. Quiero que sea capaz de encajar en un mundo que va a darle muchos golpes. Zurro a mi hijo porque me zurron a mí cuando era niño, y me hizo mucho bien."

Los padres que pegan a sus hijos siempre tienen preparadas

esas explicaciones falsas. Todavía no he conocido a un padre que diga honradamente: "Pego a mi hijo porque lo odio, porque me odio a mí mismo, odio a mi mujer, mi trabajo, a mis parientes... en realidad odio a la vida misma. Pego a mi hijo porque es pequeño y no puede devolverme los golpes. Le pego porque temo a mi jefe. Cuando mi jefe me riñe, me desquito en casa pegándole a mi hijo."

Si los padres fuesen bastante honrados para decir todo eso, no sentirían la necesidad de ser crueles con sus hijos. La crueldad nace de la ignorancia y del odio de uno a sí mismo; la crueldad protege al sádico para que no se dé cuenta de que es su propia naturaleza la que está pervertida.

En la Alemania de Hitler aplicaban el tormento pervertidos sexuales del tipo de Julius Streicher; su periódico *Der Stürmer* estaba lleno de artículos sobre temas sexuales viles y pervertidos mucho antes de que se crearan los campos de concentración. Pero muchos padres que zahieren la perversión sexual del sádico encarcelado no aplican el mismo razonamiento a su propio pequeño sadismo. Pegar a un niño en casa o en la escuela es fundamentalmente lo mismo que torturar a un judío en Belsen. Si el sadismo tenía un fondo sexual en Belsen, probablemente lo tiene también en la escuela o la familia.

Ya oigo protestar a una madre: "¡Insensatez! ¿Quiere usted decir que cuando hoy le di un golpe en la mano a Jimmy porque tocaba el vaso de la abuela daba yo muestra de perversión sexual?"

Mi contestación es: "Sí, en grado menor. Si estuviera usted casada felizmente y tuviera una vida sexual plenamente satisfactoria, no pegaría usted a Jimmy. El pegar es literalmente odio a la carne, y la carne significa el cuerpo con todas sus exigencias y deseos. Si amase usted a su propia carne, no querría usted lastimar la carne de Jimmy."

Los padres pueden pegar a sus hijos todo lo que quieran mientras no dejen verdugones que puedan verse en un tribunal de justicia. Nuestro código penal es una larga serie de crueldades disfrazadas de justicia.

La crueldad mental es más difícil de combatir que la crueldad física. Una ley municipal puede abolir los castigos corporales en las escuelas, pero ninguna ley puede alcanzar nunca a la persona que practica la crueldad mental. Una lengua paterna cínica o malévola puede hacerle a un niño un daño incalculable. *Torpe, no puedes hacer una cosa sin que sea chapucera.* Esos individuos muestran también el odio a sus mujeres con críticas

constantes. Y hay mujeres que gobiernan a los maridos y a los hijos intimidándolos e injuriándolos.

Una forma especializada de crueldad mental es la que muestra un padre cuando proyecta sobre los hijos su odio a su mujer.

Los maestros muestran a veces crueldad adoptando expresiones desdeñosas y sarcásticas. Tales maestros esperan que sus alumnos se rían a carcajadas cuando torturan a un pobre niño humillado.

Los niños no serán nunca crueles a menos de que hayan sido obligados a reprimir alguna emoción fuerte. Los niños libres tienen muy poco o ningún odio que expresar. No odian a los demás y no son crueles.

Todos los pequeños bravucones han sufrido en sus vidas distorsiones o violencias. Muchas veces no hacen más que tratar a los otros como fueron tratados ellos. Los golpes hacen a un niño sádico en el deseo y en la práctica.

Los niños sometidos a represiones son crueles en sus bromas. Apenas si he visto alguna vez una burla de hecho en Summerhill. Las que vi solían estar planeadas por alumnos recién llegados de escuelas particulares. A veces, al empezar el curso, cuando los niños vuelven de la fuerte represión de sus casas, hay despliegue de bromas —esconder bicicletas y cosas por el estilo—, pero no duran más de una semana. En general el humor es benigno en Summerhill. La razón es que los niños gozan de la aprobación y el cariño de los maestros; porque los niños son buenos cuando desaparece la necesidad de odiar y temer.

#### CRIMINALIDAD

Muchos psicólogos creen que el niño no nace ni bueno ni malo, sino con tendencia tanto a la beneficencia como a la criminalidad. Yo creo que no hay instinto de criminalidad ni ninguna tendencia natural a la malevolencia, en el niño. La criminalidad aparece en el niño como una forma pervertida del amor. Es una expresión radical de crueldad. También nace de la falta de amor.

Un día uno de mis alumnos, un niño de nueve años, estaba jugando y canturreando alegremente para sí: —"Quiero matar a mi madre." Era una conducta inconsciente, porque estaba haciendo un barco y tenía puesto en esa actividad todo su interés consciente. El hecho es que su madre vive su vida y lo ve rara vez. No lo quiere e inconscientemente él lo sabe.

Pero aquel niño —uno de los niños más encantadores— no comenzó su vida con pensamientos criminales. Es sencillamente la vieja historia: *si no puedo hacer que me quieran, haré que me odien*. Todo caso de criminalidad en un niño puede atribuirse a falta de amor.

Otro alumno, también de nueve años, tenía la fobia del veneno: temía que su madre lo envenenase. Cuando se levantaba de la mesa, él acechaba todos sus movimientos; y en ocasiones decía: —Sé lo que buscas; vas a coger el veneno para echármelo en la comida. Sospeché que era un caso de proyección. Su madre parecía querer más a su hermano, y probablemente el hijo neurótico fantaseaba con envenenar a su madre y a su hermano. Su miedo probablemente era un miedo al castigo: *Quiero envenenarla, y quizá ella quiera envenenarme en venganza*.

El crimen es indudablemente una expresión de odio. El estudio de la criminalidad en los niños se resuelve en el estudio de las causas que impulsan a un niño a odiar. Es una cuestión de ego lastimado.

No podemos olvidar el hecho de que el niño es primordialmente un egoísta. No le importa nadie. Cuando el ego está satisfecho, tenemos lo que llamamos bondad; cuando está sobremanera insatisfecho, tenemos lo que llamamos criminalidad. El criminal se venga en la sociedad porque la sociedad no ha apreciado su ego mostrándole amor.

Si los seres humanos nacieran con el instinto de la criminalidad, habría tantos criminales en la clase media acomodada como en los barrios más miserables. Pero las personas bien acomodadas tienen más oportunidades para la expresión del ego. Los placeres que compra el dinero, el ambiente refinado, la cultura y el orgullo del nacimiento, todo alimenta al ego. Entre los pobres, el ego muere de inanición. Sólo muy pocos niños pobres llegan a distinguirse. Ser un criminal, un *gangster*, y hasta un bravucón, son maneras de distinguirse.

Muchas personas creen que las malas películas forman criminales. Me parece que es una opinión corta de vista. Dudo mucho que una película haya corrompido nunca a nadie. Indudablemente, una película puede sugerirle un método a un joven, pero el móvil estaba presente antes de que la película saliese al público. La película puede hacer más artístico el crimen, pero probablemente no puede sugerir el crimen a nadie que no lo haya proyectado.

El crimen es, ante todo, un asunto familiar, y después un asunto de la comunidad. La mayor parte de nosotros, si quere-

mos ser honrados, admitiremos que hemos matado a nuestras familias en la fantasía. Tuve una alumna que le daba las muertes más horribles, en especial, a la madre.

La autoridad y los celos están detrás de muchos deseos asesinos. Ningún niño puede hacer frente a la autoridad. Y como tantos niños son deformados desde la edad de cuatro años a la de dieciséis, me maravillo de que no haya más asesinatos en el mundo.

En un niño, la voluntad de poder es la voluntad de ser admirado y querido. El niño se esfuerza por despertar admiración y atención. Así, encontramos ideas criminales en niños introvertidos, niños tímidos que no tienen dotes sociales. La niña fea tejerá fantasías de muerte repentina mientras su linda hermana está bailando sola delante de los invitados.

El extravertido no tiene ocasión de odiar; ríe, baila y habla, y la apreciación de su auditorio satisface su deseo de ser admirado.

El introvertido se sienta en un rincón y sueña lo que debiera ser. El niño más introvertido de mi escuela no toma parte en las noches sociales. No baila, no canta nunca, nunca toma parte en los juegos violentos. En sus lecciones conmigo me habla de un mago maravilloso que le sirve. No tiene más que decir una palabra y el mago le dará un Rolls Royce. Un día le conté un cuento en que todos los niños de Summerhill habían naufragado en una isla. No pareció gustarle el cuento. Le pedí que lo corrigiera. —Haz que sea yo el único que se salva —dijo.

Todos estamos familiarizados con el mecanismo de subir a costillas de otro. Es la psicología del chismoso. —Mire, Tommy está diciendo malas palabras —significa: *Yo no digo malas palabras; yo soy un buen muchacho*.

La diferencia entre la persona que mata a sus rivales en la fantasía y el criminal que los mata de verdad es una diferencia de grado. En la medida en que todos estamos sedientos de amor, todos somos criminales potenciales. Solía yo lisonjearme de que curaba a los niños de sus fantasías criminales con mis métodos psicológicos, pero ahora creo que hay que atribuirlo todo al amor. Pretender que quiero a un alumno nuevo sería ilusorio; pero el niño siente que lo quiero porque respeto su ego.

Concederle a un niño la libertad de ser él mismo es la verdadera curación de la criminalidad. Aprendí esto hace años, cuando visité la Little Commonwealth, de Homer Lane, quien daba a los niños delincuentes la libertad de ser ellos mismos, y se hacían buenos. En los barrios miserables, el único modo

que tienen los delincuentes de satisfacer sus egos es atraer la atención con una conducta antisocial. Lane me dijo que había visto a algunos niños criminales mirar orgullosamente al tribunal mientras se celebraba el juicio. En la comunidad agrícola de Lane, los niños descubrían nuevos valores, valores sociales, es decir, *buenos* valores. Para mí la demostración en aquella granja de Dorset fue la prueba convincente de que no hay una tendencia prístina a la criminalidad.

Pienso en los muchachos nuevos que se escapaban. Lane los perseguía y los cogía. El muchacho, acostumbrado a las bofetadas, levantaba un brazo protector. Lane sonreía y le ponía algún dinero en la mano.

—¿Para qué es esto? —balbuceaba el muchacho.

—Toma el tren para volver a tu casa, hombre —le decía Lane—. No vayas andando.

Aquella noche el muchacho volvía a la República.

Pienso en ese procedimiento, y pienso en los métodos severos de la mayor parte de las escuelas reformativas. Es la ley la que comete el crimen. La ley en la casa proclamada por las órdenes prohibitivas del padre refrena el ego del niño; y al refrenar el ego, hace malo al niño. La ley del Estado no hace más que revivir los recuerdos inconscientes de las restricciones del hogar.

La represión despierta desconfianza, y la desconfianza busca la venganza naturalmente. La criminalidad es venganza. Debemos mostrar cariño y respeto al niño.

#### EL ROBO

Hay que distinguir dos clases de robo: el robo cometido por un niño normal y el robo cometido por un niño neurótico.

Un niño natural, normal, robará. Simplemente quiere satisfacer su impulso adquisitivo; o quiere correr una aventura con sus amigos. Todavía no ha hecho la distinción entre *mío* y *tuyo*. Muchos niños de Summerhill cometen esta clase de robo hasta cierta edad. Tienen libertad para vivir esa etapa.

Hablando con varios maestros de escuela sobre sus huertas, les oí decir que sus alumnos cogían la mayor parte de la fruta. Ahora tenemos un huerto grande en Summerhill lleno de árboles y arbustos frutales, pero nuestros niños rara vez roban la fruta. Hace algún tiempo, dos muchachos fueron acusados en una asamblea general de la escuela de robar fruta. Eran alum-

nos nuevos. Cuando se disiparon sus temores, perdieron el interés en robar fruta.

El robo escolar es en gran parte un asunto comunal. El robo comunal sugiere que el espíritu de aventura juega en él un papel importante. Y no sólo la aventura, sino la ostentación, la resolución, las dotes de mando.

Sólo de vez en cuando se ve el ladrón solitario, que es siempre un niño astuto con una inocencia angelical en la cara, y que puede hacerlo impunemente porque en Summerhill no hay renegados que lo delaten. No, nunca puede decirse que un niño es ladrón sólo con mirarle a la cara. Ciertamente, tengo un niño con una sonrisa tan inocente y de ojos tan claros, azules y cándidos, que abrigo fuertes sospechas de que no es enteramente ignorante del paradero de cierta lata de fruta que desapareció de la despensa de la escuela la noche pasada.

Pero he visto a muchos niños que robaban a los trece años de edad convertirse en ciudadanos honrados. La verdad parece ser que los niños tardan en desarrollarse más tiempo del que solemos pensar. Por desarrollarse entiendo convertirse en un ser social.

El niño es ante todo un egoísta, por lo general hasta los comienzos de la pubertad; y hasta entonces no llega a poseer el arte de aceptar los puntos de vista de los demás. Los conceptos de *mío* y *tuyo* son conceptos de adulto. Los niños adquirirán este sentido cuando lleguen a la madurez.

Si los niños son amados y libres, *con el tiempo* serán buenos y honrados. Esto suena a una mera frase, pero yo conozco los muchos obstáculos que surgen en la práctica.

En Summerhill no puedo dejar abierto el refrigerador ni la caja del dinero. En las asambleas escolares de Summerhill los niños se acusan unos a otros de forzar sus baúles. Incluso un solo ladrón puede hacer que la comunidad cierre deliberadamente bajo llave sus propiedades; y hay pocas comunidades juveniles que sean completamente honradas. Hace cincuenta y cinco años yo no me atrevía a dejar un libro en el bolsillo de mi abrigo en la sala de los estudiantes de la Universidad; y he oído rumores de que algunos miembros del Parlamento titubean en dejar objetos de valor en los abrigos y los portafolios.

La honradez parece ser un carácter adquirido que apareció tarde en la evolución del hombre con la llegada de la propiedad privada. Probablemente el miedo es lo que contribuye más a la honradez. No es la honradez abstracta la que me impide hacer fraude en el pago del impuesto sobre la renta; es el miedo a que

tenga más inconvenientes que ventajas, a que la deshonra consecutiva al descubrimiento del fraude acabe con mi buena fama, con mi empleo y con mi hogar.

Cuando hay una ley contra algo, hay que dar por supuesto que se hizo la ley porque hay la tendencia a esa transgresión. En un país con prohibición total de bebidas alcohólicas no se necesitaría una ley para castigar a los que conducen un coche bajo los efectos del alcohol. Las numerosas leyes que hay en todos los países contra el robo, el hurto, la estafa, etc., se basan en la creencia de que las personas robarán siempre que puedan. Y es verdad.

Después de todo, la mayor parte de los adultos son más o menos granujas. Hay pocas personas que no pasen algo de contrabando por las aduanas, y menos aún que no defrauden algo en el impuesto sobre la renta. Pero casi todo el mundo se siente sinceramente abrumado si su hijo roba un centavo.

Por otro lado, la mayor parte de la gente es bastante honrada en sus tratos. Sería fácil meterse en el bolsillo una de las cucharas de plata del anfitrión, si se quisiera. No pensamos hacerlo, pero podemos pensar en usar el billete de vuelta que el portero de la estación se olvidó de horadar y recoger. Los adultos distinguen entre el individuo y la organización, ya sea una organización estatal o privada. Está muy bien defraudar a la compañía de seguros, pero es reprehensible defraudar al tendero. Los niños no hacen esa distinción. Hurtarán cosas indistintamente a los compañeros de habitación, a los maestros o al tendero. No todos los niños obrarán así, pero muchos participarán con muy buena gana del producto del robo. Esto significa que entre los niños de la clase media libres y felices se encuentra la misma falta de honradez que entre los niños más pobres.

Creo que muchos niños robarán cuando se les ofrezca la oportunidad. Yo no robé cuando era niño porque estaba totalmente condicionado. El robo significaba una buena zurra cuando se descubría y el fuego del infierno para la eternidad. Pero los niños que no estén tan acobardados como yo lo estaba, robarán del modo más natural. Pero insisto en que con el tiempo, y si el niño es criado con amor, saldrá de su etapa de robo y en la madurez será un hombre honrado.

La segunda clase de robo —el robo habitual, compulsivo— es un síntoma de neurosis en el niño. El robo cometido por un niño neurótico suele ser una señal de falta de amor. El móvil es inconsciente. En casi todos los casos de robo juvenil comprobado, el niño se siente poco o nada amado. Su robo es un

intento simbólico de hacerse con algo de gran valor. Si lo robado es dinero, o joyas o cualquier otra cosa valiosa, el deseo inconsciente es robar amor. Esta clase de robo sólo puede tratarse manifestándole amor al niño. En consecuencia, cuando yo doy dinero a un niño por haberme robado tabaco, me dirijo a su sentimiento inconsciente, no a su pensamiento consciente. Quizá piense que soy un tonto, pero no importa mucho lo que piense; lo que importa es lo que sienta. Y siente que yo soy su amigo, que lo apruebo, que lo quiero en vez de odiarlo. Más tarde o más temprano el robo cesa, porque el amor que fue robado simbólicamente en forma de dinero o cosas ahora es concedido francamente y, por lo tanto, no necesita ser robado.

A este respecto menciono el caso de un muchacho que constantemente usaba las bicicletas de otros niños. Acusado ante la asamblea general de la escuela de "violar constantemente la regla de la propiedad privada usando las bicicletas de otros niños", el veredicto fue: "¡Culpable!" Castigo: "Se pide a la comunidad que haga una suscripción para comprarle una bicicleta." Se hizo la suscripción.

Pero debo hacer distinciones en la entrega de recompensas a un ladrón. Si éste es de baja mentalidad, o, peor aún, si es un retrasado emocional, la recompensa no tendrá el efecto deseado. O si está muy pagado de sí mismo, tampoco se beneficiará con el regalo simbólico. En mi trabajo con niños problema, he visto que casi todos los ladrones infantiles reaccionaban bien a mis recompensas por haber robado. Los únicos fracasos fueron los muy pocos que podrían llamarse ladrones conscientes, para los que no sirve la terapia directa ni la terapia disfrazada de recompensas.

Pero la situación se complica cuando el robo denota falta de amor de los padres y excesivas prohibiciones acerca del sexo. En esta categoría entra la cleptomanía, el impulso indomable de tender la mano hacia algo prohibido: la masturbación. Esta clase de robo tiene el mejor pronóstico cuando los padres advierten su equivocación y empiezan a decirle francamente al niño que sus prohibiciones eran un error. El maestro, sin la ayuda de los padres del niño, rara vez puede curar la cleptomanía. La persona más indicada para levantar una prohibición es la misma que la impuso.

En una ocasión tuve a un muchacho de dieciséis años enviado a mi escuela porque era ladrón. Cuando llegó a la estación, me entregó el medio billete que su padre había sacado para él en Londres, mintiendo en la edad del muchacho. M<sup>a</sup>

gustaría imbuir en los padres de un niño habitualmente poco honrado que lo primero que tienen que hacer es examinarse a sí mismos, procurando averiguar qué conducta suya hace poco honrado al niño.

Los padres se equivocan de medio a medio cuando atribuyen a las malas compañías, a las películas de *gangsters*, a la falta de autoridad paterna —porque el padre esté ausente, en el ejército, y así sucesivamente—, la habitual falta de honradez de su hijo. Por sí mismos, aquellos factores harían poco efecto, o ninguno, en un niño educado de un modo natural en lo relativo al sexo y al que se manifiesta amor y aprobación.

No sé exactamente cuanto beneficia a los ladrones juveniles la visita diaria o semanal a una clínica social para niños. Sólo sé que los métodos de esas clínicas no son duros ni infernales y que los trabajadores sociales se esfuerzan por comprender al niño y tratarlo sin juicios morales de tono regañón. El psicólogo de la infancia y el empleado encargado de la libertad vigilada del niño están obstaculizados en sus esfuerzos por el hogar en que vive el niño psíquicamente enfermo. Conjeturo que sólo se tendrá éxito cuando el psicólogo o el encargado de la libertad vigilada convenza a los padres de que cambien su manera de tratar al niño. Porque los ladrones infantiles son el acné de la juventud, los síntomas externos de un organismo enfermo, el organismo enfermo de nuestra sociedad. Ninguna terapia personal puede acabar con el mal de un mal hogar, de la calle de un barrio miserable, de una familia maltratada por la pobreza.

Es completamente cierto que desde la edad de cinco años a la de quince la mayor parte de los niños reciben una educación que sólo se dirige a la cabeza. Apenas si interesa algo su vida afectiva. Pero son las perturbaciones afectivas de un niño neurótico las que lo llevan a robar impulsivamente. Todos sus conocimientos de materias escolares, o la falta de ellos, no juegan ningún papel en sus latrocinios.

Lo indudable es que ninguna persona feliz roba impulsiva y constantemente. Las preguntas que hay que hacer respecto de un ladrón habitual son: ¿En qué ambiente vive? ¿Era feliz su hogar? ¿Sus padres le decían siempre la verdad? ¿Se sentía culpable por masturbarse? ¿Se sentía culpable respecto de la religión? ¿Por qué era irrespetuoso con sus padres? ¿Se daba cuenta de que no lo querían? Quizá había en su interior una especie de infierno que lo convirtió en ladrón. Con toda seguridad, el infierno a que lo enviaría alguno de nuestros jueces no contrarrestaría su infierno interior.

Un tratamiento terapéutico no resolverá necesariamente los problemas del ladrón infantil. Desde luego, lo ayudará bastante, lo librará de algunos de sus miedos y sus odios, le imbuirá algún respeto hacia sí mismo. Pero mientras estén en su ambiente los elementos originarios del odio, probablemente recaerá en cualquier momento. En definitiva, tendría mejor éxito el tratamiento terapéutico de sus padres.

En una ocasión tuve un muchacho grandote que psíquicamente tenía tres o cuatro años. Robaba en las tiendas. Pensé en ir con él a una tienda y robar en su presencia (previo acuerdo con el tendero). Para aquél muchacho yo era su padre y su dios. Yo me inclinaba a pensar que la desaprobación para él de su verdadero padre tenía mucho que ver con sus robos. Mi idea era que si veía robar a su nuevo padre-dios, sentiría impulsos de hacer examen de conciencia en lo relativo al robo. Yo esperaba que protestaría vigorosamente.

Para curar a un niño neurótico de sus latrocinios no veo otro método posible que el de la aprobación. La neurosis es resultado de un conflicto entre lo que le han dicho a uno que no debe tener y lo que realmente desea. Encuentro invariablemente que el despertar de esta falsa conciencia hace al niño más feliz y mejor. Suprimid la conciencia del niño y lo curaréis del robo.

#### DELINCUENCIA

En estos tiempos de asaltos salvajes con pistolas y cadenas, las autoridades no saben qué hacer con la delincuencia juvenil, y parece que lo intentarán todo para acabar con ella. Los periódicos nos hablan de un método nuevo para tratar el problema. Es un método duro: condenar a los niños a reformatorios que tienen un régimen de ejercicios trabajosos con severos castigos para los que incurren en falta. Vi una fotografía en la que los muchachos se ejercitaban con grandes troncos sobre la espalda. En esos bochornosos lugares parece que no hay privilegios.

Concedo que unos meses de semejante infierno puede refrenar a algunos delincuentes potenciales. Pero ese tratamiento no llega nunca a las causas que están en la raíz, a las causas fundamentales. Peor aún, ese tratamiento significa odio para la mayor parte de los adolescentes, y su dureza no puede menos de crear individuos que odian para siempre a la sociedad.

Hace más de treinta años, Homer Lane demostró con su obra en un campamento de reforma llamado la Little Common-



wealth que los delincuentes juveniles pueden curarse con amor, poniéndose la autoridad del lado del niño. Lane se encargó de niños y niñas muy difíciles de los tribunales de Londres, niños antisociales y curtidos, que se jactaban de su reputación como atracadores, ladrones y *gangsters*. Los "incurables" iban a la Little Commonwealth, donde encontraban una comunidad con gobierno autónomo y cariñosa aprobación. Gradualmente, los muchachos se hacían decentes y honrados ciudadanos, a muchos de los cuales solía yo contar entre mis amigos.

Lane era un genio en la comprensión y el manejo de los niños delincuentes. Los curaba porque les daba constantemente amor y comprensión. Buscaba siempre el móvil oculto de un acto delictivo, convencido de que detrás de cada delito había un deseo que originariamente había sido un deseo bueno. Advertió que el hablarles a los niños era inútil, y que sólo valía la acción. Sostenía que para librar a un niño de un mal rasgo social había que dejarlo vivir sus deseos. En una ocasión en que uno de sus muchachos, llamado Jabez, expresó un airado deseo de romper las tazas y los platillos que estaban sobre la mesa del té, Lane le entregó un hurgón de hierro y le dijo que lo hiciera. Jabez lo hizo, pero al día siguiente fue a Lane y le pidió un trabajo de más responsabilidad y mejor remunerado que el que venía haciendo. Lane le preguntó por qué quería un trabajo mejor pagado. —Porque quiero pagar las tazas y los platillos —dijo Jabez. Lane lo explicaba diciendo que el acto de romper las tazas hizo que se viniesen abajo muchas inhibiciones y conflictos de Jabez. El hecho de que por primera vez en su vida la autoridad lo animase a romper algo y lo librase de su cólera, tuvo un efecto emocional beneficioso sobre él.

Los delincuentes de la Little Commonwealth, de Homer Lane, procedían todos de barrios bajos de la ciudad, pero no oí nunca que alguno de ellos volviese a la mala vida. Al procedimiento de Lane lo llamo el método del amor, y llamo método del odio a meter en un infierno al delincuente. Y como el odio no cura nunca a nadie de nada, saco la conclusión de que el infierno no ayudará nunca a ningún niño a ser social.

No obstante, en los últimos años nuestro magnífico cuerpo de empleados de la libertad vigilada ha mostrado el sincero deseo de procurar comprender al delincuente. También los psiquiatras, a pesar de la gran hostilidad de la profesión judicial, han andado mucho camino para enseñar al público que la delincuencia no es maldad, sino más bien una especie de enfermedad que requiere simpatía y comprensión. La marea asciende

hacia el amor y no hacia el odio, hacia la comprensión y no hacia la indignación moral intolerante. Es una marea lenta. Pero aun una marea lenta se lleva un poco de la contaminación, y con el tiempo puede aumentar de volumen.

No conozco ninguna prueba de que una persona se haya hecho nunca buena por la violencia, o por la crueldad o el odio. En mi larga carrera, he tratado con muchos niños problema, muchos de ellos delincuentes, y he visto cuán desgraciados son, cuán llenos están de odio, cuán inferiores, cuán perturbados emocionalmente. Son arrogantes e irrespetuosos conmigo porque soy maestro, un sustituto del padre, el enemigo. He vivido entre su tenso odio y su recelo. Pero aquí en Summerhill esos delincuentes potenciales se gobiernan a sí mismos en una comunidad autónoma; tienen libertad para aprender o para jugar. Cuando roban, incluso pueden ser recompensados. Nunca se les predica, nunca se les hace temer a la autoridad, ya sea terrena o celestial.

En pocos años, esos mismos odiadores entrarán en el mundo como seres felices y sociales. Por lo que yo sé, ni un solo delincuente que haya pasado siete años en Summerhill ha sido enviado nunca a la cárcel, ni ha cometido nunca una violación, ni se ha hecho antisocial. No soy yo quien los curó. Es el ambiente el que los cura, porque el ambiente de Summerhill infunde confianza, seguridad, simpatía, sin reproches y sin juicios.

Los niños de Summerhill no serán delincuentes y perturbadores después de salir de la escuela, porque se les permite pasar su periodo de gangsterismo sin miedo ni castigos ni sermones morales. Se les deja seguir una etapa de su desarrollo y entrar de un modo natural en la siguiente.

No sé, simplemente, cómo reaccionaría al amor un delincuente adulto. Tengo la certidumbre de que recompensar a un *gangster* por robar no lo curaría, así como la tengo de que una condena de cárcel no lo cura. El tratamiento es más prometedor sólo para los muy jóvenes. Pero aun si se le da a un muchacho de quince años de edad, la libertad convierte con frecuencia a los delincuentes en buenos ciudadanos.

En una ocasión tuvimos en Summerhill a un muchacho de doce años expulsado de muchas escuelas por antisocial. En nuestra escuela, ese mismo muchacho se convirtió en un niño feliz, creador, social. La autoridad de un reformatorio habría acabado con él. Si la libertad puede salvar a un niño problema ya endurecido, ¿qué podría hacer la libertad por los millones de niños llamados "normales" y que son pervertidos por la autoridad de la familia?

Tommy, de trece años de edad, era un mal problema; robaba y destruía. Durante unas vacaciones, en particular, no pudo ir a casa y se quedó en la escuela. Durante dos meses fue el único niño que había en Summerhill. Era perfectamente social. No tuve que encerrar ni la comida ni el dinero. Pero en el momento en que regresó su pandilla, la dirigió en un asalto a la despensa, lo cual sólo prueba que el niño como individuo y el niño en un grupo son dos personas diferentes.

Los maestros de los reformatorios me dicen que el joven antisocial es, con frecuencia, de una inteligencia subnormal. Yo añadiría que también es afectivamente subnormal. Hubo un tiempo en que el niño delincuente me parecía un niño brillante con energía creadora que había tomado un camino antisocial porque para él no había un modo positivo de expresar su energía. Líbresele de inhibiciones y de disciplina, pensaba yo, y lo más probable es que resulte inteligente, creador y hasta brillante. Estaba equivocado, malamente equivocado. Muchos años de vivir y tratar con toda clase de delincuentes me han enseñado que en su mayor parte son inferiores. Sólo puedo recordar a un niño que después haya sido hombre de provecho. Unos pocos se curaron de ser antisociales y poco honrados, y después fueron trabajadores normales. Pero ninguno llegó a ser un intelectual distinguido, ni un buen artista, ni un ingeniero competente o una actriz de talento. Cuando desaparecía la tendencia antisocial, para la mayor parte de aquellos niños vacilantes sólo parecía quedar un embotamiento total sin la menor ambición.

Cuando un niño tiene que permanecer en un mal ambiente con padres ignorantes, no tiene ninguna probabilidad de sobrepasar su tendencia antisocial. La abolición de la pobreza y de los barrios miserables, unida a la desaparición de la ignorancia paterna, reducirá automáticamente la población de los reformatorios.

La curación definitiva de la delincuencia juvenil está en la curación de la sociedad de su propia delincuencia moral, y su simultánea e inmoral indiferencia. Tenemos que situarnos en uno de los dos lados, y los dos están ante nuestros ojos. O bien tratamos a la juventud delincuente por el método del infierno del odio, o bien por el método del amor.

Permítaseme hacerme la ilusión por unos momentos de que soy secretario del gobierno, con poderes infinitos en el campo de la educación. Permítaseme esbozar un programa general, un intento de "plan quinquenal" para las escuelas.

Como ministro suprimiría todos los llamados reformatorios y

los sustituiría por colonias coeducativas en todo el país. Al mismo tiempo, establecería centros de preparación especial para formar el personal docente y las amas de casa de las colonias. Cada una de éstas se gobernaría de un modo completamente autónomo. El personal no tendría privilegios especiales, sino la misma comida y la misma calefacción que los alumnos. A los alumnos se les pagaría todo trabajo que hiciesen para la comunidad. El lema de la colonia sería libertad. No se tolerarían ninguna religión, ninguna enseñanza moral, ninguna autoridad.

Excluiría la religión porque habla, predica, intenta sublimar, reprime. La religión postula el pecado donde no existe pecado. Cree en el libre albedrío cuando no hay libre albedrío para algunos niños esclavos de sus impulsos.

En vez del condicionamiento religioso, yo propondría que las emociones fueran condicionadas por el amor y no por nada que fuese cruel e injusto. Sólo habría un camino para llegar a ese ideal en la colonia: dejar a la gente joven sola en todo lo posible, liberándola de la autoridad impuesta, y del odio, y de los castigos. Sé por experiencia que éste es el único camino.

A los maestros se les enseñaría a ser los iguales de los alumnos, no los superiores. No tendrían ninguna dignidad protectora, no emplearían el sarcasmo. No inspirarían miedo. Tendrían que ser hombres de infinita paciencia, capaces de mirar hacia adelante hasta muy lejos, deseosos de confiar en los resultados definitivos.

Aun cuando la sociedad actual no permitiera una vida de amor pleno en este día y edad, la convivencia de los sexos conduciría a muchas cosas valiosas, a la ternura, a las buenas maneras naturales, al conocimiento necesario del otro sexo, a la disminución de la pornografía y de las miradas lascivas.

La principal característica del personal sería la capacidad para tener confianza en los niños, para tratarlos como personas dignas de respeto y no como ladrones y destructores. Al mismo tiempo tendría que ser realista y no pedir a los individuos demasiado de una vez, como nombrar a un ladrón tesorero del fondo de Navidad de la colonia. Tendría que vencer todas las tentaciones de sermonear, dándose cuenta de que la acción cuenta mucho más que las palabras. Se les exigiría que conociesen la historia de cada delincuente, *todo* su ambiente.

Las pruebas o *tests* de inteligencia tendrían poco lugar en la colonia. No denotan los potenciales vitales. No aprecian correctamente las emociones, la capacidad creadora, la originalidad y la imaginación.

La atmósfera general sería la de un hospital y no la de una institución docente. Así como ningún médico adopta una actitud moral hacia un enfermo de sífilis, nuestro personal no adoptaría ninguna actitud moral hacia la enfermedad que llamamos delincuencia. La colonia se diferenciaría de un hospital únicamente en que de manera habitual no se administrarían medicinas ni drogas, ni siquiera psicológicas. La curación sería resultado sólo de la presencia de verdadero amor en el ambiente. El personal docente tendría también que evidenciar verdadera fe en la naturaleza humana. Es cierto que habría fracasos y enfermos incurables. La sociedad tendría que habérselas con ellos. Pero formarían una pequeña minoría, mientras que la mayoría de los delincuentes respondería al amor, la tolerancia y la confianza.

No me cansaré de recordar la historia que contaba Homer Lane del muchacho delincuente con quien habló en un tribunal juvenil de Londres. Lane le entregó un billete de una libra con el cual iba a pagar el viaje hasta una población cercana, sabiendo que el muchacho le traería el cambio exacto, como lo hizo. [Recuerdo a los lectores norteamericanos que Lane nació en Nueva Inglaterra.]

Tampoco me cansaré de recordar al carcelero de una prisión norteamericana que envió a Nueva York a un condenado a cadena perpetua a comprar maquinaria nueva para el taller de carpintería de la cárcel. Volvió y rindió cuenta exacta de las máquinas que había comprado. El carcelero le preguntó: "¿Por qué no aprovechó la ocasión para escaparse en Nueva York?" El presidiario se rascó la cabeza: "No lo sé, señor, sospecho que fue porque tuvo usted confianza en mí."

Las cárceles y los castigos no pueden sustituir nunca a esta maravillosa confianza en la gente. Esa confianza significa para la persona en situación difícil que alguien la mira con cariño y no con odio.

#### CURACIÓN DEL NIÑO

La curación depende del paciente más que del terapeuta. Entre las personas que van a tratarse hay tantos fracasos porque los parientes las obligaron a ir. Por ejemplo, si un individuo consigue enviar a su esposa renuente a que se haga analizar, la esposa va, naturalmente, con algún rencor. *Mi esposo no me cree bastante sana. Quiere que me cambien, y yo no quiero.*

La misma dificultad se presenta en el joven delincuente cuando coaccionándolo, se le obliga a ponerse en tratamiento. El

tratamiento debe ser deseado por el paciente, ya sea adolescente ya sea adulto.

La libertad por sí sola, sin ninguna otra terapia, curará la mayor parte de las tendencias delictuosas de un niño. La *libertad*, no el libertinaje, no el sentimentalismo. La libertad por sí sola no cura casos patológicos. Escasamente afectará a los casos de desarrollo detenido. Pero será eficaz cuando se la practique en un internado de niños, siempre que se practique constantemente.

Hace unos años me enviaron a un joven que era un verdadero ladrón de gran habilidad. Una semana después de su llegada recibí una llamada telefónica desde Liverpool: —Habla el señor X [persona muy conocida en Inglaterra]. Tengo un sobrino en su escuela. Me ha escrito preguntándome si puede venir a Liverpool por unos días. ¿Le importaría a usted?

—En absoluto —le contesté—, pero no tiene dinero. ¿Quién le pagará el viaje? Lo mejor sería ponerse en relación con los padres.

La tarde siguiente me llamó la madre del muchacho y me dijo que le había hablado por teléfono el tío Dick. Por lo que hacía a ella y a su marido, Arthur podía ir a Liverpool. Habían mirado el pasaje y valía veintiocho chelines. ¿Querría yo darle dos libras a Arthur? Arthur había hecho las dos llamadas desde una casilla de teléfonos del pueblo. La imitación de las voces del tío Dick y de la madre habían sido perfectas. Me había engañado y le di el dinero antes de darme cuenta del engaño.

Hablé del asunto con mi mujer, y estuvimos de acuerdo en que lo más torpe sería hacerle volver el dinero, porque durante años había estado sometido a ese trato. Mi mujer me sugirió que lo recompensase. Me pareció bien. Fui a su dormitorio por la noche, ya tarde.

—Hoy estás de suerte —le dije jovialmente.

—Ya lo creo que lo estoy —contestó.

—Sí, pero estás de mejor suerte de lo que tú crees —le dije.

—¿Qué quiere usted decir?

—Tu madre acaba de telefonar otra vez —dije tranquilamente. Dice que se equivocó sobre el precio del billete: no son veintiocho chelines, son treinta y ocho chelines. Por lo tanto, me pidió que te diese diez más —y con la mayor naturalidad tiré sobre la cama un billete de diez chelines y me fui antes de que él pudiera decir nada.

Se fue a Liverpool a la mañana siguiente y dejó una carta para que me la entregasen después de haber salido el tren. Em-

pezaba: "Querido Neill, es usted mejor actor que yo." Y durante semanas me estuvo preguntando por qué le había dado aquel billete de diez chelines.

Un día le contesté: —¿Qué sentiste cuando te lo di? Estuvo pensativo un minuto y después dijo lentamente: —¿Sabe usted?, recibí la sacudida más grande de mi vida. Dije para mí: "Éste es el primer hombre que en toda mi vida ha estado de mi lado." He ahí un caso de un muchacho que tenía conciencia del amor que es aprobación. Por lo general, esa conciencia tarda mucho tiempo en llegar. El sujeto del tratamiento sólo puede captar confusamente sus efectos, y no antes de que hayan pasado algunos meses.

En tiempos pasados, en que tuve mucho más que hacer con malos delincuentes, los recompensé una vez y otra por robar. Pero sólo unos años más tarde, cuando el niño ya estaba curado, se daba cuenta de lo útil que le había sido mi aprobación.

Tratándose de niños, hay que descender a la psicología profunda, buscar los móviles profundos de la conducta. Un niño es antisocial. ¿Por qué? Naturalmente, sus síntomas se imponen e irritan. Quizá es un bravucón; o quizá es un ladrón; o un sádico. Pero ¿por qué? La irritación le hace al maestro estallar en cólera, castigar, condenar; pero después que el maestro ha dado salida a toda su irritación, el problema sigue sin resolverse. La tendencia actual que pide el restablecimiento de una enseñanza rigurosamente disciplinaria sólo afectará a los síntomas y al fin no servirá de nada.

Sus padres trajeron a Summerhill a una niña que era mentirosa, ladrona, una criatura arisca. Me describieron detenidamente todas sus faltas. Sería fatal para mí que la niña supiese que me habían enterado de todas sus cosas. Tenía que esperar que ello viniese de la niña misma, de su conducta conmigo y con los demás de la escuela.

Hace años, tuve un niño problema muy difícil. Sus padres insistían en que lo examinara un psiquiatra, y lo llevé a un conocido médico de la calle de Harley. Empleé media hora en decirle al especialista todo lo relativo al caso, y después le presenté el niño. —El señor Neill me dice que eres un niño muy malo —dijo el doctor severamente. Aquella era su versión de la psicología.

He visto una y otra vez análogo trato falso e ignorante de los niños. —No eres muy alto para tu edad —dijo un visitante a un niño que tenía un complejo de inferioridad acerca de su estatura.

Otro visitante le dijo a una niña: —Tu hermana es muy lista, ¿no? El arte de tratar a los niños puede definirse diciendo que consiste en *saber lo que no hay que decir*.

Por otra parte, es necesario hacerle ver al niño que uno no se deja engañar. Es inútil dejar a un niño que os siga robando timbres de correos; debe hacerse saber siempre que uno lo sabe. Lo imperdonable es decirle: —Tu madre me dijo que robabas timbres de correos —lo cual es absolutamente distinto a decir: —Sé que te estás llevando mis timbres.

Siempre me pongo un poco nervioso cuando escribo a los padres acerca de sus hijos, por miedo a que dejen la carta en cualquier parte cuando el niño esté de vacaciones en su casa. Más aún, temo que escriban a sus hijos diciéndoles: "Neill dice que no vas a las clases y que este curso te estás comportando mal." Si ocurre tal cosa, el niño nunca más volverá a tener confianza en mí. En consecuencia, habitualmente digo lo menos posible, a menos que sepa que los padres son gente enterada y de absoluta confianza.

En general, hago con un niño lo que debe hacerse porque una larga experiencia me ha enseñado el buen camino. No hay en ello ni inteligencia, ni un don especial, simplemente práctica... y quizá un ojo cerrado para las cosas poco importantes, para las derivaciones.

Bill, un muchacho nuevo, robó algún dinero a otro niño. La víctima me dijo: —¿Debo acusarlo en la próxima asamblea general?

Sin detenerme a pensarlo dije: —No. Déjame a mí.

Después tuve tiempo de reflexionar. Bill es nuevo en un régimen de libertad, y se siente incómodo en su nuevo ambiente. Ha procurado con tanto empeño hacerse popular y bienquisto por sus compañeros, que no ha hecho más que fanfarronear y exhibirse. Hacer público su robo sería avergonzarlo, hacerlo temer, seguido quizá de desconfianza y de un brote de conducta antisocial. O las cosas pueden seguir el otro camino, porque si fue un jefe de banda en su anterior escuela, orgulloso de las acciones destructoras secretas contra el personal docente, una acusación pública podría hacerle gallear y jactarse de ser un hombre de pelo en pecho.

En otra ocasión dijo un niño: —Voy a acusar a Mary de robarme mis lápices —y no me interesé en el caso. No pensé deliberadamente en él por el momento, pero sabía yo que Mary llevaba dos años en la escuela y que podía capear la situación.

Un muchacho nuevo de trece años que había odiado las lecciones toda su vida, llegó a Summerhill y se delició a haraganear durante semanas. Después, aburrido, vino a mí y me preguntó: —¿Asistiré a las clases? Le contesté: —No tengo nada que ver con eso (porque es él quien debe decidir de sus impulsos interiores). Pero a otro niño puedo replicarle: —Sí, es una buena idea (porque su vida en el hogar y en la escuela, regida por horario, le había incapacitado para decidir sobre algo, y tuve que esperar a que gradualmente adquiriese confianza en sí mismo). No pienso deliberadamente en estos aspectos individuales cuando contesto.

El amor consiste en estar del lado de otra persona. El amor es aprobación. Sé que los niños aprenden lentamente que la libertad es algo por completo distinto del libertinaje. Pero pueden aprender esta verdad, y la aprenden. Finalmente, funciona casi siempre con eficacia.

#### EL CAMINO DE LA FELICIDAD

Freud demostró que toda neurosis tiene por base una represión sexual. Y yo dije: "Tendré una escuela en la que no habrá represión sexual." Freud dijo que lo inconsciente es infinitamente más importante y poderoso que lo consciente. Y yo dije: "En mi escuela no censuraremos, ni castigaremos, ni moralizaremos. Permitiremos a los niños vivir de acuerdo con sus impulsos profundos."

Poco a poco fui descubriendo que la mayor parte de los freudianos no entienden la libertad para los niños ni creen en ella. Confunden libertad y libertinaje. Habían tratado a niños que no tuvieron nunca la libertad de ser ellos mismos y que, en consecuencia, no tenían el respeto natural por la libertad de los demás. Estoy convencido de que los freudianos fundan su teoría de la psicología infantil en esos niños deformados.

Los freudianos encuentran un alto grado de erotismo anal entre los niños; pero no vi que eso fuera verdad entre niños libres o que se regulan por sí mismos. La agresividad antisocial que los freudianos encuentran en los niños parece no existir en los niños autorregulados.

Poco a poco aprendí que mi terreno era la profilaxis, no la curación. Tardé años en descubrir toda la significación de esto, en aprender que la libertad era lo que valía a los niños problema en Summerhill, no la terapia. Descubrí que mi tarea

principal es estarme quieto y aprobar todo lo que un niño desaprueba en sí mismo, esto es, tratar de destruir la conciencia superpuesta del niño, su odio del yo.

Un niño nuevo dice palabrotas. Yo sonrío y digo: "¡Sigue! No hay nada malo en decir palabrotas." Lo mismo con la masturbación, la mentira, el robo y otras actividades que la sociedad condena.

Hace algún tiempo, tuve un niño pequeño que me inundaba de preguntas: —¿Qué pagaste por ese reloj? ¿Qué hora es? ¿Cuándo termina el curso de la escuela? Estaba lleno de ansiedad y no escuchaba nunca las contestaciones que yo le daba. Sabía que estaba evadiendo la gran pregunta que quería que le contestasen.

Un día vino a mi habitación y empezó a hacerme una serie de preguntas. No le contesté y seguí leyendo mi libro. Después de una docena de preguntas, levanté la vista casualmente y dije: —¿Qué preguntabas? ¿De dónde vienen los niños?

Se levantó, poniéndose colorado: —No quiero saber de dónde vienen los niños —dijo al salir dando el portazo.

Volvió diez minutos después —¿Dónde adquiriste tu máquina de escribir? ¿Qué ponen esta semana en el cine? ¿Qué edad tienes? (Pausa.) Bueno, ¡qué caray!, ¿de dónde vienen los niños?

Le di la contestación correcta. No volvió a hacerme más preguntas.

Limpiar de escombros o de basura no es nunca otra cosa que trabajar. El trabajo de esa clase sólo se hace tolerable por la delicia de ver a un niño desgraciado sentirse feliz y libre.

El reverso del cuadro es el estudio largo y cansado de un niño sin éxito previsible. Trabaja uno un año con un niño, y al terminar el año se siente muy gozoso de pensar que el niño ha quedado curado del hábito de robar. Después, un día el niño recae, y el maestro casi se desespera. A veces me he felicitado a mí mismo por un caso de un alumno determinado, y diez minutos más tarde llegaba corriendo un maestro y me decía: —Tommy ha vuelto a robar.

Pero la psicología se parece algo al golf: puede uno dar doscientos golpes en una tanda, puede jurar y maldecir su club; pero a la siguiente mañana asoleada, irá al primer tee o punto de saque con el corazón lleno de nuevas esperanzas.

Si le decís a un niño una verdad vital, o si él os confía sus inquietudes, hace una transferencia, es decir, que caerán sobre vosotros todas las emociones del niño. Cuando he despejado a

un niño pequeño en lo relativo al nacimiento y la masturbación, la transferencia es particularmente fuerte. En una fase, hasta puede tomar la forma de una transferencia negativa, de una transferencia de odio. Pero en un niño normal esa fase negativa no dura mucho, y no tarda en sucederla la transferencia positiva de amor. La transferencia de un niño se disipa fácilmente. Se olvida pronto de mí, y sus emociones se dirigen a otros niños y a ciertas cosas. Como yo soy un sustituto del padre, las niñas sienten de manera natural hacia mí una preferencia más fuerte que los niños, pero no puedo decir que una niña haga siempre una transferencia positiva y que un niño haga siempre una transferencia negativa. Por el contrario, he tenido niñas que han mostrado hacia mí un odio feroz durante algún tiempo.

En Summerhill yo solía ser a la vez maestro y psicólogo. Después fui descubriendo poco a poco que un individuo no puede desempeñar los dos papeles. Tuve que renunciar a ser psiquiatra, porque la mayor parte de los niños no puede rendir mucho con el individuo que es su padre confesor. Se irritan y siempre temen mucho mis críticas. Además, si alabo el dibujo de un niño cualquiera, despierto grandes celos en los demás niños. El médico de la psique no debiera en realidad vivir en la escuela; los niños no tendrían ningún interés social por él.

Todas las escuelas de psicología admiten la hipótesis de lo inconsciente, el principio según el cual todos tenemos deseos, amores y odios soterrados de los cuales no tenemos conciencia. El carácter es una combinación de conducta consciente y de conducta inconsciente.

El joven que comete hurtos es consciente de que quiere adquirir dinero o cosas, pero no conoce el móvil profundo que le hace elegir ese modo de conseguirlo en vez del modo social de ganarlo. Ese motivo está enterrado, y por eso no lo curan nunca ni las lecciones morales ni los castigos. Los regañíos no pasan de los oídos y los castigos sólo el cuerpo los siente. Pero esas prédicas y esos castigos no penetran nunca hasta el móvil inconsciente que dirige su conducta.

Por ser así, la religión no puede llegar a lo inconsciente de un niño mediante prédicas. Pero si una noche su párroco sale a robar con él, esa acción disiparía el odio a sí mismo al que se debe la conducta antisocial. Esa correspondencia simpática haría que el joven empezase a pensar de otra manera. La curación de más de un joven ladrón empezó cuando yo le acompañé a robar las gallinas de un vecino o le ayudé a robar el dinero del cajón de la escuela. Es por esto por lo que el amor y la aprobación

curan con tanta frecuencia los problemas de un niño. No digo que el amor cure un caso de claustrofobia aguda o un caso grave de sadismo; pero en general el amor curará a la mayor parte de los ladrones, mentirosos y destructores infantiles. Yo he demostrado con la acción que la libertad y la ausencia de disciplina moral han curado a muchos niños cuyo futuro parecía ser la cárcel.

La verdadera libertad, practicada en la vida en comunidad, como en Summerhill, parece hacer por los muchos lo que el psicoanálisis hace por el individuo. Libera lo que está oculto. Es un soplo de aire fresco que limpia el alma del odio a sí mismo y del odio a los demás.

La batalla por la juventud es una batalla sin guantes. Ninguno de nosotros puede ser neutral. Tenemos que ponernos de una parte o de la otra: autoridad o libertad, disciplina o autonomía. No servirán de nada las medias tintas. La situación es demasiado apremiante.

Ser un alma libre, feliz en el trabajo, feliz en la amistad y feliz en el amor, o ser un miserable manojo de conflictos que se odia a sí mismo y que odia a la humanidad: una cosa u otra es el legado que los padres y los maestros dejan a todos los niños.

¿Cómo puede darse la felicidad? Mi respuesta personal es: *Abolida la autoridad. Dejad que el niño sea él mismo. No lo empujéis. No le enseñéis. No lo elevéis. No lo obliguéis a hacer nada.* Quizá no sea vuestra respuesta. Pero si rechazáis la mía, incumbencia vuestra es encontrar otra mejor.

## VI. PROBLEMAS DE LOS PADRES

### AMOR Y ODIO

El niño recibe su conciencia de su madre, de su padre, de su maestro, de su pastor, de su medio ambiente en general. Su infelicidad es resultado del conflicto entre la conciencia y la naturaleza humana; o en términos freudianos, entre el super-ego y el id.

La conciencia puede obtener una victoria tan completa, que el niño se haga monje y renuncie por completo al mundo y a la carne. En la mayor parte de los casos tiene lugar una avenencia, una transacción que en parte se expresa en estas palabras: "Servir al diablo los días de entre semana y a Dios los domingos."

El amor y el odio no son contrarios. Lo contrario del amor es la indiferencia. El odio es amor vuelto del revés, es el reverso de la medalla, por frustración. El odio contiene siempre miedo como uno de sus ingredientes. Lo vemos en el caso del niño que odia a un hermano menor. Su odio se debe al miedo a perder el amor de su madre, y también al miedo a sus propias ideas de venganza contra su hermano.

Cuando Ansi, una niña sueca de catorce años muy rebelde, llegó a Summerhill, empezó por darme puntapiés para hacerme enfadar. Yo era el infortunado sustituto del padre, a quien ella odiaba y temía. No le había permitido nunca sentarse en sus rodillas ni él le había mostrado cariño de ninguna manera. Su amor por el padre se había convertido en odio porque no correspondía a su amor. En Summerhill encontró de pronto a un nuevo padre que no reaccionaba con severidad, un padre a quien no temía. Entonces empezó a manifestarse el odio. El hecho de que al día siguiente fuera extraordinariamente afectuosa y amable conmigo es la prueba de que su odio no era más que amor disfrazado.

Comprender toda la significación del ataque de Ansi contra mí, significaría saber y comprender antes que nada la historia de su actitud torcida hacia el sexo. Procedía de una escuela de niñas en que las alumnas hablaban del sexo morbosa y sucia-mente a escondidas. El odio a su padre tenía mucho del odio que una educación represiva en materias sexuales había suscitado en ella. Y era igualmente intenso el odio hacia una madre que la castigaba con frecuencia.

Son pocos los padres que se dan cuenta de que castigando a sus hijos convierten en odio el amor que éstos sienten por ellos. Es muy difícil de ver el odio en un niño. Las madres que advierten que sus hijos son cariñosos después de una azotaina no saben que fue inmediatamente reprimido el odio suscitado por la azotaina. Pero los sentimientos reprimidos no mueren, sólo duermen.

Hay un librito de Marcus titulado *Morals for the Young*. Algunas veces intento el experimento de leerles a los niños algunos de sus versos. Unos de éstos dicen:

*Tommy vio cómo ardía su casa,  
mientras su madre moría entre las llamas,  
y su padre por los ladrillos que caían,  
y Tommy se relaja hasta que cayó rendido.*

Esta poesía es la favorita. Algunos niños se ríen a carcajadas cuando la oyen leer. Hasta los niños que quieren a sus padres se ríen estruendosamente. Ríen a causa del odio reprimido hacia sus padres, odio producido por las azotainas, los regaños, los castigos.

Por lo común, esta clase de odio se manifiesta en fantasías que parecen muy alejadas de los padres. Un alumno pequeño, un niño que quería mucho a su padre, se divertía fantaseando que estaba cazando un león. Si yo le decía que me describiese el león, no tardaba en darse cuenta de que tenía alguna relación con su padre.

Una mañana llamé individualmente a cada alumno y le conté la historia de mi propia muerte. Las caras se alegraban al contar yo los funerales. El grupo estuvo particularmente alegre aquella tarde. Los relatos en que se da muerte a gigantes son siempre populares entre los niños porque el gigante se parece al padre.

No hay nada repulsivo en el odio de un niño hacia sus padres. Data siempre de la etapa en que el niño es egoísta. El niño pequeño busca amor y poder. Cada palabra colérica, cada bofetada, cada daño que se le hace, es una privación de amor y de poder. Todo regaño de la madre significa para el niño: "Mi madre no me quiere." Cada "no toques eso" del padre significa: "Se interpone en mi camino. ¡Si yo fuese tan grande como él!"

Sí, hay en el niño odio hacia los padres, pero no es ni con mucho tan peligroso como el odio que hay en los padres hacia el niño. Los regaños, los enfados, los azotes y los sermones son



reacciones de odio. Así, el niño de padres que no se quieren tiene muy pocas probabilidades de desarrollarse sanamente, porque desahogarse en el niño es un hábito universal de tales padres.

Cuando no puede hallar cariño, busca el odio para sustituirlo. "Mami no me hace caso. No me quiere. Quiere a mi hermanita. La haré fijarse en mí. ¡Ya verá!" Y rompe los muebles. Todos los problemas de la conducta infantil son fundamentalmente problemas suscitados por la falta de amor. Los castigos y los sermones morales no hacen más que aumentar el odio. Nunca resuelven el problema.

Otra situación que engendra odio es la del niño cuyos padres lo quieren egoístamente. El niño odia esos vínculos, y al mismo tiempo los desea. Este conflicto se manifiesta a veces como crueldad. El odio hacia la madre egoísta es reprimido, pero como una emoción tiene que encontrar siempre una salida, el niño da puntapiés al gato o pega a su hermana, lo cual es más fácil que rebelarse contra la madre.

Se ha convertido en una vulgaridad decir que odiamos en los demás lo que odiamos en nosotros mismos. Pero vulgaridad o no, es verdad. El odio que recibimos en nuestra infancia lo vertemos sobre nuestros propios hijos, aunque queramos siempre darles nuestro cariño.

Se ha dicho que si no podemos odiar, no podemos amar. Quizá. Yo encuentro difícil odiar. Y no fui nunca capaz de sentir amor personal por un niño, y desde luego nunca amor sentimental. La palabra *sentimental* es difícil de definir; yo digo que es dar los atributos del cisne a un pato.

Cuando estaba tratando a Robert, incendiario, ladrón y homicida en potencia, atraje naturalmente hacia mí su odio y su amor a su padre. Un día, después de haber hablado conmigo, salió corriendo y aplastó una gran babosa con el talón. Me lo dijo, y le pedí que me describiese la babosa. Respondió: —Era un animal largo, feo, viscoso.

Le di un trozo de papel y le dije que escribiese la palabra babosa (*snail*, en inglés). Escribió: *A snail* (una babosa).

—Mira lo que has escrito —le dije.

De repente empezó a reírse. Cogió el lápiz y escribió debajo:

"A Snail".

"A. S. Neill".

—¿No te diste cuenta de que era yo el animal largo, feo y viscoso que querías aplastar? —le dije sonriéndome.

Hasta aquí no había en absoluto ningún peligro para el niño. Hacerle consciente de su odio hacia mí fue bueno para él. Pero supongamos que le hubiera dicho esto o algo parecido: "Desde luego, yo era la babosa, pero en realidad tú no me odias; odias la parte de ti mismo que yo represento. Tú eres el animal viscoso que hay que matar. Mataste una cualidad tuya, etc." Eso, para mí, hubiera sido una psiquiatría peligrosa. La diversión de Robert es jugar a las canicas y echar a volar cometas. Todo lo que yo, o cualquier maestro o médico, tenía derecho a hacer es librarlo de conflictos que le impiden echar a volar cometas.

El padre que espera gratitud no sabe nada de la naturaleza infantil. Los niños odian sentirse deudores de alguien. He tenido una larga experiencia de resentimiento entre alumnos a quienes tuve en Summerhill sin pagar nada o pagando emolumentos muy reducidos. Manifestaban más odio hacia mí que veinte alumnos de pago. Shaw escribió: "No podemos sacrificarnos por otros sin llegar a odiar a aquellos por quienes nos sacrificamos."

Es verdad. Y también es cierto el corolario: No podemos sacrificarnos por otros sin llegar a ser odiados por aquellos por quienes nos sacrificamos. El buen donador no busca agradecimiento. Los padres que esperan que sus hijos sean agradecidos están condenados al desengaño.

En resumen, los niños sienten que el castigo es odio, y desde luego lo es. Y todo castigo hace que el niño odie cada vez más. Si estudiáis al individuo intransigente que dice: "Creo en los castigos corporales", hallaréis siempre que es un odiador. Nunca insistiré demasiado en que el odio engendra odio y el amor engendra amor. Ningún niño se ha curado nunca de su odio, si no es con amor.

#### EL NIÑO MALCRIADO

El niño malcriado —usando la palabra *malcriado* en cualquier sentido que queramos— es producto de una sociedad malcriada. En esa sociedad, el niño malcriado se adhiere medrosamente a la vida. Se le ha permitido el libertinaje en vez de darle libertad. No conoce el significado de la verdadera libertad, que significa vida *amorosa*.

El niño malcriado es una molestia para sí mismo y para la sociedad. Lo veis en los trenes pisando los pies de los viajeros, gritando en los pasillos, sin prestar la menor atención a las apenadas súplicas de silencio de sus atormentados padres, súplicas que en realidad ha dejado de escuchar hace ya mucho tiempo.

En el curso de la vida, al envejecer el malcriado muchacho, pasará aun peores ratos que el que está sometido a una rigurosa disciplina. El niño malcriado es terriblemente egoísta, y se convierte en un hombre que tira las ropas por la habitación esperando que alguien irá a recogerlas. Naturalmente, el niño malcriado, ya de mayor, recibe muchos desaires.

El niño malcriado es con frecuencia hijo único. Como no tiene a nadie de su propia edad con quien jugar o con quien medirse, se identifica de un modo natural con sus padres: quiere hacer lo que hacen ellos. Como sus padres lo consideran la maravilla del mundo, estimulan esa precocidad manifiesta porque temen perder su amor si lo contradicen aunque sea del modo más ligero.

A veces encuentro esa actitud en maestros que miman a sus alumnos. Esos maestros viven con un temor constante a perder su popularidad entre los niños. Ese temor es el camino real hacia la malcrianza. Un buen maestro o un buen padre tienen que procurar ser objetivos. Deben mantener sus propios complejos apartados de sus relaciones con el niño, cosa que no es fácil de hacer, lo concedo, porque con gran frecuencia estamos ciegos para nuestros propios complejos. La madre desgraciada, por ejemplo, corre el peligro de tener un hijo malcriado porque es propensa a poner en él un tipo erróneo de amor.

En Summerhill, un niño malcriado es siempre muy difícil de dominar. Agota a mi mujer, porque es la sustituta de la madre. La acosa con preguntas: "¿Cuándo terminará el curso? ¿Qué hora es? ¿Puedes darme algo de dinero?" Por debajo de todo eso, odia a su madre, y las preguntas tienen por móvil molestarla. Y una niña malcriada trata siempre de conseguir una reacción de mí, porque soy el sustituto del padre. Habitualmente no busca una reacción de cariño, sino una reacción de odio. La malcriada recién llegada me esconderá la pluma o dirá a otra niña: "Neill te necesita", lo cual quiere decir, en realidad, que ella necesita que Neill la necesite.

Los niños malcriados y las niñas malcriadas llaman a mi puerta y me roban cosas precisamente para hacerme reaccionar. El niño malcriado se resiente súbitamente de verse metido en una familia de muchos individuos. Espera de mí y de mi personal docente el mismo trato condescendiente que recibía de sus cariñosos padres.

El niño malcriado suele tener demasiado dinero para gastar. Con frecuencia les escribo, cuando veo a los padres mandar a su hijo un billete de cinco dólares para sus gastos, a pesar de

que yo, atendiendo a su situación económica, he recibido al niño gratis o con emolumentos muy reducidos.

Al niño no hay que darle todo lo que pide. En términos generales, los niños tienen hoy demasiadas cosas, tantas que no estiman nada lo que se les da. Los padres que se exceden en los regalos son con frecuencia los que no quieren bastante a sus hijos, y lo compensan haciendo alarde de amor paterno regalándoles cosas caras, de un modo muy parecido al del individuo infiel a su mujer que le compra un dispendioso abrigo de pieles que no tiene con qué pagar. Yo tengo por regla de traerle un regalo a mi hija cada vez que voy a Londres; y en consecuencia, no espera un regalo después de cada viaje. El niño malcriado rara vez da valor a algo. Recibe una bicicleta nueva de tres velocidades y cromada, y a las tres semanas la deja afuera expuesta a la lluvia toda la noche.

El niño malcriado con gran frecuencia representa para los padres su segunda oportunidad en la vida. *Hice poco en la vida porque me lo impidió mucha gente; pero mi hijo tendrá todas las oportunidades de triunfar donde yo fracasé.* Esta motivación es la que hace que un padre que no tiene educación musical insista en que su hijo aprenda a tocar el piano, y que hace que una madre que renunció a una carrera para casarse envíe a su hija a tomar lecciones de danza aunque sea muy pesada de pies. Y son los padres así los que obligan a incontables muchachos y muchachas a emprender trabajos y estudios en los que no hubieran pensado nunca si hubieran decidido por sí mismos. El pobre padre no puede contrariar sus sentimientos. Es muy duro para un hombre que ha montado un próspero negocio de ropas descubrir que su hijo quiere ser actor o músico. Pero esto sucede con frecuencia.

Hay también el niño malcriado cuya madre no quiere que sea nunca mayor de edad. La maternidad es una ocupación, pero no una ocupación para toda la vida. La mayor parte de las mujeres lo comprenden así; pero con frecuencia se oye a una madre decir de su hija: —Crece con demasiada rapidez.

Al niño no debe permitírsele violar los derechos personales de los demás. Los padres que no quieran malcriar a sus hijos *deben* distinguir entre libertad y libertinaje.

#### PODER Y AUTORIDAD

Antes de que la psicología descubriese la importancia de lo subconsciente se consideraba al niño un ser razonable con la facul-

tad de querer hacer el bien o el mal. Se suponía que su mente era una pizarra en blanco en la cual cualquier maestro consciente no tenía más que escribir el texto.

Ahora sabemos que no hay nada estático en el niño; todo él es impulso dinámico. Quiere expresar sus deseos en acción. Es por naturaleza egoísta, y siempre quiere ensayar su poder. Si en todo hay sexo, también hay en todo el impulso hacia el poder.

El niño muy pequeño probablemente cree que el ruido expresa mejor que nada su poder sobre el medio en que vive. La reacción al ruido de sus acompañantes adultos quizá le dé una idea exagerada de la importancia del ruido. O quizá el ruido es bastante importante en sí mismo.

Con frecuencia se reprime el ruido en la guardería; pero antes tiene lugar otra represión: la que va implícita en hacer que el niño adquiera hábitos de limpieza. Sólo podemos conjeturar que un niño se siente poderoso en sus actos excretorios. Parece probable que sus evacuaciones significan mucho para él, porque son su primera actividad de *hacer*. Digo que sólo podemos conjeturar, porque nadie puede decir lo que siente o piensa un niño de uno o dos años. Ciertamente, encontramos niños de siete y ocho años que tienen un fuerte sentimiento de poder en sus actos excretorios.

Una mujer normal teme a un león; una mujer neurótica teme a un ratón. El león es real, pero el ratón representa un interés reprimido que la mujer teme reconocer. Ahora bien, también los deseos del niño pueden convertirse en fobias por la represión. Muchos niños tienen terrores nocturnos: tienen miedo a los fantasmas, a los ladrones, al coco. Con frecuencia los padres ignorantes creen que tiene la culpa de esos terrores un cuento que ha contado la niñera, pero ese cuento no hizo más que darle forma a la fobia. La raíz del terror está en la represión del interés sexual por los padres. El niño teme a sus propios intereses enterrados, lo mismo que la mujer con la fobia del ratón teme a sus intereses enterrados.

La represión no tiene por qué ser primordialmente una represión sexual. El padre encolerizado que grita: "¡No hagas ruido!", puede convertir el interés del niño por el ruido en un interés miedoso por el padre. Cuando se reprime el deseo de un niño, el niño odia. Si le quito un juguete a un niño inteligente de tres años, me mataría si pudiese.

Un día estaba yo sentado con Billie. Yo estaba en una silla plegable de lona de franjas negra y naranja. Para Billie yo soy, naturalmente, el sustituto del padre.

—Cuéntame un cuento —dijo.

—Cuéntamelo tú —le contesté.

Él insistió negativamente: él no me contaría un cuento; era yo quien debía contarle.

—Contaremos uno entre los dos —dije yo—. Cuando yo me detenga, tú dices algo, ¿eh? Bueno, entonces, una vez era un...

Billie miró mi silla de lona con sus franjas.

—Tigre —dijo, y yo sabía que era yo el animal con franjas.

—Y estaba en la cuneta de la carretera que pasa al lado de esta escuela. Un día un niño salió a la carretera. Se llamaba...

—Donald —dijo Billie. Donald era su amigo inseparable.

—Entonces el tigre dio un salto y...

—Y se lo comió —dijo rápidamente Billie.

—Entonces dijo Derrick: No quiero que este tigre se coma a mi hermano. Cogió su revólver y salió a la carretera. Y el tigre saltó y...

—Se lo comió —dijo Billie alegremente.

—Entonces Neill se enfadó. No quiero que este tigre se coma toda mi escuela, dijo, y cogió sus dos revólveres y salió. El tigre saltó y...

—Se lo comió, naturalmente.

—Pero entonces Billie dijo que aquello no podía ser. Cogió sus dos revólveres, su espada, su puñal y su ametralladora y salió a la carretera. Y el tigre saltó y...

—Y mató al tigre —dijo Billie modestamente.

—¡Magnífico! —exclamé—. Mató al tigre, arrastró el cadáver hasta la puerta de la escuela y entró y convocó a asamblea general. Entonces un maestro dijo: Ahora que Neill está dentro del tigre necesitamos un nuevo director, y yo propongo...

Billie bajó la mirada y guardó silencio.

—Y propongo...

—Sabes de sobra que me propuso a mí —dijo con fastidio.

—Y así llegó Billie a ser director de la Escuela de Summerhill —dije—. ¿Y qué crees que fue lo primero que hizo?

—Fue a tu habitación y cogió tu torno giratorio y tu máquina de escribir —dijo sin titubeo ni perplejidad.

Contaré otra anécdota de Billie. Un día me dijo:

—¿Dónde puedo encontrar un perro mayor que el de mi padre.

El padre tenía dos terrier skyes.

—¿Dónde? —le pregunté, pero negó con la cabeza y no quiso decírmelo.

—¿Cómo lo vas a llamar, Billie?

—Tubo de manguera —contestó.

Le di una hoja de papel:

—Déjame ver cómo dibujas un tubo de manguera —dije.

Dibujó un falo grande. De repente me acordé de una bomba vieja de bicicleta que yo tenía. Fui a buscarla y le enseñé a Billie el modo de usarla como jeringa para agua.

—Bueno —dije—, tú tienes un tubo de manguera mayor que el de tu padre.

Se rió a carcajadas. Durante dos días anduvo alrededor de la escuela soltando alegremente chorros de agua. Después perdió el interés por su tubo de manguera.

La cuestión es ésta: *¿Es Billie un caso sexual o un caso de poder?* Creo que es un caso de poder. Su deseo de matar al tigre (a mí) fue la repetición de su deseo cuando vio por primera vez a su padre. No tenía nada que ver directamente con el sexo. El deseo de tener un falo mayor que el de su padre era un deseo de poder. Las fantasías de Billie son fantasías de poder. Le oí contar a los otros niños cuentos extraordinarios del número de aeroplanos que podía conducir a la vez. Hay ego en todo.

El deseo reprimido es el origen de la fantasía. Todo niño quiere ser grande; todos los factores de su medio le dicen que es pequeño. El niño vence a su medio huyendo de él; se eleva con sus alas y vive su sueño en fantasía. La ambición de ser maquinista es un motivo de poder: dominar un tren que corre a gran velocidad es uno de los mejores ejemplos de poder.

Peter Pan es popular entre los niños no porque no crece, sino porque puede volar y combatir a los piratas. Es popular entre los grandes porque éstos desean ser niños, sin responsabilidades, sin luchas. Pero en realidad ningún niño quiere quedarse en niño. Lo apremia el deseo de poder.

Ahora bien, la represión del ruido y de la curiosidad infantiles desvía el amor natural del niño al poder. Los jóvenes llamados delincuentes y que suele decirse que sufren las consecuencias de ir demasiado al cine, tratan de expresar el poder que fue reprimido. En general yo he visto que el niño antisocial, el jefe de una banda de rompedores de escaparates, en un régimen de libertad se convierte en un decidido partidario de la ley y el orden.

Ansi había sido cabecilla de infractores de la ley en su escuela, y la escuela no podía con ella. Dos noches después de su llegada a Summerhill empezó a jugar conmigo por divertirse, pero no tardó aquello en dejar de ser juego. Durante unas tres horas me dio puntapiés y mordiscos mientras decía que quería

hacerme perder la paciencia. Yo me resistí a perderla y no dejé de sonreír. Fue un verdadero esfuerzo. Finalmente, uno de mis maestros se sentó y tocó música suave. Ansi se quietó. Su ataque era en parte sexual; pero desde el punto de vista del poder, yo representaba la ley y el orden. Yo era el director de la escuela.

Ansi encontraba la vida desorientadora. En Summerhill se encontró con que no había leyes que violar, y se sentía como un pez fuera del agua. Trató de provocar rencillas entre las otras niñas, pero sólo lo logró con las muy pequeñas. Estaba intentando una vez más recuperar su acostumbrado poder dirigiendo una pandilla contra la autoridad. En realidad era una amante de la ley y del orden; pero en el dominio de la ley y del orden que gobernaban los adultos no había lugar para expresar su poder. Ya que esto no era posible, eligió como lo mejor el lado de la rebelión contra la ley y el orden.

Una semana después de su llegada tuvimos una asamblea escolar general. Ansi se opuso a todo y se burló de todo. —Votaré por las leyes —dijo—, sólo por el gusto de tener algo que quebrantar.

Nuestra ama de casa se levantó y dijo: —Ansi deja ver que no quiere leyes que todo el mundo respete. Propongo que no tengamos leyes. Que reine el caos.

Ansi gritó: “¡Hurra!” y sacó a los alumnos de la sala. Pudo hacerlo fácilmente porque eran niños pequeños y no habían llegado a la edad de tener conciencia social. Los llevó al taller, se armaron todos de sierras y anunciaron su intención de echar abajo todos los árboles frutales. Yo, como de costumbre, me fui a cavar al huerto.

Diez minutos después se me acercó Ansi.

—¿Qué tenemos que hacer para detener el caos y volver a tener leyes? —preguntó en tono suave.

—No puedo darte ningún consejo —dije.

—¿Podemos convocar otra asamblea general? —preguntó.

—Claro que puedes, sólo que yo no asistiré. Decidisteis tener el caos—. Se fue y yo seguí cavando.

Al poco rato volvió.

—Nos reunimos los niños —dijo— y votamos celebrar una asamblea plenaria de la escuela. ¿Irás?

—¿Una asamblea plenaria? —dije—. Sí, iré.

En la asamblea Ansi estuvo seria y aprobamos nuestras leyes en paz. Daños totales hechos durante el periodo de caos: una berlinga del tendedero de ropa aserrada en dos.

Durante años Ansi había encontrado placer en dirigir su pandilla escolar contra la autoridad. Excitando a la rebelión, hacía algo que odiaba. Odiaba el caos. En el fondo, era una ciudadana respetuosa de la ley. Pero tenía un gran deseo de poder. Sólo era feliz cuando dirigía a los otros. Rebelándose contra el maestro, trataba de hacerse más importante que él. Odiaba las leyes porque odiaba el poder que las hace. Se identificaba con su punitiva madre y tenía una actitud sádica hacia los otros. Sólo podemos conjeturar que su odio a la autoridad era objetivamente el odio a su rigurosa madre, y subjetivamente el odio a la madre imperiosa en ella misma. Encuentro mucho más difícil de curar los casos de poder que los casos sexuales. Pueden rastrearse con relativa facilidad los incidentes y las enseñanzas que le produjeron a un niño una mala conciencia en relación con el sexo, pero rastrear los miles de incidentes y de enseñanzas que han hecho de un niño una persona dada al poder sádico es verdaderamente difícil.

Recuerdo uno de mis fracasos. Cuando enseñaba en Alemania, enviaron a mi escuela a Maroslava, una niña esclava de trece años. Odiaba a su padre intensamente. Durante seis meses aquella niña convirtió mi escuela en un pequeño infierno. Me atacaba en las asambleas de la escuela, y en una ocasión presentó una moción para que se me expulsara de la escuela, basándose en que yo era inútil. Estuve ausente tres días y empezaba a disfrutar escribiendo un libro, cuando desgraciadamente hubo otra asamblea de la escuela en la que se votó (con un voto en contra, naturalmente) que se me pidiera que regresara. Maroslava seguía diciendo: —No quiero ningún jefe en la escuela. Era una persona de poder con un ego tremendo. Cuando se fue (tuve que decirle a su madre que no podía curarla) nos dimos las manos.

—Bueno —dije en tono de broma—, no hice mucho por ti, ¿verdad?

—¿Sabe usted por qué? —dijo ella con una sonrisa seca—. Yo se lo diré. El primer día que llegué a su escuela, estaba haciendo una caja y usted me dijo que empleaba demasiados clavos. Desde aquel momento supe que era usted exactamente como todos los demás maestros del mundo: un jefe. Desde aquel momento, no era posible que me ayudara usted en nada.

—Tienes razón —le dije—. Adiós.

El odio quizá es con más frecuencia poder reprimido que amor reprimido. El odio que Maroslava irradiaba era un odio que uno podía sentir. La busca de poder es tanto una caracte-

rística femenina como masculina. En general una mujer busca el poder sobre las personas, mientras que un hombre lo busca sobre las cosas; y es absolutamente seguro que Maroslava y Ansi buscaban el poder sobre las personas.

Ningún niño de menos de ocho años es interesado; es sólo egoísta. En el caso de un niño de seis años a quien el padre enseña a ser desinteresado y le pega cuando se muestra interesado, al principio su conciencia es objetiva: *Tengo que repartir mis dulces cuando papá está mirando*. Pero comienza un proceso de identificación. El niño quiere ser tan grande como el padre: móvil del poder. Quiere tener de su madre tanto como tiene el padre. Se identifica con el padre. Y en el proceso, adopta la filosofía de su padre. Se convierte en un pequeño conservador o en un pequeño liberal. Por decirlo así, añade a su propia alma la de su padre. La conciencia, que antes era la voz del padre desde afuera, ahora se convierte en la voz del padre desde adentro. Éste es el proceso por el cual algunas personas se hacen bautistas, calvinistas o comunistas.

Las niñas a quienes pegaron sus madres también pegan. Un buen ejemplo es el juego en que los niños juegan a la escuela. El maestro pega constantemente.

El deseo del niño de ser grande es un deseo de poder. El mero tamaño de los adultos le producirá al niño una sensación de inferioridad. ¿Por qué se les permite a los grandes acostarse tarde? ¿Por qué tienen las mejores cosas: máquinas de escribir, automóviles, buenas herramientas, relojes?

Mis alumnos se deleitan enjabonándose la cara cuando yo me estoy afeitando. También el deseo de fumar es un deseo de ser grande. En general el hijo único es el niño cuyo poder es más reprimido; y en consecuencia el hijo único es el más difícil de manejar en la escuela.

En una ocasión cometí el error de llevar a la escuela a un niño pequeño diez días antes de que llegaran los demás. Se sentía muy feliz mezclándose con los maestros, sentándose en su sala, teniendo una habitación para él solo. Pero cuando llegaron los demás niños, se hizo muy antisocial. Mientras estuvo solo, ayudó a hacer y reparar muchas cosas; cuando llegaron los otros, empezó a destruirlas. Estaba herido en su orgullo. De repente tenía que dejar de ser un adulto; tenía que dormir en una habitación con otros cuatro niños; tenía que acostarse temprano. Su violenta protesta me decidió a no dar nunca más a un niño la oportunidad de identificarse con los adultos.

Es el poder *reprimido* lo que opera a favor del mal. Los se-

res humanos son buenos; quieren hacer el bien; quieren amar y ser amados. El odio y la rebeldía no son sino amor reprimido y poder reprimido.

### CELOS

Los celos nacen del sentido de posesión. Si el amor sexual fuera una verdadera trascendencia del yo, un individuo se alegraría cuando viese a su muchacha besar a otro hombre, porque se alegraría de verla feliz. Pero el amor sexual es posesivo. Son los individuos con un fuerte sentido de posesión los que cometen crímenes por celos.

La ausencia de toda señal visible de celos sexuales entre los isleños de Trobriand sugiere que los celos pueden ser un subproducto de nuestra civilización más complicada. Los celos nacen de la combinación del amor con la posesión del objeto amado. Se ha dicho muchas veces que un hombre celoso no suele matar al rival que huye con su mujer, mata a la mujer. Probablemente mata a la mujer para poner su posesión fuera del alcance de todo contacto, exactamente como la coneja se comerá a su cría si la gente la manosea demasiado. El ego infantil lo quiere todo o nada: no puede compartir nada.

Los celos tienen más relación con el poder que con el sexo. Los celos son la reacción de un ego herido. "No soy el primero. No soy el favorecido. Estoy en una situación de inferioridad." Ésta es indudablemente la psicología de los celos que encontramos entre, pongamos por caso, los cantantes y comediantes profesionales. En mis tiempos de estudiante solía hacer amistad con comediantes por el sencillo método de decir que los otros cómicos de la compañía eran pésimos.

En los celos hay siempre un miedo preciso a perder algo. La cantante de ópera odia a otra *prima donna* por temor a que se la aplauda menos a ella. Es posible, seguramente, que el miedo a perder en estimación provoque más celos que todos los rivales en amor del mundo.

Muchas cosas en la familia dependen, en consecuencia, de la sensación que tenga el hijo mayor de ser estimado. Si la autorregulación le ha dado tanta independencia que no necesita estar buscando constantemente la aprobación de sus padres, sus celos del recién llegado a la familia serán menores que si fuera un niño sin libertad, atado para siempre a las cintas del delantal de su madre y, por lo tanto, nunca completamente independiente. Esto no quiere decir que los padres se pongan a un lado y se

dediquen meramente a observar cómo reacciona el mayor hacia el menor. Debe evitarse desde el principio cualquier acción que pudiera agravar los celos, como enseñar con ostentación excesiva el bebé a los visitantes. Los niños de todas las edades tienen un agudo sentido de la justicia —o más bien de la injusticia— y los padres prudentes procurarán que el hijo menor no sea el favorito en ningún sentido ni se le dé la preferencia sobre al mayor, aunque esto es casi imposible de evitar en cierto grado.

Que el niño tome el pecho de la madre puede parecerle una injusticia al hermano mayor; pero puede no ser así, si éste siente que se le ha dejado vivir con libertad su etapa de lactancia. Para sacar conclusiones sólidas en este aspecto, necesitamos muchos más datos. Yo no he tenido experiencia de la reacción del niño autorregulado a la llegada de un nuevo hermanito. Si los celos son una característica permanente de la naturaleza humana, es cosa que no sé.

En mi larga experiencia con niños, he observado que más tarde en la vida muchas personas conservan con airada emoción algún recuerdo de lo que consideran una injusticia que sufrieron en sus días de kindergarten. Ocurre esto particularmente con el recuerdo de un incidente en que fue castigado el niño mayor por algo que había hecho el menor. —Siempre cargaba yo con la culpa —es el grito de muchos hermanos mayores. En cualquier pelea en que el bebé llora, la atareada madre reacciona automáticamente regañando al niño mayor.

Jim, de ocho años de edad, tenía la costumbre de besar a todos los que encontraba. Sus besos tenían más de chupadas que de besos. Saqué la conclusión de que Jim no había superado su interés infantil en la succión. Salí y le compré un biberón. Jim coge su biberón todas las noches al irse a la cama. Los otros niños, que al principio rompían en carcajadas burlonas (ocultando así su interés por los biberones), no tardaron en sentirse celosos de Jim. Dos de ellos pidieron biberones. Jim se convirtió de repente en el hermanito que hacía mucho tiempo había tenido el monopolio del pecho de la madre. Les compré biberones a todos. El hecho de que quisieran biberones demostraba que aquellos niños conservaban aún su interés por la lactancia.

Los celos son algo contra lo que hay que precaverse de un modo especial en el comedor. Hasta algunos individuos del personal docente sienten celos cuando a un visitante se le sirve un plato especial; y si la cocinera da espárragos a uno de los alumnos mayores, los otros hablarán con elocuencia de los favoritos de la cocina.

Hace unos años la llegada de una caja de herramientas causó inquietud en la escuela. Los niños cuyos padres no podían comprarles buenas herramientas se sintieron celosos y durante tres días se portaron antisocialmente. Un niño que sabía todo sobre el manejo de herramientas, se llevó prestada una garlopa, y sacó la cuchilla de ésta golpeando el filo; naturalmente, estropeó la garlopa. Me dijo que había olvidado cómo se sacaba la hoja. Consciente o inconsciente, el acto destructor era una reacción de celos.

Puede ser imposible darle a cada niño una habitación, pero cada niño debe tener un rincón en el que pueda hacer lo que quiera. En las habitaciones de Summerhill cada alumno tiene una mesa y un espacio suyo, y se siente alegre decorando su rincón.

Algunas veces producen celos las lecciones individuales. "¿Por qué tiene Mary lecciones individuales y yo no?" En ocasiones una niña se porta deliberada y conscientemente como una niña problema simplemente para ser incluida en la lista de lecciones individuales. En una ocasión una niña rompió algunos cristales, y cuando se le preguntó qué se proponía replicó: —Quiero que Neill me dé lecciones individuales. Una niña que se porta de ese modo es por lo general una niña cuyo padre no le prestó, según ella, suficiente atención.

Como los niños traen consigo sus problemas y sus celos domésticos, lo que más temo en mi trabajo con ellos son las cartas que los padres escriben a sus hijos. Cierta vez tuve que escribirle a un padre: "Haga el favor de no escribir a su hijo. Siempre que llega carta de usted, se porta mal." El padre no me contestó, pero dejó de escribir al niño. Unos dos meses más tarde vi que el niño recibía una carta de su padre. Parecía disgustado, pero no dijo nada. Aquella noche, hacia las doce, oí unos chillidos horribles en el dormitorio del niño. Acudí corriendo y llegué en el momento preciso para salvar a nuestro gatito de ser estrangulado. Al día siguiente fui a su habitación a buscar la carta. La encontré. Uno de sus párrafos decía: "Te alegrarás de saber que Tom [el hermano menor] celebró su cumpleaños el lunes pasado y que la tía Lizzie le regaló un gatito." Las fantasías que nacen de los celos no conocen límites en la criminalidad. El niño celoso mata a sus rivales imaginariamente. Dos hermanos tenían que viajar desde Summerhill hasta su casa para pasar las vacaciones. El mayor cayó en un estado de miedo. —Tengo miedo de perder a Fred en el camino— repetía. A lo que tenía miedo era a que se hiciera realidad su deseo.

—No —me dijo un niño de once años, refiriéndose a su hermano menor—, no me gustaría exactamente que muriese, pero me gustaría que hiciese un viaje muy largo, a la India o a otra parte, y volviera cuando ya fuese hombre.

Los alumnos nuevos de Summerhill tienen que sufrir tres meses de odio inconsciente de los otros niños. Porque la primera reacción de un niño hacia un recién llegado a la familia es una reacción de odio. El niño mayor suele creer que la madre sólo tiene ojos para el recién llegado, porque duerme con ella y absorbe toda su atención. El odio reprimido del niño hacia la madre se compensa a menudo con un exceso de ternura hacia ella. El hijo mayor de una familia es el que más odia. El hijo menor no supo nunca lo que es ser el rey de la casa. Cuando pienso en esto, veo que mis peores casos de neurosis son o bien hijos únicos o los hijos o hijas mayores.

Los padres alimentan inadvertidamente el odio del hijo mayor. —Vamos, Tom, tu hermano menor no haría tanto alboroto por una cortadura en un dedo.

Recuerdo que cuando yo era niño me ponían siempre como ejemplo otro niño. Era un estudiante maravilloso, no se supo nunca que no estuviera a la cabeza de la clase, se llevaba todos los premios sin apurarse. Murió. Recuerdo su entierro como algo más bien agradable.

A veces los maestros despiertan los celos de los padres. Yo he perdido alumnos más de una vez porque los padres estaban celosos del cariño del niño por Summerhill y por mí. Es comprensible. En una escuela libre, a los niños se les deja hacer exactamente lo que quieren mientras no quebranten las leyes sociales establecidas por el personal docente y los alumnos en las asambleas generales de la escuela. En ocasiones, un niño no quiere ni aun ir a pasar las vacaciones a su casa, porque el ir a casa es sentirse bloqueado por las restrictivas leyes domésticas. Los padres que no se sienten celosos de la escuela ni de sus maestros son los que en casa tratan a sus hijos lo mismo que los tratamos nosotros en Summerhill. Creen en sus hijos y les dan libertad para ser ellos mismos. A estos niños les encanta volver a su casa.

No tiene por qué existir rivalidad entre el padre y el maestro. Si el padre convierte en odio el amor del niño con órdenes y reglas arbitrarias, debe esperar que el niño busque amor en otra parte. Un maestro es simplemente el sustituto de un padre o de una madre. Es el amor reprimido hacia los padres el que



se proyecta sobre el maestro sólo porque el maestro es más fácil al amor que el padre.

No podría decir el número de padres que he conocido que odiaban a sus hijos a causa de los celos. Eran los padres de Peter Pan, que pedían amor maternal a sus mujeres y odiaban al pequeño rival, al que con frecuencia golpeaban cruelmente. Tú, señor padre, encontrarás complicada tu situación por un triángulo familiar. Una vez nacido vuestro niño tú eres, en cierta medida, el hombre sobrante. Algunas mujeres pierden todo deseo de vida sexual después de tener un hijo. En cualquier caso, caracterizará al hogar el amor compartido. Tienes que darte cuenta de lo que sucede, pues de otro modo te sentirás celoso de tu propio hijo. En Summerhill hemos tenido veintenas de niños que sufrían a causa de los celos maternos o paternos, en su mayor parte casos en los que los celos del padre lo habían hecho severo y brutal con el hijo. Si un padre rivaliza con sus hijos por el amor de la madre, los hijos serán neuróticos en mayor o menor grado.

He visto a muchas madres que detestaban ver a sus hijas con la frescura y la belleza que ellas habían perdido. Habitualmente, eran madres que no tenían nada que hacer en la vida, que vivían en el pasado y soñaban con las conquistas que habían hecho en los bailes hacía muchos años.

Solía sentirme irritado cuando dos jovencitos se enamoraban. Yo racionalizaba mi emoción pensando que mi irritación era en realidad miedo a consecuencias delicadas. Cuando me daba cuenta de que no eran más que celos posesivos de la joven, desaparecían toda mi irritación y todo mi miedo.

Los celos de la juventud son una cosa real. Una muchacha de diecisiete años me dijo que en el internado particular en que había estado, su maestra consideraba a los pechos como cosas vergonzosas que había que ocultar con corsés bien apretados. Era un caso extremo, sin duda, pero que contenía en forma exagerada una verdad que procuramos olvidar: la vejez —desengañada y reprimida— odia a la juventud porque la vejez tiene celos de la juventud.

#### DIVORCIO

¿Qué es lo que hace neurótico a un niño? En muchos casos, el hecho de que sus padres no se quieran. El niño neurótico pide amor, y en su casa no hay amor. Oye a sus padres regañarse mutuamente. Quizá procuran honestamente guardar su secreto

con el niño, pero el niño puede sentirlo en el ambiente. Juzga por lo que ve más que por lo que oye. Ningún niño se deja engañar con palabras como *queridísimo* y *encanto*.

Entre otros, tuve los siguientes casos:

Niña de quince años, ladrona. Madre infiel al padre. La niña lo sabía.

Niña de catorce años, soñadora desgraciada. Dice que la neurosis data de un día en que vio a su padre con su amante.

Niña de doce años, odiaba a todo el mundo. Padre impotente; madre desapacible.

Niño de ocho años, ladrón. Padre y madre francamente enemistados.

Niño de nueve años; vivía de fantasías (la mayor parte erótico-anales). Padres furtivamente hostiles entre sí.

Niña de catorce años, se orinaba en la cama. Los padres vivían separados.

Niño de nueve años, imposible en casa debido a su mal carácter; vivía con fantasías de grandeza. Madre desgraciadamente casada.

Comprendo lo difícil que es curar a un niño cuando el hogar es un lugar de desamor. Con frecuencia he contestado a la pregunta de una madre: —¿Qué haré con mi hijo?— con la réplica: —Vaya a hacerse analizar usted misma.

Padres y madres me han dicho muchas veces que se separarían si no fuera por los niños. Con frecuencia sería lo mejor para los niños que *se separasen* padres que no se quieren. ¡Mil veces mejor! La vida matrimonial sin amor significa un hogar desgraciado; y un ambiente desgraciado es siempre la muerte psíquica para el niño.

He visto en ocasiones que el hijo de madre desgraciadamente casada reacciona hacia ella con odio, y la atormenta con sadismo. Un muchacho solía morder y escupir a su madre. Casos menos extremos torturan a la madre exigiendo constantemente su atención. Según la teoría del complejo de Edipo, sería el caso inverso. El niño considera a su padre como un rival en el amor de la madre. Podría suponerse naturalmente que en un caso en que el padre no tuviese ninguna posibilidad de ganar, el hijo, como pretendiente vencedor, mostraría más ternura hacia su madre. Por el contrario, advierto muchas veces que muestra una crueldad extraordinaria hacia ella.

La madre infelizmente casada siempre mostrará favoritismo. Cerrada la salida marital del amor, concentrará todo su amor en un solo hijo. Lo esencial en la vida de un niño es el amor,

pero el padre infelizmente casado no puede dar amor en la proporción adecuada. O da demasiado o demasiado poco. Es difícil decir cuál de las dos cosas es la peor.

El niño hambriento de amor se convierte en un individuo que odia, antisocial y criticón. El niño abrumado de amor se convierte en el favorito de la madre, en un alma tímida y femenina que busca siempre el resguardo de la madre. La madre puede ser simbolizada por una casa (como en la agorafobia), por la Madre Iglesia o por la Madre Patria.

No me interesan las leyes de divorcio. No me incumbe a mí aconsejar a adultos; pero me incumbe estudiar a los niños, y es importante sugerir a los padres que hay que modificar el hogar si el niño neurótico ha de tener alguna probabilidad de reponerse. Los padres deben ser lo bastante valerosos, en caso necesario, para comprender que su influencia es mala para sus hijos. Una madre me dijo: —Pero si no veo a mi hijo durante dos años, lo perderé. —Ya lo ha perdido usted— le contesté. Y lo había perdido, porque el hijo se sentía desgraciado en el hogar.

#### ANGUSTIA PATERNA

Puede decirse que el padre angustiado es el que no puede dar nada: ni amor, ni honor, ni respeto, ni confianza.

Hace poco vino a visitar Summerhill la madre de un alumno nuevo. Durante un fin de semana hizo desgraciada la vida del niño. No tenía apetito, pero estuvo sobre él y lo hizo tomar la comida. Estaba sucio después de haber hecho una casa en un árbol, y lo llevó corriendo por los patios a la casa para restregarlo hasta ponerlo limpio. Había gastado su dinero de bolsillo en helados, y le hizo un sermón sobre lo malo que el helado era para su estómago. Lo corrigió cuando se dirigió a mí llamándole Neill, y le exigió que me llamase *señor* Neill.

Le dije: —¿Por qué diablos lo metió usted en esta escuela si tiene usted hacia él una actitud tan exigente y angustiada?

Me respondió sinceramente: —¿Por qué? Porque quiero que sea libre y feliz. Quiero que se haga un hombre independiente, no echado a perder por ninguna influencia exterior.

—¡Ah! —dije, y encendí un cigarrillo. La mujer no sospechaba que estaba tratando a su hijo cruel y estúpidamente, que estaba transfiriendo a él toda la angustia que le producía su propia vida frustrada.

Y yo pregunto: ¿Qué puede hacerse? ¡Nada! Nada sino dar

algunos ejemplos del daño que causa la angustia paterna y esperar lo mejor, esperar que quizá un padre entre un millón diga: —¡Nunca pensé en eso! Creí que estaba haciendo bien. Quizá estaba equivocado.

En un caso una madre aturdida escribe: “No sé qué hacer con mi hijo, de doce años, que de repente empezó a robar cosas de Woolworth. Por favor, por favor, dígame qué debo hacer.” Es exactamente como si un individuo escribiese quejándose de que, después de haber consumido una botella diaria de whisky durante veinte años, se encuentra con que tiene mal el hígado. Probablemente no le haría bien aconsejarle que cortase el beber en aquella etapa. Y, en consecuencia, suelo aconsejar a una madre frenética que tiene un grave problema con la conducta de su hijo que consulte a un psicólogo de la infancia o que busque la dirección de la clínica infantil más próxima.

Podía, naturalmente, contestar a la madre desconcertada: “Mi querida mujer, su hijo empezó a robar porque su hogar es insatisfactorio y desgraciado. ¿Por qué no trata de hacer de su hogar un buen hogar?” Si hiciese esto, podría producirle una mala conciencia. Aunque ella tuviese la mejor voluntad del mundo, no podría cambiar el ambiente de su hijo porque no sabe cómo. Más aún, aunque supiera cómo, no tendría capacidad emocional para llevar a cabo el programa.

Indudablemente, con la orientación de un psicólogo de la infancia una mujer de buena voluntad podría realizar un cambio casi completo. El psicólogo puede recomendar la separación de un marido al que no quiere o que no la quiere, o sacar de la casa a la suegra. Lo que un psicólogo probablemente no puede cambiar es la mujer interior, la madre moralista, angustiada, asustada, enemiga del sexo, regañona. Cambiar las circunstancias exteriores tiene muy a menudo sus límites.

He hablado de la madre asustada. Recuerdo una conversación con una madre de otro tipo, la madre de una posible alumna, una niña de siete años. Todas las preguntas que hacía eran angustiosas: —¿Cuida alguien de que se cepille los dientes dos veces al día? ¿La vigilarán para que no salga a pasear por la carretera? ¿Tendrá clases todos los días? ¿Le dará alguien su medicina todas las noches? Las madres angustiadas convierten inconscientemente a sus hijos en una parte de su problema por resolver. Una madre estaba siempre con miedo por la salud de su hija. Me escribía constantemente cartas largas con instrucciones relativas a lo que la niña debía comer, o mejor a lo que no debía comer, cómo debía vestirse, y así sucesivamente. He

tenido muchos niños de padres angustiados. Invariablemente, el niño adquiere la angustia del padre, y el resultado frecuente es la hipocondría.

Martha tenía un hermano pequeño. Los padres eran, los dos, personas angustiadas. Oigo en el huerto a Martha gritarle a su hermano: "No te metas en el agua, te vas a mojar los pies", o "No juegues con la arena, te mancharás los pantalones nuevos". Digo que oigo a Martha, pero tendría que decir que oía a Martha, en sus primeros tiempos en la escuela. Ahora, no se preocupa de que su hermano parezca un deshollinador de chimeneas. Sólo durante la última semana del curso reaparece su antigua angustia, porque entonces se da cuenta de que va a volver a una casa donde constantemente reina la angustia.

A veces pienso que las escuelas de disciplina rigurosa deben parte de su éxito a que los alumnos gozan volviendo a casa a pasar las vacaciones. Los padres ven en las caras felices de sus hijos el amor al hogar, cuando la mayor parte de las veces es odio a la escuela. El niño ha proyectado su odio sobre los maestros severos; el amor del niño es pródigamente dedicado a sus padres. Es el mismo mecanismo psicológico que emplea una madre cuando canaliza hacia el padre el odio del niño diciéndole: —Espera a que venga tu padre. Ya te dará tu merecido.

Oigo con frecuencia decir a médicos y a personas de otras profesiones: —Mando a mis hijos a una buena escuela particular para que adquieran buen acento y conozcan a gente que puedan serles útiles andando el tiempo. Dan por sabido que nuestros valores sociales continuarán como ahora durante algunas generaciones. El miedo al futuro es cosa muy real en los padres.

Los padres quieren escuelas con una disciplina rígida cuando el hogar es un centro de estricta autoridad paterna. La escuela disciplinaria sigue la tradición de tener al niño sometido, silencioso, respetuoso, castrado. Además, hace excelente trabajo dirigiéndose sólo a la cabeza del niño. Reprime su vida afectiva, su impulso creador. Lo acostumbra a ser obediente a todos los dictadores y jefes de la vida. El miedo que comenzó en la guardería lo aumentan los maestros severos cuya rígida disciplina nace de sus propios impulsos de poder. El padre corriente, que no ve más que el niño exterior con su chaqueta de uniforme, sus maneras superficiales, su culto por el fútbol, se alegra de ver con cuánto éxito está siendo amaestrado su querido hijo. Es trágico ver a la juventud sacrificada en ese altar antediluviano de la llamada educación. La escuela severa sólo pide poder, y el padre temeroso está satisfecho.

Como todo ego que busca poder, el ego del maestro tenderá a atraer hacia sí a los niños. Piénsese en qué clase de dios de hojalata es en realidad un maestro. Es el centro del cuadro; manda y es obedecido; administra justicia; es casi el único que habla. En la escuela libre es eliminado el factor poder. En Summerhill no hay oportunidad para que un maestro exhiba su ego. No puede competir con el egoísmo más expresivo de los niños. Así, en vez de respetarme, los niños me llaman con frecuencia tonto o asno estúpido. En general, esas son expresiones de cariño. En una escuela libre, el factor amor es el único importante. Las palabras que se empleen son secundarias.

Un niño llega a Summerhill de una casa más o menos estricta y angustiada. Se le da libertad para hacer lo que quiera. Nadie lo censura. Nadie le dice que cuide sus modales. Nadie le ordena que se deje ver, pero no oír. La escuela es, naturalmente, un paraíso para el niño. Porque el paraíso para un niño es un lugar donde puede expresar todo su ego. Su delicia de tener libertad para expresarse no tarda en enlazarse conmigo. Yo soy el hombre que le permite ser libre. Yo soy el padre que su padre debiera haber sido. Él en realidad no me quiere. Un niño no ama, quiere ser amado. Su pensamiento no dicho es: *Soy feliz aquí. El viejo Neill es un sujeto bastante decente. Nunca se mete en nada, y todo eso. Debe estar muy encariñado conmigo, porque de otro modo me mandaría a paseo.*

Llegan las vacaciones y se va a casa. En casa, coge el proyector del padre y sin duda lo deja sobre el piano. El padre protesta. El niño se da cuenta de que la casa no es un lugar libre. Un niño solía decirme: —Mis gentes no están al día, ¿sabes? En casa no soy libre como aquí. Cuando vaya a casa, les enseñaré a mi padre y mi madre. Supongo que llevó a cabo la amenaza, porque lo mandaron a otra escuela.

Muchos de mis alumnos sufren demasiado de "parentitis". En estos momentos siento grandes deseos de tener una conversación acrimoniosa con los siguientes parientes de mis alumnos: dos abuelos (religiosos), cuatro tías (religiosas y mojígatas), dos tíos (irreligiosos y moralizadores). Prohibí severamente a los padres de uno de mis alumnos que le permitieran visitar a su abuelo, muy amante de las llamas del infierno, pero me contestaron que sería imposible tomar una medida tan radical. ¡Pobre niño!

En una escuela libre, el niño está a salvo de parientes. En la actualidad, los aviso. Hace dos años, llegó un tío y se llevó a su sobrino, de nueve años de edad, a dar un paseo. Volvió el

niño y empezó a tirar trozos de pan a un lado y otro del comedor.

—El paseo parece haberte trastornado —dije—. ¿De qué habló tu tío?

—¡Oh! —dijo—. Habló de Dios todo el tiempo, de Dios y de la Biblia.

—¿No citó por casualidad el texto que habla de tirar tu pan al agua? —le pregunté, y empezó a reírse.

Diré de pasada que dejó de tirar pan. Cuando aquel tío vuelva aquí, su sobrino estará, sencillamente, "temporalmente incomunicado".

No obstante, en general no puedo quejarme de la mayor parte de los padres de mis alumnos. Nos llevamos espléndidamente. La mayor parte de ellos están siempre a mi lado. Uno o dos dudan tímidamente, pero siguen teniendo confianza. Siempre digo a los padres con absoluta franqueza cuáles son mis métodos. Los que están siempre a mi lado no tienen motivo para sentirse celosos. Los niños se sienten exactamente tan libres en el hogar como en la escuela, y les gusta ir a sus casas.

Los alumnos cuyos padres no creen del todo en Summerhill no quieren ir a sus casas a pasar las vacaciones. Los padres les exigen demasiado. No se dan cuenta de que un niño de ocho años está interesado principalmente en sí mismo. No tiene sentido social ni verdadera idea del deber. En Summerhill vive su egoísmo, y se librará de él expresándolo. Un día será social, porque su respeto a los derechos y opiniones de los demás modificará su egoísmo. Desde el punto de vista del niño, el desacuerdo entre la escuela y el hogar es desastroso. Empieza a tener un conflicto: ¿Quién tiene razón, el hogar o la escuela? Para el desarrollo y la felicidad de un niño es esencial que el hogar y la escuela tengan un mismo propósito, un punto de vista unificado.

Una de las principales causas de desacuerdo entre el padre y el maestro creo que son los celos. Una alumna de quince años me dijo: —Si quiero hacer que papá grite como un loco, no tengo más que decirle: "El señor Neill dice esto y lo otro." Los padres angustiados se sienten con frecuencia celosos de todo maestro a quien el niño quiera. Es natural. Después de todo, los niños son posesiones, son una propiedad, forman parte del ego del padre.

También el maestro es igualmente humano e igualmente débil. Muchos maestros no tienen hijos, e inconscientemente adoptan a sus alumnos. Sin darse cuenta de lo que están haciendo, tienden a robar el niño a sus padres. Es verdaderamente

necesario que un maestro sea psicoanalizado. El psinoanálisis no es la panacea para todos los males, tiene un campo limitado, pero limpia el terreno. Creo que el mérito principal del análisis es que hace a uno comprender a los demás más fácilmente, lo hace más caritativo. Por esta sola razón lo recomiendo con empeño a los maestros; porque, después de todo, su trabajo es comprender a otros. El maestro analizado hará frente con alegría a su actitud hacia los niños, y al hacerle frente la mejorará.

Si un hogar produce temores y conflictos, es un mal hogar. El niño a quien los padres han empujado hacia adelante con excesiva rapidez, probablemente será un resentido. Inconscientemente, está decidido a que sus padres no se salgan con la suya. El niño que no ha sido educado con angustia ni conflictos hará frente a la vida con espíritu de aventura.

#### CONCIENCIA PATERNA

Tener conciencia significa estar libre de prejuicios y de actitudes pueriles, es decir, todo lo libre posible, porque ¿quién puede librarse nunca de los primeros condicionamientos? Conciencia significa profundizar bajo la superficie de las cosas, prescindir de lo superficial. Esto no es fácil para los padres a causa de sus vínculos afectivos. *¿Qué estropicio he hecho con mis hijos!* es el grito de veintenas de cartas que yo he recibido. El maestro, no atado por un fuerte vínculo afectivo a sus alumnos, tiene muchas más posibilidades que el padre de ejercitar constantemente una actitud consciente al guiar al niño hacia la libertad.

Muchas veces he tenido que escribir a un padre que su hijo problema no tendría ninguna probabilidad de corregirse a menos que él, el padre, modificase algunos de sus métodos. He tenido que señalar, por ejemplo, que es una situación imposible aquella en que Tommy tiene libertad para fumar en Summerhill mientras que en casa recibe una zurra si lo hace. Y quien dice fumar dice *bañarse, lavarse, no estudiar, renegar*, y así sucesivamente.

Yo jamás he predispuerto a un niño contra su casa. Fue la libertad la que lo hizo y, naturalmente, el hogar sin conciencia de tal no podía recoger el reto, no podía comprender las obras de la libertad.

Me gustaría ilustrar con varios ejemplos esta clase de malas relaciones padre-hijo. Los niños acerca de quienes voy a escribir no son anormales de ningún modo. Son simplemente víctima

de un ambiente en el que no hay ningún conocimiento de las verdaderas necesidades del niño.

He aquí a Mildred. Cuando vuelve a la escuela, después de las vacaciones, es malévola, pendenciera, falsa; da portazos, se queja de su habitación, se queja de su cama, etc. Pasa más de medio curso antes de que vuelva a ser fácil vivir con ella. Pasó las vacaciones riñendo con su madre, una mujer que se casó con un hombre inadecuado para ella. Toda la libertad escolar del mundo no puede darle a aquella niña una satisfacción duradera. Como es natural, unas vacaciones excepcionalmente malas en casa van seguidas de pequeños hurtos en la escuela. El hacerla consciente de la situación no cambia el ambiente casero de inconsciencia, de odio, de intervención constante en su vida. Aun en Summerhill un niño no puede a veces librarse de la influencia doméstica, la mala influencia doméstica que no tiene valores, que no sabe lo que el niño piensa y siente. ¡Ay, no siempre pueden enseñarse fácilmente los valores de la gente!

Johnny, de ocho años, vuelve a la escuela con un aspecto desagradable. Fastidia y amenaza constantemente a niños más débiles que él. Su madre cree en Summerhill, pero su padre es partidario de la disciplina severa. El niño tiene que brincar a la orden de su padre, y me dice que a veces recibe bofetadas. ¿Qué puede hacerse en este caso? No lo sé.

Le escribo a un padre: "Es fatal para usted censurar a su hijo de cualquier modo. No se encolerice con él. Sobre todo, no le castigue nunca." Cuando el niño va de vacaciones a su casa, el padre lo espera en la estación, y lo primero que le dice es: "Levanta la cabeza, hombre. No te encorves."

La madre de Pedro le prometió darle un penique cada vez que su cama estuviera seca. Yo lo contrarresté ofreciéndole tres centavos cada vez que estuviera húmeda su cama. Pero a fin de evitar en la mente del niño un conflicto entre su madre y yo, persuadí a ésta de que suspendiera su recompensa antes de que empezase yo la mía. Ahora Pedro se orina en la cama con más frecuencia en casa que en la escuela. Un factor de su neurosis es que quiere seguir siendo un bebé; está celoso de su hermanito. Se da cuenta vagamente de que su madre trata de curarlo. Lo que yo trato de hacer es demostrarle que el orinarse en la cama no importa nada en absoluto. En resumen, mi recompensa de tres centavos lo estimula a seguir siendo un niño pequeño hasta que viva plenamente esa fase y esté dispuesto a salir de ella de un modo natural. Una costumbre significa que algo no ha sido plenamente vivido. Disciplinarla o suprimirla mediante soborno

significa hacer que el niño se sienta culpable e inculcarle la moral del odio. Vale más orinarse en la cama que convertirse en un mojigato moral.

El pequeño Jimmy regresa de unas vacaciones diciendo: —No voy a faltar ni a una sola clase este curso. Sus padres lo han apremiado a pasar su examen de ingreso en la escuela superior. Asiste a las clases durante una semana y después no aparece por ninguna durante un mes. Una prueba más de que las meras palabras son siempre inútiles. Peor aún, pueden ser contraproducentes.

Como ya he dicho, estos casos no son en absoluto niños problema. En un ambiente racional y con la comprensión paterna, todos ellos serían niños normales.

Tuve en una ocasión un niño problema que había sufrido a causa de equivocados métodos de enseñanza, y le dije a la madre que tenía que corregir el error. Me prometió que lo haría. Volvió a traer al niño después de las vacaciones de verano, y le dije:

—Bueno, ¿suprimió usted la prohibición?

—Sí —contestó—, lo hice.

—Bien. ¿Y qué le dijo usted?

—Le dije: jugar con el pene no es malo, pero es una cosa tonta hacerlo.

Levantó una prohibición e impuso otra. Y naturalmente el pobre niño siguió siendo antisocial, falso, lleno de odio y de angustia.

De lo que acuso a los padres es de que no aprenden nunca. La mayor parte de mi trabajo parece consistir en corregir errores paternos. Siento simpatía y admiración por los padres que reconocen honradamente los errores que han cometido en el pasado y que se esfuerzan por aprender un modo mejor de tratar a su hijo. Pero, cosa extraña, otros padres prefieren aferrarse a un código inútil y peligroso a procurar adaptarse al niño. Y cosa aún más extraña, parecen sentir celos del cariño que el niño me tiene.

Los niños no me quieren tanto a mí como a mi abstención de meterme en sus asuntos. Yo soy el padre con que soñaban cuando su verdadero padre gritaba: —¡No hagas ruido! No exijo nunca buenos modales ni un lenguaje cortés. Nunca pregunto si se han lavado la cara. Nunca exijo obediencia, respeto ni honores. En suma, trato a los niños con la dignidad con que esperan ser tratados los adultos. Me doy cuenta, después de todo, de que no puede haber verdadera competencia entre el padre y yo. Su misión es obtener ingresos para la familia. La mía

es estudiar a los niños y dedicarles todo mi tiempo y todo mi interés. Si los padres se niegan a estudiar psicología infantil para conocer mejor el desenvolvimiento de sus hijos, los padres tienen que suponer que se les dejará atrás. Y en efecto se les deja atrás.

Tuve un padre que escribió a una niña de mi escuela: "Si no puedes escribir con mejor ortografía, preferiría que no me escribieras." ¡Y eso se lo escribía a una niña de la cual no estábamos completamente seguros de si era una deficiente mental o no!

Más de una vez he tenido que gritarle a un padre quejoso: —Su hijo es ladrón, se orina en la cama. Es antisocial, desgraciado, inferior. Y usted viene a quejarse de que lo espera en la estación con la cara y las manos sucias. Soy persona que se encoleriza difícilmente, pero cuando encuentro un padre o una madre que no quiere o no puede adquirir el sentido de los valores acerca de lo que es importante y de lo que es insignificante en la conducta de un niño, monto en cólera. Quizá es por eso por lo que me consideran enemigo de los padres. Por otra parte, ¡qué alegría cuando viene de visita un madre, encuentra a su hijo en el jardín manchado de barro y con las ropas rotas, sonrío satisfecha y me dice: ¿No tiene buena cara y no parece feliz?

Pero sé lo difícil que es eso. Todos tenemos nuestro cuadro de valores y medimos a los demás con nuestras medidas personales. Posiblemente debiera excusarme por ser un hombre fanático de los niños y que se impacienta con los padres que no los ven con sus mismos ojos. Pero si me disculpara, sería un hipócrita. La verdad es que sé que estoy en lo cierto en lo relativo a valores, en cuanto a los niños se refiere.

El padre que de verdad quiere cambiar sus malas relaciones con su hijo puede empezar por hacerse a sí mismo ciertas preguntas muy prosaicas. Puedo recordar más de una veintena de preguntas oportunas: *¿Me enfado con mi hijo porque reñí esta mañana con mi marido (o con mi mujer)? ¿O porque no me produjeron bastante placer nuestras relaciones sexuales la noche pasada? ¿O porque la vecina de al lado dice que estoy echando a perder a mi mocoso? ¿O porque mi matrimonio es un fracaso? ¿O porque el jefe me riñó en la oficina?* Puede ayudar mucho a cualquiera hacerse preguntas como éstas.

Las preguntas verdaderamente profundas, las condicionadas para toda la vida, están, ¡ay!, más allá de la conciencia. Es muy poco probable que un padre encolerizado pueda hacer una pausa y formularse esta complicada pregunta: *¿Estoy enfadado*

*con mi hijo porque reniega a causa de haber sido yo educado severamente, con azotes y sermones morales, con el temor de Dios, respeto a las vacías convenciones sociales y una fuerte represión sexual?* La respuesta significaría un grado de autoanálisis que está fuera de la capacidad de la mayor parte de nosotros. Cosa lamentable, porque esa respuesta salvaría a muchos niños de la neurosis y la infelicidad.

La frase bíblica según la cual los hijos pagarán las iniquidades de los padres ha sido entendida en su sentido material durante muchas generaciones. Y hasta los menos cultos pueden entender la moral de *Espectros*, de Ibsen, donde el hijo paga las consecuencias de la sífilis de su padre. Lo que no se comprende es la ruina mucho más frecuente de los hijos por los pecados psicológicos de los padres. Para el niño no puede haber más que una escapatoria del ciclo destructor de la deformación del carácter: que un padre consciente lo guíe desde el primer momento hacia la autorregulación.

Hay que insistir en que la autorregulación exige una entrega mayor que cualquier sistema de reglas. Los padres tendrán que sacrificar más parte de su tiempo y de sus intereses personales por lo menos durante dos años. No deben jugar a ganarse el amor o la gratitud del niño. No deben considerar al niño como un objeto de exhibición que reparta sonrisas y haga gracias cuando vayan de visita los parientes. La autorregulación supone mucho sacrificio por parte de los padres. Insisto en este aspecto porque he visto matrimonios jóvenes que creían estar practicando la autorregulación cuando en realidad estaban haciendo que el niño se adaptara a su propia comodidad, tratando de hacer que aceptase una hora de ir a la cama que les permitiera ir de noche al cine. O, más tarde, dándole al niño juguetes blandos, silenciosos, para que no los molestase mientras descazaban un sueño.

—¡Basta! —grita el padre—. ¿Usted no puede hacernos eso! ¡También nosotros tenemos nuestros derechos en la vida! Yo digo que no, que no durante los dos primeros años, o quizás los cuatro primeros años, de la vida del niño. Los primeros años tienen que ser años de vigilancia sumamente cuidadosa, porque todo el ambiente se opone a la autorregulación, y se está obligado a luchar por el niño con una persistencia consciente.

Tengo algunos otros pequeños consejos para los padres que toman en serio dar a sus hijos un buen comienzo hacia la autorregulación y la libertad.

Dejar a un niño solo en su cochecito en un jardín, quizás

durante horas, es una práctica peligrosa. Nadie puede soportar angustiosos sentimientos de miedo y de soledad por un tiempo prolongado. Mentar un bebé al despertar de pronto y encontrarse solo en un lugar desconocido. Quienes han oído los gritos de un niño en una ocasión, tienen alguna idea de la crueldad de esa estúpida práctica.

Si queréis que vuestro hijo crezca sin ser un neurótico, debéis permanecer —atreveos a no hacerlo— alejados de él. No debéis jugar con él, no sólo en sus juegos, sino jugar con él en el sentido de que también sois niños, capaces de entrar en su mundo y aceptar sus intereses. Si tenéis una estúpida dignidad, no sois capaces de hacer eso.

Siempre es preferible, si es posible, que los abuelos vivan separados de los niños, y no con ellos. Lo que suele ocurrir es que los abuelos insisten en formular la ley para la crianza de los niños, o que los estropeen viendo en ellos únicamente lo bueno o lo malo. En los malos hogares los niños tienen cuatro hogares en vez de dos. Aun en los buenos hogares suele haber tiranías porque la mayor parte de las veces los abuelos insisten en imponer sus anticuadas opiniones sobre la infancia. Los abuelos propenden con frecuencia a echar a perder a los niños con un amor excesivamente posesivo. Suele ocurrir esto cuando la abuela no tiene verdadero interés en la vida después de haber creído que empezará su tarea de nuevo. Con la idea de que su hijo o su nieto es incompetente como madre, la abuela interviene, y tiraniza al niño en dos direcciones, y el niño es capaz de abstraerse a ambos lados. Para un niño, un hogar dividido significa un hogar sin amor, bien sea la división entre la madre y la abuelita o bien entre marido y mujer. Aunque la división se le oculte sutilmente al niño, éste nunca es engañado. *Siente*, sin ser consciente de ello, que en su casa no hay amor.

También puede ser difícil la cuestión de la escuela. Tú puedes querer quizá desear enviar al niño a una escuela progresista con conciencia, y tú quizá desees mandarlo a una escuela pública. Puede haber un choque. Posiblemente tengan lugar las peores consecuencias si tú o tu mujer sois católicos romanos. Esto no es ningún consejo que dar. Los abismos ideológicos son difíciles de superar con excesiva frecuencia insalvables. Sólo puedo decir que los niños de mis alumnos más difíciles eran el resultado de las discrepancias de opinión de los padres sobre las escuelas. Uno de ellos cuyo padre estaba contra Summerhill, pero que él mismo era de la paz, no hace nunca progresos importantes.

mandarlos desaprueba. Es una situación trágica que se encuentre en ella. No encuentra ningún lugar donde ir, porque teme que cualquier día le mandarán a una escuela con disciplina severa. Los maestros lo saben, y algunos de ellos se afanan en evitar el contacto más íntimo al personal docente y a los padres en las reuniones de padres y maestros en la escuela. ¡Excepcionalmente debiera hacerse en todas partes. Los maestros se darían cuenta de que nunca pueden ejercer sobre los niños una influencia tan importante como la de los padres. Por eso es inútil tratar de llevar a un niño problema cuando en la casa perdura el amor que hizo del niño un problema.

Los padres deben tener en cuenta que, más tarde o más temprano, es necesario que los niños se alejen de ellos. No quiero decir naturalmente, que los niños dejen a sus padres y no vuelvan a ellos nunca. Digo alejarse *psíquicamente*, librándose de la dependencia del niño respecto del hogar. Es natural que una madre procure mantener a los hijos dependientes de ella. Conozco muchos hogares en los que una hija permaneció con sus padres hasta el momento de irse al trabajo en la vejez. En la mayor parte de los casos, la madre no tiene en cuenta de que son hogares sin felicidad. La parte de la psiquis de la hija la impulsa a salir al mundo para vivir su propia vida. La otra parte, la parte respetuosa del amor, le mueve a permanecer con sus padres. Tiene que vivir con un conflicto interior y, por lo general, ese conflicto interior genera irritación: *Naturalmente quiero a mi madre, ¡pero es una pasada algunas veces!*

Los miles de mujeres tienen las tareas más aburridas del mundo: preparar las comidas, hacer platos de cocina, lavar ropa, planchar, limpiar el polvo. Son amas de casa inestimables, y sus vidas son muy solitarias. Cuando la familia abandona el nido, han terminado su vida de madre. El nido del cual han volado los jóvenes es un hogar solitario, y hay que simpatizar con la madre y no con la independencia maternal es realizar su tarea todo el día. Aunque quizá inadvertidamente haga sufrir con su independencia, esto apunta al hecho manifiesto de que la madre debería tener un oficio o una profesión a la que se dedica una vez que han terminado sus obligaciones.

Un Dios celoso. Tiene derecho a decir: ¿por qué la madre y el padre pueden pegar a su hijo? ¿Por qué le agradece su vida. La ley sólo puede



intervenir cuando se produce demasiado daño corporal; pero no puede intervenir por grande que sea el daño psíquico que se haga. La tragedia es que el padre cree que hace siempre lo mejor que puede hacerse.

La gran esperanza de la humanidad es que los padres *hagan* siempre lo mejor, si tienen conciencia de su misión y están siempre del lado del niño en su desarrollo hacia la libertad en el trabajo, en los conocimientos y en el amor. Si este libro ha contribuido a que siquiera un solo padre se dé cuenta de la enorme influencia que ejerce para bien o para mal, no habrá sido escrito en vano.

## VII. PREGUNTAS Y RESPUESTAS

### EN GENERAL

*Usted llama antivida a la humanidad. ¿Qué quiere usted decir?  
Yo no soy antivida, ni son antivida mis amigos.*

En el transcurso de mi vida hubo dos guerras horribles, y quizá viva lo bastante para ver una tercera más horrible aún. Muchos millones de jóvenes murieron en aquellas guerras. Cuando yo era niño, los hombres morían por una causa imperialista en África del Sur. De 1914 a 1918 murieron en la "guerra para acabar con todas las guerras". De 1939 a 1945 murieron para aplastar el fascismo. Mañana quizás mueran muchos para aplastar o para imponer el comunismo. Esto significa que las grandes masas del pueblo están dispuestas a dar su vida y la vida de sus hijos a las órdenes de autoridades centrales por causas que no tocan a sus vidas individuales.

Nosotros somos antivida y promueve si somos instrumentos de políticos, comerciantes o explotadores. Somos instrumentos porque se nos preparó para ver la vida negativamente, acomodándonos humildemente dentro de una sociedad autoritaria, y dispuestos a morir por los ideales de nuestros amos. Sólo en las novelas románticas muere la gente por amor; en la realidad mueren de odio.

Ése es el aspecto multitudinario. Pero el individuo es antivida en su existencia cotidiana. Su modo de hacer el amor es en general insatisfactorio; sus placeres son en su mayor parte cursis, baratos, escapistas. Es un moralista, esto es, un individuo que considera mala, o en el mejor caso inadecuada, la vida natural, e instruye a sus hijos de acuerdo con eso.

Al niño que no es provida se le da una conciencia acerca del sexo, o del estudio, o de Dios, o de los modales, o de la conducta pulida. Los padres o los maestros que no son provida pegarán siempre a un niño. El ciudadano que no es provida tolerará nuestro código penal, nuestras horcas, nuestros castigos a los homosexuales, nuestra actitud hacia los hijos bastardos. La persona que no es provida se sentará en una iglesia y clamará que es un pecador.

Permítaseme aclarar que yo no defiendo el libertinaje. La prueba siempre es ésta: *¿Es realmente perjudicial para algún*

otro lo que está haciendo el señor X? Si la respuesta es negativa, los que se oponen al señor X actúan como antivida.

También puede sostenerse el otro camino y señalar la actitud provida de la gente joven cuando baila, hace excursiones, practica deportes, va al cine, a los conciertos, al teatro. Y hay algo también en ese argumento a favor del anhelo de la juventud de lo que es provida, y es tan brillantemente vivo y optimista que encuentra su placer cuando lo reprime la autoridad. Ese anhelo persiste después, de suerte que el hombre es ambivalente, pues busca el placer y al mismo tiempo lo teme.

Cuando empleo la palabra *antivida* no quiero decir que se busque la muerte. Quiero decir temer a la vida más que temer la muerte. Ser antivida no significa ser promuerte. Ser antivida significa ser proautoridad, prorreligión de una iglesia, prorrepresentación, proopresión, o por lo menos estar subordinado a ellas.

Resumamos: Provida es igual a diversión, juegos, amor, trabajo interesante, aficiones, risa, música, danza, consideración para los demás y fe en los hombres. Antivida es igual a deber, obediencia, ganancia y poder. A lo largo de la historia ha vencido la antivida, y seguirá venciendo mientras se adiestra a la juventud para que se acomode a las concepciones actuales de los adultos.

*¿No cree usted que la mayor parte de los males de la humanidad se resolverán cuando hayan sido resueltos los problemas económicos de los millones de habitantes del mundo?*

No es muy satisfactorio comprobar que nuestros hogares y nuestra preparación escolar conducen a vidas monótonas para la mayor parte de la gente. ¡Ah!, sí, son necesarias ocupaciones aburridas en las tiendas y en las oficinas; lo innecesario es el entumecimiento de personas que odian sus escritorios y sus fichas de ventas, que tienen que buscar alivio a su hambre de emociones en películas triviales, en carreras de galgos, en las fotografías de las revistas y en las informaciones de los periódicos sobre crímenes y sucesos sensacionales.

Los millonarios con Cadillac no son más felices en sus vidas interiores que los mozos de tren. La respuesta está en que nadie puede gozar de bienestar económico ni de seguridad si su alma es antivida y antiamor. El rico y el pobre tienen esto en común: los dos han sido educados en un mundo que desaprueba el amor, que lo teme, que lo convierte en un chiste obscuro.

Muchos de los que están de acuerdo en que la mayor parte de la gente es desgraciada, dirán que cuando estén resueltos todos los problemas económicos la vida será plena, satisfactoria y libre. En cuanto a mí, no puedo creer eso. Lo poco que hemos visto de libertad económica no fue alentador. La libertad económica que hace posible una cocina eléctrica no conduce a una felicidad ni a una sabiduría mayores; todo lo que hace es proporcionar más comodidad, y esto tarda poco en ser aceptado automáticamente, y pierde su valor emocional.

Nuestros métodos de formación del carácter han hecho de Inglaterra una nación de éxito en las cosas materiales, que nos han dado un elevado nivel de vida. Pero hasta ahí es hasta donde puede llegar el éxito. En general, las personas aún son desgraciadas. No, la solución económica sola no librará nunca al mundo de su odio y de sus miserias, de sus crímenes y escándalos, de sus neurosis y enfermedades.

*¿Qué podemos hacer con un matrimonio desgraciado?*

Algunos padres de la clase media buscan la solución en el psicoanálisis, que con gran frecuencia tiene por resultado la ruptura del matrimonio. Pero aun cuando el psicoanálisis tuviera mejor éxito del que suele tener, no podemos analizar a todo el mundo. La obra curativa con individuos es una insignificancia que no puede afectar suficientemente a las masas.

La solución para la humanidad está en la educación apropiada de los jóvenes, no en curar a los neuróticos. Debo confesar que no tengo nada que decir que resuelva la cuestión matrimonial de hoy. Es lamentable, pero si el señor y la señora Brown viven juntos de un modo desgraciado porque fueron educados en un ambiente antivida, no puede hacerse nada por ellos.

Suena esto a extremado pesimismo. Sólo podemos ser optimistas si nos esforzamos en tratar a los niños de tal manera que no odien el sexo ni la vida. Cada vez que veo azotar a un niño, o que se le miente y se le hace avergonzarse de su desnudez, veo con dolor que aquella criatura se convertirá en un marido o una mujer llenos de odio.

*¿Considera usted importante que las dos personas de un matrimonio tengan el mismo nivel intelectual?*

El aspecto intelectual del matrimonio es secundario. Un matrimonio de cabezas es algo insípido y frío, mientras que un ma-

trimonio de corazones es algo cálido y de entrega. La naturaleza no hace que se enamore un hombre o una mujer a causa de la pericia intelectual de su pareja. Pero después, cuando el impulso sexual se debilita, intereses intelectuales comunes tenderán a hacer feliz un matrimonio. La igualdad de temperamentos es quizá el mejor pronóstico para un matrimonio duradero y feliz.

*¿Cuál es la causa de la excesiva inquietud respecto del trabajo, y por qué se suicidan ahora tantos jóvenes?*

Pregunto si algún niño se ha inquietado nunca por el trabajo. La inquietud aparente tiene una fuente más profunda; casi invariablemente, nace del sentimiento de pecado respecto de la masturbación. Los niños sin sentimiento de culpabilidad en ese aspecto suelen ser brillantes y entusiastas en su trabajo.

Stekel dijo: "El suicidio es el último acto sexual." La prohibición de la masturbación hace que el niño odie su cuerpo y su alma, y el suicidio es una reacción lógica. Si el cuerpo es tan vil, cuanto antes nos libremos de él mejor.

*¿Qué opinión tiene usted de los trabajadores sociales?*

Tengo gran respeto por los trabajadores sociales que entran en las casas de los barrios miserables donde viven niños problema. Hacen excelente trabajo. ¿Pero llega bastante hondo su trabajo?

Nadie espera que psicoanalicen a las madres y los padres. Todo el mundo sabe que su labor es difícil. No pueden suprimir los barrios miserables que hacen antisociales a los niños. Ni pueden modificar a padres ignorantes, padres de pauperados por la mala alimentación y que hacen del sexo un asunto de sórdidas aventuras en retretes oscuros.

Los trabajadores de bienestar social son héroes y heroínas. Se esfuerzan en ayudar a los jóvenes a vencer los males de una sórdida vida doméstica. Aun cuando el trabajador social tenga una fe absoluta en la libertad, ¿cómo podrá aplicar esos principios en una casa de un barrio miserable? ¿Puede decirsele a una madre: Señora Green, su hijo roba porque su padre le pega cuando está borracho, porque usted le pegaba cuando tenía dos años porque se tocaba el pene, porque nunca le mostró usted nada de amor? ¿Entendería la señora Green?

No quiero decir que no puedan ser reeducadas las mujeres; pero sí digo que no pueden ser reeducadas por la conversación de un trabajador social ni de otro cualquiera. Aquí el problema es económico en parte. Por lo menos habría que iniciar la destrucción de los barrios miserables.

#### SOBRE SUMMERHILL

*Con el sistema de Summerhill, ¿cómo puede desarrollarse la fuerza de voluntad de un niño? Si se le permite hacer lo que quiera, ¿cómo puede adquirir dominio de sí mismo?*

En Summerhill no se le permite a un niño hacer lo que quiera. Sus propias leyes lo cercan por todas partes. Se le permite hacer lo que quiera sólo en las cosas que le afectan a él, y sólo a él. Puede pasarse todo el día jugando, si quiere, porque el trabajo y el estudio son cosas que le conciernen a él solo. Pero no se le permite tocar la corneta en la sala de clase, porque molestaría a los demás.

Después de todo, ¿qué es la fuerza de voluntad? Yo puedo querer renunciar al tabaco, pero no puedo querer enamorarme, ni puedo querer que me guste la botánica. Nadie puede querer ser bueno ni ser malo.

No puedo enseñar a una persona a tener una voluntad fuerte. Si educáis a los niños en libertad, serán más conscientes de sí mismos, porque la libertad permite que se haga consciente más cada vez de lo inconsciente. Por eso los niños de Summerhill tienen pocas dudas sobre la vida. *Saben* lo que quieren. Y presumo que lo conseguirán también.

Recuérdese que lo que se llama una voluntad débil suele ser un síntoma de falta de interés. La persona débil que se deja persuadir fácilmente a jugar al tenis cuando no desea hacerlo es una persona que no tiene idea de cuáles son realmente sus intereses. Un sistema de disciplina de esclavos estimula a esa persona a ser débil de voluntad y fútil.

*Si un niño está haciendo algo peligroso en Summerhill, ¿le permite usted que lo haga?*

Naturalmente que no. Con excesiva frecuencia la gente no llega a comprender que la libertad para los niños no significa que uno sea un insensato. Nosotros no permitimos a nuestros

niños menores que decidan cuándo deben acostarse. Los protegemos contra los peligros de las máquinas, de los automóviles, de los vidrios rotos o del agua profunda.

No debe imponérsele a un niño ninguna obligación para la cual no esté maduro. Pero recuérdese que la mitad de los peligros que corren los niños se deben a la mala educación. El niño que se expone al peligro del fuego es un niño a quien se le prohibió saber la verdad acerca del fuego.

*¿Sufren los niños de Summerhill nostalgia del hogar?*

Observo que cuando una madre desgraciada trae a Summerhill un niño nuevo, el niño llorando se agarra a su madre, y pide a gritos que lo lleven a casa. También observo que si el niño no grita bastante, la madre se disgusta. *Quiere* que su niño sienta nostalgia del hogar; cuanto mayor es esa nostalgia, más la quiere a ella el niño. Muchas veces el desdichado niño está jugando muy feliz cinco minutos después de haber salido el tren en que se va la madre.

Por qué el niño de un hogar infeliz siente nostalgia cuando empieza a asistir a la escuela, es difícil de decir. Es probable que su infeliz hogar le produzca una ansiedad aguda. ¿Qué estará ocurriendo en casa en este momento?, se pregunta. La explicación más probable es que una madre infeliz, reprimida en el amor a su compañero, transfiere mucho de su amor y de su odio a sus hijos.

La nostalgia del hogar suele ser síntoma de un mal hogar, de un hogar en el que hay mucho odio. El niño nostálgico no anhela el amor de la casa, sino las rivalidades que hay en ella y la protección del hogar. Esto parece paradójico, pero no lo es cuando reflexionamos que cuanto más infeliz es el hogar, más busca protección el niño. No tiene ancla en la vida, y exagera el fondeadero que él llama hogar. Ausente de él, lo idealiza. Suspira no por el hogar que conoce, sino por el hogar que le gustaría tener.

*¿Admite usted niños atrasados en Summerhill?*

Claro que sí. Todo depende de lo que queráis decir con "atrasado". No admitimos niños deficientes mentales, pero un niño que está atrasado en la escuela es otra cosa. Muchos niños están atrasados en la escuela porque la escuela es demasiado aburrida para ellos.

El concepto de atraso de Summerhill no tiene nada que ver con pruebas y sumas y calificaciones. En muchos casos, el atraso significa simplemente que el niño tiene un conflicto inconsciente y una conciencia de culpabilidad. ¿Cómo puede interesarse por la aritmética o la historia si su problema inconsciente es: "Soy malo o no"?

Hablo de esta cuestión del atraso con un sentimiento personal porque cuando yo era niño no podía aprender, sencillamente. Tenía los bolsillos llenos de pedazos de hierro y de latón, y cuando tenía los ojos sobre el libro de texto el pensamiento vagaba alrededor de todos aquellos objetos.

Rara vez he visto a un niño o una niña atrasados que no tenga capacidad para un trabajo creador; y juzgar a un niño por sus progresos en las materias escolares es inútil y fatal.

*Supongamos que un niño se niega a pagar la multa que le impuso la asamblea general de la escuela.*

Nunca lo hacen los niños. Pero supongo que lo harían si creyeran que se les había tratado injustamente. Nuestro sistema de apelaciones vence toda sensación de injusticia.

*Dice usted que en Summerhill los niños tienen mentes limpias. ¿Qué quiere usted decir?*

Una mente limpia es la que no puede ser escandalizada. Escandalizarse es dejar ver que uno tiene represiones que lo hacen interesarse por lo que le escandaliza.

Las mujeres victorianas se escandalizaban con la palabra *pierna* porque tenían un interés anormal en las cosas relacionadas con las piernas, y esas cosas eran cosas sexuales, cosas reprimidas. De suerte que en un ambiente como el de Summerhill, donde no hay ningún tabú sobre el sexo y no se relaciona el sexo con el pecado, los niños no tienen necesidad de ensuciar el sexo con secretes y miradas maliciosas. Son sinceros acerca del sexo como lo son acerca de todas las demás cosas.

*Después de haber regresado Willie a casa de su primer curso en Summerhill, empleaba un lenguaje tan fuerte, que los vecinos, no le dejaban jugar con sus hijos. ¿Qué debo hacer yo acerca de eso?*

Desgraciado, triste y doloroso para Willie, pero ¿qué alternativa queda? Si sus vecinos se escandalizan por algunos *conde-*

*nados e infiernos, son personas reprimidas que no deben estar en contacto con su Willie.*

*¿Qué piensan del cine los niños de Summerhill?*

Ven toda clase de películas. No tenemos censura. El resultado es que para el momento en que se van de la escuela han adquirido un buen criterio para juzgar las películas. Con mucha frecuencia uno de los niños mayores no va al cine fundándose en que no parece ser interesante la película. Los alumnos mayores, que han visto las grandes películas de Francia, Italia y Alemania, critican mucho las producciones corrientes de Hollywood. Los niños por debajo de la edad de la pubertad se aburren con las películas de amor. Para ellos Kim Novak no es nadie.

*¿Qué hace usted con un niño respondón?*

En Summerhill ningún niño es respondón. Un niño replica únicamente cuando le trata como a un inferior alguien que se da importancia. En Summerhill hablamos el lenguaje de los niños. Si un maestro se quejara de que un niño le replicaba, yo sabría que el tal maestro era un fiasco.

*¿Qué hace usted con un niño que no quiere tomar su medicina?*

No lo sé. En Summerhill no hemos tenido nunca un niño que no quisiera tomar su medicina. Nuestra alimentación es tan equilibrada, que las enfermedades no son uno de nuestros problemas.

*¿En Summerhill los niños mayores cuidan a los menores?*

No, los niños menores no necesitan ser cuidados. Están demasiado ocupados en sus propios e importantes asuntos.

*¿Tuvo usted alguna vez alumnos de color en Summerhill?*

Sí, tuvimos dos alumnos negros en Summerhill; y por lo que yo pude ver, los otros niños no prestaban la menor atención al color. Uno de los niños negros era un bravucón y no lo querían. El otro era un muchacho simpático y gozaba de extraordinaria popularidad.

*¿Tiene usted algunos Boy Scouts en Summerhill?*

No, no creo que nuestros niños aguantasen lo de una buena acción cada día. Hacer deliberadamente una acción buena al día suena a mojigatería. Hay mucho bueno en el movimiento de los Boy Scouts, pero en mi opinión lo echan a perder la edificación moral y las ideas burguesas de lo bueno y lo malo y de la pureza.

Yo no he expresado nunca en mi escuela ninguna opinión sobre los Boy Scouts. Por otra parte, nunca he oído a ninguno de nuestros muchachos manifestar ningún interés por el movimiento.

*¿Qué política sigue usted con los niños educados en hogares sinceramente religiosos? ¿Permite usted a esos niños que practiquen la religión en Summerhill?*

Sí, los niños pueden practicar la religión sin miedo a ningún comentario adverso del personal docente ni de los alumnos. Pero veo que ningún niño quiere practicar la religión cuando es libre.

Algunos alumnos van a la iglesia unos pocos domingos y después dejan de ir. La iglesia es demasiado aburrida. No veo ningún indicio de que el culto sea una cosa natural en los niños. Cuando se ha lavado el sentido de pecado, nunca se recurre a la oración.

En general, los niños de los hogares religiosos son insinceros y reprimidos. Esto es inevitable en un sistema religioso que ha perdido su prístino amor a la vida y se concentra en su miedo a la muerte. Se puede inculcar a un niño el miedo al Señor, pero no el amor al Señor. Los niños libres no necesitan religión porque su vida es espiritualmente creadora.

*¿Se interesan por la política los niños en Summerhill?*

No. Esto puede deberse a que son niños de la clase media que no han tenido nunca la experiencia de la pobreza. Tengo por principio impedir que el personal docente trate de influir políticamente en los niños. La política, como la religión, es asunto de elección personal que debe hacerse más adelante en la vida, cuando el niño haya crecido.

*¿Ingresan en el ejército algunos alumnos de Summerhill?*

Hasta ahora sólo uno ingresó en las fuerzas armadas, en la Real Fuerza Aérea. Es posible que el ejército sea demasiado poco creador para atraer a niños libres. Después de todo, la guerra es destrucción. Los niños de Summerhill lucharían por su país realmente como cualesquiera otros niños, pero probablemente querrían saber por qué luchaban.

Nuestros antiguos alumnos lucharon en la segunda Guerra Mundial, y murieron algunos.

*¿Por qué hace usted que los niños y las niñas duerman en dormitorios separados?*

Bueno, Summerhill es una escuela de Inglaterra, y tenemos que respetar las costumbres y las leyes inglesas.

#### SOBRE LA EDUCACIÓN DE LOS NIÑOS

*¿Cree usted que toda madre que lee sus libros u oye sus conferencias tratará de un modo diferente, y desde luego mejor, a su hijo, una vez que haya aprendido? ¿La curación de los niños dañados depende de los conocimientos que se den a los padres?*

Una madre de carácter posesivo puede adquirir al leer este libro una mala conciencia y gritar en su defensa: "No puedo ayudarme a mí misma. No quiero echar a perder a mi hijo. Está muy bien que usted diagnostique pero, dígame, ¿cuál es el remedio?"

Tiene razón. ¿Cuál es el remedio? O, en realidad, ¿hay remedio? La pregunta pide mucho.

¿Qué curación hay para una madre cuya vida es triste y está llena de temores? ¿Qué curación hay para un hombre que no tiene ni idea de cómo es su insolente hijo? Y lo que es peor, ¿qué remedio hay cuando no saben lo que hacen y se indignan a la más leve insinuación de que lo están haciendo mal?

No, el conocimiento por sí solo no ayuda, a menos que el padre esté emocionalmente dispuesto a aceptar los conocimientos y tenga capacidad interior para seguir el camino que le señalan los nuevos conocimientos.

*¿Por qué habla usted tanto de la necesidad de que los niños sean felices? ¿Es feliz alguien?*

No es una pregunta fácil de contestar porque nos confunden las palabras. Desde luego que ninguno de nosotros es feliz siempre; tenemos dolores de muelas, asuntos amorosos desafortunados, trabajo aburrido.

Si la palabra felicidad significa algo, significa un sentimiento íntimo de bienestar, una sensación de equilibrio, un sentimiento de estar satisfecho de la vida. Estas cosas sólo pueden existir cuando uno se siente libre.

Los niños libres tienen caras francas, sin miedo; los niños disciplinados parecen acobardarse, desgraciados, temerosos.

Puede definirse la felicidad como el estado en que se tiene el mínimo de represión. La familia feliz vive en un hogar donde habita el amor; la familia infeliz, en un hogar tenso.

Pongo la felicidad ante todo porque pongo el desarrollo ante todo. Vale más ser libre y sentirse contento e ignorar que es una fracción decimal, que aprobar los exámenes escolares y tener la cara llena de acné. No he visto nunca acné en la cara de un adolescente feliz y libre.

*Si a un niño se le da libertad absoluta, ¿cuánto tardará en darse cuenta de que la autodisciplina es una cosa esencial en la vida?, o ¿no se dará nunca cuenta de ello?*

No hay libertad absoluta. Todo el que permita a un niño hacerlo todo a su manera sigue un camino peligroso.

Nadie puede tener libertad social, porque tiene que respetar los derechos de los demás. Pero todo el mundo puede tener libertad individual.

Para decirlo concretamente: nadie tiene derecho a obligar a un niño a aprender latín, porque el estudio es asunto de elección individual; pero si en una clase de latín un niño se dedica a bromear, la clase lo expulsaría, porque interferiría la libertad de los demás.

En cuanto a la autodisciplina, es una cosa indefinida. Con demasiada frecuencia significa una disciplina del yo inculcada por las ideas morales de los adultos. La verdadera autodisciplina no implica represión ni aceptación. Tiene en cuenta los derechos y la felicidad de los demás. Lleva al individuo a procurar deliberadamente vivir con los demás concediendo algo a sus puntos de vista.

*¿Piensa usted honradamente que está bien permitir a un niño, naturalmente perezoso, que siga su propio y cómodo camino, a su elección, malgastando el tiempo? ¿Cómo lo pone usted a trabajar cuando el trabajo le desagrada?*

No existe la pereza. El niño perezoso o está físicamente enfermo o no le interesan las cosas que los adultos piensan que debe hacer.

No he visto nunca a un niño que haya llegado a Summerhill antes de la edad de los doce años, que fuese perezoso. Muchos niños "perezosos" han sido enviados a Summerhill de escuelas disciplinarias. Esos niños siguen siendo perezosos durante bastante tiempo, es decir, hasta que se reponen de su educación. No los ponga a hacer trabajo que les desagrade, porque no están maduros para él. Como usted y como yo, tendrán que hacer después muchas cosas que odian; pero si se les deja vivir libremente ahora su etapa de juego, podrán más tarde hacer frente a cualquier dificultad. Que yo sepa, ningún ex summerhillense ha sido nunca acusado de holgazanería.

*¿Cree usted en los mimos que se dan a los niños?*

Una vez, cuando mi hija Zoe era pequeña, se sobresaltó y empezó a llorar por el golpe de una puerta. Mi esposa la cogió y la abrazó calurosamente y después la sostuvo de tal manera, que pudiera mover las piernas libremente.

A cualquier señal de envaramiento, los padres deben jugar con sus hijos de tal suerte que éstos puedan mover libremente sus músculos. Encuentro eficaz una lucha simulada con niños de cuatro o cinco años, lucha en la cual tengo que perder siempre. La risa es una gran liberadora de la emoción y del envaramiento del cuerpo, y un bebé sano se ríe y se sonríe mucho. Las cosquillas en los costados muchas veces desencadenarán un ataque de risa feliz, y... ¡ah!, aquí tengo que mencionar una escuela de psicología infantil que desaprueba que se manosee a un niño por si se le crea una fijación sobre el padre o sobre la madre. Estoy seguro de que eso es una tontería. No hay razón ninguna para que los padres no mimen, hagan cosquillas, acaricien y hagan fiestas a sus hijos.

Hay que ignorar a esos psicólogos que se asustan de la vida y dicen que no hay que acostar nunca a un niño con uno ni hacerle cosquillas. La idea subconsciente que está detrás de la prohibición es que todo contacto corporal puede despertar emociones

sexuales en el niño. Puede haber algún peligro, pero sólo si el padre fuese tan neurótico que encontrase placer en el contacto físico con el niño; pero yo escribo para personas más o menos normales, no para padres que aún son niños ellos mismos.

*¿Qué puede hacer un padre progresista en relación con la agresividad de otros niños?*

Si los padres envían a un niño autorregulado como Willie a una escuela pública donde habrá de encontrar crueldad, agresividad y malevolencia entre los otros niños, ¿dejarán sus padres que el niño descubra por sí mismo que puede ser herido por el odio y la violencia?

Cuando Peter tenía tres años, su padre me dijo que le enseñaría a boxear, para que pudiera luchar contra el odio de los otros. Como vivimos en un mundo llamado cristiano en que el presentar la otra mejilla es signo no de amor y caridad sino de cobardía, aquel padre tenía razón. Si no hacemos algo positivo, nuestros niños autorregulados estarán en situación desventajosa.

*¿Qué opinión tiene usted de los castigos corporales?*

Los castigos corporales son malos por crueles y porque son manifestaciones de odio. Hace que tanto el que lo inflige como el que lo recibe odien. En comunidades donde se reprime la masturbación, el castigo se aplica en la mano, instrumento de la masturbación. En escuelas selectas de niños donde se reprime la homosexualidad, los golpes se aplican en el trasero, objeto del deseo. El odio religioso a la carne vil hace populares en los países religiosos los castigos corporales.

El castigo corporal es siempre un acto proyectado. El que lo inflige se odia a sí mismo y proyecta su odio sobre el niño. La madre que azota a su hijo se odia a sí misma, y, en consecuencia, odia a su hijo.

En el caso de un maestro con una clase muy numerosa, el uso del cinturón de cuero como azote no es tanto asunto de odio como de comodidad. Es la manera fácil. El mejor modo de abolirla sería abolir las clases muy numerosas. Si la escuela fuera un sitio para jugar, con libertad para estudiar o no estudiar, los azotes morirían automáticamente. En una escuela en que los maestros conocen su oficio, no se recurre nunca al castigo corporal.



*¿Cree usted en serio que el modo de suprimir las malas costumbres es dejar que los niños sigan con sus vicios?*

*¿Vicios? ¿En opinión de quién son vicios?*

*¿Malas costumbres? Posiblemente se refiere usted a la masturbación.*

Suprimiendo una costumbre por la fuerza, usted no la cura. La única curación de una costumbre es permitirle al niño que agote su interés por la costumbre en cuestión. Los niños a quienes se permite masturbarse lo practican mucho menos que los niños a quienes se les ha prohibido.

Las zurras siempre prolongan la etapa en que el niño se encucia en los pantalones. Atarle las manos al niño es convertirlo en masturbador pervertido para toda la vida. Las llamadas malas costumbres no son en absoluto malas costumbres; son tendencias naturales. La denominación "malas costumbres" es la consecuencia de la ignorancia y el odio paternos.

*¿Corrige la educación doméstica la enseñanza equivocada de la escuela?*

En general, sí. La voz del hogar es más poderosa que la voz de la escuela. Si el hogar está libre de temores y de castigos, el niño no llegará a creer que es la escuela la que tiene la razón.

Los padres debieran decirles a sus hijos lo que piensan de una mala escuela. Con frecuencia excesiva los padres tienen un absurdo sentimiento de lealtad hasta para el más estúpido de los maestros de escuela.

*¿Cuál es su actitud en relación con los cuentos de hadas y con Santa Claus?*

A los niños les gustan los cuentos de hadas, y eso por sí solo basta para sancionarlos.

En cuanto a Santa Claus, creo que no tenemos por qué preocuparnos, porque los niños aprenden en seguida la verdad acerca de él. Pero hay una extraña relación entre Santa Claus y el cuento de la cigüeña. Los padres que quieren que sus hijos crean en Santa Claus suelen ser los que les cuentan mentiras acerca del nacimiento,

Personalmente, nunca les hablo a los niños de Santa Claus. Si lo hiciese, sospecho que nuestros pequeños de cuatro años se reirían de mí con desprecio.

*Dice usted que es mejor la creación que la posesión; pero cuando usted le permite a un niño crear, la cosa que hace se convierte en una propiedad y la sobrestimaré. ¿Qué dice usted de esto?*

La realidad del asunto es que no lo hace. Un niño estima lo que hace durante un día o una semana. El sentimiento natural de posesión es débil en el niño; dejará su nueva bicicleta expuesta a la lluvia, y dejará su ropa en cualquier parte. El goce está en hacer. El verdadero artista no tiene interés por su obra cuando la ha terminado. Ninguna obra de arte le gusta a su creador, porque su meta es la perfección.

*¿Qué haría usted con un niño que no persiste en nada? Le interesa la música durante un poco de tiempo, después la deja por la danza, y así sucesivamente.*

Yo no hago nada. La vida es así. En mis tiempos, pasé de la fotografía a la encuadernación de libros, después a la carpintería, y después a la latonería. La vida está llena de fragmentos de intereses. Durante muchos años dibujé con tinta; cuando me di cuenta de que era un artista de décima clase, lo abandoné.

Los gustos del niño siempre son eclécticos. Lo ensaya todo, y así es como aprende. Vuestros niños pasan días enteros haciendo barcos; pero si les visita un aviador, los mismos niños dejarán los barcos a medio hacer y empezarán a hacer aeroplanos. Nosotros no sugerimos nunca que un niño acabe su trabajo; si su interés ha desaparecido, es un error obligarlo a que lo termine.

*¿Debe uno ser alguna vez sarcástico con los niños? ¿Cree usted que esto desarrollará el sentido del humor en el niño?*

No. El sarcasmo y el humor no tienen relación entre sí. El humor es cosa de amor, el sarcasmo de odio. Ser sarcástico con un niño es hacerlo sentirse inferior y degradado. Sólo un maestro o un padre malévolos serán sarcásticos alguna vez.

*Mi hijo me pregunta constantemente qué hará, a qué jugará. ¿Qué debo contestarle? ¿Es erróneo sugerirle juegos al niño?*

Es bueno para el niño tener a alguien que le dé a hacer cosas interesantes, pero no es necesario. Las cosas que un niño encuentra por sí mismo para hacer, son mejores para él. Así, en

Summerhill ningún maestro aconsejará a un niño lo que debe hacer. El maestro sólo ayudará a un niño que pide información técnica sobre *el modo* de hacer una cosa.

*¿Aprueba usted los regalos a los niños para manifestarles amor?*

No. El amor no necesita señales exteriores. Pero los niños deben recibir regalos en las fechas acostumbradas: cumpleaños, Reyes, etc. Sólo que no hay que esperar ni pedir agradecimiento.

*Mi hijo "se va de pinta" (no asiste a la escuela). ¿Qué puedo hacer yo?*

Sospecho que la escuela es aburrida y que su hijo es activo.

En términos generales, el faltar a la escuela significa que la escuela no es bastante buena. Si es posible, procure llevar a su hijo a una escuela donde haya más libertad, más actividad creadora, más amor.

*¿Enseñaré a mi hijo a ahorrar dándole una alcancía?*

No. Un niño no puede ver más allá del horizonte de hoy. Más tarde, si desea sinceramente comprar algo que cueste bastante, ahorrará sin que nadie le enseñe.

Permítame repetir una vez más que al niño hay que dejarle crecer a su ritmo propio. Muchos padres cometen espantosos errores tratando de forzar la velocidad.

No debe ayudarse al niño a hacer algo que puede hacer solo. Cuando un niño se esfuerza por subirse a una silla, los padres chochos lo ayudan, con lo que echan a perder la mayor alegría de la infancia: vencer dificultades.

*¿Qué haré cuando mi hijo, de nueve años, clave clavos en los muebles?*

Quítele el martillo y dígame que los muebles son de usted y que no quiere que estropee lo que no es de él.

Y si sigue clavando clavos, entonces, querida mujer, entonces venda sus muebles y con el producto vaya a un psicólogo que le ayudará a comprender que hizo usted de su hijo un niño problema. Ningún niño feliz y libre estropeará el mobiliario, a menos, naturalmente, de que el mobiliario sea lo único que hay en la casa en que puedan clavarse clavos.

El primer paso para detener los daños es proporcionarle al niño madera y clavos, de preferencia en una habitación que no sea la sala. Si su hijito rechaza la madera y quiere aún seguir clavando clavos en los muebles, entonces es que la odia a usted y procura disgustarla.

*¿Qué hago con un niño obstinado y que se enfurruña fácilmente?*

No lo sé. Difícilmente habré visto alguna vez un niño así en Summerhill. No hay lugar para la obstinación cuando un niño es libre. La oposición obstinada en un niño es siempre culpa de los adultos. Si su actitud con el niño es de cariño, no hará usted nada que le haga obstinarse. Un niño obstinado tiene algún motivo de queja. Mi tarea consistiría en descubrir qué es lo que hay en la raíz de su disgusto. Sospecharía que es la sensación de haber sido tratado injustamente.

*¿Qué debería hacer con mi hijo de seis años, que hace dibujos obscenos?*

Estimúlelo, desde luego; pero al mismo tiempo limpie su casa, porque cualquier obscenidad en el hogar tiene que proceder de usted. La obscenidad no es natural en un niño de seis años.

Ve usted obscenidad en sus dibujos porque tiene usted una actitud obscena ante la vida. Sólo puedo imaginarme que los dibujos obscenos tratarán de escenas de retrete y de los órganos sexuales. Hable de esas cosas con naturalidad, sin mezclarles ninguna idea del bien y del mal, y su hijo saldrá de ese interés pueril transitorio, lo mismo que saldrá de los demás intereses infantiles.

*¿Por qué dice tantas mentiras mi pequeño hijo?*

Posiblemente por imitación de los padres.

*Si dos niños, hermano y hermana de cinco y siete años respectivamente, riñen constantemente, ¿qué método seguiré para que dejen de hacerlo? Se quieren mucho.*

¿Se quieren mucho? ¿Recibe uno más cariño de la madre que el otro? ¿Imitan al padre y a la madre? ¿Se les ha inculcado un

sentimiento de culpabilidad en relación con el cuerpo? ¿Son castigados? Si las contestaciones a estas preguntas son negativas, las riñas son el deseo normal de ejercer el poder.

Sin embargo, hermano y hermana debieran estar con otros niños que no tuvieran vínculos afectivos con ellos. Un niño debe medirse con otros niños. No puede medirse con sus propios hermanos y hermanas porque entran en sus relaciones toda clase de factores afectivos: celos, favoritismo, etcétera.

*¿Qué haré para que mi hijo deje de chuparse el pulgar?*

No intente nada. Si tiene usted éxito, probablemente haría retroceder al niño a un interés anterior al de chuparse el dedo. ¿Qué importancia tiene? Muchas personas eficaces se han chupado el pulgar.

El chuparse el pulgar revela que no ha sido plenamente vivido el interés por el pecho materno. Como no puede darle usted el pecho a un niño de ocho años, todo lo que puede hacer es ver el modo de darle todas las oportunidades posibles para que adquiera un interés creador. Pero esto no siempre opera la curación. Yo he tenido alumnos creadores que se chuparon el dedo hasta la pubertad.

Deje tranquilo a su hijo.

*¿Por qué mi hijo de dos años destruye siempre sus juguetes?*

Muy probablemente porque es un niño sabio. Habitualmente los juguetes no son nada creadores. Su destrucción tiene por objeto ver lo que tienen dentro.

Pero no conozco las circunstancias de este caso. Si están convirtiendo al niño en un odiador de sí mismo con azotainas y sermones, destruirá naturalmente todo lo que se le ponga en el camino.

*¿Qué puede hacerse para curar a un niño de su desaseo?*

Pero ¿por qué curarlo? La mayor parte de las personas creadoras son deseadas. Suele ser un individuo como aquel cuya habitación y escritorio son modelos de limpieza. Observo que en general los niños son limpios hasta los nueve años; entre

*Nuestro hijo de doce años no quiere lavarse antes de sentarse a la mesa. ¿Qué haremos?*

¿Por qué dan ustedes tanta importancia al lavarse? ¿Han pensado ustedes que el lavarse puede ser un símbolo para ustedes? Están seguros de que su interés en que sea limpio no oculta su temor de que sea moralmente sucio?

No riñan al niño. Créanme bajo mi palabra que su complejo de suciedad es un interés personal subjetivo. Si se sienten sucios, concederán una importancia exagerada a la limpieza.

Si necesitan que se siente limpio a la mesa —quiero decir, si se sienta a la mesa la tía Mary con ustedes y hay la perspectiva de que le deje a su limpio sobrino una fortuna—, bueno, pues entonces el mejor camino es prohibirle que se lave.

*¿Cómo puede uno mantener alejado de una estufa a un niño de quince meses?*

Ponga una pantalla protectora. Pero deje que el niño aprenda la verdad en relación con las estufas quemándose los dedos muy levemente.

*Si censuro a mi hijita por nimiedades quizás diga usted que la odio, pero en realidad no la odio.*

Pero puede usted odiarse a sí misma. Las nimiedades son símbolos de cosas grandes. Si censura usted por nimiedades, es usted una mujer desgraciada.

*¿A qué edad debiera un padre permitir a su hijo que beba bebidas alcohólicas?*

En esto piso un terreno poco seguro, porque tengo un complejo relativo al alcohol. A mí personalmente me gustan mi tarro de cerveza, mi copa de whisky; me gustan los buenos vinos y los buenos licores. No soy, ciertamente, un abstemio fanático. Pero temo el alcohol porque lo vi causar muchos daños en mi juventud. Por lo tanto, no me inclino a dar alcohol a los niños.

Cuando mi hija quería probar mi cerveza o mi whisky, le permitía hacerle. A la cerveza le hacía un vaso de diámetro y de

no pedían más. Recuerdo a un granjero que solía venir a la escuela en su calesa para llevarse sus niños un día húmedo y frío. Siempre traía un frasco de whisky y les daba un trago a cada uno. Mi padre movía la cabeza tristemente. "Recuerda lo que te digo —decía—, más tarde serán todos borrachos." Cuando mayores, todos fueron abstemios.

Tarde o temprano, a todo niño se le presentará la cuestión del alcohol, y quizá únicamente beban demasiado los que no pueden luchar por la vida.

Cuando mis antiguos alumnos vienen a Summerhill, van al bar de la localidad y celebran una reunión húmeda, pero nunca oí de ninguno de ellos que bebiera con exceso.

Sin que lo haga razonadamente, prohíbo en mi escuela que se beba con exceso, aunque quizás piensen algunos que a los niños se les debe permitir que descubran por sí mismos la verdad sobre el beber.

*¿Qué hace usted con un niño que no quiere comer?*

No lo sé. En Summerhill nunca hemos tenido uno así. Si lo tuviésemos, sospecharía inmediatamente que manifiesta una actitud de reto hacia sus padres. Tuvimos un niño o dos que fueron enviados a Summerhill porque no querían comer; pero en la escuela no ayunaron nunca.

En un caso difícil, pensaría en la posibilidad de que el niño se hubiera quedado emocionalmente en la etapa de la lactancia, y ensayaría alimentarlo con un biberón. Sospecharía también que los padres habrían sido exigentes y pesados en cuanto a la alimentación, dándole al niño comida que no quería.

#### SOBRE EL SEXO

*¿Qué significa exactamente la palabra pornografía?*

No es una pregunta fácil de contestar. Yo definiría la pornografía como una actitud obscena hacia el sexo y otras funciones naturales, una actitud de culpabilidad análoga a la de los niños de escuela reprimidos que se ríen y secretean por los rincones oscuros y escriben en las paredes palabras relativas al sexo.

La mayor parte de los cuentos sexuales son pornográficos; y con frecuencia el que los cuenta racionaliza cuando dice que no es la obscenidad lo que hace bueno un cuento, sino el inge-

nio o el humor. Como la mayor parte de los hombres, yo he contado y escuchado miles de cuentos de éstos; pero recordándolos ahora, puedo pensar que sólo consideraría dignos de ser repetidos uno o dos de ellos.

Advierto que habitualmente el que cuenta cuentos verdes es un individuo que no tiene una vida sexual satisfactoria. Sería demasiado absoluto decir que todo cuento verde es consecuencia de la represión, porque eso sugeriría que es así todo humorismo. Me reí a carcajadas cuando vi a Charlie Chaplin en traje de baño zambullirse en dos dedos de agua, pero yo no tengo ninguna represión relativa a las zambullidas. Hay humor en cualquier situación ridícula, sea sexual o no.

En nuestra sociedad actual, ninguno de nosotros puede trazar un límite firme entre lo que es pornográfico y lo que no lo es. Muchos de los llamados "cuentos de viajante" me gustaban cuando era estudiante, mientras que ahora pienso que el noventa y cinco por ciento de ellos son simplemente obscenos.

En general, la pornografía es, sencillamente, sexo más culpa. Los públicos que aplauden a los cómicos que hacen chistes sugestivos están formados por personas a las que se les ha dado una actitud morbosa hacia el sexo. Cuando individuos adultos cuentan historias verdes a niños, es que ellos mismos están en la etapa del secreteo obsceno.

Si todos los niños fueran libres y estuvieran orientados en relación con el sexo, no rompería el hielo la obscenidad de los adultos; pero como millones de niños son ignorantes y culpables en lo que respecta al sexo, la pornografía de los adultos no hace más que aumentar su ignorancia y su culpa.

*¿Son indecorosas ciertas formas de conducta sexual?*

Todas las formas de conducta sexual son decorosas si las dos personas hallan deleite en ellas. El sexo sólo es anormal y pervertido cuando se ejercita en una forma que no ofrece el goce más alto a los dos participantes.

El matrimonio está asociado con el sexo decoroso, es decir, con el sexo restringido. Hasta los jóvenes de ambos sexos que aceptan la vida sexual de sus padres podrían escandalizarse si se imaginaran que su padre y su madre disfrutaban de toda clase de juegos sexuales.

Los pilares autoritarios de la sociedad han relegado el juego sexual a la esfera de la pornografía y la obscenidad, lo mismo que sus secuaces, que se asustan de permitirse juegos sexuales.

Si los practicasen, lo más probable es que experimentarían fuertes sentimientos agresivos y de encenagamiento en una excitación libidinosa, inducida primordialmente del hacer lo que está prohibido.

Cuando en el sexo hay ternura y amor, no hay nada indecoroso.

*¿Por qué se masturban los niños y cómo podría impedirse?*

Debemos distinguir entre masturbación infantil y masturbación del adulto. La masturbación infantil en realidad no es masturbación en absoluto. Empieza por curiosidad. El niño descubre sus manos, su nariz y sus dedos de los pies, y la madre se desvanece de puro gusto. Pero cuando descubre su aparato sexual, le separa violentamente las manos. La consecuencia es que los órganos sexuales se convierten en las partes más interesantes del cuerpo.

La zona erótica del niño es la boca, y cuando a los niños pequeños no se les imponen prohibiciones morales acerca de la masturbación, tienen muy poco interés por sus órganos sexuales. Si un niño es un masturbador, la curación consiste en aprobar aquella costumbre, porque entonces el niño no tiene ningún impulso morboso a practicarla.

Con los niños mayores que han llegado a la pubertad, la aprobación disminuirá la costumbre. Pero recuérdese que el sexo debe encontrar siempre una salida, y como el matrimonio es siempre tardío, debido a que el joven no puede casarse hasta que no pueda sostener una casa, los maduros sexualmente tienen ante sí dos alternativas: la masturbación o relaciones sexuales clandestinas. Los moralistas condenan las dos cosas, pero no ofrecen nada que las sustituya. ¡Ah, sí, naturalmente! Defienden la castidad, que significa la crucifixión de la carne. Pero como sólo unos pocos monjes pueden aparentemente crucificar la carne de un modo indefinido, el resto de nosotros no podemos dejar de ofrecerle una salida al sexo.

Mientras el matrimonio no se independice del factor financiero, el problema de la masturbación seguirá teniendo importancia. Nuestras películas y nuestras novelas despiertan el sexo en los jóvenes y conducen a la masturbación, porque está prohibido a la juventud el ejercicio sexual propiamente dicho. El hecho de que todo el mundo se ha masturbado no ayuda gran cosa. El matrimonio de compañerismo parece ser la única salida. Pero mientras la idea de pecado vaya asociada al sexo, ésta no será probablemente una solución social.

Pero volvamos a la cuestión: Dígasele al niño que no hay nada pecaminoso en la masturbación. Si ya le habéis dicho mentiras acerca de sus supuestas consecuencias —enfermedades, locura, etc.—, tened valor bastante para decirle que fuisteis unos embusteros. Entonces, y sólo entonces, perderá importancia la masturbación.

*A mi hija, de doce años, le gusta leer libros obscenos. ¿Qué haré?*

Yo le proporcionaría todos los libros obscenos que pudiera comprar. Entonces la niña viviría plenamente su interés.

Pero ¿por qué le interesa tanto la obscenidad? ¿Busca la verdad sobre el sexo que usted nunca le dijo?

*¿Censuraría usted a un muchacho de catorce años por contar cuentos verdes?*

Naturalmente que no. Se los contaría mejores que los que él sabe. La mayor parte de los adultos cuentan cuentos verdes. Cuando estudiante, aprendí algunos de los mejores de un eclesiástico. Condenar el interés por el sexo es pura hipocresía y gazmoñería.

El cuento verde es la consecuencia directa de la represión sexual. Da salida al vapor embotellado por la doctrina del pecado. Con libertad, el cuento verde casi moriría de muerte natural. Casi, pero no del todo, porque el sexo es un interés fundamental.

*¿Quién debe instruir acerca del sexo, los maestros o los padres?*

Los padres, naturalmente.

#### SOBRE LA RELIGIÓN

*¿Por qué es usted contrario a la enseñanza religiosa?*

Bueno, entre otras razones, en mis años de tratar con niños he visto que los más neuróticos son los que han tenido una enseñanza religiosa rígida. Es la enseñanza religiosa rígida la que da al sexo una importancia exagerada.

La instrucción religiosa es perjudicial para la psique del niño porque los partidarios de la religión, en su mayor parte,

admiten la idea del pecado original. Tanto la religión judía como la cristiana odian la carne. El cristianismo tradicional da al niño, con la mayor frecuencia, un sentimiento de insatisfacción hacia el yo. Durante mi infancia en Escocia, me enseñaron desde mis primeros años que estaba en peligro de ir al fuego del infierno.

En una ocasión llegó a Summerhill un niño de nueve años y de una buena familia inglesa de la clase media. Tuve con él la siguiente conversación.

—¿Quién es Dios?

—No lo sé; pero si uno es bueno va al cielo, y si es malo va al infierno.

—¿Y qué clase de lugar es el infierno?

—Todo oscuro. El diablo es malo.

—Ya lo veo. ¿Y qué clase de personas van al infierno?

—Las personas malas: las que juran y matan gente.

¿Cuándo advertiremos lo absurdo de enseñar a los niños tonterías como éstas, de igualar la incredulidad con el asesinato y de hacer a los incrédulos merecedores de un castigo eterno?

Cuando le pedí al niño que me describiera a Dios, me dijo que no tenía idea del aspecto de Dios. Pero me aseguró que amaba a Dios. Cuando dijo que amaba a un Dios a quien no podía describir y a quien no vio nunca, no hacía más que usar frases sin sentido y tradicionales. La verdad real es que teme a Dios.

*¿Cree usted en Cristo?*

Hace unos años tuvimos en Summerhill al hijo de un predicador laico. Un domingo por la noche, cuando todos estábamos bailando, el predicador movió la cabeza.

—Neill —dijo—, éste es un lugar maravilloso, pero ¿por qué, sí, por qué sois tan paganos?

—Brown —le contesté—, pasa usted la vida sobre cajas de jabón diciéndole a la gente cómo ha de salvarse. Usted habla de la salvación. Nosotros vivimos la salvación.

No, no seguimos deliberadamente el cristianismo, pero desde un punto de vista amplio Summerhill es casi la única escuela de Inglaterra que trata a los niños de un modo que Jesús habría aprobado. Los pastores calvinistas de África del Sur pegan a sus hijos, lo mismo que los padres católicos pegan a los suyos. En Summerhill tenemos para los niños amor y aprobación.

*¿Cómo debieran adquirir los niños sus primeras ideas acerca de Dios?*

¿Quién es Dios? Yo no lo sé. Dios significa para mí lo bueno que hay en cada uno de nosotros. Si tratáis de enseñar a un niño acerca de un ser del cual vosotros mismos no tenéis más que ideas muy vagas, haréis más daño que bien.

*¿No diría usted que jurar es tomar el nombre de Dios en vano?*

Los juramentos de los niños se refieren al sexo y a las funciones naturales, no a Dios. Es difícil discutir con una persona religiosa que convierte a Dios en un personaje sagrado y acepta la Biblia como una realidad literal. Si se representara a Dios como un ser de amor y no como un ser de temor, nadie pensaría en tomar Su nombre en vano. La curación de la blasfemia está en hacer a nuestros dioses amorosos y humanos.

#### SOBRE PSICOLOGÍA

*¿Es inevitable que todas las personas lleguen a ser neuróticas?*

La autorregulación es la respuesta a las impresionantes preguntas que surgen de los descubrimientos de Freud. Todo psicoanalista tiene que darse cuenta, aunque sea confusamente, de que las horas que emplea en analizar a un paciente nunca habrían sido necesarias si el paciente hubiera sido autorregulado desde la primera infancia. Digo confusamente, porque no podemos estar verdaderamente seguros de nada.

Mi hija, criada en la libertad, puede ir un día a un psicoanalista y decirle: "Doctor, necesito tratamiento. Sufro un complejo de padre. Estoy cansada de ser presentada como la hija de A. S. Neill. La gente espera demasiado de mí. Parece que piensan que yo debiera ser perfecta. El anciano ya está muerto ahora, pero no puedo perdonarle haberme exhibido en sus libros. Y ahora, ¿me tiendo en este sofá?... No sabe uno nunca..."

*¿Cómo se manifiesta el odio de uno a sí mismo?*

En un niño el odio a sí mismo se manifiesta en conducta antisocial, pendeencias, malevolencia, mal humor, tendencias destructoras. Todo odio de uno a sí mismo tiende a proyectarse, esto es, a ser transferido a otras personas.

La madre de un hijo ilegítimo condenará la licencia sexual en otros. El maestro que durante años se esforzó por vencer la masturbación pegará a los niños. La solterona que ha sublimado el impulso sexual, esto es, que lo ha reprimido, manifestará el odio contra ella misma escandalizándose por todo y con amargura. Todo odio es autoodio.

Persigue a los judíos gente que se autoodia. También se advierte esto en las comunidades de color. El mestizo de El Cabo, como el mestizo eurasiático, es mucho más intolerante que el blanco con los verdaderos nativos.

*Quando se pone usted del lado del niño, ¿no es ésa su manera de tomar posesión del niño?*

¿Y qué, si lo es? Si le ayuda al niño, ¿qué importa cuál sea mi móvil?

*Conozco a una niña de ocho años que tartamudea en presencia de su madre. ¿Por qué?*

El tartamudeo es con frecuencia un intento para ganar tiempo a fin de no traicionarse con el lenguaje. Cuando se me hace una pregunta difícil en una conferencia, procuro ocultar mi ignorancia y confusión empezando con: "Bueno... si... hm..."

La niña en cuestión parece tenerle miedo a la madre. Sospecho que la madre es una moralista.

Descubrí que el tartamudeo de un niño pequeño se debía a que quería ocultar que se había masturbado y que se sentía culpable por aquel acto. La curación consistió en convencerle de que la masturbación no es pecado. Pero la psicología del tartamudeo es casi un territorio inexplorado.

*¿Puede un marido analizar a su mujer, o puede una mujer analizar a su marido?*

De ningún modo debieran los parientes tratar de analizarse unos a otros psicológicamente. He conocido casos en que un marido analizó a su esposa, o en que una mujer analizó a su marido. Esos análisis nunca tuvieron éxito, y en ocasiones fueron positivamente perjudiciales.

Ningún padre se atreve a tratar a su hijo analíticamente, cualquiera que sea la escuela a que pertenezca el tratamiento.

*¿Por qué tantos adultos muestran agradecimiento a un maestro riguroso de su infancia?*

Por engreimiento, la mayor parte de las veces. El individuo que se levanta en una reunión y dice: "Cuando niño me azotaron, y me hizo mucho bien", está diciendo virtualmente: "Mírenme. Soy un éxito en la vida a pesar de —o más bien a causa de— haber sido azotado cuando niño."

Un esclavo no quiere realmente la libertad. Es incapaz de estimar la libertad. La disciplina externa hace, de los hombres esclavos, seres inferiores, masoquistas. Aman sus cadenas.

*¿Puede hacer psicoanálisis un maestro cualquiera?*

Me temo que no. Ante todo debe ser analizado él mismo; porque si su propio subconsciente es un territorio desconocido, no puede ir muy lejos en la exploración de la tierra desconocida del alma de un niño.

#### SOBRE LA INSTRUCCIÓN

*No aprueba usted el latín ni las matemáticas. ¿Cómo sugiere usted, entonces, que se desarrolle la mente de un niño?*

No sé lo que es "mente". Si los expertos en matemáticas y en latín tienen grandes mentes, nunca me di cuenta de ello.

*¿Incluye su desaprobación de las matemáticas superiores en los niños de Summerhill para que no las estudien?*

Nunca hablo a los niños de matemáticas. A mí personalmente me gustan tanto las matemáticas que con frecuencia resuelvo problemas de geometría o de álgebra para distraerme.

Lo que digo contra las matemáticas es que su estudio es demasiado abstracto para niños. Casi todos los niños odian las matemáticas. Aunque todos los niños entienden la frase "dos manzanas", son muy pocos los que entienden la frase " $x$  manzanas".

Además, hago la misma objeción a las matemáticas que al latín y al griego: ¿Para qué sirve enseñarles ecuaciones de segundo grado a niños que van a arreglar automóviles o a vender medias? Es una insensatez.



*¿Cree usted en las tareas para hacer en casa?*

No creo ni siquiera en las lecciones de la escuela a menos que sean voluntariamente elegidas. La costumbre de las tareas caseras es desgraciada. Los niños las detestan, y eso basta para condenarlas.

*¿Por qué algunos niños no estudian más que cuando se les hace sentir un dolor físico?*

Supongo que yo aprendería a recitar de memoria el Corán si supiera que me zurrarían si no lo hiciera. Una de las consecuencias sería, desde luego, que odiaría para siempre el Corán, al vapuleador y a mí mismo.

*¿Qué debería hacer un maestro cuando un niño juega con el lápiz cuando él está explicando una lección?*

Lápiz igual a pene. Al niño se le ha prohibido jugar con el pene. Curación: Hacer que los padres levanten la prohibición contra la masturbación.

## Í N D I C E

A HAROLD H. HART . . . . .	7
PRÓLOGO por Erich Fromm. . . . .	9
UNAS PALABRAS DE INTRODUCCIÓN . . . . .	17
I. La escuela de Summerhill . . . . .	19
La idea de Summerhill, 19; Una ojeada a Summerhill, 27; La educación de Summerhill frente a la educación normal, 36; Qué les sucede a los graduados de Summerhill, 40; Lecciones individuales en Summerhill, 44; Autonomía, 52; Coeducación, 61; Trabajo, 63; Juego, 66; Teatro, 69; Danza y música, 73; Deportes y juegos, 74; Informe de los inspectores del gobierno inglés, 76; Notas sobre el informe de los inspectores de Su Majestad, 83; El futuro de Summerhill, 85	
II. La educación de los niños . . . . .	89
El niño sin libertad, 89; El niño libre, 96; Amor y aprobación, 107; Miedo, 112; Inferioridad y fantasía, 119; Espíritu de destrucción, 123; Mentira, 129; Responsabilidad, 134; Obediencia y disciplina, 136; Premios y castigos, 142; Sobre enseñanza del aseo, 150; Alimentos, 153; Salud y sueño, 157; La limpieza y las ropas, 159; Juguetes, 162; Ruido, 163; Modales, 164; Dinero, 169; Humor, 170	
III. El sexo . . . . .	173
Actitudes sexuales, 173; Instrucción sexual, 183; Masturbación, 187; Desnudez, 192; Pornografía, 193; Homosexualidad, 195; Promiscuidad, ilegitimidad y aborto, 196	
IV. Religión y moral . . . . .	199
Religión, 199; Instrucción moral, 204; Influencias sobre el niño, 210; Juramentos y blasfemias, 212; Censura, 215	
V. Problemas de los niños . . . . .	219
Crueldad y sadismo, 219; Criminalidad, 221; El robo, 224; Delincuencia, 229; Curación del niño, 234; El camino de la felicidad, 238	

## VI. Problemas de los padres . . . . . 242

Amor y odio, 242; El niño malcriado, 245; Poder y autoridad, 247; Celos, 254; Divorcio, 258; Angustia paterna, 260; Conciencia paterna, 265

## VII. Preguntas y respuestas . . . . . 273

En general, 273; Sobre Summerhill, 277; Sobre la educación de los niños, 282; Sobre el sexo, 292; Sobre la religión, 295; Sobre psicología, 297; Sobre la instrucción, 299

*Este libro se terminó de imprimir  
en los talleres de Marco Gráfico,  
Esteban Terradas, 12, Pol.  
Industrial de Leganés,  
Madrid.*